

BATURRILLO URUGUAYO

POR

T I M O T E O

Libro que contiene cuentos ó historias, anécdotas y dichos, caricaturas y retratos, chistes y sandeces, pensamientos, "fumadas", exageraciones, noticias curiosas, documentos raros, improvisaciones, epigramas, actos de servilismo y de independencia, ironías, pullas, y porción de cosas más; en cuyo libro figuran muy pocas mujeres y muchísimos hombres conocidos y desconocidos; famosos ó sin fama; viejos y jóvenes; muertos y vivos; buenos, malos, pecres y pésimos de la República Oriental del Uruguay.



MONTEVIDEO

Imprenta á vapor y Encuadernación de EL LAURAK-BAT

CALLE DEL CERRITO, NUM. 84

1885

BATURRILLO URUGUAYO

I

 Entre las fuerzas que en 1811 guarnecieron la Colonia del Sacramento, figuraba el famoso regimiento de Blandengues, una de cuyas compañías se hallaba á las órdenes del que en breve iba á ser nuestro primer caudillo, aquel que en «ningun tiempo quiso sacrificar el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad. »

Aunque á la sazón «no aparecía bien clara y definida la idea de la emancipación política, por estar disfrazada con la adhesión á Fernando VII, » como dice don Isidoro De-María, el capitán de Blandengues simpatizaba en gran manera con la revolución de Mayo, y sólo aguardaba una coyuntura favorable para abandonar el servicio del Rey y ofrecer su espada á la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Esa oportunidad se presentó á últimos de Enero ó principios de Febrero del propio año, y Artigas se apresuró á cogerla. Imputábase una falta á un blandengue de su compañía, al cual había determinado castigar con todo rigor el brigadier Muesas, gobernador de la plaza, sin atender á una instancia del capitán, en que pedía se procediera á las averiguaciones correspondientes.

Era el gobernador un hombre de adusto semblante, áspero en las palabras, de genio arrebatado y modales poco cultos. Acos-

tumbrado á mandar despóticamente, como militar chapado á la antigua, no desperdiciaba ocasion de hacer sentir su severidad á los que tenia bajo su dependencia, y se aprovechaba de la refe-rida para soltar la rienda á su mal humor de costumbre.

Desestimando, pues, la razonable instancia del capitan Artigas, á quien habia llamado á su presencia, le amonestaba duramente por la falta atribuida al soldado. El oficial escuchaba con impaciencia, pero sin interrumpir á su jefe, la injusta reprimenda que le echaba, cada vez más exaltado y agresivo. Por fin este concluyó de despacharse á su gusto, y el capitan tomó la defensa del blandengue.

Empezaba á producirse con energía y respeto á la par, cuando el gobernador, ño habituado á oir réplicas de sus oficiales, le intimó que callára y cumpliese lo mandado. Insistió, no obstante, el subalterno, y entónces Muesas, ciego de ira, mostróle con ademán imperioso la puerta del despacho, reiterándole la órden de castigar sobre la marcha al *delincuente*, « só pena, si le desobedecía, de ponerle una barra de grillos y enviarle preso á la isla de San Gabriel. »

Artigas, que ya pisaba el umbral de la puerta, hizo alto, dió media vuelta, y, pálido de cólera, avanzó un paso, clavó los ojos en el brigadier, y repuso con altanería, llevando una mano á la empuñadura de su sable:

—Se engaña el señor gobernador.

—Pues sepa que ahora mismo le he de poner la barra de grillos.

—Pues sepa el señor gobernador que no he de dejármela poner, respondió Artigas volviendo la espalda á Muesas.

Y miéntras éste quedaba pasmado de tanta osadía, el capitan se retiraba impávidamente, montaba en su caballo, y momentos despues salía de la Colonia con el teniente de su compañía don Rafael Ortiguera, resueltos ámbos á levantar el estandarte de la revolucion en la Banda Oriental, de acuerdo con la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

A los pocos dias llegaban á la capital del virreinato y ofrecian sus servicios á la Junta, que los aceptó con júbilo y agradecimiento, nombrando teniente coronel al capitan Artigas, y

autorizándole para organizar y acaudillar las milicias que reuniese en nuestro territorio. Tan pronto y bien desempeñó su cometido, que tres meses más tarde, el 18 de Mayo, alcanzaba una completa victoria en la batalla de las Piedras.

Este espléndido triunfo fué solemnizado en Buenos Aires, donde levantó los ánimos decaídos á consecuencia de las derrotas sufridas en el Paraguay por el ejército del general Belgrano; y para recompensar al guerrero que don Bartolo Mitre ha calificado de « gaucho bárbaro y sin ideas, » la Junta Gubernativa le mandó los despachos de coronel y una espada de honor.

II

En lo más récio de la batalla de las Piedras, el caballo de Artigas fué derribado por un proyectil del enemigo, y arrastró en su caída al jinete; una de cuyas piernas quedó bajo el cuerpo del animal, que se estremecía y pataleaba en las convulsiones de la agonía.

El arrojado teniente don Eusebio Valdenegro, que « hizo lucir en esa batalla sus virtudes militares » según el parte oficial, viendo la apurada situación en que se encontraba el caudillo de los orientales, echa pié á tierra, corre en su ayuda, y consigue desembarazarle del caballo.

Otro oficial—la historia no ha conservado su nombre—desciendo del suyo y se lo presenta al comandante Artigas, quien lo monta de un salto, y mostrándose á los soldados, que ya comenzaban á desanimarse por creer muerto á su caudillo, les dice recorriendo las filas:

—Muchachos, no temais por mí. Yo he hecho un pacto con la muerte, y ella me respetará mientras haya enemigos que combatir en el territorio de la pátria!

III

El cuerpo más antiguo del ejército auxiliar del Perú, era el

regimiento número 9, compuesto totalmente de orientales. Constaba de dos batallones de novecientas plazas, y cada uno de ellos tenia seis compañías. Las de la derecha se denominaban de Granaderos y Cazadores las de la izquierda. El centro seguía la numeracion de primera á cuarta.

El coronel don Manuel Vicente Pagola mandaba ese regimiento, que formaba á la derecha del ejército patriota. En esta disposicion se halló en la infausta accion de Sipesipe, ganada por los españoles al general Rondeau. Ya iba marchando en retirada, cuando fué acometido por toda el ala izquierda del ejército real.

Inmediatamente el coronel Pagola detuvo su caballo y gritó al número 9:

—Alto... Media vuelta... Rompan el fuego!

Y los soldados orientales hicieron alto, dieron media vuelta, rompieron el fuego, y empezaron « á batirse con toda la serenidad de una tropa aguerrida, » como dice el general Rondeau en su parte oficial, rindiendo justicia á esos valientes.

La heroica comportacion de los vencidos contuvo la persecucion de los vencedores, y el ejército derrotado pudo retirarse en orden, para rehacerse despues y dar muchos dias de gloria á la gran patria americana.

IV

En los regimientos 6 y 7 habia tambien numerosos compatriotas. El último, segun el coronel don Pedro P. Bermudez, « se organizó en nuestro país y tuvo el honor, en Maipú, de estar á la cabeza de la columna que á las órdenes del denodado coronel O'Higgins, decidió la batalla que fijó los destinos de Chile. »

Todos esos cuerpos orientales combatian á la sombra del pabellon argentino! O como dice el autor de *El Charrúa*:

Sin mote en el broquel y sin colores,
Salvaron del palenque las barreras;
Y aunque fueron en él mantenedores,
Lo fueron sin alzarse sus viseras!

Quisolo Dios, que convertido en hombre
Nos dió en su sangre un porvenir fecundo;
Y ellos como él, pero sin dar su nombre,
Dieron la suya en redencion de un mundo!...

Acaso no haya campo renombrado,
De esos que el heroismo ha enrojecido,
Donde algun oriental no haya lidiado,
Donde algun oriental no haya caído!

V

El 11 de Febrero de 1814, don Gervasio Antonio Posadas, Supremo Director de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, expidió un largo decreto contra Artigas; en el que, despues de prodigarle las más atroces injurias y calumniarle torpemente, le declaraba « infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria. »

Además se consignaba que era « un deber de todos los pueblos, justicias, comandantes militares y ciudadanos de las Provincias Unidas, perseguir al traidor por todos los medios posibles. » Y como si eso aún fuese poco, se ofrecia una recompensa « de seis mil pesos al que entregára la persona de don José Artigas, vivo ó muerto. »

—Ahora sólo falta una cosa para que se cumpla la última parte del decreto de Posadas, dijo Artigas á varios jefes y oficiales, á quienes habia llamado á su tienda de campaña para leerles ese documento, que con razon ha sido calificado de *bárbaro* por algunos historiadores imparciales.

—Qué cosa falta, coronel?, preguntó indignado uno de los jefes.

—Encontrar al hombre que se atreva á poner su mano sobre Artigas. . . . si es que ese hombre ha nacido !

VI

EL GAUCHO BÁRBARO Y SIN IDEAS, ordenaba la fundacion de la Biblioteca Pública de Montevideo el 25 de Mayo de 1816, para conmemorar dignamente tan glorioso aniversario ; con cuyo motivo daba el siguiente santo y seña á sus tropas :

SEAN LOS ORIENTALES TAN ILUSTRADOS COMO VALIENTES.

VII

Pensamiento del doctor don Juan Zorrilla de San Martin :

« Si el mapa sud-americano no es hoy definitivo, la República Uruguay no será satélite en las grandes evoluciones continentales del porvenir. Podrá absorber, pero nó ser absorbida. »

VIII

¿ Quién no ha oido hablar del célebre personaje que llamaban Pascualon, si es que no tuvo la fortuna de conocerle de trato ó de vista? Nosotros le fuimos presentados en los últimos tiempos de su vida, y aún era un viejo fuerte y gallardo, de lengua barba y aspecto venerable.

Sin embargo, viejo y todo, continuaba siendo el mismo hombre de su juventud y de su edad madura, en lo tocante á las historias que inventaba y á las exageraciones con que las referia; por lo cual más se asemejaba al famoso Manolito Gazquez, que no á un guerrero que hizo las campañas del Perú con San Martin y Bolívar.

—Cuando entramos en la ciudad de los Reyes, contaba una

vez, el alto comercio y los vecinos más pudientes de la población, obsequiaron con un espléndido banquete al general, jefes y oficiales del ejército libertador. Imagínense ustedes si habría mesas, que, por no caber ni en la plaza principal de Lima, que es muy grande, fué preciso colocarlas en el campo.

—En el campo? repitió un oyente.

—Sí, señor, en el campo, donde se extendían por más de media legua, todas al abrigo de inmensos toldos de raso verde, que nos resguardaban de los rayos del sol y dejaban circular libremente el aire, impregnado con el aroma de los jardines; porque este suceso ocurrió en la primavera.

—Caramba!, exclamó otro de los presentes; ya sería festín mónstruo el que costearon los comerciantes y los vecinos de la capital del Perú.

—Figúrense ustedes que el servicio se efectuaba á caballo y al gran galope. De otro modo hubiese sido imposible atender á tantos centenares de convidados. Por lo ménos habría unos tres mil; y hacían el servicio dos escuadrones, uno de lanceros argentinos y otro de húsares colombianos.

—Con armas?

—Sin armas; que ese no era un acto militar. Jamás he asistido ni asistiré á un banquete semejante, y hasta me parece imposible que se haya celebrado, ó se celebre, en América ni Europa, otra fiesta mayor ni que valga más plata. Saben ustedes lo que se gastó en ese banquete patriótico? Unos cuatro millones de pesos!

—Y eso que los escuadrones desempeñaban gratuitamente el oficio de los criados, murmuró con aire de burla un tercer oyente. Lo que no comprendo, señor don Pascual, es cómo se las componían los húsares y los lanceros, para no derramar las tazas de caldo.

—No sea usted ignorante!, repuso el narrador con admirable serenidad. Dónde ha oído usted que en los grandes banquetes se sirvan tazas de caldo?

IX

—Y fué usted muy amigo de San Martin,? preguntaba uno á Pascualon.

—Mucho, lo mismo que de Bolívar. El Libertador me hizo un buen regalo despues de la batalla de Ayacucho. Nada ménos que un par de pistolas de su uso particular. Y á propósito, creerá usted?...

—Qué cosa, mayor?

—Que pescando una tarde en el Tigre, provincia de Buenos Aires, se me cayó al agua una de esas pistolas; y como no la pude hallar, aunque la busqué más de dos horas entre el lodo, ya la consideraba perdida para siempre.

—Pero al fin la encontró?

—Cuatro meses más tarde, dentro de la panza de una corbina negra que saqué en la costa del Cerro.

X

—Al entrar en la provincia de Jujuy para pasar á Chile, el general San Martin dió la órden de que no tomásemos nada, ni agua siquiera, bajo pena de la vida, durante la marcha que íbamos á emprender.

—La órden era terrible.

—Pero necesaria para conservar la disciplina y organizacion del ejército. Sin embargo, yo la infringí, y acá me tiene usted sano y salvo, y con miras de vivir mucho todavía.

—Y cómo la infringió, don Pascual?...

—Recuerdo que el caso sucedió en el valle de Humahuaca, donde se veían algunas miserables chozas aquí y allá, y seis ó siete árboles raquiticos, de cuyas ramas pendian unas cuantas

pelotas con miel. Hacía un calor sofocante y yo y mis compañeros llevábamos una sed de todos los demonios.

—Ya me lo presumo, mayor.

—Yo marchaba al frente de mi compañía y á vanguardia del ejército—mi compañía estaba de servicio ese día—cuando divisé la primera pelota. Ahora es la mía!, dije para mis adentros. Y sin más ni más saqué una pistola de las pistoleras...

—Del par regalado por Bolívar?

—No, señor, la batalla de Ayacucho fué la última de la campaña. Pues saqué una pistola de las pistoleras, la amartillé, apunté al cuero, y pum!... allá salió la bala.

—Y pegó?

—Vaya si pegué! Le abrí un agujero del grandor de una monedita de dos reales, por el cual saltó un chorro de miel más dulce que la hiblea. Bebí yo hasta que no quise más, bebieron mis oficiales y bebieron mis soldados; y como aún quedara miel en el cuero, para que no se desperdiciase...

—Lo tapó con otra bala?

—Aunque no de plomo, sino del lienzo de mi camisa; que arranqué un pedazo de la falda, formé con él una bola, metí la bola en el arma, despues de haberla cargado con la pólvora precisa; la cebé, la monté, volví á apuntar... y pum! Quedó tan herméticamente tapado el agujero, que ni el propio general con toda su astucia hubiera descubierto la artimaña.

IX

En otra ocasión refería de distinto modo el suceso y lo hacía pasar en el desierto de Atacama.

—Qué ojo el mío cuando yo era joven!, decía á varias personas que acababan de oírle contar algunas proezas. Cruzábamos el desierto de Atacama, donde no se encuentra agua ni para remedio. Yo marchaba de explorador como á una legua á vanguardia del ejército de San Martín, comandando una compañía de dragones.

—De tragones ?

—De dragones. Estos son unos soldados que desempeñan su servicio igualmente á caballo que á pié. El general tenía dos regimientos de dragones ; y tal día, confiando en mi arrojo y aptitudes, aunque me esté mal el alabarme, me había encomendado esa compañía, con la misión de reconocer el terreno y buscarle un buen sitio para acampar.

—Y existían enemigos en el desierto ?

—Enemigos precisamente, no ; pero no faltaban dos ó tres pequeñas tribus de indios merodeadores, que podrían sorprender alguna partida descuidada, ó robarnos los bagajes que conducíamos en mulas. El calor era insoportable, lo recuerdo como si fuese ahora, y mis bravos dragones, devorados por la sed, apenas tenían aliento para sostenerse sobre la montura.

—De modo que si cargan los indios . . .

—Entonces ya habría sido diferente, que la fatiga hubiera desaparecido como por encanto, y hubiésemos dado una *sableada* á los atrevidos salvajes. Yo había ordenado á mi gente que se metiese una bala en la boca, para mitigar el ardor que sentían en las fauces, pues el plomo refresca por la saliva que provoca de continuo . . .

—Lo sé por experiencia, interrumpió uno de los que le escuchaban.

—De repente, al desembocar una áspera quebrada, nos topamos con una ranchería sin habitantes. Estos habían huido á nuestra aproximación. Echamos pié á tierra, registramos los ranchos, y ni viveres ni agua. Agua sobre todo, que era el grito de mis pobres soldados, los cuales miraban con tristeza sus cantimploras vacías.

—Qué situación !

—Imagínense ustedes la situación. Qué nos restaba? Seguir adelante. A caballo, á caballo, mandé yo, y ya continuábamos la marcha, cuando un sargento gritó alegremente, saliéndose de las filas:

—Allí hay agua, mi capitán.

—Dónde, le pregunté?

—Allí, en aquel cuero colgado en aquella rama.

Y con la mano derecha me señalaba un árbol corpulento y altísimo, cuyo nombre indígena he olvidado por desgracia. Fué el único que vimos durante tres días; porque Atacama es un desierto atroz, un desierto sin oasis! No volvería yo á atravesarlo hoy, ni que me nombrasen coronel.

—De suerte qué, don Pascual?....

—Yo bajaré la pelota si usted me lo permite, me dijo el sargento.

—No hay necesidad, le respondi.

Y saqué una de mis pistolas, la monté, apunté al cuero, y pum!... Le abrí un agujero y saltó un chorro de agua cristalina. Bebí yo, bebieron los oficiales, bebieron los soldados, y luego se llenaron las cantimploras....

—Ya había agua!

—Era una pelota enorme, tan enorme, que aún quedaba mediada, sin exagerar. Porque yo nunca exagero, señores. Y como tampoco he sido de alma perversa, quise dejar á los salvajes el líquido que sobraba. Así es que pedí á uno de mis dragones el corcho de su cantimplora, eché pólvora en mi arma, la ataqué, metí el corcho, lo ataqué, puse la ceiba, apunté, y pum!... sale el corcho y tapa herméticamente el agujero. ¡Qué ojo el mio cuando yo era joven!

X

Atribúyese la siguiente frase, que es un gran programa político, al general don Lorenzo Batlle, ex-Presidente colorado de la República:

« Gobernaré con mi partido y para mi partido. »

Y gobernó con su partido y para su partido; siendo uno de los Presidentes que, en esa parte, no faltó jamás á sus promesas.

XI

El ejército de Aparicio se hallaba acampado en la estancia que tiene don Juan Jackson en el departamento de la Florida. Con este motivo, algunos jefes y oficiales llegamos á *las casas*, donde se nos obsequió con un opíparo almuerzo.

Acabado el almuerzo, pasamos á la sala. Allí nos recibió la esposa del encargado, una señora muy educada y discreta; la cual, á pedido de todos, se sentó al piano y tocó varias piezas musicales, concluyendo por el himno nacional, cuya letra cantó Justino Laguna.

Poco despues moría en la batalla del Corralito este jóven y valeroso oficial. Una metralla del enemigo atravesó su generoso pecho....!

Terminado el himno, los oyentes nos fuimos acercando á la señora, para felicitarla por su maestría y agradecerle su amabilidad. Llególe el turno al general Bastarrica, que estrechando y sacudiendo la mano de la dama, le dijo con su vozarron más suave:

—Cara... cho! qué bien se lo toca usted, señora!

XII

Este bravo militar, excelente amigo y honrado caballero, á pesar de su aspereza de carácter y maneras algo bruscas, poseía un corazon de oro y una sinceridad infantil. Despues de tributar tan justo homenaje á su memoria, narrarémos otra anécdota que le es relativa.

Siendo jefe de un batallon de Cazadores, en la administracion de don Bernardo Berro, tocóle rendir honores fúnebres á un co-

ronel de la República, que había muerto en servicio activo y no hay para qué nombrar.

Antes de salir del cuartel, Bastarrica recomendó á sus soldados que pusiesen mucha atencion cuando él diera la voz de fuego, para que saliesen bien las descargas que debian hacerse.

Llegó, pues, el batallon al cementerio y en oportunidad mandó el jefe la primer descarga. Efectuóse esta, y tanto le gustó, que exclamó dirigiéndose á la tropa:

—Cara . . . cho!, si yo tuviese un onza de oro en el bolsillo, ahora mismo se los regalaba, muchachos!

Pero la segunda descarga salió mal y la tercera peor. Entonces Bastarrica, que estaba á la derecha del batallon, espoleó el caballo hasta colocarse en el centro, á su frente, y allí encarándose con los soldados gritó furiosamente:

—Puercos! Si los hubiese tirado el onza de oro, ahora mismo se los quitaba, cara . . . cho!

Qué tiempos aquellos en que los jefes de batallon no tenían una onza de oro para regalar á sus soldados! Ahora las tienen de sobra hasta los oficiales . . . Y en cuanto á los comandantes de cuerpo, á cuál le faltan carruajes, casas y quintas?

XIII

Don Fructuoso Cabral era un caballero honrado y muy querido; mas hombre de tan escasa instruccion, que una vez poniendo en remate una obra de Alejandro Dumas, *Los compañeros de Jehú*, decia á los concurrentes:

—No hay quién dé más? Vamos á ver, señores. Es muy *insinificante* la oferta que me hacen por este libro. Una novela *manífica* . . . «Los compañeros de Jesús» . . . no, de Jehú . . . por Alejandro Dumas. Es una novela *manífica*, señores, y además tiene *gravámenes*.

El rematador quería decir grabados.

XIV

El mismo señor Cabral asistió á la inauguracion del ferrocarril del Salto á Santa Rosa, no recordamos si como Presidente de la Cámara de Representantes, que lo era á la sazón, ó como diputado por aquel departamento.

El caso es que leyó un discurso, que otro le habia escrito, en que, amen de muchas frases muy mal pronunciadas, dijo la siguiente, con toda su gravedad característica, en presencia de un público numeroso :

—Señores, este ferrocarril vá á ser un gran *venéreo* de riquezas para el departamento del Salto.

¿ Quién extrañará que la persona que confundia un gravámen con un grabado, creyera que tanto valia *venéreo* como *venero* ?

XV

La esposa de cierto gobernante, contestaba á dos amigas de humilde esfera que la felicitaban por la elevacion de su marido :

—Gracias, señoras, y no se piensen que por ser ahora una mujer pública, dejaré de ser siempre amiga de ustedes.

¿ Sería tal vez á esta dama, que se consideraba mujer pública por que su esposo era hombre público, á quien aludiría Figueroa en aquel epigrama, puesto en boca de una mujer, y que concluye de este modo ? :

Pues si hombre público es él,
Mujer pública soy yo !

XVI

Otra dama, si no fué la misma, respondió á un individuo que

preguntaba por el *brigadier*, al día siguiente de haber sido agraciado su esposo con tal empleo:

—Qué *Grabiel* busca usted? Aquí no vive ningun *Grabiel*, sino don Fulano de Tal!

XVII

La misma ú otra dama, por fin, envanecida con la posición de su esposo, hombre modesto y enemigo de las farsas sociales, decíale la primera noche que fueron al teatro despues de la elevación del cónyuge, hallándose éste y la mujer en un palco balcon:

—Dáte tono Fulano, que te miran. Dáte tono, Fulano.

XVIII

Un suscriptor del *Teléfono Uruguayo* previene á la oficina que quiere hablar con el diputado don Federico De Martini, el cual se encontraba en ese instante haciendo número en la Asamblea.

La Oficina lo participa al oficial de sala, á fin de que se lo comunique al representante. Avisado De-Martini, se levanta de su asiento, pasa á la antesala, coge la bocina del teléfono y dice:

—Hola!

—Hola!, le contestan.

—Quién me dirige la palabra?

—Yo.

—Cómo se llama usted?

El preguntado dá un nombre supuesto. De-Martini responde:

—No lo conozco.

—Qué importa?

—Bueno. ¿Qué se le ofrece?

—Nada, señor diputado. Solamente deseaba oír el timbre de

su voz. Como nunca abre usted la boca en la Cámara! Al cabo he cumplido mi gusto. No se incomode usted....

Refieren otros que esta broma fué recibida por don Luis Peña. Lo cierto es que ámbos la han merecido, pues en el Parlamento desempeñan á las mil maravillas el papel de mudos.

XIX

El autor del *Himno Nacional* iba un domingo á la Union, en uno de aquellos ómnibus que hacían el trayecto de esta villa á la capital y vice-versa. Maldecidos carruajes y endemoniado el camino que recorrían!

Figueroa se hallaba sentado entre una señorita y don Diego Esteves, que ni en ese tiempo ni nunca fué un Adónis, dicho sea en obsequio de la verdad y sin ofensa para don Diego, que Dios guarde muchos años.

Uno de los pasajeros pidió á Figueroa que improvisára algun verso alusivo á la posicion en que se encontraba; y como Figueroa poco se hacia de rogar para ello, contestó al punto:

—Y qué quiere que diga?

Que yo de paciente he dado
Un patente testimonio,
Y un bien y un mal he logrado,
Pues que vengo *machembrado*
Entre un ángel.... y un demonio!

XX

La señorita á que nos referimos era algo bisoja. El vate uruguayo, que estaba de vena ese día (cuándo no lo estaba?) preguntó el nombre de la niña á la persona que la acompañaba, y habiendo respondido ésta que se llamaba Celina, al momento exclamó Figueroa dirigiéndose á ella:

No es un defecto, Celina,

De tu luz oblicua el rayo,
Que eres simpática y fina;
Y la luz es más divina
Cuando el sol hiere al soslayo!

XXI

El capitán don Adolfo Saguier, que cayó prisionero de los paraguayos y pudo escapar con vida después de sufrir horribles tormentos, escribía en *La Nación Argentina* del 15 de Enero de 1869, hablando del fusilamiento del coronel don Francisco Laguna, que á raíz de la entrada de Flores y los brasileiros en esta capital, fué á ofrecer sus servicios al Presidente Lopez :

“ Ya hemos referido que los argentinos, brasileiros y orientales fueron sacrificados en masa. Pero hay una circunstancia especial y tal vez única en el mundo con respecto al coronel Laguna

“ Recibió el fuego de los tiradores y fué traspasado por cuatro balas. A pesar de eso, se volvió á sentar recomendando que lo ultimasen. Segunda vez recibió el fuego y se volvió á sentar, ya con el pecho hecho pedazos. Le volvieron á tirar, y sentóse por tercera vez. Y así continuó este drama tremendo hasta la quinta vez, en que recién rindió la vida. ”

¡ Cinco descargas fueron precisas para que dejára de existir aquel bravo !

XXII

Don José Pedro Pintos tenía alquiladas dos piezas en una casa de familia. La casa era de altos y una de las piezas del inquilino daba á la calle.

Una mañana (la familia se hallaba ausente en una quinta del

Paso del Molino) el periodista, que estaba levántandose, sintió tres fuertes golpes en la puerta.

En el acto sale al balcon, mira hácia abajo y vé á un individuo de regular estatura, algo canoso y bastante bien vestido, que le dice:

—Señor, me quiere hacer el servicio de bajar un momento?

Creyendo que se tratára de algo muy urgente, Pintos se acaba de vestir á toda prisa, baja en dos saltos la escalera, abre la puerta y pregunta:

—Qué se le ofrece, caballero?

—Señor, deseaba saber si vive aquí don Fulano de tal, respondió el sujeto.

El periodista se quedó contemplando al importuno y no sabía si reirse ó despedirlo con cajas destempladas. De repente se le ocurre que lo mejor era pagarle en la misma moneda. Así es que contestó:

—Suba usted.

El individuo subió tras el periodista, en la persuasion de que fuese la persona que buscaba, ó de que viviera allí; pero apenas llegaron al último tramo de la escalera, vuélvese Pintos y le dice tranquilamente:

—No, señor, aquí no vive don Fulano de tal.

Y le dá la espalda metiéndose en su habitacion.

XXIII

Después del combate de Perseverano, en que el coronel Arrúe derrotó completamente al coronel Gaudencio, y lo hubiera cogido con el resto de su tropa si los comandantes de la caballería hubiesen obedecido las órdenes del jefe vencedor, el vencido consiguió vadear el Rio Negro é incorporarse al general Borges, que venía de Paysandú con un ejército de las tres armas.

Inmediatamente le propuso Gaudencio un plan de campaña, que consistía, primero, en atacar las fuerzas del coronel Arrúe y luego de destrozarlas, como se creía, en virtud de la superior

ridad de elementos que tenían las del gobierno de Varela, dirigirse al encuentro del general Muniz y empeñar una batalla decisiva.

Borges escuchaba con mucha atención al coronel Gaudencio, y así que éste acabó de hablar hizo con la cabeza un signo negativo.

—De modo que mi plan no le parece bueno ?, le preguntó el coronel.

—No me parece bueno.

—Pero siquiera ataquemos á Arrúe, que no podrá oponernos gran resistencia. Más vale esto que huir. . . .

—Coronel, más vale huir que salir derrotado, replicó sentenciosamente el general Borges.

XXIV

Pensamiento del senador don Agustín de Castro :

« Los abogados no ven más que con la ley por delante : son como las mulas tahoneras, que no ven más que para adelante. »

XXV

El coronel don Manuel Araucho, autor de un libro de versos que se titula *Un paso en el Pindo*, improvisó en 1816, en la Secretaría del Cabildo de Montevideo, la décima que transcribimos á continuación:

Caminaba San Raimundo
En un reyuno alazan,
Con dos árganas de pan
Por la posta al otro mundo.
Encontró á Carlos segundo
Que andaba vendiendo velas,
Y mostróle unas espuelas
Con que venía de Rusia,

Y dijo: con esto en Prusia
Se cura el dolor de muelas.

Algun tiempo despues, varios amigos pidieron al autor que glosára su décima; como lo hizo en una composicion denominada *La metromanía*, cuya estrofa final es la siguiente:

Ana Bolena furiosa
Tiró á Abel un altibajo,
Y le rompió el contrabajo
Al profesor Espinosa.
Ya pasaba á más la cosa;
Mas se apagaron las velas
Al pedir Cascaciruelas
La pistola á un oficial,
Que así es como don Pascual
Se cura el dolor de muelas.

Esta poesia fué publicada en un diario, y al día siguiente de salir á luz, se presentó en casa del coronel Araucho el célebre Pascualon.

Recibióle afectuosamente el coronel y le invitó á pasar á su escritorio.

Luego que se sentó la visita, dijo ahuecando la voz y tomando una actitud de ceremonia fúnebre:

—Coronel, me trae á su casa un motivo grave, sumamente grave.

Y frunció el ceño como para dar más autoridad á sus palabras.

El poeta, algo sorprendido con el introito, descruzó las piernas, arrojó el cigarro que habia encendido y contestó con solemnidad:

—Hable usted, que le escucho atentamente.

—Ahorrando frases, señor, porque entre frailes y soldados, cumplimientos excusados, le participo á usted que vengo á exigirle una satisfaccion.

—A mí?... Le aseguro que ignoro en qué puedo haberle ofendido.

—A eso voy. En los versos que ha publicado ayer, he visto una alusion á mi persona, una alusion tan directa....

El coronel Araucho ya empezaba á entender; pero se *hizo el zonzo* y preguntó:

—Y en qué estrofa ha visto esa alusion tan directa?

—Allí donde dice que don Pascual se cura á tiros el dolor de muelas. Me lo negará usted?

—No comprendo.... replicó Araucho con cierto retintín, aunque ya lo habia comprendido todo y deseaba saborear la escena.

—Pues está muy claro, señor coronel. «Así es como don Pascual se cura el dolor de muelas.» Quién es don Pascual? Yo! He ahí la alusion patente, evidente...

El autor de la glosa iba á soltar una carcajada, mas se contrató al ver la seriedad de Pascualon, y afectando la misma seriedad repuso:

—Señor (aquí el apellido de la visita) al escribir que don Pascual se cura con una pistola el dolor de muelas, ha estado muy léjos de mí el pensamiento de inferirle una injuria ...

—Con todo, usted reconocerá....

—Usted es quien reconocerá que hay cien Pascuales en Montevideo, y todos ellos podrian creerse retratados en ese don Pascual que se cura á pistoletazos el dolor de muelas. O es usted el único que se llama Pascual?

—No, señor. Sin embargo....

—Permítame que continúe, prosiguió el poeta llevándose un pañuelo á la boca, para ocultar una sonrisa que vagaba por sus labios. Repito que ha estado muy léjos de mí la idea de inferirle una injuria; y para demostrarle mi sinceridad, inmediatamente voy á remitir á la imprenta una carta con esta declaracion. Aguarde un momento.

En seguida Araucho se acercó á la mesa, cogió un pliego de papel, mojó la pluma en el tintero y comenzó á escribir, leyendo á medida que los trazaba, los siguientes ó parecidos renglones dirigidos al editor del diario:

Señor editor:

“ En mi Glosa intitulada *La metromanía*, dónde se dice que don Pascual se cura con una pistola el dolor de muelas, ha de entenderse que no he pensado referirme al señor sargento mayor del ejército, don Pascual. . . . ”

—No, coronel, prorrumpió la visita poniéndose de pié y aproximándose á la mesa, sin penetrar la diabólica intencion del coronel, que era ridiculizar más claramente á Pascualon.

—Cómo que nó? Vaya! Estaría bonito que usted siguiera suponiendo que le había agraviado! Yo quiero que usted salga convencido de mi absoluta inocencia, sí, señor. Quiero ofrecerle una satisfaccion pública. . . .

—Me basta con la privada, coronel, y puesto que usted manifiesta que no ha pensado referirse á mí, me doy por plenamente desagraviado.

—Entónces rompo la carta.

—Y muchas gracias, coronel. No esperaba ménos de su caballerosidad. Así es que continuaremos tan amigos como ántes y como siempre.

—Como ántes y como siempre, mayor. Ya sabe que puede contar conmigo en cualquiera circunstancia. Aquí me tiene á su disposicion.

—Y yo me pongo á sus órdenes, coronel.

Coronel y mayor se estrecharon cordialmente las manos, retirándose Pascualon muy complacido, miéntras que Araucho quedaba desternillándose de risa.

XXVI

Decía el doctor don Julio Herrera y Obes :

—Eduardo Flores es la persona que más ha leído en la República.

—Y tambien la que ha comprendido ménos, contestaba el satírico doctor don Pedro Bustamante.

XXVII

En la accion de Coquimbo, si mal no recordamos, el general don Fausto Aguilar dirigió por toda arenga á sus soldados, ántes de llevar una impetuosa carga de caballería á las fuerzas del Gobierno, esta frase digna de un hijo de Esparta :

—Muchachos, quitarse los ponchos, que en el otro mundo no hace frio !

Frase digna de un hijo de Esparta, repetimos, porque no es más sublime la que pronunció Leonidas, despues de hacer tomar un ligero desayuno á sus valientes, para reñir el último combate contra los persas : Esta noche cenaremos con Pluton !

XXVIII

Don Tomás Diago, que en su mocedad fué guardia de corps del rey Fernando VII y en su edad viril uno de los individuos de la Asamblea General Constituyente y Legislativa de la República, decía una noche en la Cámara de Diputados, haciendo uso del lenguaje expresivo de nuestros compatriotas de la campaña :

—Las leyes con efecto retroactivo, son leyes con ojos en el cogote !

XXIX

Hemos oído referir al propio don Tomás Diago, que yendo una tarde con su compañía escoltando el carruaje de Fernando VII, se le desbocó el brioso caballo que montaba, y no pudo sujetarlo, á pesar de todos sus esfuerzos, sino veinte varas más adelante del coche real.

Un poco avergonzado del percance sufrido, esperó á que el rey pasase para saludarlo con su espada, y volver á ocupar su puesto en la compañía; mas cuando iba á incorporarse, oyó decir al duque de Alagon, favorito del soberano y jefe de los guardias:

—Vaya un guardia americano un guardia de papel!

—Sí, soy americano, respondió don Tomás con todo el fuego de la juventud y de la ira, deteniendo el caballo y encarándose con su jefe; pero no soy guardia de papel, señor duque. Lo soy de carne y hueso, y estoy dispuesto á probárselo á V. E. cuando quiera, donde quiera y como quiera.

Esta contestacion le valió una semana de arresto; y le hubiera ido peor, á no haber mediado algunas personas influyentes en la corte, que dispensaban su proteccion ó su amistad al joven guardia de corps.

XXX

He aquí la *verdadera* lista de los TREINTA Y TRES, facilitada por el general don Juan Antonio Lavalleja al coronel don Pedro P. Bermudez, y publicada por éste en las *Notas* del acto 3.º de su drama en cuatro actos y en verso titulado *Un Oriental*:

“ Estado Mayor General.

«Pié de lista de los individuos que tiene el expresado para la Revista de Comisario del presente mes:

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Coronel comandante en jefe	Don Juan A. Lavalleja .	Presente
Sargentos Mayores	“ Manuel Oribe	“
	“ Pablo Zufriátegui . . .	“
	“ Simon del Pino	“

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
	Don Manuel Lavalleja..	Presente
	" Manuel Freire.....	"
Capitanes	" Basilio Araujo (1)..	"
	" Jacinto Trápani...	"
	" Gregorio Sanabria..	"
	" Manuel Melendez..	"
Tenientes	" Atanasio Sierra.....	"
	" Santiago Gadea.....	"
Alférez	" Pantaleon Artigas..	"
Cadete	" Andrés Piquiman (2).	"
Sargento	" Juan Piquiman.....	"
Cabo 1.º	" Celedonio Rojas.....	"
Vaqueano	" Andrés Chevestre..	"
Soldados	" Juan Ortiz.....	"
"	" Ramon Ortiz..	"
"	" Avelino Miranda....	"
"	" Carmelo Colman....	"
"	" Santiago Nieves....	"
"	" Miguel Martinez....	"
"	" Juan Rosas.....	"
"	" Tiburcio Gomez....	"
"	" Ignacio Nuñez.....	"
"	" Juan Acosta.....	"
"	" José Leguisamo.....	"
"	" Francisco Romero..	"
"	" Norberto Ortiz....	"
"	" Luciano Romero....	"
"	" Juan Arteaga.....	"
Sirvientes	" Dionisio Oribe.....	"
"	" Juan Artigas.....	"
Total: tropa...		20

(1) Véase la primer nota de la lista.

(2) Spikerman, lo mismo que el siguiente.

NOTAS—El capitán Don Basilio Araujo no vino incorporado á los Treinta y Tres; pero sí en la misma combinacion—hizo el viaje por tierra, pasó el Uruguay, cumplió su comision y se incorporó en la costa á los demás.

Los señores jefes, oficiales, tropa y sirvientes que componen esta lista, pisaron la márgen oriental del Uruguay en el día 19 delcorriente para promover la Libertad de la Provincia.

Cuartel General, en marcha, 30 de Abril de 1825.

PABLO ZUFRIÁTEGUI.

Visto Bueno—LAVALLEJA. »

XXXI

Don José Cándido Bustamante, que fué mal poeta, mal literato, mal orador y mal periodista, es autor del siguiente refran, proverbio ó lo que sea :

«Macaco viejo no sube á palo podrido porque prevé el golpe.»

XXXII

Pensamiento del doctor don Gonzalo Ramirez: (1)

“ Los que creen que la abstencion y la revolucion son siempre medios raquíticos para combatir gobiernos personales y dictaduras desenfrenadas, desconocen por completo las aspiraciones y virtudes de un pueblo de verdaderos ciudadanos. La patria de los orientales no se ha convertido todavía, felizmente, en una colonia de mercaderes. La religion del sacrificio tiene aún en ella creyentes abnegados, y hay ciudadanos con el valor cívico suficiente para cumplir el estóico precepto del poeta latino: “ Hágase la justicia y que se desplome el cielo ! ”

(1) Del Album de autógrafos de Ricardo Sanchez.

XXXIII

En tiempo de Maricastaña, que fué el de la dominacion española, había en Montevideo un comerciante oriental apellidado Illa, hombre de bien á carta cabal y muy devoto de la Virgen de Dolores; cuya imagen de madera, toscamente labrada, tenia sobre el mostrador de su casa de negocio, bajo un fanal polvoriento y pintorreado por las moscas.

Arrimado al fanal y dentro de un marco que iba royendo la polilla, veíase aquel antiquísimo cartel de HOY NO SE FIA MAÑANA SÍ, cartel que áun se encuentra en tal cual pulpería ó tenducho de los arrabales. Sin embargo, tan expresivo letrero sólo rezaba con la clase pobre, por que para la pudiente ya era harina de otro costal.

Ello es decir que el buen comerciante fiaba á la gente rica; y como mucha gente rica compra y no paga, claro está que el aludido llevaba cada *clavo*. . . . como de aquí á la pared de enfrente. Son las gangas del oficio, segun otro del gremio; y lo peor, añade, es que hay personas á quienes no se les puede salir con la pata de gallo de: No le vendo á usted !

Hé ahí lo que pasaba al devoto de la Virgen de Dolores. Cómo espetar un *no le vendo á usted*, á la esposa de un regidor, á la hermana de un coronel, á la prima del gobernador, ó á cualesquier individuo de alta categoría? Para que le ordenaran cerrar la casa de negocio! Que en todas partes y épocas cuecen habas los *manantes* y sus familias.

Lo que hacia el comerciante, cuando trataba con alguna tramposa ó tramposo de campanillas, era cuadruplicarles el precio del artículo que deseaban, á fin de ver si se lo dejaban en los estantes; pero como para quien no tiene la intencion de pagar, lo mismo es que le pidan cien que veinte, contestaban:

—Bueno, Illa, aunque me carga la mano.

—Sí á usted le parece excesivo

—No importa. Yo nunca regateo. De aquí á una hora mandaré al negro ó á la mulatilla por los artículos comprados. No me los demore usted.

Antes de la hora llegaban la mulatilla ó el negro en busca de los artículos, que el devoto de la Virgen de Dolores entregaba puntualmente; mas apénas habian pisado el umbral de la puerta de calle, volvía la cabeza hácia sus dependientes y les decía entre suspiro y suspiro :

— Doña Fulana á don Mengano no me pagará; pero caro los lleva.

Tal la filosofía del comerciante. Buen consuelo !

XXXIV

Como lo recuerda oportunamente De-Maria en sus *Hombres notables de la República*, don Juan F. Giró fué el primer Presidente que dejando las comodidades de la capital, salió á campaña con el objeto de estudiar sus necesidades para ponerles el remedio posible.

Varios meses duró el viaje del ilustre patricio, terminado el cual en los departamentos del Norte, resolvió volver á Montevideo por la vía fluvial, embarcándose en consecuencia con su comitiva en el vapor *Progreso*.

Este buque tocó incidentalmente en el puerto argentino de Gualeguaychú ; y así que en esta poblacion se supo que á bordo del vapor se hallaba el Presidente uruguayo, todas las autoridades civiles acudieron á presentarle sus respetos.

Tambien concurrió el comandante militar del punto, y rogó repetidas veces al señor Giró, en nombre del pueblo que se hallaba congregado á orillas del río, que bajase un momento á tierra, donde sería recibido con los honores correspondientes á su alta jerarquía.

—Agradezco los honores que se me quieren dispensar, contestó el Presidente; pero me es imposible aceptarlos, porque la Constitucion de mi patria me prohíbe poner el pié en territorio extranjero sin permiso de la Honorable Asamblea General.

Tanto y tanto respetaba la Constitución el viejo prócer! Los Presidentes de hoy, y especialmente el actual, que Dios guarde muchos años, tan hambrientos de vanos homenajes, habrían tenido los escrúpulos de don Juan F. Giró?

XXXV

Pensamiento del doctor don Angel Floro Costa:

“ El *lábano* de todas nuestras cuestiones, no es otro sino el estómago. ”

Esto, en Retórica, se llama sinécdoque. Ello es decir que el doctor ha tomado el *todo* por la PARTE ...

XXXVI

A un jóven que se alababa de tener una vista de lince, le replicaba el inolvidable Pascualon:

—No lo dudo, jóven, pero no será mejor que la mia; y eso que ya he cumplido los sesenta.

—Figúrese usted, seguía diciendo el mozo, que desde el muelle de la Capitania, yo alcanzo á distinguir un animal que ande por la falda del Cerro.

—Y se jacta de su buena vista? No embrome, porque eso no vale nada. Si supiese usted lo que *pizparon* mis ojos en el asta-bandera de la fortaleza...

—Algun gato?, preguntó el otro con sorna.

—Un gato? Bah!, en este caso no me los elogiaria. ¿Quién no percibe un gato á una legua de distancia? Hasta el individuo más míope.

—Entónces qué vió usted en el asta-bandera?

—Una pulga, jóven, una pulga, que justamente acababa de

escapársele de los dedos á un soldado que se la había encontrado en la camisa.

XXXVII

Don Francisco A. de Figueroa fué con dos amigos á almorzar á un hotel.

Luego que los tres se sentaron á la mesa, presentóse el mozo preguntando :

—Quieren fiambres los señores?

—Eso de fiambres ya es *fiambre*, contestó Figueroa.

—Hay lengua, añadió el mozo...

—Ni aún queremos la suya, por ser usted media lengua. Guárdesela donde no le dé el sol, repuso el Quevedo uruguayo.

—Hay jamon de Inglaterra...

—Si fuese jamona y del Uruguay, pase.

—Hay matambre arrollado...

—Matambre y arrollado? Tampoco, no, señor. Aquí venimos á matar el hambre y no á ser muertos por ella; venimos á arrollarla y nó á que nos arrolle. No faltaba más!

XXXVIII

Cierto escritor... ya íbamos á poner lo del epigrama :

Cierto escritor de esta edad

Que es un pedazo de atun,

Decía con gravedad :

—Yo escribo para el comun;

¡Y era la pura verdad!

Pues cierto escritor de sainetes, bastante conocido en Montevideo, entró una noche en el palco del coronel Latorre, á fin de invitarle para una funcion dramática que se pensaba dar en Solis con un objeto patriótico.

—Bueno, iré, respondió el gobernante.

—Al mismo tiempo, señor gobernador, siguió el de los entremeses, tengo el honor de comunicarle que se representará una obrilla de mi cosecha.

—En verso ó en prosa?, interrogó con socarronería don Lorenzo.

—En prosa, señor, porque yo no compongo poesías, que son mucho ruido y pocas nueces. Mi trabajo escénico es una petipieza escrita á vuela pluma.

—Escrita á vuela pluma? Ya me figuro como será de *amolada*.

—En cuanto á esto, me ha de permitir el señor coronel que le replique....

Y habiéndose interrumpido el literato al observar una sonrisa en los lábios del Dictador, éste le dijo:

—Prosiga no más, prosiga.

—Pues, salvando los respetos debidos, manifestaré al señor gobernador, que mal puede juzgar un trabajo que no conoce.

—Es verdad, respondió Latorre con toda calma; no conozco el trabajo, pero le conozco á usted, que es lo mismo, y sé *perfectamente* la leche que puede dar.

Ya se imaginarán los lectores cómo se quedaría el escritor despues de recibir esa estocada á fondo.

XXXIX

El doctor don José P. Ramirez decía en la Cámara (1875):
“que don José Cándido Bustamante era autoritario arriba y demagogo abajo.”

Los hechos de don José Cándido Bustamante ya lo habian dicho, mucho tiempo ántes que las palabras del doctor don José P. Ramirez.

XL

El 16 de Julio de 1883, el Presidente de la República, brigadier general don Máximo Santos, dirigía á la Asamblea General una comunicacion que empezaba de este modo :

« Razones de salud obligan al *Poder Ejecutivo*, á no concurrir personalmente á ese acto solemne; » que era la clausura de las sesiones extraordinarias del Cuerpo Legislativo.

¡ Como si el *Poder Ejecutivo* fuera un simple mortal, ó un mortal simple, de la estofa del Presidente constitucional y colorado de la República Oriental del Uruguay !

Hé ahí el resultado de la educacion *campamentera* de don Máximo Santos; porque, segun confesion propia, el ex-jefe del 5.º de Cazadores se educó en los campamentos.

A pesar de que sargentos
Y capitanes y cabos,
A ese bravo de los bravos,
Jamás en los campamentos
Le pudierou encontrar.
Pues que el brigadier postizo
Tan recargado de galas,
En cuarteles y antesalas
Y en *expediciones*, hizo
Su carrera militar !

XLI

Colon descubrió la América, Gañleo los cuatro satélites de Júpiter, Herschel á Urano, Leverrier á Neptuno.... y don Meliton Gonzalez una noche de treinta piés; que es el descubrimiento más pasmoso de los pasados y presentes.

Y para que no se crea que mentimos, vamos á copiar lo que decia en *La Semana*, allá por el mes de Diciembre del año del Señor de 1879, el hombre que puede dar quince y falta á los descubridores antiguos y modernos :

« Es legendario el río Yi, ya por la cantidad de sus aguas, que crecen con suma rapidez, aumentando su nivel en *una noche sola de treinta piés* » ...

¡Y pensar que al sublime descubridor de esa noche de treinta piés:

Ningun gobierno, ninguno,
De América ó ultramar,
Le honraron con un collar...
Ni tan siquiera perruno !

XLII

Palabras del doctor don Juan C. Gomez :

“ Es una mentira histórica imputar á la Asamblea de la Florida la creacion de la nacionalidad oriental....

“ Si se tratase de solemnizar el hecho de la Independencia Oriental sin conexion alguna con las tradiciones de los Treinta y Tres y de la Florida, *tal vez* me asociase á ello, tomándolo como un hecho consumado ó conveniente; *pero en tal caso tendríamos que colocar en el monumento las estátuas del emperador don Pedro I y del gobernador Dorrego, que fueron los génios que lo produjeron.* ”

He ahí como pensaba un partidario de la anexion de nuestro país á la República Argentina. Ab uno disce omnes ! Y esas palabras eran, repitiendo las de Bossuet, los restos de una voz que se apagaba y de un ardor que se extinguía. De ese modo, disparando la flecha del partho, se despedía de sus compatriotas el hombre que algunos han comparado con Caton y Aristides.

; C'est ainsi qu'en partant je vous fais mes adieux !

XLIII

La bandera que trajeron los TREINTA Y TRES era como la tricolor de Artigas, habiéndole agregado este lema: **LIBERTAD Ó MUERTE.**

XLIV

A cierto jefe político de campaña, que rendía frecuente culto á Baco, le comunicó telegráficamente un ministro de Gobierno: que “ el Presidente le había aceptado la renuncia presentada ”, renuncia en que no había soñado el tal jefe político.

Este no se encontraba en la oficina, sino en su casa, cuando llevaron el telegrama á la jefatura. El oficial 1.º, que lo recibió, luego que se enteró de su contenido, corrió todo apurado al hogar de su superior, y sin más preámbulos le dijo:

—Es verdad que V. S. ha dimitido?

—Yo? Ni siquiera lo he pensado, contestó el devoto del Dios de las viñas.

—Pues aquí tiene V. S. un telegrama en que se le admite su renuncia.

Y entregó el despacho telegráfico al jefe político, que lo leyó haciéndose cruces.

—Vaya un buen trago el que me anuncia usted!

—La culpa no es mía, señor jefe.

—Ya lo veo que no es suya, pero.... En fin, lo que no tiene remedio, remediado está. Y como similia similibus curantur.... (El jefe entendía algo el latín por haber llegado hasta bachiller.)

—No comprendo.

—Que los semejantes se curan con los semejantes, según la divisa de los homeópatas. Vamos, pues, al café. Quizás un buen trago me haga pasar este mal trago que me envía el Gobierno!

XLV

Cuando el doctor Vidal hizo poner palmas en la plaza Independencia, dijo un chusco :

—Esas serán las únicas que tendrá en su perra vida el doctor Vidal.

Y efectivamente, fueron las únicas palmas que tuvo como Presidente, y todavía se secaron!

XLVI

La escena ocurre en la misma plaza Independencia.

Decía el doctor Julepe á un amigo, señalando con su baston el palacio de Gobierno :

—La oposicion me calumnia llamándome maniquí. Sin embargo, sepa usted que allí no canta más gallo que yo y en mi casa el del corral.

Palabras textuales. En esto pasaban dos señoras, una de las cuales se sonrió al oir al doctor Julepe.

Pero la otra, por lo visto más osada que su compañera, dijo como para que la escuchase el *gallo* :

—Un gallo? Otro gallo nos cantaría si lo fuese. Gallina sí que es, y cacareadora por añadidura.

XLVII

El día de la clausura de la Exposicion Ganadera, celebrada en 1883 por la Asociacion Rural, uno de sus miembros, don Juan Mac-Coll, pronunció un breve discurso, en el que, ponderando la

riqueza pecuaria de la República, dijo, entre otras cosas, las siguientes:

—Señores: (se hallaban presentes don Máximo Santos, Presidente constitucional y colorado, y el ministro de Gobierno doctor don Carlos de Castro, alias Peon del Progreso)... Serían mayores los lucros obtenidos por los que se consagran á la cria del ganado vacuno y del ganado lanar, si fuesen menores los impuestos que tienen que pagar al Estado. Pero, verbi gracia, de cuatro cueros de vacas ó novillos que vende el hacendado, el Gobierno se agarra uno, y de cuatro arrobas de lana que recoge, el Gobierno se agarra otra...

Y al decir *se agarra*, hacía con los dedos de la mano derecha, el movimiento que hacemos, cuando queremos expresar que alguno ha faltado al séptimo mandamiento de la ley de Dios, que es no hurtar, por si lo han olvidado nuestros lectores.

Al oir esas palabras del orador y reparar en el significativo movimiento de los dedos, el Presidente preguntó en voz baja y con grande *inocencia*, (segun la persona que nos ha comunicado esta noticia) á uno de los individuos de la Comision Directiva de la Rural, al mismo tiempo que *palmeaba* el hombro de su ministro don Carlos de Castro:

—Y esto lo dirá Mac-Coll por nosotros ?

Mas el señor Mac-Coll no aludia al Presidente de la República ni á los secretarios de Estado: aludia al Fisco.

XLVIII

Américo Idoyaga hacía una noche el papel de primer galan, en un drama romántico cuyo título se nos ha borrado de la memoria. Sólo recordamos que, enamorado de una dama, tenía que decir en su presencia, aunque dirigiéndose á otro de los personajes, el siguiente verso endecasílabo:

Esta mujer me ha trastornado el seso !

Llegado el instante en que debía declamar esas palabras, el

actor se aproxima al personaje aludido, le dá un golpecito en el hombro, señala con el índice de la mano derecha á la actriz que se miraba á un espejo, y exclama del modo más enfático que sea posible imaginar :

Esta mujer me ha trastornado el *sexo*!

Y luego con toda prosopopeya se vuelve hácia el público como pidiendo un aplauso. Supérfluo es agregar que nadie le palmoteó; pero ya se ha de comprender que el *equivoco* de Idoyaga produjo una carcajada general.

XLIX

Los vecinos de Montevideo estaban con el alma en un hilo, durante la gobernacion de don Fernando Otorgués (ó Torgués como escriben otros), en virtud de los punibles excesos á que se entregaba su levantisca é indisciplinada gente.

El célebre caudillo no podía ó no quería refrenar á su tropa; y todo lo que hacia, para satisfacer á los que iban á quejarse de haber sido vejados por algun soldado ú oficial, era responderles sarcásticamente, si no les daba con la puerta en las narices :

—Paciencia, mis amigos. ¡Qué demonio! Los muchachos se divierten.

El general Artigas, en campaña á la sazón, ignoraba lo que ocurría en la capital; mas así que tuvo noticia de los desmanes consentidos por Otorgués, le destituyó del cargo y se lo confirió al comandante don Fructuoso Rivera.

L

Poco despues del combate de Perseverano, dos pobres *chinas* se presentaron en el ministerio de la Guerra, y dijo la más jóven al ayudante de servicio :

—Señor, tenemos necesidad de ver ahorita mesmo al coronel Latorre.

Suponiendo que le querian comunicar algo grave, el ayudante llevó en el acto la noticia al futuro Gobernador Provisional, felizmente de buen humor ese día.

—Que dentren, articuló el ministro de Varela.

Y entraron las mujeres, que fueron recibidas con suma afabilidad por don Lorenzo, quien, para más señas, fumaba un rico puro regalado por don José P. Farini.

—Tomen asiento, *señoras*, profirió el jefe del 1.º de Cazadores, recalcando en la última palabra.

Las mujeres no aceptaron la invitacion, ni tampoco se atrevían á levantar los ojos, avergonzadas ó temerosas de hallarse en aquel sitio y en presencia del coronel Latorre.

—Qué hay, pues? preguntó éste.

—Coronel, respondió la más ladina, en tanto que su compañera la miraba de soslayo, semos las esposas de un sargento y un clarin baleaos en Perseverano, y venimos á pedirle dos pasajes hasta Fray-Bentos, donde están asistiéndose de sus heridas.

—Y ese era el asunto urgente? Pá eso me han incomodao . . . ajo! Qué hembras de . . .! Merecian que las sacase á patadas de aquí! Porqué vienen mintiendo?

—Señor, de otra manera no nos hubiesen anunciao, añadió la segunda mujer temblando de piés á cabeza.

—Ah, chinas diabras!, exclamó el ministro. Bueno; me gusta el ardil.

Y abriendo la puerta del despacho y empujando á las mujeres, gritó:

—Ayudante, que se extienda una orden pá que estas dos mulas vayan á Fray-Bentos á juntarse con sus machos.

LI

Otras dos negras que hacian antesala, se aprovecharon de la ocasion para acercarse al coronel Latorre.

—Qué quieren, morenas? Pronto!

—Dos pasajes hasta el Carmelo, donde se encuentran curándose nuestros maridos . . .

—A ver, ayudante, otra orden pá estos cuervos del demonio.

—Mil gracias, coronel, contestaron las negras riendo del calificativo.

—Pero como son pájaros, que se vayan por el aire, siguió diciendo el ministro de Guerra y Marina.

—Cómo, Excelencia ?, preguntó el ayudante.

—No me entiende? Que les fabriquen una orden pá que viajen por el telégrafo!

LII

Habían corrido algunos meses desde la paz del 72, y todavía muchos prisioneros del ejército revolucionario continuaban sirviendo en los batallones de línea.

Súpolo un coronel del partido nacional, y pidió á don Tomás Gomensoro, que, de acuerdo con el pacto de Abril, mandase dar de baja á todos aquellos soldados.

Así lo dispuso el Presidente interino, y los jefes de cuerpo, que quiera que no quiera y tomándose más ó ménos espacio, cumplieron la orden superior.

Sin embargo, refieren que el comandante don Lorenzo Latorre, ántes de poner en libertad á tres prisioneros que tenía, les hizo pegar quinientos palos . . .

¡ Únicamente para que llevasen su marca, segun decía, y para que siempre recordaran que habían servido en el 1er. batallón de Cazadores !

LIII

—Suba á ese coche, gritaba el Dictador á cierto individuo de campaña, después de conversar un momento con él en la casa de las audiencias matinales; aunque esta escena no tenía lugar de día sino en una noche tan oscura como boca de lobo.

Y empujaba al individuo hácia un coche, que lo esperaba á la puerta, para conducirle á uno de aquellos lugares.... de donde no salian por sus propios piés, todos los que por sus propios piés iban á ellos.

—Pero, señor, yo no he dado ningun motivo para que me pongan preso, respondia el infeliz, forcejeando por no entrar en el carruaje, dentro del cual se hallaban dos ó tres esbirros.

—Suba á ese coche y déjese de replicar, vociferaba el terrible gobernante.

Y como la víctima siguiera debatiéndose por huir del sacrificio, el verdugo la cogió de los brazos y con la ayuda de los seis, la metió en ese nuevo carro fúnebre.

—Coronel, escuche una palabra, una palabra solamente, dijo con acento suplicante el individuo. ¡Una palabra, señor, por lo que más ame en el mundo!

Y aquel desgraciado pudo oir, ántes que arrancáran los caballos y mientras los esbirros le tapaban la boca con un pañuelo, esta respuesta dada por Latorre y digna de Neron :

—Yo no hablo con difuntos!

LIV

Don Pablo Diaz era oficial 1.º de la jefatura política de San José, y una ocasion, por una leve falta en que habia incurrido un arrestado, le mandó pegar una soberbia paliza.

E ínterin el cabo le sacudia el polvo, decia el oficial 1.º, restregándose las manos y dirigiéndose á los demás presos que presenciaban el castigo :

—Así es que se moraliza un departamento!

LV

Telegrama enviado á *El Ferro-Carril* por un señor Sayago

de Porongos, durante los días en que se trabajaba por la próroga del Gobierno Provisional :

“ El pueblo poronguero pide cuatro años más de Dictadura, con *unánime animosidad*. ”

Telégrama que publicaba *El Ferro-Carril* despues de levantar sobre los cuernos de la luna al coronel don Lorenzo Latorre, á quien ahora califica de tirano!

LVI

Consignaba don José P. Varela en una nota al ministro don José M. Montero (hijo) :

“ El Gobierno Provisorio es el único que puede resolver la cuestion de la organizacion de la enseñanza pública en nuestro pais. ”

LVII

Cuentan que cuando don Pedro Varela estaba en el colegio, se pasaba las horas delineando en la pizarra billetes de banco, ganancias, el Fuerte de Gobierno, bolsas abiertas, de las cuales se deramaban monedas, y otras *gracias* por el estilo.

El pedagogo le sorprendió un dia haciendo esos dibujos de lápiz, y refieren que dijo á los alumnos :

—Puede ser que este muchacho llegue á rico; pero si llegára á ocupar la Presidencia de la República, infeliz erario ! Lo vá á dejar inmensamente pobre.

¿ Se cumplió ó no se cumplió la profecía del maestro ?

LVIII

Decia *El Siglo* que siendo juez del Crimen el doctor don José

M. Vilaza, abrió las puertas de la cárcel á un preso, que sumariaba junto con otros, para complacer á un amigo que le suplicaba tal favor.

Ese diario comunicaba algo más y era que el juez del Crimen habia enviado una carta al amigo, en la cual se leían las siguientes palabras :

“ Es (el preso aludido) tan criminal como los otros, pero lo pongo en libertad; basta que tú me lo pidas. ”

Hoy el doctor Vilaza es miembro del Superior Tribunal de Apelaciones. ¡En buenas manos está el pandero!

LIX

En San Fructuoso hacía de médico hidrópata un caballero Lapuente, más perito en el arte de matar á los sanos que de curar á los enfermos; arte que tambien ejercen muchos alópatas y homeópatas de la ciudad de San Felipe y Santiago.

Ocurrió, pues, que al citado facultativo se le fué de entre las manos, ó más bien de entre una tina de agua, un párvulo de dos meses, al cual se habia propuesto fortalecer por medio de baños frios; y extendió de esta manera la fé de defuncion :

“ Certifico *haber muerto* (y el hombre no mentía) un *palurdo* de dos meses, de congestion cerebral. ”

Ya se vé lo que sería el médico de Tacuarembó cuando escribía *palurdo* en vez de *párvulo*!

LX

El 8 de Febrero de 1846 tuvo lugar el combate de San Antonio, ganado por el coronel don José Garibaldi al general don Servando Gomez, que si aventajaba en fuerzas é igualaba en intrepidez á su contrario, le era muy inferior en ardides, habilidad y conocimientos militares. De ahí provino su derrota.

En esa memorable accion, trabada á medio día y terminada de noche, hubo episodios honrosísimos para ámbas partes, especialmente los dos que vamos á referir; cuyos protagonistas fueron un soldado de la escolta de Gomez y un clarin de la Legion Italiana, natural de Montevideo y de quince años apénas.

Este muchacho, que sus compañeros apodaban el Cojo, cayó herido de una lanzada en el primer *entrevero*, y ya iba á rematarle su enemigo, cuando, levántandose con presteza, desenvaina el cuchillo que llevaba en la cintura, se lanza sobre el jinete, lo agarra del pescuezo y le tumba del caballo.

“Así que acabó la pelea, dicen las *Memorias de Garibaldi*, los dos cadáveres se hallaron fuertemente asidos: el del clarin estaba cubierto de heridas, y en el muslo del lancero se advertía la profunda señal de una mordedura causada por su adversario.» Lancero y clarin se habían ultimado á puñaladas!

Pasemos al segundo episodio. Luego que la Legion Italiana se apoderó de la *tapera* en derredor de la cual se defendió á todo trance, el soldado de la escolta—la tradicion no ha conservado su nombre, mas el hecho es histórico—pidió licencia á su jefe para *pegar un buen jabon á los gringos enganchaos*.

Y otorgada que le fué, coge un tizon encendido, mete espuelas al caballo, endereza hácia los infantes, los atropella, derriba á uno para abrirse *cancha*, y arroja el tizon al pajizo techo de la tapera con el objeto de incendiarlo.

Al momento veinte legionarios le abocan sus armas; pero Garibaldi grita:

—No hagan fuego. Es preciso respetar á los valientes: ellos son de nuestra raza.

Y los veinte hombres bajaron sus fusiles, dejando escapar con vida á aquel heróico soldado, que siguió su carrera golpeándose la boca; aunque sin lograr el propósito que lo habia movido á empresa tan peligrosa, pues el tizon cayó en tierra sin incendiar el rancho.

LXI

Discutiase una noche, en el Consejo Universitario, sobre la conveniencia de pedir al Gobierno que se aumentara el sueldo de los catedráticos; y uno de los que con más ahinco sostenían esta proposición era el doctor don Adolfo Pedralbes.

Otro de los individuos del Consejo, el doctor don Tristan Narvaja, que combatía la proposición, deslizó en medio del debate la palabra *indignidad*. Apenas la oyó el doctor Pedralbes, púsose pálido de cólera, se levantó de la silla, encaróse con Narvaja y le dijo:

—O retira usted esa palabra, caballero, ó mañana le mando mis padrinos.

El doctor Narvaja, que de todo tendría ménos de pendenciero, retiró al punto la palabra, presentó sus excusas al antagonista y le tendió la mano. Estrechóse la Pedralbes y volvió á su asiento, murmurando con voz que sonaba como esquilon cascado:

—Porque me ven así, modesto y humilde, suponen que me falta valor. Pero se engañan, que yo me siento capaz de batirme con el hijo del sol si ofendiera mi decoro. Sepan que soy hombre de pedir satisfacciones en todo terreno. . . y cuidado conmigo!

LXII

Creemos que el doctor Pedralbes no se enojará si le llamamos púdico varon; porque es púdico hasta la pared de enfrente y más allá. Si por acaso le mira alguna dama, soltera, casada ó viuda, al momento se tiñen de rojo las mejillas de ese buen señor, lo mismo que si escucha un término algo libre ó vé una pintura obscena. Ello está en el temperamento.

Hay vocablos cuya pronunciación le avergüenza en extremo, y jamás los articula enteramente. Salchichas, verbi gracia, es uno

de tantos. Almorzando un día en cierto restaurant, leyó en la lista el nombre de aquel embuchado, muy de su gusto según cuentan, y se lo pidió al mozo diciéndole con acento suavísimo:

—Tráigame... *chichas*!

LXIII

Si oye decir calzoncillos, se pone á temblar como un azogado, y no pronunciaría esa voz ni por todo el dinero del mundo. Cuando los necesita, vá á la tienda en que se venden y pregunta al mozo, pues tal nombre lleva el dependiente que despacha, aunque cargue más años que Matusalem:

—Tiene usted de esa ropa blanca que se usa debajo de los pantalones?

—Medias?

—No, señor; me refiero á una prenda que cubre desde la cintura al tobillo, con dos piernas ó fundas, y una cinta al final para atarla sobre....

—Ah!.... Busca usted calzoncillos?

—Eso es, sí, señor, busco.... cillos!

LXIV

No concibe ninguna diferencia intelectual ó de virtudes entre sus colegas. Para él todos los abogados son absolutamente iguales. Por ejemplo, un día en plena clase, para justificar la necesidad de que la ley fuese clara, á fin de que no tuvieran que interpretarla los jueces, dijo un estudiante de derecho:

—Supongamos un juez estúpido como Vilaza....

No bien había soltado estas palabras el estudiante, se puso de pié el catedrático don Adolfo Pedralbes y replicó:

—Estúpido? No, señor; se equivoca. No hay jueces ni abogados estúpidos: todos los señores compañeros son iguales.

LXV

Siendo inspector de escuelas en Paysandú el doctor don Ramon Lopez Lomba, preguntó á una niña en unos exámenes :

—Por dónde pone el huevo la gallina?

LXVI

Durante el viaje de la *Puig*, de fúnebre recordacion, don Osvaldo Rodriguez, actual jefe del 5.º regimiento de Caballería, cada vez que arreciaba el viento, se acercaba al capitán y le decia con su voz más melosa :

—Capitan, no sería más prudente que navegásemos á palo seco?

Y tantas veces repitió la frase, que sus infelices compañeros de deportacion, los soldados que iban de custodia y la marinería de la barca, le pusieron el apodo de *Palo seco*.

En cambio, como escribió *Sanson Carrasco* aludiendo á este episodio, ahora don Osvaldo Rodriguez navega á todo trapo en las turbulentas aguas del santismo !

LXVII

La noche del 16 de Junio de 1875, yendo la *Puig* desde la Habana á los Estados-Unidos, se desató tan formidable huracan que casi la sepulta en los abismos del Océano.

“ Navegaba la barca con todas sus velas, dice don Agustin de Vedia, cuando los que estábamos en el fondo de la bodega sentimos los rugidos del viento, precursores de la borrasca. De súbito, sin dar tiempo á los marineros para ejecutar maniobra

alguna, el huracan, apenas anunciado, se desencadenó con toda fuerza, abatiéndose sobre el buque que casi se tumbó.

“ Aquello fué un remolino inesperado, que asaltó de proa á la barca, la cual navegaba viento en popa, al parecer con un tiempo bonancible. Gritos de toda especie resonaron en la cubierta, y los que estábamos abajo pudimos sentir el estrépito infernal que armaban los pasos vacilantes de los soldados y marineros en tropel en el puente del buque.

“ En vano, en los primeros momentos, el capitán esforzándose por dominar la voz del huracan, gritaba : Todo el mundo arriba! Aferrar velas!.... Los marineros estaban atónitos y sólo se preocupaban de evitar los palos que amenazaban desplomarse.

“ Algunas de las velas, foques, sobres y gavias fueron arrancadas por el huracan en sus primeros impulsos. Las demás habian sido arrolladas contra los palos, que milagrosamente resistieron. El timon no gobernaba. El bote colgado á popa del lado de babor, tocaba el agua, que empezaba á penetrar por la borda : tan inclinada estaba la barca.

“ El coronel Courtin dirigia la vista á una tabla para disputarse en último caso á la muerte. El teniente Varenci invocaba á Dios, asido á la borda del buque. La capitana lloraba á gritos; todo era horror, confusion y desórden !

“ Entretanto el capitán seguía dando voces inútiles y mandando que se cortáran á cuchillo las velas. Fué debido en fin á la sangre fría é intrepidez de un hijo del capitán, que se lanzó resueltamente á los mástiles á cortar las velas hinchadas por el viento, que logramos escapar á un naufragio inminente.”

Y la mayoría de los deportados permanecía encerrada en la bodega del buque! Pero Dios no quiso que perecieran, “ para que un día, frente á frente de sus verdugos fueran un testimonio irrecusable de una justicia que no se dobla ni se prostituye!” agrega el que con pinceladas maestras ha dibujado ese lúgubre cuadro.

Pasado felizmente el peligro, el coronel Courtin bajó á la bodega, “ cediendo sin duda á una necesidad de expansion natural. Sus pupilas se hallaban más dilatadas que de costumbre;” y

al pisar el vigésimo y último atravesano de la escalera, gritó en su lenguaje característico á los presos:

—Caballeros, han de saber ustedes que hemos hecho una escapada baguala!

LXVIII

Así que la *Puig* llegó á Charleston, los veinticinco soldados que iban en la barca, vestidos andrajosamente casi todos, bajaron á tierra y se diseminaron por las calles de la ciudad. Muchos no tardaron en caer bajo la represion de la justicia, á consecuencia de la conducta escandalosa que observaron.

Algunos fueron condenados á trabajos públicos, en una isla distante varias millas del puerto, y otros andaban por la población mendigando la caridad pública! Un suceso apenas creible, que refiere don Agustín de Vedia, le sirve para cerrar la historia de ignominia que recuerda el solo nombre de la barca *Puig*:

“ Uno de esos infelices soldados, de apellido Rodríguez, nacido en el departamento de Canelones, después de haber agotado sus últimos recursos, aguijoneado por el hambre, concibió, en su extrema desesperación, la idea de ir nuevamente á buscar refugio y hospitalidad en la barca *Puig*!

“ No teniendo como pagar el bote que le transportara, se arrojó al agua y á nado llegó al costado del buque, de donde ¡oh temeridad inaudita! fué inhumanamente rechazado!... Así terminó, envuelta en la deshonra y el crimen, la expedición de la barca *Puig*. Desenlace y coronamiento dignos de empresa tan nefanda!”

LXIX

En el mes de Setiembre de 1853 era derrocado el Presidente don Juan Francisco Giró, uno de los hombres públicos más probos é íntegros del Uruguay; el patricio eminente en cuya

administracion, como expresaba uno de sus ministros, "no se derramó ni una sola gota de sangre, ni una sola lágrima por su culpa." Por culpa de otros sí que se derramaron lágrimas y sangre en abundancia!

Para sustituir al gobierno constitucional derribado pérfidamente, nombróse otro provisional compuesto de tres individuos: el general don Juan Antonio Lavalleja, vencedor en la batalla del Sarandí; el general don Fructuoso Rivera, vencedor en el combate del Rincon de las Gallinas; y el coronel don Venancio Flores, más tarde vencedor en Paysandú.... con la ayuda de los soldados de don Pedro segundo!

Don Alejo Peyret, periodista independiente, que nunca hizo buenas migas con tan *híbrido* triunvirato, del cual siempre fué factotum el futuro protegido y aliado del Brasil, publicaba á la sazón en Montevideo un diario escrito en francés; y claro está que censuraba con frecuencia, aunque no en términos descomedidos, la desacertada conducta é impolítica marcha del gobierno provisional.

En uno de tantos artículos de fondo, para apoyar las razones que consignaba, Mr. Peyret sacó una cita del autor de *La doncella de Orleans*; cita que á su vez sacó de sus casillas al coronel don Venancio Flores, por haberla creído una alusion directa á su augusta persona. ¿Si le vendría pintiparada al triunviro que quince años despues debía morir asesinado en las calles de la Nueva Troya?

El caso es que se le subió la mostaza á las narices y ordenó á uno de sus ayudantes que corriese á buscar al periodista y lo condujera en el acto al Fuerte. El ayudante cumplió al pié de la letra lo mandado, é introdujo al periodista en el despacho del Gobierno Provisional, ocupado y ejercido únicamente por el que, andando el tiempo, había de ser jefe de la *Cruzada Libertadora*. (1)

El supremo gobernante, que se paseaba malhumorado por la pieza, recibió con cara de pocos amigos al que acababa de entrar,

(1) Ya había fallecido el general Lavalleja, y el general Rivera, que nunca se recibió del gobierno, se hallaba moribundo en Cerro-Largo.

y comenzó á despacharse á su gusto, ya encomiando los beneficios y excelencias de su administracion, ya echando sapos y culebras contra los diarios oposicionistas, " que lo atacaban sistemáticamente, desconociendo su austeridad, patriotismo, grandes propósitos".... y otras hierbas.

De cuando en cuando dirigía una andanada al escritor independiente, á quien un color se le iba y otro se le venía viéndose puesto como un trapo y sin poder contestar; porque el colérico factotum del triunvirato no le dejaba meter baza, á pesar de que Mr. Peyret, con sus ademanes y gesticulaciones, daba á entender claramente que deseaba explicarse. Cansado por fin de hablar largo y tendido, concluyó diciendo el coronel Flores:

—Puede usted retirarse y no olvide lo que me ha oído.

Y con una actitud de soberano desprecio volvió las espaldas al redactor del diario francés. Entónces el periodista saludó muy cortesmente y dijo con serenidad, sin embargo de que por dentro le andaba la procesion:

—Señor, la frase que tanto ha incomodado á V. E. no es mía. Yo sólo he citado á Voltaire....

—Ah!, refunfuñó don Venancio en el colmo de la irritacion é interrumpiendo al que osaba replicarle; con qué la cita es de Voltaire? Pues mire: á usted y á ese Voltaire los he de secar en un calabozo!....

Y sin atender más explicaciones, con el índice de la mano derecha mostró la puerta del despacho á Mr. Peyret, cuyo enojo se disipó al escuchar la respuesta del gobernante supremo.

Salió, pues, de allí conteniendo la risa que le retozaba en el cuerpo y haciéndose cruces de la ignorancia del triunviro, que á semejanza del palurdo que tomaba al Pireo por un hombre, tomaba á un muerto por un vivo, con la añadidura de figurárselo enemigo de su administracion. A buen seguro que esa sería la primera vez que oyó nombrar al autor de *La Henriada* y es muy probable que nunca supo una palabra más acerca de él!

LXX

En tiempos de la Dictadura de don Lorenzo Latorre, el doctor don Domingo Ordoñana, gran amigo del coronel y de su sistema de gobierno, publicó una carta que contenía esta rotunda afirmación: *la campaña es habitable*.

Ello nos dió motivo para escribir una *Cosa de negro*—no lo merecían tales palabras?—que concluía con la siguiente copla:

La campaña es habitable
Dijo un natural de España;
Y habitable es la campaña....
Para la gente del sable!

La copla se hizo popularísima, especialmente en los departamentos del interior, donde los escritores públicos la ponían á modo de estribillo, siempre que denunciaban alguna paliza aplicada por un guardia civil ó comisario, á cualquier infeliz y sosegado vecino.

Aun al presente, en que ya no se sacude el polvo á nadie (!) no falta periódico oposicionista que de cuando en cuando inserte la copla; pero no como su autor la echó al mundo, pues trascurriendo los meses la redujo el pueblo á este sencillito pareado:

La campaña es habitable
Para la gente del sable.

Años despues, y no significaremos si fué año de gracia ó de desgracias para la República, conversando con don Domingo Ordoñana, (1) este caballero recordó incidentalmente la rondilla y nos dijo:

—Sabe usted que me he permitido variar sus versos?

(1) Aun cuando el señor Ordoñana no es hijo del país, le quiere como el que más, y de ello ha dado cien pruebas. Por eso incluimos su nombre en el BATURRILLO URUGUAYO.

—De qué manera ? le preguntamos.

—Así, escuche usted :

La campaña es habitable....

Para todo el que no hable.

LXXI

Es público y notorio que el coronel don Juan M. Puentes padece de sordera. Por lo tanto, no nos parece inverosímil que haya ocurrido el lance que referirémos, S. G. D. G., como se lee en ciertos rótulos franceses.

Cuentan que en celebracion de la paz del 6 de Abril, hubo un gran banquete en San Fructuoso, al cual fué invitado el personaje referido, uno de los que mejor figura hicieron en la revolucion contra el gobierno de Batlle.

Agregan que asistieron al banquete algunas señoras y señoritas y que Puentes se hallaba, como dijo Figueroa, *machembrado* entre un ángel y un demonio ; esto es, que tenía á su derecha á una de las más lindas mujeres de Tacuarembó y á su izquierda á un hombre de los más feos.

Cuando se sirvió la sopa, este sujeto acercó su rostro á la oreja de Puentes y le dijo á media voz :

—Qué bonita muchacha han puesto al lado de usted.

—Sí, respondió Puentes, que no había oído mucho ni poco, y figurándose que el individuo hablaba de la sopa que estaban enfriando con la cuchara, sí, es verdad, pero está muy caliente.

Imagínense el efecto que produciría entre los convidados y particularmente entre las convidadas, una contestacion tan intempestiva dada en alta voz !

LXXII

Una vez encontramos en Buenos Aires al poeta don Eduardo

G. Górdon, que despues de comunicarnos algunas noticias de Montevideo, se despidió diciéndonos con mucha gracia :

— Espero que usted me visitará. Vivo en el *Ancla Dorada*, primer piso, cuarto número tantos. Es decir, en el primer piso... bajando del cielo.

LXXIII

Pensamiento bien rumiado por don Manuel Suarez, ex-jefe político de Tacuarembó cuando la desaparicion de Sanchez Caballero y actualmente director general de Correos :

“ Los partidos que ahogan en sangre sus victorias , se suicidan á sí mismos. ”

Ese pensamiento no es un colmo? — Sí, es el colmo de la necesidad.

LXXIV

Rivera se hallaba refugiado en la provincia brasilera de Rio Grande, sin más compañero de desgracia que su fiel asistente el mulato Luna, quien, andando los tiempos, llegó á ser coronel de la nacion. Tan pobre se encontraba el futuro conquistador de los pueblos de Misiones, que no podía hacer frente á las necesidades más premiosas de la vida.

En esa época tuvo lugar el episodio que don Anacleto Dufort y Alvarez relata en los términos siguientes :

“ Cuenta la tradicion que una noche, lamentando su airada suerte, se paseaba (Rivera) agitadamente por su cuarto. Luna, único testigo de esta escena, escuchaba silencioso, deslizándose de vez en cuando por su moreno rostro una furtiva lágrima, que su noble alma trataba de ocultar, al oir la narracion de las desdichas de su jefe.

“ Despues de algunas horas de reposo y cuando apénas la aurora despuntaba, Luna caminaba pensativo por la calle, medi-

tando una idea que había de sacar á Rivera de su inmediato apuro. Transcurridas algunas horas, se presenta á su jefe entregándole una cantidad de dinero. ¡Se había vendido! Aquello era el precio de su libertad.”

Y tambien cuenta la misma tradicion, que con el precio de la libertad de Luna, fué Rivera á una casa de juego y tuvo la buena suerte de ganar una suma crecida, con la cual rescató al asistente, salió de sus apremios y allegó recursos para su feliz y gloriosa campaña de Misiones.

LXXV

Del interesante libro *Siete años de aventuras en el Paraguay*, compuesto por don Jorge Federico Mastermann, transcribiremos algunos párrafos relativos al doctor don Antonio de las Carreras:

“ Llamaron á los soldados, y estos me condujeron nuevamente á la guardia y me ataron de los piés con una guasca. Me envolví en mi poncho y á los pocos minutos estaba profundamente dormido. Cuando desperté al día siguiente, me encontré completamente mojado y casi sumergido en un pantano. Había llovido mucho durante la noche y hacia un frio espantoso....

“ Atado á un lado estaba el doctor Carreras, que aún dormía, y del otro el cadáver del teniente coronel Campos. Este murió durante la noche, desamparado y abandonado... A las siete de la mañana desataron una extremidad de la guasca (cepo de lazo) y los presos fueron despertados con una lluvia de palos....

“ Carreras presentaba un aspecto lamentable. Descarnado, manchado de barro y de sangre, no era sino la sombra de lo que había sido: durante dos meses había estado acostado de la misma manera que lo ví, al aire libre y sin más abrigo contra las lluvias y el calor del sol que una raida frazada.

“ Tenía las manos envueltas en unos trapos súcios; los desató y me mostró sus dedos, tan horriblemente mutilados que me descompuse. Pasó la mayor parte del día sentado é inmóvil; sus ojos

estaban hundidos, su vista clavada en la tierra, y sus escasos y grises cabellos flotaban al aire y le caían sobre la cabeza sin que él lo apercibiese.

“ Su criado negro, el pobre Baltasar, estaba en un rincón más remoto, acostado boca abajo, y en esta posición permaneció rehusando todo alimento hasta que murió pocos días después . . .

“ Todos recibíamos un pequeño bollo de casava y un pedazo de carne cocida, que después nos continuaron dando dos veces por día. Cuando nos los trajeron, observé un rasgo del carácter de Carreras, que me agradó muchísimo.

“ Es costumbre sud-americana que los esclavos lleven los mismos apellidos que sus amos, y cuando el comandante dijo que tenía orden para dar á Carreras mejor alimento, el doctor exclamó calorosamente :

— “ Aquí hay dos que llevan ese nombre : he ahí el otro, y señaló á su criado moribundo. Por cierto que los dos debemos recibirlo. ”

LXXVI

—Y á usted no le tembló la mano cuando firmó la sentencia de muerte de los vencidos en Quinteros ?, decía el doctor don Fermín Ferreyra y Artigas al doctor don Antonio de las Carreras, en un juicio de imprenta que el segundo había promovido al primero.

—No, señor, contestó altivamente Carreras. Y si cien veces se repitiera el mismo caso, cien veces firmaría la sentencia de muerte de los anarquistas, sin que la mano me temblara un momento !

LXXVII

Había en el ejército del general Rivera un coronel que rendía constante culto á Baco, y tenía este coronel un ayudante que no se quedaba en zaga; el cual iba siempre acompañado de dos *chifles* llenos de esa bebida que llaman caña del Brasil.

Jefe y oficial se nombraban . . . Mas como dejaron prole, que se ha perpetuado hasta hoy, omitiremos los apellidos de ámbos, para no andar en dimes y diretes con algun quisquilloso miembro de una ú otra familia, que se crean obligados á sacar la cara por sus progenitores. Y ahora, al grano.

Sucedía, pues, que estando entre Pinto y Valdemoro, como dicen los de Castilla, ó entre San Juan y Mendoza como decimos los naturales de las Repúblicas del Plata, el jóven subalterno solía propasarse con su anciano jefe, quien, para hacerlo entrar por vereda, le hablaba así, ahuecando la voz todo lo que podía:

—Ayudante, mire que lo voy á mandar preso si me vuelve á faltar. Qué se ha pensado usted? . . . Méenos confianza, amigo. El inferior debe guardar respeto al superior, aún en los actos más familiares. Artículo tal de la Ordenanza Española. Conque ya lo sabe, y cuidado!

Unas veces obedecía el ayudante y otras no, que eran las más. En este caso el coronel—la escena siempre ocurría en su tienda de campaña—fruncía el entrecejo, tomaba una actitud imponente, y accionando con el brazo derecho, para dar más energia á la frase, pronunciaba gravemente esta orden:

—Ayudante, preséntese usted arrestado en el cuerpo de guardia!

—Muy bien, coronel, respondía el ayudante; pero como los chifles son míos, me llevo los chifles.

Y alzando del suelo el par de chifles, saludaba militarmente al coronel y salía de la tienda para cumplir la orden. Esto es, salía cuando aquellos se hallaban vacíos; porque si todavía encerraban media docena de tragos, ántes que el subalterno llegase á la puerta de la carpa el jefe le decía:

—Ayudante, quédese usted, que le levanto el arresto. Siéntese ahí y sigamos la conversacion.

—Gracias, mi coronel contestaba el ayudante. Y como los chifles son míos, aquí pongo los chifles.

No transcurría mucho tiempo sin que el oficial se subiera de nuevo á las barbas del jefe, y desgraciado de él si los chifles sólo contenían aire; que entónces el coronel, á pesar de los ruegos

y súplicas del subteniente, se mostraba inflexible como el Destino y la orden era irrevocable!

LXXVIII

Había en Tacuarembó cierto individuo que gastaba humos de literato; pero del cual no podría repetirse lo que Beaumarchais dijo de uno de sus Zoilos: con un poco más de talento, mi crítico llegará á ser un escritor mediano.

El sujeto á que aludimos no será nunca un escritor mediano, ni ínfimo siquiera, porque carece de lo que el crítico tenía; y el talento, como se sabe, no lo dá la Universidad de Salamanca, ni otra del globo que habitamos.

Una noche en que el Fulano hablaba de sus futuros libros y de las glorias inmortales que conquistaría con ellos, le interrumpió uno de los presentes, Lizardo Valdés, para decir con su media lengua á los circunstantes:

—Señodes, yo no dudo de las godias que espedan á nuestro amigo. Sé que pisa fuedte en matedia de ditedatuda, y áun conozco adgo de una noveda que ha empezado á bodonead hace dos ó tes días.

—No es cierto, replicó el seudo-literato.

—Es ciedto, repuso Valdés, y tan ciedto que pincipia de esta maneda; escuchen, señodes.

Aquí meditó un momento para urdir la mentira, y luego, tomando una actitud tragi-cómica, prosiguió con imperturbable seriedad:

CAPÍTULO PIMEDO

UNA TADDE DE OTOÑO

“ Dos espesos dayos ded sod que se hundía en ed ocaso, pene- taban á tavés de das cedadas ventanas de mi aposento, que caían á un vedde y fesco padque

El seudo literato estaba en espinas y hacía con la cabeza signos negativos, que no observaban los presentes, atentos sólo á la palabra y mímica del narrador, quien continuó de este modo :

“ De repente sentí en da hiedba ded padque adgunas pisadas que me padeciedon de buddo.—Ciedos, excamé, si ese sedá mi pade? Abi entónces ed postigo, y ví que no eda mi pade sino el buddo de mi casa ”

—Y pada muestra, señodes, basta un sodo boton.

No bien acabó Valdés, los oyentes soltaron una estruendosa carcajada; y el novelista inédito tuvo que tragar saliva y reirse de la chistosa burla.

LXXIX

—Y no renuncia usted?, preguntó uno al jefe político don Justo Pelayo, al día siguiente de haber sido nombrado Presidente *constitucional* el Dictador don Lorenzo Latorre.

—Ya sé que es de orden renunciar, contestó el jefe político, pero no lo hago porque pueden tomar á lo sério mi renuncia y *colgarme la galleta*.

LXXX

En Marzo de 1879, don Cárlos Reiles, prócer del partido colorado y senador por el departamento de Tacuarembó, publicó una carta en que decía: “ QUE SI RIVERA ES TERRITORIO NACIONAL, SE DEBE Á ÉL, PUES EL DICTADOR FLORES HUBIERA CEDIDO ESE TERRENO HASTA CUÑAPIRÚ AL IMPERIO DEL BRASIL, PORQUE EL EMPERADOR HIZO GRANDE EMPEÑO PARA QUE SE LO CEDIERA. ”

Bueno es que conste el valioso servicio prestado á la nacion por don Cárlos Reiles, y el flaco servicio que á la nacion quería hacer don Venancio Flores; cuyo PATRIOTISMO (de DUBLÉ) ha sido y es tan cacareado por los que, con la ayuda de don Bartolo

Mitre y don Pedro II, se treparon al gobierno de la República, despues de hollar quinientos cadáveres en Paysandú !!

LXXXI

Acababa de ser elegido Presidente de la República el doctor Vidal, y recibía en la ante-sala del Senado los parabienes de los miembros de la Honorable Asamblea; que *Honorable* es el tratamiento de que goza la Asamblea aunque no lo ha merecido siempre.

Uno de los que más vivamente lo felicitaban, era el doctor don Joaquin Requena y García, iniciador de la candidatura de don Francisco Antonino, que pagando amor con amor, le nombraba dos días despues ministro de Relaciones Exteriores.

—Gracias, mil gracias, respondió por fin el Presidente á su futuro ministro; pero sepa usted que me encuentro en el mismo caso de un chiquilin, á quien su padre le pone un trajecito nuevo. Me ha comprendido, no es verdad?

—De ningun modo, doctor.

—A mi con esas? Mire que se las cazo al vuelo. Qué no me ha de entender? Cuénteselo á su madrina. Lo que usted desea es buscarme la boca, pá ver si tengo pelitos en la lengua; y como yo no los tengo, voy á hacerle el gusto. Caramba con el hombre!....

—Créame don Pancho....

—No se me venga con dianas, que soy tambor mayor. Y pá bolearme á mí!.... Yo no me chupo el dedo, que ya soy grandecito. Y cuando usté vá, amigo, yo ya estoy de vuelta. Con qué lo quiere más claro? Bueno, que pá mí la cola es pecho y el espino es cadera.

—Le aseguro.... (Qué retahila de dicarachos!)

Durante este diálogo, se habian ido acercando á los interlocutores casi todos los padres de la patria, que oían sonriendo al doctor Vidal; cuyo lenguaje hemos trasladado al papel con la mayor exactitud, segun nos refirió el suceso uno de los oyentes.

—Repito, siguió el sucesor del coronel Latorre, que me

encuentro en el mismo caso de un chiquilin á quien su padre le pone un trajecito nuevo. Caminá un poquito, ché, dice el padre. Y el chiquilin camina. Qué bien te sienta el trajecito, muchacho! *Ya veremos cuánto tiempo te dura!*

Lo que es el traje que se puso el doctor Vidal, no le duró mucho tiempo, y eso que con él estaba muy ancho el Presidente, y cuando lo dejó ó le obligaron á que lo dejase, tenia cada rasgon y cada remiendo y cada mancha que daban grima!

LXXXII

Se hablaba de un representante muy aficionado al coñac y muy amigo de escribir para el comun de las gentes.

—Vaya un periodista!, exclamó uno, qué apénas puede hacer malos palotes!

—Se equivoca, repuso otro, pues está más adelantado de lo que usted se figura.

—Eso es favorecerle demasiado.

—No, señor, es tributarle justicia. Yo sé que ya ha salido de los palotes y que ahora la mayor parte del día se lo pasa *haciendo eses*.

LXXXIII

Un individuo leía en alta voz la siguiente noticia, que publicaba *La Tribuna* del mes de Junio de 1880:

“ En la plaza Independencia y en cada una de las esquinas, se van á colocar grupos de palmas, por orden superior, (del Presidente Vidal) costando cada una de ellas doce pesos. ”

—Me gusta, profirió uno de los oyentes, que se las echaba de poeta. Así la plaza tendrá un aspecto verdaderamente árabe.

—No hay duda; se parecerá al desierto de Sahara, repuso el lector, que era quien escribe estas líneas. Pues qué otra cosa es

la inmensa plaza sino un desierto? Y ahora con los grupos de palmas

—Ahora con los grupos de palmas aquello será un oasis.

—Efectivamente; pero ya verá usted que si las tropas hacen evoluciones allí, no faltará algún opositor que diga: En todo se asemeja esta plaza al desierto: hasta en tener beduinos!

LXXXIV

Dos señoras iban á pié por la calle de Colon. De repente un can que se revolcaba en el arroyo, se abalanza á una de ellas y le clava los dientes en la pantorrilla.

—Está rabioso, está rabioso!, grita un sucio pilluelo desde un zaguan cercano.

Y arroja una piedra al animal, que sale huyendo con la cola metida entre los muslos.

La mordida comienza á lanzar chillidos, temblando como una azogada; y su tímida compañera no sabe lo qué hacerse. En esto se había formado un corro de vecinos, que comentaban vivamente el suceso.

—Convendría ver á un médico, murmura por fin uno de los vecinos.

Felizmente se hallaba cerca de allí la casa de un facultativo español, hácia la cual se dirigen las señoras, teniendo la dicha de encontrar al Hipócrates, que estaba en compañía de su colega Julepe.

La que ya se creía con la rabia en el cuerpo y en peligro de muerte, toma la palabra y cuenta el caso al facultativo; quien luego de oirla atentamente, la conduce á su *consultorio* para examinarle la pierna.

Y como pudiera un diablo,
Jugar del vocablo con
La pierna, se pide al don
Que no juegue del vocablo
Con malísima intencion.

Pero mejor es dar por no escrito lo de pierna y poner que el médico la condujo al consultorio para examinarle la . . . mordedura; que así se cortan los equívocos y las interpretaciones maliciosas.

Mientras tanto el doctor Julepe, aquel que escapa de Montevideo siempre que hay amenazas de fiebre amarilla, cólera morbo ó cualquier epidemia, sostenía con la segunda dama el siguiente diálogo, poco más ó menos.

—Y el perro era grande ó chico?

—Chico, doctor.

—Y de qué color, señora?

—Chocolate.

—Con las orejas caídas ó paradas?

—Me parece que caídas.

—Y el rabo corto ó largo?

—Largo.

—Pelado ó peludo, señora?

—Peludo, muy peludo.

—Y no tenía alguna seña particular?

—Sí, doctor, una mancha negra en el hocico.

—Y para qué lado disparó?

—Calle Colon abajo.

En este instante volvía la señora con el Galeno, plenamente convencida de que el can estaba bueno y sano, y por ende que la dentellada no le traería consecuencias fatales. Ya se colegirá que la dama no cabía en sí de gozo.

Después de largos cumplimientos, puntualmente correspondidos por el médico español y con harta *economía* por el uruguayo, que hasta en eso es económico, ambas amigas salieron á la calle; mas no bien habían andado veinte varas:

—Sabes, dijo la compañera de la mordida, que el doctor Julepe se interesó mucho por ti?

—Es posible?

—Figúrate que llegó al extremo de averiguar el tamaño y color del perrito, sus señas particulares y aún el lado por donde huyó.

—¡Já! já! já! Y piensas que interesándose por mí es que te

hacia esas preguntas? Infeliz! Te las hacía temiendo que el per-
rito estuviera rabioso

—No comprendo.

—Qué cándida! No comprendes que deseaba informarse de los
pelos y señales del animal, para escurrir el bulto con tiempo si lo
alcanzaba á ver en su camino?

LXXXV

El doctor don Adolfo Pedralbes no hace nunca iguales; y he
aquí una anécdota sobre ese particular:

Una señora tenía un pleito importante; pero no podía concluir-
lo por faltarle dinero para pagar los gastos de abogado. Con tal
motivo, propuso al doctor que en vez de cobrarle escrito por es-
crito, esperara á la terminacion del pleito para recibir el importe
de su trabajo.

El doctor Pedralbes, sin contestar á la dama, se levantó de la
silla y pasó al aposento contiguo, de donde trajo varias cuentas:
las del panadero, carnicero, almacenero, médico y boticario;
cuyas cuentas fué mostrando sucesivamente á la señora, y así que
esta las hubo repasado, le dijo:

—Señora, yo pago al contado mis deudas, como usted lo ha
visto ya. Y podría pagarlas si no me abonasen al contado mis es-
critos? Usted dispense, le pido á usted mil perdones, señora . . .
pero me es imposible Beso á usted la mano. A los piés de
usted.

Y la acompañó con toda cortesía hasta la puerta de la calle!

LXXXVI

Pensamiento de don Francisco Bauzá:

“Acaso los orientales descendemos de los conquistadores?
No, tal; nosotros venimos en línea recta de los charrúas.”

LXXXVII

—Tú que eres tan colorado, ché, porqué no elegiste caballos de ese pelo para los soldados de la Escolta?, preguntaba un amigo al Presidente don Máximo Santos.

Y dicen que don Máximo Santos respondió:

—Pues precisamente por ser muy colorao no elegí caballos de ese pelo sino blancos: pá tener el gusto de ver *montar blancos* hasta por los negros!

LXXXVIII

Un paisano oía leer al fondista en cuya casa se hospedaba, la siguiente gacetilla de *El Ferro-Carril*: (Mayo de 1883).

“La Cámara ha aprobado el proyecto del diputado Arostegui, concediendo una pension de setenta pesos mensuales al niño Martí, para que vaya á estudiar música al Conservatorio de Milan. La pension es por cuatro años.”

—Pucha, exclamó el paisano lo que el individuo concluyó de leer. Setenta pesos mensuales pá estudiar la música! Qué barbaridá! Y por cuatro años nada ménos! Cuántos grullos se gastarán en los cuatro años?

—Tres mil trescientos sesenta, contestó el fondista, despues de hacer una larga multiplicacion en una de las márgenes de *El Ferro-Carril*.

—Tres mil trescientos sesenta grullos? Pá la perra que les tiró las patas! Mire, amigazo, yo me comprometia á enseñarle la guitarra á ese Mastin en un año, y por el piquito de los tres mil, ya lo creo.

—Es que el muchacho ese no vá á aprender la guitarra sino el violin.

—Entónces reculo la palabra y que lo corra otro. Yo no comprendo ese instrumento, ni nunca me ha dao el naípe pá él; pero si viviesen Maza ó don Goyo Jeta, á la fija que de balde y en un minuto le enseñaban al cajetilla á *tocar el violín*.

LXXXIX

—Buena cara tiene don Francisco, decia uno en la barra del Senado, el día en que el doctor Vidal se recibia del mando supremo por renuncia del coronel Latorre.

—Para una ensalada, sí, contestó riendo otro de los circuns-
tantes.

—Porqué?

—Porque el doctor Vidal tiene cara de vinagre. O sino, fijese usted.

XC

Decía el doctor don Juan C. Blanco, en el discurso que pronunció cuando el entierro de don José P. Varela :

“ Las últimas líneas que firmó con pulso sereno y tranquilo, fueron para ordenar que las memorias de los inspectores departamentales estuvieran prontas, sin demora ni pretexto alguno, el 15 de Diciembre próximo, día en que él *tendría también pronto su trabajo* como inspector nacional; y los últimos vislumbres de su espíritu, sus últimas palabras, cuando las claridades de la vida se confundían con las sombras de la muerte, fueron pedir papel, *¡papel en qué escribir!*; y hubo aún voluntad y fuerza y energía en aquella alma, para tomarlo en una de sus manos y acercar la otra á la pluma. Despues.... espiró!”

Tales palabras, decíamos en *El Negro Timoteo* del 2 de Noviembre de 1879, debían grabarse en la tumba que guarda los

despojos del señor Varela, ó en el pedestal de la estatua que piensan erigir á su memoria por medio de una suscripcion popular.... porque, aparte de su conducta politica en estos últimos años y de algunas rarezas de espíritu y de carácter, el señor Varela hacía honor á nuestra patria.

XCI

Cierto ayudante del ministro de Hacienda doctor don Juan A. Vazquez, dijo un día á varias personas que solicitaban audiencia, entre las cuales había seis ó siete del sexo femenino :

—Ya pueden dirse largando más que ligero, que hoy el señor ministro no quiere hablar con naidés, porque está muy caliente.

XCII

El general don Manuel Oribe era tan supersticioso como el más vulgar de los bípedos implumes, achaque de que han padecido otros generales más famosos que el jefe del partido blanco. Hé aquí un hecho que lo demuestra :

Hallándose una noche en el salon de su quinta del Miguelete, departiendo con algunos amigos sobre politica y guerra, comenzaron á aullar desaforadamente los perros de la casa, que en breve fueron imitados por los de las cercanías.

Al instante el general interrumpió la plática que mantenía, se quitó la bota del pié derecho, hizo con ella el signo de la cruz en la alfombra, y luego dió tres fuertes golpes con iguales intervalos.

Habiendo manifestado su extrañeza uno de los presentes, que no estaba en los autos de las *agüerías* del héroe de Ituzaingó, Oribe repuso con la mayor naturalidad, en tanto que se calzaba la bota :

—Es para ahuyentar al diablo, que en estos momentos anda por la tierra.

XCIII

Una vez se descompuso el conductor del pararrayo que tiene en su estancia el Presidente constitucional y colorado de la República; de lo cual le dió parte inmediatamente su mayordomo.

—Pues que se ponga otro hilo, respondió don Máximo Santos, y mientras no se coloca el alambre, puede remediarse la falta con un piolin ó una guasquita.

XCIV

Don Justo Pelayo, aquel que no quiso renunciar temiendo que le colgaran la galleta, decía en un telegrama al coronel Latorre, dos ó tres días despues que éste abandonó la Presidencia de la República :

“ Mientras he servido al gobierno del coronel Latorre (aludía á la Dictadura) serví al órden, á la moral y á la justicia, fibras de verdadero porvenir, desgraciadamente sofocadas por el bonito dogal de las formas constitucionales. ”

Unas fibras sofocadas por el bonito dogal de las formas constitucionales! Y llamar á estas un bonito dogal! Francamente que lo uno y lo otro merecian la siguiente copla que *Tiroteo* dedicó á don Justo :

Con qué las formas legales
Son un bonito dogal?

.....
¡Qué bien vendría un morral
Para ciertos racionales!

XCV

La primera vez que *El Negro Timoteo* apodó Julepe á cierto doctor uruguayo, montó en cólera ese buen hombre, y haciendo muecas y visajes como un energúmeno, dijo al doctor don Joaquín Requena y García :

—Qué mocoso atrevido es el *redatorzuelo* de ese papelucho ! Llamarme Julepe, á mí, que he estao cuatro veces en el candelero, y que siempre que he bajao de él me he paseao sólo por esas calles, sin más armas que un baston ? Por qué no sale á *descubrirme* ese mocoso ?

Pues la noche del sábado 13 de Marzo de 1880, el mocoso salió á *descubrir* al doctor Julepe, y tuvo la desgracia de no encontrarlo en ninguna parte. Dónde se habría ocultado ? Pero para desquitarse del chasco sufrido, el mocoso compuso esta coplilla :

—Para un trote no hay caballos

Mejores que los ingleses.

—Mentira; para los trotes....

Ninguno como Julepe.

XCVI

El Directorio de Buenos Aires, presidido por don Carlos M. de Alvear, publicó el 5 de Abril de 1815 una proclama furibunda contra el ilustre caudillo de los orientales; pero derrocado el 16 del mismo mes y disuelta la titulada Asamblea Constituyente, el Cabildo asume el mando de las Provincias Unidas, y dos semanas despues expide un manifiesto honrosísimo para el *protector de los pueblos libres*, donde se disponía : que “ se quemasen en la plaza pública, por las manos del verdugo, los ejemplares de la proclama que aún se conservaran en el archivo.”

Todavía hizo más el Cabildo de Buenos Aires ; y á la vez de redundar en su mengua lo que hizo, sirvió para engrandecer la personalidad del que, como Washington en su patria, es el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazon de sus conciudadanos. Y muy mal conocía el nuevo gobierno al vencedor en las Piedras, cuando le supuso capaz de mancharse con una accion innoble, á pesar de que ya tenía dado suficientes pruebas de la elevacion, grandeza y rectitud de su alma !

Creiendo, pues, que con el manifiesto del 30 de Abril no había desagraviado lo bastante al insigne campeon de la Banda Oriental, y figurándoselo deseoso de vengarse cruelmente en sus contrarios, ese Cabildo cometió la villanía de enviarle, con un comisionado especial, *enrillados* y con el proceso respectivo, á siete jefes partidarios de don Carlos M. de Alvear y enemigos suyos, para que tomase en ellos una sangrienta satisfaccion. Tambien así fué la leccion que recibió el Cabildo !

He aquí la nómina de esos jefes: don Ventura Vazquez, coronel de Granaderos; don Juan Santos Fernandez, coronel del regimiento número 3 de Infantería; don Matias Ballastro, coronel del regimiento número 8; don Ramon Larrea, comandante del escuadron Escolta; don Antonio Pallardel, comandante de Zapadores; don Antonio Diaz, sargento mayor y comandante de los Húsares - Guías del ejército ; y don Pablo Zufriategui, sargento mayor y segundo jefe del escuadron Escolta.

Luego que el comisionado llegó con los presos al campo del general Artigas, éste, ántes de leer la nota en que el Cabildo le anunciaba la remision de los jefes, ordenó que se les quitaran los grillos. Y no bien se hubo enterado de ella, clavó sus ojos azules (1) y brillantes en el rostro del enviado argentino, que bajó la cabeza avergonzado, y entregándole el proceso sin abrirle; por única respuesta pronunció estas palabras con su tono más despreciativo :

(1) Hemos leído en dos biografías que el general tenía los ojos negros. No es exacto. Artigas era rubio y tenía los ojos azules. Lo sabemos por personas de nuestra familia que le conocieron y trataron.

—Ahora mismo se vuelve usted con los prisioneros. Y dígame al gobierno de Buenos Aires que el general Artigas no es verdugo!

Artigas no es verdugo
Severo respondiste,
Volviendo las espaldas
Y rechazando el don.
Oh, como á tus contrarios
Imbéciles hundiste,
Y tú como te alzaste,
Y alzaste á tu nacion!

XCVII

El 13 de Marzo de 1880 renunció la Presidencia el coronel Latorre, declarando ingobernable al país; renunció la Vice-presidencia el doctor Vidal, que desempeñaba interinamente el Poder Ejecutivo; y renunciaron sus carteras los secretarios de Estado. Aquello era un sálvese quien pueda, como en la horrible noche de Waterloo.

El doctor Vidal fundaba su renuncia en su mal estado de salud; y como uno de sus parientes dijese en la Cámara que debia serle admitida "porque estaba enfermo de dolencia que podía matarle" (dos días despues el enfermo de gravedad aceptaba el baston de mando), el representante y doctor don José L. Terra repuso en alta voz:

—En estos momentos el doctor Vidal no tiene el derecho de morirse!

XCVIII

Pensamiento del doctor don Alberto Palomeque: (1)

"No debe borrarse del espíritu el culto de las tradiciones.

(1) Del álbum de don Ricardo Sanchez.

El varón de ánimo esforzado vive de esas emociones y el débil se regenera al recuerdo del héroe que personifica su ideal político."

XCIX

Una noche (1873) se discutía en la Cámara un importante proyecto de ley y tenía la palabra el doctor don José P. Ramírez. Público y representantes escuchaban complacidos al orador, menos los de la izquierda, que en su mayor parte parecían dormir en sus sillones y especialmente el doctor don Carlos de Castro.

El doctor Ramírez, que todo lo observaba, reparando en la actitud displicente del que más adelante sería llamado *Peon del Progreso*, corta de pronto el hilo de su discurso, se encara á su colega, y con la voz henchida de sarcasmo le arroja á la faz este apóstrofe histórico :

—Duermes, oh *Bruto* ?

—No duermo ; pienso,—replicó el doctor de Castro, medio aturrido por el golpe é incorporándose en su asiento.

—Ah, pienso! . . . La palabra *pienso* está bien en la boca del señor diputado, contestó el vengativo Ramírez, dando á su víctima la puñalada del cachetero. Y envanecido con el efecto causado por la frase, que aplaudió largo rato el auditorio, prosiguió impávidamente su discurso.

C

Orden del ministro de Gobierno don José C. Bustamante, cuando el pronunciamiento del general Caraballo, allá en 1868 ó 1869 :

"Que los departamentos de campaña se pongan á la cabeza de sus respectivos jefes políticos."

Cuya orden hace juego con aquella otra del jefe de un regimiento : Soldados, cartucheras al cañon !

CI

Conocida es la composicion que el poeta argentino don Cárlos Guido y Spano dedicó á la *rubia y tierna Amira*, en que se lee un cuarteto que empieza de este modo :

El flamenco nadando en la laguna
Entre el verde juncal, no es más gallardo....

Y sabido es tambien que un Aristarco le censuró lo del *flamenco nadando en la laguna*, manifestándole que el zancudo no poseía esa habilidad.

—Hombre! El flamenco no nada? contestó el poeta. Pues mire usted, lo siento por el pobre animalito.

Al autor de *Palmas y Ombúes* le atribuyen otra anécdota parecida, que vamos á referir sin responder de su autenticidad.

El doctor don Alejandro Magariños Cervantes escribió una bella poesía titulada *La gloria*, cuya octava novena dice lo siguiente :

Esa es la gloria Los que van tras ella
Su juventud arrojan en sus aras,
Dichas, placeres, ilusiones caras,
Cuanto atesora el alma y corazon.
Así tan solo se fecunda y brota
Y se entreabre su espinoso lirio ;
Porque la gloria es nada ó el martirio :
Es del ángel proscripto la expiacion !

Ahora bien; se cuenta que al otro día de publicada esa poesía, uno de los amigos del famoso bardo le halló en la calle y cogiéndole la mano para estrechársela, le dijo :

—Doctor, le felicito á usted por sus versos. Son muy hermosos y me han deleitado; pero

—Hay un pero?, repitió con cierto retintín el doctor Magariños Cervantes.

—Sí, señor, en lo concerniente al lirio. Pone usted que se entreabre el *espinoso* lirio de la gloria. Caramba!... El lirio no tiene nada de espinoso, mi apreciable doctor.

—Conqué no tiene nada de espinoso?

—Nada.

—Pues mire, no lo sabía y le agradezco la nueva. Qué quiere usted? Yo soy poeta y no botánico, repuso satíricamente el autor de *Las Brisas del Plata*.

CII

El obispo don Jacinto Vera fué si empre un hombre alegre y decididor.

Todavía en su última enfermedad y ya herido de muerte, viendo que se acercaba á su lecho el doctor Piovene, de Pando, exclamó sonriendo:

—Hola, Piovene! Usted tiene muy buen nombre, porque es *pío* y *vene*. Si sus hechos corresponden á su nombre, vamos á ir bien.

CIII

Cuando ese buen obispo acabó de recibir el último de los sacramentos, para cuya administracion estimulaba á los sacerdotes que le asistían, dijo con la noble satisfaccion del que ha cumplido sus deberes:

—Ya está todo!

Palabras que repitió entre las congojas y convulsiones de la agonía, hasta que su alma de varón justo rompió los lazos que la sujetaban á la tierra y voló en un rayo de luz al seno de su Creador!

CIV

Era tan caritativo, que casi toda su mensualidad la invertía en limosnas. Un día que olvidando sus propias necesidades para socorrer las ajenas, daba á un mendigo las últimas monedas que le quedaban, murmuró uno de sus familiares como reprochando esa prodigalidad:

—Y mañana, señor?....

—Mañana será otro día, compañero, respondió el Obispo. Y así no andeis cuidadosos por el día de mañana, como dice el Evangelio.

Y siguió recitando:

“No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen, y en donde los ladrones los desentierran y roban.

“Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no los consume orín ni polilla, y en donde los ladrones no los desentierran y roban.”

—Verdad es, Ilustrísima.

—Y también es verdad que lo que tiene el padre es de sus hijos. Pues los pobres son mis hijos, y para ellos será siempre todo lo del padre. Lástima que no posea tanto dinero como corazón!

CV

Al poco tiempo de ser elegido Presidente *constitucional* el Dictador don Lorenzo Latorre, cierto guardia civil de la villa de Melo pegó una soberbia tunda, con el lomo del sable, al coronel brasileiro Manduca Cipriano de Moraes.

Este envió un telegrama á su ministro el señor Lopez Netto,

en que le comunicaba brevemente lo ocurrido, y solicitaba que exigiese del Gobierno, además de una satisfaccion por la ofensa, la prision y castigo del guardia civil.

Lopez Netto se presentó con el telegrama al Presidente de la República, y apoyando calurosamente la demanda del súbdito imperial, declaró que era preciso hacer justicia, “ á fin de que la campaña fuera siempre habitable. ”

Latorre prometió hacer plena justicia, para cuyo efecto iba á dirigirse telegráficamente al jefe político de Cerro-Largo y al propio coronel Manduca, pidiéndoles informes; “ los cuales esperaba con todos sus pelos y señales. ”

Los informes llegaron al dia siguiente, pero ya se comprenderá que el coronel brasileiro y el jefe político don Teodoro Pereira, que confesaba la tropelia del guardia civil, no relatarían del mismo modo el suceso.

El Presidente dió más fé á la palabra de su delegado que á la del compatriota de don Pedro de Braganza, y por ello expidió al coronel Manduca un telegrama, que hemos leído, y decia así poco más ó menos:

“ Usted me ha mentido. Por otra parte, un hombre que como usted ha servido á blancos y colorados, no merece consideracion ninguna. Conque cálese la boca y aguante la paliza, que ha sido muy bien aplicada. ”

¡ Brava justicia la del terrible ex-Dictador, que con *unánime animosidad* fué proclamado Presidente de la República, por una Cámara que había elegido . . . el señor don Juan da Costa Fortinho, vasallo del rey de Portugal !

CVI

Desempeñaba la cartera de Gobierno cierta persona de cuyo nombre no queremos acordarnos, y otro individuo trataba de conseguir un privilegio muy provechoso para sus intereses y muy perjudicial para los del país. De ello se deduce que este caso no ha ocurrido durante la honrada administracion actual.

Como el pretendiente había ofrecido una buena suma á Su Excelencia si obtenía una resolución favorable, claro está que el ministro arrimaba el hombro al asunto; mas el Presidente de la República se hacía el sueco y no lo despachaba, esperando que el individuo, fastidiado de la demora, se entendiera directamente con él. ¡Qué linda pieza!

Es lo que sucedió al fin; aunque no atreviéndose el solicitante á hablar personalmente con el magistrado supremo, comisionó á un amigo de ámbos para que lo viese sobre el particular, y le propusiera mayor suma que la prometida al secretario de Estado, con tal que se le concediese cuanto ántes el privilegio. Si sería de pingües resultados!

Presentóse el tercero al jefe del Poder Ejecutivo y despues de algunos circunloquios se fué al grano . . .

—Y el Presidente lo despediría con cajas destempladas?

—Al contrario; aceptó inmediatamente el negocio. Lo cual confirma lo que aseveramos al principio de estos renglones: que el caso no tuvo lugar durante la moralísima administración de la “Divinidad protectora” de M. A. S. y de los pancistas (1). Demos á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Tan á pechos tomó la cosa el Presidente, que en el acto llamó á un edecan y le dijo:

—Ché, andáte al ministerio de Gobierno y pedí tal expediente.

Mandato que cumplió al pié de la letra el edecan; pero el ministro, maliciando una *fumada*, tras mucho abrir y cerrar cajones y buscar y rebuscar documentos, respondió muy compungido que la solicitud se había *traspapelato*. (Debemos advertir que el secretario de Estado tenía un dejo partenópeo en el lenguaje; resabía de su larga residencia en la hermosa ciudad de los *lazzaroni*.)

Ya se comprenderá que S. E. echaba mano de subterfugios á fin de parar el golpe que preveía, é imaginándose que aún podría sacar del lobo un pelo—que más vale algo que nada. Ilusiones engañosas! Porque el Presidente, más lobo que su ministro, le

(1) M. A. S. llamó *Divinidad protectora* al teniente general don Máximo Santos.

conoció el juego y reiteró la orden de que al punto enviara el expediente. Volvió, pues, el edecan al ministerio y esta vez en compañía del interesado.

Siendo perentoria la segunda orden, el *traspapelato*, más feliz que Sanchez Caballero, apareció en seguida, y no hubo otro remedio que entregarlo. Recibiólo el edecan, y saludando al ministro se retiraba paso á paso seguido del pretendiente, cuando Su Excelencia suplicó al último que lo *ascoltase* un poco.

—Qué desea el señor ministro? preguntó el solicitante.

—Oh mio caro, felicitar á osté por il buonésito de su impresa.

—Gracias, mil gracias.

—Má, per la Madonna, osté sabe lo que yo he trabacato.

—Es cierto, Excelencia, y le quedo profundamente agradecido.

—Má.... ahorra que osté va á locrar il privilequio, se non tuta la cuantitá.... En fin, amico, li ruego que no me deque afuerra!

Y dichas estas palabras textuales sin que el rubor le asomara al rostro, el ministro de Gobierno estrechó la mano del pretendiente y le acompañó hasta la puerta haciéndole mil cortesías.

CVII

Pensamiento del doctor don Manuel Herrera y Obes, ministro de Relaciones Exteriores:

“La economía de los Estados no se regla por los principios que rigen la de los particulares. Estos se enriquecen guardando cuando aquellos sólo lo consiguen gastando.”

CVIII

Una hermosa madrugada de un 25 de Agosto, el doctor Julepe se hallaba asomado al balcon de su casa, con el gorro de dormir calado hasta las orejas.

De repente una murga, compuesta de tres italianos y un negro guitarrista, ciego por más señas, se pára frente por frente del doctor; y después de saludarlo, le dice el que llevaba la batuta, aunque viniese sin ella:

—Quierre que tuque algo, signor?

—Toque lo que le dé la gana, replicó de mal modo el médico.

—L'himno orriental, dutor?

—Bueno, toque el himno oriental.

Y aquel cuarteto anticlásico *ejecutó* el himno, ajusticiado el cual, chapurreó nuevamente el director de la murga:

—E ahorra tuco l'himno de Garibaldi?

—Toque el himno de Garibaldi.

Destrozado el himno de Garibaldi, volvió á decir el capitan de la cuadrilla.... de músicos ambulantes y ambulativos:

—Quierre que tuque ina pieza d'ópera?

—Bueno, toque una pieza de ópera.

La feroz orquesta despedazó varios trozos de ópera, hasta que agotado el repertorio lírico de los cuatro instrumentistas que no hacían hablar sino chillar á sus instrumentos, el caporal pidió licencia para retirarse.

—Retírese, contestó el doctor Julepe.

—Sí, signor, con il suo permiso.... vami á següir.... per che tenemo que andare n'altri zitti.... E'per tomare la chiquita?.... Cualque vintene, dutore....

—El qué?

Y el doctor puso la cara de vinagre más avinagrada que de costumbre.

—Come habiemo tucato!.... insinuó respetuosamente el comandante de la banda.... pseudo-flarmónica.

—Y quién les mandó tocar?

—Osté, signor.

—Yo? Miente usted. Usted me preguntaba ¿toco esto, toco aquello? A lo que yo respondía: toque! Para qué había de contrariarlo? Y como ya han concluido sus tocatas, pueden irse con la música á otra parte.

—Má sendo hoji il 25 de Agosto!

—Pues el 25 de Agosto no han de hacer su agosto conmigo.

Y volvió las espaldas á la murga, que continuó su marcha trinando contra el doctor Julepe.

CIX

Cuando don Isaac de Tezanos publicaba en *La Nacion* una série de artículos titulados *Historia y Política*, en que, para justificar algunos de sus actos como ministro de don Pedro Varela, echaba el muerto al coronel don Lorenzo Latorre, preguntó un amigo á otro:

—Qué le parecen los artículos de don Isaac de Tezanos?

—En cuanto á la parte *política*, me parece que son bastante impolíticos, y en lo concerniente á la *historia*, creo que son una novela detestable.

CX

Hermann entró un día en la Bolsa de Comercio y comenzó á hacer de las suyas. De pronto se le aproxima el gerente y le dice:

—Mr. Hermann, siento mucho tener que manifestarle, en nombre del señor inspector de mes, que este es un sitio puramente comercial, y por lo tanto impropio para dar espectáculos de esta clase. Así es que le suplico....

—Je comprends, je comprends. Aquí no se permiten *juegos de manos*. Merci, contestó Hermann.

—Pero, señor gerente!... exclaman varios socios.

—Respeto la orden del señor inspector, añade el *pruebista*, y me retiro. No obstante, les advierto que he estado en las bolsas de Viena, Lóndres y París, sin que nunca me sucediera lo que acá. Au revoir, señores. Pardon, Mr. le gerente.

Y Hermann salió de la Bolsa, seguido de algunos corredores, que protestaban contra lo dispuesto por el inspector de mes, mientras que el prestidigitador repetía satíricamente:

—Bien, bien, en esta Bolsa no se permiten *juegos de manos*.
Lo que pisó la acera :

—Entre qué gentes estamos ?, preguntó á un amigo que le acompañaba.

—Ah, Mr. Hermann, respondió el amigo, estamos entre verdaderos *orientales* !

CXI

Formados ya sus escuadrones para atacar al enemigo, en Sarandí, el general Lavalleja los proclamó de este modo :

—Soldados !... Carabina á la espalda y sable en mano. A la carga !

CXII

Horas ántes de morir el general don Manuel Oribe; pero conservando todavía la integridad de sus potencias, dijo con profunda conviccion á los amigos que rodeaban su lecho :

—Señores, sólo una cosa les recomiendo y exijo en nombre de la patria : que siempre apoyen á los gobiernos constitucionales, sean del partido que fueren.

CXIII

Sabido es que, cuando el coronel Latorre se hallaba emigrado en el Brasil, empezó á forjar planes revolucionarios, lo que dió márgen á su expulsion del imperio, solicitada por el Presidente don Francisco A. Vidal.

Habiendo establecido su residencia en Buenos Aires, el ex-gobernador provisional continuó allí sus trabajos; y como deseaba que entrase en ellos el coronel Arrúa, le mandó pedir una conferencia con el doctor Querencio.

—Dígale usted á Latorre, contestó Arrúe al mensajero, apénas le habló de la entrevista, que solamente nos veremos en el otro mundo. . . . ¡y en este, para matarnos !

CXIV

A cierto rematador muy conocido en Montevideo, le tocó la suerte (!) de salir de jurado en una causa criminal.

—Y el expediente es grande ó chico ?, preguntó al alguacil que le entregaba la citacion.

—Es tan voluminoso, respondió el preguntado, que su lectura durará dos ó tres dias. Pero no vaya á faltar; mire que hay multa.

—Descuide; no faltaré.

—Entónces hasta mañana.

—Hasta mañana, dijo el rematador.

Mas ya alejado el alguacil, agregó para su sayo :

—No será el hijo de mi madre quien aguante esa mecha!

Llegó el día del juicio, y veinte minutos ántes de que éste empezára, se presentó en el Tribunal de Justicia y solicitó ver al doctor Vilaza, que debía presidirlo.

Llevado á presencia del doctor Vilaza, se trabó el diálogo siguiente :

—Qué se le ofrece, señor ?

—Vengo á manifestarle que me es imposible asistir al juicio que hoy se verificará.

—Y porqué ?

—Porque. . . . la confesion me avergüenza, y sin embargo es preciso que la haga. Usted me disculpará, doctor.

—Hable usted.

—Con su permiso. Pues sin recordar la citacion que recibí anoche, esta mañana tomé un purgante Le Roy por sentirme algo descompuesto del estómago.

Aquí el jurado puso tal cara de enfermo, que inspiraba compasion.

—Ha sido ocurrencia la suya!

—Qué quiere, doctor? Me había olvidado del juicio. Y usted comprenderá que si me quedo, tendrá que suspenderse á cada instante la lectura de la causa, además de que.... Ya empiezo á sentir nuevamente los efectos de la purga.

Y el jurado volvió á poner la cara más lastimosa que sea dable imaginar.

—Bueno, retírese, contestó el presidente del Tribunal *pisando el palito*. Pero que otra ocasion no se le borre de la memoria....

—Yo le aseguro que no. Con su licencia y muchas gracias.

Para dar visos de verdad á la mentira, el rematador, en vez de bajar la escalera, se encaminó á la *última* pieza del Tribunal, murmurando para su colete:

—Que mi suplente se divierta!

Y un hombre que se portó
Tan mal como un sarraceno,
Todavía continuó
Titulándose *hombre bueno*!

CXV

Otro de los jurados en ese mismo proceso, oía cabizbajo y con muchísima atencion, al parecer, la lectura que de él iba haciendo el actuario del Tribunal.

Esta atencion fijó la de un colega, que acercando su boca al órgano auditivo del *hombre bueno* aquel, dueño de.... una casa amueblada, le dijo:

—Cómo se conoce que ha tomado á pechos el asunto!

—Yo? Se ha engañado usted de medio á medio. Lo que ménos me preocupa es la causa.

—Pues viéndole tan pensativo....

—Sí, es verdad. Pero sabe usted en lo que pienso? Que

durante mi permanencia aquí, pueden irse algunos pájaros sin pagar el alquiler de sus habitaciones!

Saquen la moraleja los partidarios del juicio por jurados.

CXVI

Acababa de llegar á San Fructuoso el general don José G. Suarez y muchos de sus amigos fueron á darle una serenata.

Concluida esta, el festejado les invitó á pasar al salon de la casa en que se hospedaba, para agradecerles la fineza y obsequiarles con un refresco.

Entraron, pues, los amigos, y el más caracterizado de todos empezó á echar un discurso, encomiando las virtudes cívicas y militares del recién llegado.

Mas sea que no estuviese muy habituado á echar discursos ó que lo turbasen las miradas de Suarez, se producía con voz tan baja y trémula, que el elogiado le dijo de repente:

—Tenga la bondad de hablar más alto y sin miedo, que vivimos en un país libre y republicano.

La interrupcion del general desconcertó de tal manera al orador, que no pudo seguir la apología y otro de los concurrentes tuvo que tomar la palabra.

CXVII

El segundo panegirista, que no era ningun Plinio, como tampoco era un Trajano quien recibía las alabanzas, terminó diciendo:

—General, los que hemos concurrido á tributarle esta manifestacion de simpatía, somos colorados como sangre de toro, colorados puros y netos.

—Ya lo veremos mañana, contestó Suarez con una leve sonrisa, que en sus gruesos lábios más parecía una mueca ó un horrible gesto.

Acto continuo mandó traer en una bandeja tantas dalias rojas cuantos eran los de la serenata, y fué regalando una flor á cada uno de ellos.

Repartidas las dalias y admitidas por todos, los festejantes se retiraron, despues de estrechar afectuosamente la mano del caudillo.

Al día siguiente se encontraron nueve flores tiradas en el zaguan, noticia que el dueño de la casa comunicó á su huésped :

—Bien maliciaba yo que no eran colorados todos los que anoche vinieron á saludarme, y por eso es que dije:—Ya lo veremos mañana!

No hay duda que el general Suarez conocía mucho á los hombres.

CX VIII

Existe en nuestro poder el documento siguiente, auténtico, que prueba cuanto se desvivían los reyes de España por ilustrar á sus vasallos del viejo y nuevo mundo :

“ Número 1°.

“ Con fecha de 20 de Abril del año pasado de 1778 ha expedido S. M. la Real Cédula del tenor siguiente :

“ El Rey—Por quanto habiendo llegado á entender por mui seguros é indubitables informes, que ha empezado á introducirse en mis Reales Dominios un Libro en Octavo mayor, escrito en Lengua Francesa, intitulado “ Año dos mil quatrocientos y quarenta ”, con la data de su impresion en Lóndres, año de mil setecientos setenta y seis, sin nombre de Autor, ni de Impresor; y que no solo se convate en él la Religion Cathólica, y lo más sagrado de ella, si no que tambien se tira á destruir el órden del buen Gobierno, la authoridad de los Magistrados, y los derechos de la Soberanía, promoviendo la libertad, é independenciam de los Súbditos, de sus Monarcas, y Señores legítimos: hé resuelto,

que ademas de prohibirse por el Santo Oficio este perverso Libro, se quemen públicamente por mano del Verdugo todos los exemplares, que se encuentren: que se tenga en todos los Puertos, y confines de mis Dominios el maior cuidado de que no entre exemplar alguno de una Obra tan perniciosa, imponiendo las maiores penas á los Contraventores; y que se tomen todas quantas providencias dicten la prudencia, y las reglas del buen Gobierno para preservar á mis Cathólicos estados de una peste, que si no se ataja con tiempo puede acarrear los más lamentables perjuicios: á cuió fin hé mandado igualmente por Real órden de doce de Marzo de este año, á mi Consejo de las Indias, expida Cedula Circular á aquellos Reinos, para el cumplimiento de la expresada mi Real resolucion. Por tanto mando á mis Virreyes, á los Presidentes de las Audiencias, á los Governadores, y á los demas Juezes, y Ministros de ellas, aquienes corresponda, la guarden, cumplan, y executen, y la hagan guardar, cumplir, y executar puntualmente, cada uno en la parte que le toca; expidiendo con arreglo á ella las Ordenes, que convengan para su precisa, y puntual observancia. ”

“ Y la traslado á Vm. para que enterado de su contexto verifique su exacto cumplimiento, cuidando con el mayor celo, y esmero de que no se introduzca por esa Aduana la Obra de que hace referencia; y en el caso de que se verifique, pasará á mis manos los exemplares que aprehenda, para disponer como venga, dandome aviso del recivo de esta—Dios gue á Vm. m.^a a.^a — Buenos Aires 5 de Junio de 1779—. . . Fernandez (1)—S^{or} D^a Josef Manuel de Bustillo—Montevideo. ”

CXIX

Cuenta don Isidoro De-María que se leían en el Consejo del primer monarca del Brasil, unos despachos del presidente de la *Provincia Cisplatina*, en los que noticiaba las disensiones de los

(1) Nos ha sido imposible leer el nombre, que está en abreviatura y muy borrado.

principales caudillos orientales (Lavalleja, Rivera y Oribe) y, exagerando sus consecuencias, predecía la próxima disolucion de las fuerzas republicanas y el triunfo de la causa imperial.

Pero algunas horas despues, añade el citado señor, se recibieron otros despachos del presidente de la Provincia de Rio Grande, en que daba cuenta de la ocupacion de los pueblos de Misiones por el general don Fructuoso Rivera; oído lo cual por el emperador, dijo con mucha gracia á los consejeros que deseaban á todo trance la continuacion de la guerra, ya ruinosa para el Brasil :

—Con otra discordia de los jefes orientales, se nos vienen hasta Porto Alegre. Es necesario hacer la paz.

CXX

He aquí unos pensamientos del doctor Julepe:

“ En este país hay dos partidos: el de los locos armados y el de los locos desarmados. ”

“ Montevideo es el mejor pajonal para esconderse. ”

CXXI

Decía *El Correo Español* de Buenos Aires :

“ El otro día se hablaba en Montevideo, en una tertulia, de los más célebres navegantes. Don Máximo estaba presente. Uno de los interlocutores citó á Vasco de Gama.

—De dónde era Vasco de Gama? preguntó una señora.

—Vasco de Gama? De dónde había de ser!, respondió don Máximo. De las Provincias Vascongadas, como todos los *vascos*. ”

El cuento será gracioso; pero no pasa de cuento. Lo siguiente sí que es positivo y dá mejor idea de los conocimientos históricos de don Máximo.

Hallábase este sujeto en otra reunion, en que por incidencia se nombró al Tostado. (El popular escritor gloria de España.)

—Y quién fué ese Tostado?, prorrumpió uno de los oyentes, representante del pueblo para más señas.

—*Pucha!*, contestó don Máximo, acariciándose la pera untada de brillantina. Con qué *ilnorás* quien fué el *tostao*?

—Sí, señor, francamente.

—Qué brutos son los de mi tierra! Pues *sabé* que ese *tostao* fué un famoso parejero, que no perdió una sola carrera en toda su vida!

CXXII

La escena pasa en 1885, (año de grandes impuestos) y en la Junta de Crédito Público.

—Qué quiere usted?, pregunta un oficinista á cierto individuo que se presenta con un faldero en los brazos.

—Vengo á sacar la patente para este perrito, responde el prójimo... del racional y no del irracional.

—Está bien.

El empleado empieza á examinar prolijamente al faldero, para apuntar en la planilla todos sus pelos y señales.

—Que no se le vaya á olvidar alguna parte de la filiacion, dice el dueño del can con mucho retintín.

—Descuide, que no se me olvidará. Cómo se llama el perro?

Aquí el prójimo, no del irracional sino del racional, mira alternativamente al uno y al otro, y por fin contesta con sorna:

—Tiene un nombre muy raro, señor. Se llama RASPA!

CXXIII

El 19 de Abril de 1825 desembarcaron los Treinta y Tres en la Agraciada, y al poco tiempo el general Lavalleja ponía sitio á la Colonia; no muy estrecho, sin embargo, porque la caballería

brasileira salía todas las mañanas á forrajear hasta tres cuartos de legua de la plaza, protegida por sus cañones de grueso calibre y largo alcance.

Un día el jefe del ejército oriental quiso *sacudir una sableada* á los imperiales; para cuyo efecto dispuso que el mayor Mariño, *más guapo que las armas*, según la expresiva locución de sus compañeros, se emboscara con su escuadrón en un punto que le señalaba, situado entre la ciudad y el campamento patriota, y allí esperase las órdenes que le enviaría.

Cerrada la noche, el mayor Mariño reunió á sus hombres y los condujo sigilosamente al lugar designado, donde les hizo echar pié á tierra y permanecer con el caballo de la rienda, revelándoles entónces el propósito del general en jefe, y acabando por decirles que confiaba en que cada uno cumpliría con su deber.

—Ya lo verá, mayor, respondieron los soldados.

Allá al despuntar la aurora sonaron en la ciudad las alegres dianas, oídas con júbilo por los independientes, pues se aproximaba el instante en que iban á cruzar sus lanzas con las de los brasileiros, que eran, como rio-grandenses, la flor de la caballería de don Pedro I, y dignos por su bravura de luchar con los soldados orientales.

Una hora despues se abrieron los portones de la plaza para dar paso á los jinetes enemigos; mas apénas se habían alejado de la ciudad como unas quince cuadras, hallándose aún á cuatro del escuadrón de Mariño, el general Lavalleja, impaciente por la lentitud de los imperiales, que marchaban al tranco, gritó á su ayudante Gadéa :

—Vaya y dígame á Mariño que los cargue hasta los *Galpones*. (1)

El ayudante mete piernas al caballo y llega al paraje de la emboscada; pero sea que no recordase bien la orden ó que la hubiese entendido mal, el caso es que la transmitió de esta manera :

—El general ordena que cargue hasta los *portones*.

—Hasta los portones de la Colonia? preguntó Mariño.

(1) Nombre que tenía un sitio á diez cuadras más ó menos de la ciudad, próximo al cementerio, y le venía de unos galpones que á la sazón había allí. En ese lugar se juegan hoy carreras de caballos.

--Sí, hasta los portones, repitió el ayudante.

—Bueno, contestó el mayor más guapo que las armas.

Y haciendo alinear á sus soldados, con quienes se incorporó Gadea, los forma por escalones y les dirige algunas frases que los entusiasman. Luego se coloca á su frente, repecha con ellos al galope la *cuchilla* que lo ocultaba á los contrarios, la corona, manda que los clarines toquen á degüello y prorrumpe en un sonoro ¡ Viva la patria !

—Viva la patria ! exclama el escuadron.

Y á la voz de su comandante carga impetuosamente á los enemigos, que tambien embisten contra los orientales aclamando al emperador del Brasil. A medio camino chocan ámbas fuerzas, y tras dos ó tres minutos de encarnizado combate, cejan los brasileiros, vuelven grupas y huyen en dispersion, dejando el terreno sembrado de cadáveres.

Los uruguayos les siguen el alcance y tan de cerca los acuchillan, que para evitar que perseguidos y perseguidores entrasen juntos en la plaza, hubo que cerrar los portones á toda prisa, quedando por consecuencia cortada la mayor parte de la infantería imperial que habia salido en socorro de los derrotados.

Esta infantería se guareció en las zanjas y huertas de los alrededores, desde las cuales descargó á quema ropa sus fusiles sobre el escuadron cuando tornaba á su campamento, causándole muchos muertos y heridos de gravedad, hallándose entre los primeros el mayor Mariño y entre los segundos el ayudante que trabucó la orden.

CXXIV

Copiamos del libro *El general Artigas ante la historia*, escrito por don Antonio Pereira, la siguiente anécdota sobre el primer caudillo de los orientales, tan calumniado por los que sueñan con un imposible: la anexión de este país á la República Argentina .

“En una de aquellas pequeñas acciones que tuvieron lugar

en Misiones, en donde peleaban uno contra ciento, Artigas consigue sorprender y rendir una guardia, compuesta de veinte hombres, con seis ú ocho individuos de su escolta, sólo por su valor personal y por el prestigio y efecto que producía su nombre.

“ En esta ocasion uno de los portugueses, hacendado rico y acérrimo enemigo de los patriotas, que no podía oír nombrar á Artigas, cae prisionero y es presentado al general, quien al verlo le pregunta por qué le odiaba tanto. El portugués, que no le conocía, le contesta :

— “ Porque es enemigo de nuestra nacion, por eso le odio.

“ Entónces Artigas le explica por qué tiene que ser enemigo de su país : por pretender subyugar la libertad y la independencia de la Banda Oriental ; y le dá á conocer toda la desleal y pérfida política que se había usado para con su patria, y todo el tejido de injusticias y el plan de intrigas que se había puesto en obra para dar en tierra con su causa.

“ El portugués le oye al principio con mucha prevencion ; pero poco á poco se vá interesando por la relacion que oye, y últimamente justifica completamente á Artigas y áun manifiesta interés por conocer á ese patriota á quien le habían pintado como un enemigo de todo el mundo.

— “ Y no temería usted su presencia ?, le pregunta el general.

“ El otro afirma que no.

— “ Pues entónces sepa usted que está hablando con el mismo general Artigas.

• “ El portugués ante esto se atribula y se conmueve por la sorpresa ; mas vuelto en sí, no tiene bastantes expresiones para manifestarle su reconocimiento, admiracion y respeto. El general Artigas le agradece las muestras que le dá de gratitud y lo deja en libertad inmediatamente.”

CXXV

Era Presidente de la República el general don Lorenzo Batlle, don José C. Bustamante su ministro de Gobierno.... y

algunos periodistas de la oposicion se hallaban desterrados. Item, trayendo por los cabellos el artículo 81 del Código fundamental, el Poder Ejecutivo había puesto una mordaza á la prensa independiente.

Uno de los gacetilleros de esa prensa, don Dermidio De-Maria, se saca una ocasion el instrumento que le impedía el habla, y dice en *El Siglo* ciertas cosas que no sonaron bien en los oidos del ministro de Gobierno. El señor Bustamante manda llamar al gerente de *El Siglo*, que era el propio gacetillero, y así que lo tuvo en su presencia le pregunta :

—Porqué razon ha infringido su diario la disposicion del Gobierno ?

—Señor ministro, la Constitucion de la República garante la libertad de imprenta, contestó don Dermidio De-Maria.

—Garante la libertad de imprenta, sí. Pero tenga entendido y no se olvide, replicó segun cuentan el prepotente ministro, que hoy ESTO lo garante todo; y añaden que al pronunciar tales palabras, se abrió el saco y mostró al gerente de *El Siglo* un gran rewólver que tenia en la cintura.

CXXVI

Siendo jefe político y de policía el mismo señor Bustamante, dijo uno, jugando del vocablo :

—Bustamante será jefe de policía, no lo niego; mas nunca será jefe *político*.

CXXVII

Don Cristóbal Salvañach, que es ahora miembro del Superior Tribunal de Justicia, se hallaba una noche con varios amigos en un palco *avancé* de Solís. Justamente era un 25 de Agosto, meses despues de Quinteros, y como de costumbre el teatro estaba de

bote en bote. Figuraos, pues, el efecto que produciría la cosa que vamos á relatar.

Minutos ántes de que empezara la funcion, se abre la puerta del palco presidencial y entra en él don Gabriel A. Pereira, seguido de sus ministros y edecanes. Al ver á S. E., don Cristóbal Salvañach se levanta de la silla, saca medio cuerpo fuera del palco y agitando el sombrero grita á los de la platea :

—De pié, señores ! De pié, señores !, que ha llegado el Presidente. Viva el Presidente de la República !

Este exceso de entusiasmo *federal* ó ministerial (porque el padre del *vivador* y *vividor* ocupaba una secretaria de Estado y acompañaba esa noche al Presidente) no fué del agrado del señor Pereira, que dirigiéndose á uno de sus edecanes, dijo en alta voz, como para que le oyeran las personas de los palcos próximos :

—Quién es ese mozuelo impertinente ?

CXXVIII

Pensamiento de don Isaac de Tezanos :

“ Todos hemos bailado candombe en esta tierra. ”

CXXIX

Don Andrés Gomez, que murió de general, desempeñaba la mayoría de un batallon de Guardias Nacionales, y era soldado de ese batallon don José M. Solsona, que falleció siendo coronel. Como se vé la anécdota remonta á más de medio siglo; pero por ser verdadera no puede aplicársele el refran de á luengas vías, luengas mentiras.

Es el caso que don José M. Solsona no asistió al cuartel un domingo en que habia ejercicios doctrinales; por lo cual su jefe le mandó aprehender con un sargento de órdenes, quien á las

dos horas le echó mano en la calle y que quiera que no quiera lo condujo á la mayoría.

—Porqué ha faltado usted?, le preguntó don Andrés Gomez, poniendo más severa su cara de pocos amigos.

—Yo no he faltado, repuso tranquilamente aunque con cierta socarronería el guardia nacional.

—Se atreve á afirmar que vino al cuartel? Ya se necesita audacia.

—Yo no he dicho eso, mayor; perdone. Dije que no habia faltado al ejercicio.

—Como? Estuvo en el ejercicio?

—Sí, señor, estuve.... *moralmente*, respondió Solsona con grande impavidez.

—Ah, *moralmente*, repitió Gomez arrugando las cejas. Pues, sargento, ahora mismo, no *moralmente* sino *físicamente*, meta usted en el calabozo á este soldado!

CXXX

Cuentan que sintiéndose bastante enfermo un jefe de campaña, colorado como sangre de toro y muy cerrado de mollera, fué desde su estancia, que la tenía en el departamento de Canelones, hasta la villa de Guadalupe, con el fin de hacerse examinar por un facultativo.

El facultativo pulsó al hijo de Marte, le miró la lengua y otros órganos, le auscultó, le olió, se informó detenidamente de su dolencia, y por último cogió una pluma, la mojó en el tintero, trazó algunos garabatos en un papel, que tituló receta, y le dijo entregándosela:

—Lo que usted concluya esta bebida que le dará el boticario, vuelva por acá que ha de hallarse mejor. Y ningun exceso en la comida y mucho método en todo.

—Pero qué tengo? preguntó el jefe, un tanto sorprendido de las palabras del médico, pronunciadas con la gravedad que caracteriza á los adeptos de Hipócrates. Qué tengo, doctor?

—Un mal sumamente delicado: gastro-enteritis; mas no se alarme, que ya se lo sacaremos.

Púsose pálido el jefe, y sin desplegar los labios saludó al facultativo y se retiró. Al llegar á la puerta de calle, se topó con un amigo que venía á ver al Galeno.

—Hola! exclamó el amigo. Desde cuándo por aquí?

—Desde ayer, contestó suspirando el militar.

—Qué le pasa, hombre?

—Que estoy un poquito embromao.

—Se le conoce en la cara. Sin embargo, creo que no será de peligro...

—Al contrario; para mi enfermedad no hay cura, á pesar de lo que me ha asigrao el médico.

—Y qué es lo que tiene usted?

—Ay! amigo... me dá vergüenza de confesarlo, ni tampoco me explico cómo demontres se me pudo colar en el *estógeno*...

—Qué cosa, pues?

—Un gato enterito. Figúrese como me encuentro!

—Un gato? Ave María Purísima! Tiene usted un gato en la barriga?

—Así me lo acaba de anunciar el doctor. Un gato enterito nada ménos! Y quiere que no me alarme porque él me lo sacará. La que lo parió...

—De veras?

—Sí, señor, de veras. Yo no sé como me lo sacará sin abrirme la panza. Pero lo que es eso, no es el hijo de mi madre el que se la dejará abrir.

CXXXI

El coronel don Marcelino Sosa, comandante del primer regimiento de guardias nacionales de caballería, era uno de los jefes más bravos y populares que tenía el gobierno de la Defensa.

Herido de muerte por una bala de cañon, en un combate ha-

bido en la playa de la Aguada el 8 de Febrero de 1844, cayó del caballo diciendo á los que acudieron en su auxilio:

—Compañeros, salvenla pát ría.

CXXXII

Nuestros lectores recordarán que en cierta época de la Dictadura de Latorre, se habló mucho de un curandero llamado el Cristo, que realizaba maravillas en el departamento del Durazno y otros departamentos.

El gobernador hizo prender al matasanos de campaña y traerle á uno de los cuarteles de Montevideo, donde, despues de multitud de judiadas, concluyó por empaparle en aguardiente la patilla y encendérsela con un fósforo.

—Es cierto, coronel, le preguntaba en los dias de ese suceso una de sus íntimas relaciones, que usted ha ejecutado un auto de fé con las barbas del Cristo?

—La culpa se la tiene él, respondió Latorre. ¿No quería que lo llamasen como al Redentor? Pues debía saber que todo redentor sale crucificado. Y yo lo *cristié* en regla, para que fuese *Cristo* del todo.

CXXXIII

Una tarde se presentó en casa del gobernador una vieja, cuyo aspecto y ademanes demostraban que era algo alegre de cascos. Aquí es la mía, diríase Latorre para su colete; y en son de burla preguntó á la mujer:

—Qué se le ofrece, madama?

—Vengo á pedirle una limosna, señor coronel. Mire, Excelencia, carezco hasta de botines.

Y la mujer se alzó el bajo del vestido para mostrar sus piés calzados con alpargatas.

—Dígame, señora, continuó don Lorenzo, es usted viuda de algun servidor de la patria?

—No, señor.

—Es usted madre de algun ciudadano que haya figurado en el país?

—No, señor.

—Es usted hermana de algun guerrero de la Independencia? Porque usted me parece más *antigua* que el Padre Eterno.

—Señor coronel . . . murmuró la vieja contoneándose.

—Vamos, es usted hermana de algun guerrero de la Independencia? Responda sin sacudirse tanto.

—No, señor.

—Y entónces qué títulos trae para jo . . . robarme?

—Ninguno, señor; pero como V. E. es el padre de los pobres, creí que no me negaría el favor que le imploro.

—Amor con amor se paga, contestó Latorre, que era muy poco amigo de soltar la mosca. Usted me exige un favor y yo voy á exigirle otro. Cánteme una cavatina.

—El qué, señor coronel?

—Una cavatina, que es una pieza de música.

—No conozco la música, Excelencia.

—Pues con buena música se me ha venido. Ya vé que la conoce.

—Una limosna para comprarme botines!

—Nada, nada; ó canta usted, ó se vá con la música á otra parte.

—Pero qué quiere que cante, señor?

—Cualquier cosa; pronto. Empieze.

Y no hubo más remedio. La vieja comenzó á berrear y don Lorenzo á reirse. Imitáronle los cortesanos, y la habitacion en que tenia lugar esta escena, se convirtió en lo que ya supondrán los lectores.

Cuando la mujer acabó de cantar, el coronel Latorre sacó un cóndor del bolsillo y se lo entregó diciéndole:

—Tome, señora. Y si vuelve otro día á pedirme para zapatos, saldrá usted de aquí con una zapatería en el . . .

CXXXIV

Tercera broma, que pasó en el Fuerte de Gobierno.

—Conqué usted anda buscando una colocacion?, dice don Lorenzo á un jóven que se la solicita. Ya lo voy á complacer.

Y coge por los hombros al pretendiente, le pone arrimado á un rincon de la pieza, y le manda que se quede en esta posicion hasta que él vuelva. En seguida sale.

Allá al cuarto de hora ó media hora vuelve el gobernador, mordiéndose los bigotes y con un puro en la mano. El pretendiente no se ha movido del rincon.

—Ahora puede irse, le grita el coronel Latorre; y cuente á sus amigos que ya le di una buena *colocacion* en mi despacho.

CXXXV

Don Miguel Santana recibió un billete de un amigo de Minas, en que le recomendaba á una negra que había llegado á Montevideo y deseaba ver al gobernador, para rogarle que hiciese dar de baja á un hijo que servía contra su voluntad en uno de los batallones.

A fin de complacer al amigo, Santana se presentó con la negra en casa del coronel Latorre y le expuso el objeto de su visita. El Dictador dirigia interrogaciones, tomaba apuntes, contestaba, y, por último, fingía interesarse mucho en aquel negocio.

Lo que Santana acabó de hablar, dijo don Lorenzo encarándose con la negra:

—Está bueno, *señora*; puede usted retirarse tranquila, en la seguridad de que su hijo será dado de baja uno de estos días.

Que usted lo pase bien, *señora*. Y aquí me tiene para lo que guste mandar.

Luego aproximándose á Santana, que es sumamente moreno, tanto como un indígena del Perú, le preguntó con mucha calma y la intencion de un toro marrajo:

—Dígame, amigo, y esta *señora* es de su familia?

Los que conozcan á don Miguel Santana, comprenderán si tuvo ó no tuvo chiste la pregunta. En cuanto á la promesa del Dictador á la madre infeliz, la cumplió tan al pié de la letra como las que hizo á sus conciudadanos!

CXXXVI

Cuando aquella excursion al Norte del Rio Negro, Latorre visitó á una docena de hacendados rio-grandenses, establecidos en los departamentos de Tacuarembó, Salto y Paysandú. Los brasileiros le trataban á pedir de boca, y hé aquí lo que á cada uno de ellos decia el gobernador al despedirse:

—El Presidente Avellaneda me vá á regalar un caballo entero, de raza árabe pura. (1). Tan pronto como usted sepa que el animal ha llegado á Montevideo, que ya lo sabrá por los periódicos, mándeme dos ó tres de sus yeguas, que yo las haré cubrir por *Gambetta*. (Era el nombre del caballo.)

El hacendado se deshacia en cumplimientos.

—Sí, señor, continuaba con formalidad el coronel Latorre; quiero demostrarle de alguna manera mi gratitud por las atenciones que me ha dispensado. Con que no se olvide. Y entienda que me creeré desairado por usted si no acepta mi cordial ofrecimiento. Adios, amigo; téngame por su servidor.

El brasileiro saludaba afectuosamente y el gobernador seguía su camino.

Los estancieros que no estaban en autos de las *fumadas* del

(1) Latorre no decia caballo entero, sinó que se valia de la palabra que usan castizamente nuestros paisanos para designarle.

Dictador, apenas supieron que *Gambetta* habia llegado á la capital, escogieron dos ó tres de las mejores yeguas de sus estancias—y reunidas unas veinticinco ó treinta, las enviaron á Montevideo, bajo la direccion de fieles capataces y peones.

El que hacia de jefe de la tropa racional è irracional, tomó el tren en el Durazno, para anunciar con tiempo el arribo de las yeguas. Así que llegó á la capital, se presentó al Dictador y le entregó varias cartas de los estancieros. Leídas por Latorre, dispuso que los animales fuesen conducidos á un campo próximo á Toledo, que ya tenia preparado para la broma.

—Váyase no más, dijo al jefe de la expedicion cuando éste volvia á solicitar órdenes, y entregue estas contestaciones á los estancieros que me han escrito. Dentro de dos meses les devolveré las yeguas.

Y regaló unas cuantas monedas al individuo, que se retiró muy satisfecho de la acogida del coronel Latorre.

Ese mismo dia, Su Excelencia mandó buscar un burro á propósito para la *fumada* que iba á hacer á los brasileiros, y se lo echó á las yeguas, que al cabo de dos meses fueron devueltas á sus respectivos propietarios. ¡Qué sorpresa la de éstos cuando, lograda la paricion, se encontraron con mulas ó mulos en lugar de los potrillos de raza que habian soñado!

—Ista sim que foi fumada! exclamarían los doloridos.

Y en verdad que fué fumada sensible, porque si el coronel Latorre hubiera hecho cubrir á las yeguas por *Gambetta*, tal vez los hijos de éste, por serlo de un padre tan ilustre, andando los tiempos y las cosas como van, hubiesen llegado á ocupar un sitio eminente en la Cámara de diputados ó de senadores!

CXXXVII

Erase la noche del 15 de Enero de 1875, y el Presidente Ellauri dormía como un liron, ya que no como un justo. De pronto entró un amigo en su aposento, le despertó y le dijo:

—Pepe, vístete ligero, que las papas queman.

—Qué ocurre? preguntó bostezando don Eduvigis.

—Que los jefes de batallón se han sublevado.

—Cómo?

—Y te han derrocado.

—Es posible?

—Y han nombrado Gobernador Provisorio á don Pedro Varela.

—Hombre!

—Y están vivaqueando en la plaza Constitución.

—A unas tres cuadras de aquí?, balbuceó el Presidente de la República, poniéndose á temblar como picado de la tarántula.

Sin pedir más explicaciones se tiró del lecho, comenzando á vestirse á toda prisa y con tanta turbación, que confundía las prendas del traje, lo cual hacía sonreír al servicial amigo.

En seguida subió á la azotea de su casa para refugiarse en la del vecino, que era un cónsul. Iba sin sombrero, sin corbata, con los cabellos erizados y el terror pintado en el semblante!

Al saltar la pared divisoria de ambas azoteas, el tímido gobernante se lastimó una mano; suceso que referían poco después al doctor Pérez Gomar, uno de sus ministros; el cual respondió sonriendo:

—El doctor Ellauri siempre ha sido muy flojo.... de manos. Si las hubiese tenido firmes, no le pasaría lo que ahora le pasa. La culpa es suya exclusivamente; pero ya las ha pagado por donde pecó.

CXXXVIII

Acta que podría servir como cabeza de proceso :

“ Reunidos los abajo firmados, con motivo de los acontecimientos que acaban de tener lugar y son de notoriedad pública, hemos determinado lo siguiente: Los jefes de los cuerpos reunidos hemos resuelto nombrar por Gobernador Provisorio al ciudadano don Pedro Varela, el cual esperamos sabrá responder

á la confianza que en él depositamos en nombre del país, á cuyos intereses y aspiraciones legítimas ofrecemos nuestro decidido concurso.

“ Miguel Navajas—Lorenzo Latorre—Casimiro García—José Etcheverry—Angel Casalla—Plácido Casariego—Zenon de Tezanos. ”

CXXXIX

Decía el gobernador Latorre en un telegrama á don Luis Revuelta, jefe político del Salto, con ocasion de un desfalco habido en la Aduana de aquel departamento :

“ He de levantar una horca para colgar en ella á los ladrones.”

Mas nunca la levantó,
Aunque en el país hubiera
Ladrones de baja esfera,
Y de alta esfera ó de pró.

¿ Porqué faltó el coronel
A su palabra segura?
—Porque la tal ahorcadura
Debía empezar por él!

CXL

Orden dada por el Dictador al jefe político de Cerro-Largo don Teodoro Pereira, con motivo de haber degollado algunos bandoleros á cuatro súbditos españoles :

“ Prévio un breve sumario para constatar los hechos, ejecute V. S. en el lugar del suceso á los que resulten criminales. ”

Y el Superior Tribunal,

Cuyos fueros invadía
Con ese ukáse brutal
El Tiberio nacional,
No dijo esta boca es mía!

CXLI

Diálogo entre don Eduardo Mac-Eachen y el mayordomo de su estancia. La escena ocurre en Montevideo y garantizamos su autenticidad.

Mac-Eachen—Y cómo están los campos?

Mayordomo—Muy mal, patron; hay una seca espantosa y el ganado se muere.

Mac-Eachen—Mucho?

Mayordomo—Sí, señor, mucho; y si no llueve pronto....

Mac-Eachen—Qué teme, amigo?

Mayordomo—Que se pierdan todos los animales; pero con tal que Dios conserve á usted la vida, qué importa lo demás?

Hé ahí un mayordomo que hace equívocos sin querer, al igual del personaje que hablaba en prosa sin saberlo.

CXLII

El mismo día en que don Benigno Carámbula se recibió de la jefatura política de la Colonia, mandó comparecer á algunos empleados y les fué diciendo:

—Señor comisario, á qué partido pertenece usted?

Comisario—Yo he sido, soy y seré blanco, señor jefe.

Carámbula—Pues en el acto me presenta su renuncia.

Comisario—Está bien.

Carámbula—Y cuál es la opinion de usted, señor oficial segundo?

Oficial 2.º—V. S. sabe que siempre he formado en las filas del partido nacional.

Carámbula—Tambien me elevará su renuncia. Y usted, señor auxiliar, es oribista como esos caballeros?

Auxiliar—Dios me libre! Yo me honro en ser colorado puro y neto hasta la muerte.

Carámbula—Me gusta. Desde hoy asciende al puesto de oficial segundo. (*Dirigiéndose á los otros oficinistas:*) Y ustedes simpatizan con la causa de los degolladores del Cerrito?

Empleados—No, señor; de ningun modo.

Carámbula—Entónces continuarán desempeñando sus respectivos empleos.

De esta manera inauguró su administracion el coronel don Benigno.... de nombre, segun lo reveló en oportunidad *El Pueblo* del Carmelo.

CXLIII

Mas este periódico no refirió un chasco que noches despues sufría el jefe político y merece contarse por lo chistoso. Nos lo ha relatado la propia persona que se lo dió al coronel.

Ello es que el jefe se paseaba con un amigo por la plaza de la ciudad, peor alumbrada que las de Montevideo; lo cual significa que se hallaba tan á oscuras.... como nosotros de las cuentas del ministro de Hacienda.

Don Benigno marchaba cabizbajo y meditabundo. Quizás iba pensando en la inmortalidad del mosquito, ó en destituir á los escasos palomos empleados en las demás oficinas del departamento.

Porque al jefe político le había entrado tal *blanco-fobia*, que veía blancos en todas partes: en la sopa que engullía, en el vino que bebía, en el traje que vestía y en el lecho donde se acostaba para dormir como un santo.

Hasta en el tintero en que mojaba la péñola para firmar decretos pilatunos, veía blancos el coronel Carámbula; cuya monomanía era el tema obligado de las conversaciones en los cafés y casas de familia.

Pero vamos á la historia. En una de las idas y venidas del coronel, fué saludado con un fuerte *buenas noches*, pronunciado por un individuo que acababa de sentarse en uno de los bancos de la plaza.

Al oír ese inesperado saludo, don Benigno lo devolvió y aproximándose al sujeto, que hizo lugar en el banco al jefe y á su acompañante :

—Amigo, no tengo el honor de conocerle, dijo mirándole á la cara.

—Yo me llamo Juan Gonzalez, para servir á V. S. (Un nombre supuesto.)

—Y vive usted aquí ?

—No, señor, yo vivo en el Rosario.

—Ah ! en el Rosario. En esta villa hay muchos enemigos del Gobierno.

—Es verdad.

—Y usted qué es ?

—Un transeunte, respondió con gran pachorra y haciéndose el desentendido Juan Gonzalez.

—Le pregunto si es blanco ó colorado.

—Blanco, señor jefe.

—Conqué palomo, eh ? Y ocupa usted algun puesto público ?

—Sí, señor.

—Pues queda usted destituido.

Carámbula se levantó ceñudo é imponente, al mismo tiempo que el individuo replicaba con sorna, para quemar la sangre al coronel :

—Pero, señor

—Repito que queda destituido desde ahora.

—Pero, señor; el puesto público que ocupo lo puede ocupar cualquier vecino

—Colorado, sí.

—O blanco, señor, con permiso de V. S., porque es un banco en esta plaza. No obstante si V. S. me echa del banco

Y el sujeto se puso de pié como para retirarse.

—Váyase á freir espárragos !, contestó el jefe político comprendiendo la fumada y continuando su paseo.

Lo sorprendente es que no metiera en la cárcel al de la broma, por haberse burlado del principio de autoridad encarnado en don Benigno!

Ya se vé que no es tan fiero el leon como le pintan.

CXLIV

Retrato del Presidente Vidal, hecho por *La Razon* :

“ El doctor Vidal es un Presidente de ocasion, uno de esos caracteres que se prestan lo mismo para un fregado que para un barrido. Es el hombre que el 13 de Marzo renunció la Vicepresidencia *por el mal estado de su salud*, y que el 16 aceptaba la Presidencia *perfectamente curado de su grave enfermedad*.

“ Es un Presidente que es y será siempre un cero á la izquierda en lo tocante al gobierno ; que si le hablan de la posibilidad de que venga Latorre, se encogerá de hombros y dirá :— *Están viniendo*. Si dicen que es necesario velar por las garantías individuales, contestará : *Dejáte de cantar silguero*. Si le consultan sobre algun negocio de Estado, dirá :— *No me venga con guascas que soy zorro viejo*.

“ Porque esó sí, nuestro Presidente es y será siempre un cero á la izquierda en lo tocante al gobierno ; pero en esto de soltar una compadrada á tiempo, no le pone el pié delante ni el mismo Anastasio el Pollo.”

¡ Un Vidal más verdadero
Yo no he visto ni veré ;
Y qué grande artista el que
Lo pintó de cuerpo entero !

Al gran artista le mando,
De mi admiracion en muestra,
Mil loores. ¡ Qué obra maestra !
¡ Don Antonino está hablando !

CXLV

Un oficial del 5.º de Cazadores llamó á la puerta de un cochero del tranvía de la Union, una noche del mes de Julio de 1880.

El cochero abrió la puerta, y al punto fué asido del hombro por el oficial, que desnudó la espada para sacudirle el polvo.

El amenazado consiguió zafarse y echó á correr por las calles de la villa como liebre acosada por los galgos.

El militar persiguió al que huía y le cogió á las pocas cuadras, aplicándole en seguida una tunda de padre y señor mío.

A los ayes del apaleado se presentó un sereno, en pos del sereno un vigilante, y en pos del vigilante el comisario ó sub-comisario de la Union.

—Y esto qué es? preguntó el agente de policía.

—Esto es que el señor oficial me ha pegado una paliza, respondió el cochero lamentándose.

Alguna cosa le habrás hecho, pícaro.

—Nada, señor, no le he hecho nada. Ni siquiera lo conozco.

—Dice la verdad ese pobre diablo, prorrumpió el hijo de Marte.

—Y entonces?....

—Es que confundí la puerta. La felpa iba destinada á otro.

—De manera que ha sido una equivocacion?

—Sí, respondió el oficial.

—Pues si ha sido una equivocacion, de qué te quejas?, dijo el comisario ó sub-comisario al cochero. Retírate.

—Y la justicia? Y la ley?....

—No acaba de manifestarte este oficial que ha sido una equivocacion? Qué más quieres? Andáte á tu domicilio! Buenas noches, señor oficial.

—Buenas noches.

Y todos se retiraron: el cochero á curarse de los golpes, el

sereno y vigilante á sus puestos, el oficial á su alojamiento, y á la policía el sub-comisario ó comisario.

Este suceso, que narró *La España*, pasó días despues de la publicacion de una nota del ministro Requena y García, en que se leía este párrafo :

“ En cuanto á las garantías individuales, hace timbre esta administracion de que sean una verdad . . . pero el Gobierno no puede en cada caso garantizar las eventualidades.”

Aquella paliza y otras que se daban de cuando en cuando, entraban en el número de las eventualidades de que hablaba el ministro Garantías, que tal apodo se mereció.

Por otra parte, el oficial confesaba que había padecido una equivocacion; y por una equivocacion debía llevarse preso á un valiente del 5.º de Cazadores ? No faltaba más !

CXLVI

Durante la guerra del año 25, cayó en poder de los patriotas un coronel brasileiro, que no conocía al general Lavalleja y se lo había figurado de alta estatura, fornido, elegante y buen mozo.

Ya se vé que el súbdito imperial tenía formado un concepto erróneo del vencedor en Sarandí, que era bajo, de piernas torcidas, delgado, de fea figura y semblante nada bello.

Conducido á presencia del jefe de los Treinta y Tres, éste lo acogió con toda cortesía y le prometió que seria tratado dignamente, mientras no se realizase un canje de prisioneros que se proyectaba.

En seguida llamó al capitan don Felipe Maturana y recomendándole al coronel, lo puso bajo su custodia. El capitan llevó á su tienda al prisionero y allí le preguntó :

- Le ha gustado el recibimiento del general ?
- Muito, capitao, e estou-lhe grandemente obrigado.
- Y qué le ha parecido nuestro jefe ?

—Ah, senhor, sinto pena de haverle conhecido. Creía-lhe um gigante.

—Y se ha encontrado con todo lo contrario.

—E verdade, con um homen piqueno. E tanta fama que tem entre nos um homem tao piqueno !

CXLVII

Don Félix de Lizarza era escribano de Comercio y tenía un dependiente llamado Martin Estanislao Garate, que más se ocupaba en aporrear á las musas que en hacer notificaciones.

Con poner que don Eduardo Díaz y don Luis Velazco podrían dar quince y falta al hijastro de Apolo, ya se deja dicho como serían los partos de su ingenio.

Y si se quiere una muestra, aquí vá un *soneticidio*:

La mañana se sube por el cielo
Y pinta sus matices en el espacio,
El azul se mezcla con el topacio,
El verde mar con el color del hielo.

Tienden las aves su melodioso vuelo
Que cantó con su lira el gran Horacio,
Y en breve tiempo el cerúleo palacio
Se cubre de luz rasgando el nocturno velo.

¡Hora indefinible de melancolía
Que hace latir el corazon del vate
Y lo inunda con ondas de poesía:

Yo te saludo, vencedora en el combate
De la negra noche con el claro día;
Que tu lumbre por el orbe se dilate!

Sin embargo, este merodeador del Pindo solía compararse con Espronceda, Byron y Victor Hugo, pues aseguraba que Fray Modesto nunca llegaría á prior.

Un día hablando con don Félix de Lizarza, le decía :

—Las estaciones influyen mucho en la inspiracion de los poetas. Los hay que escriben más lindas composiciones en verano que en invierno. Lo que es por mí . . .

—Usted escribe mejor en invierno que en verano ?, preguntó Lizarza.

—No, señor, mis más bonitas producciones las he hecho en la primavera.

—Ya, replicó el gracioso escribano, porque es la estacion en que los pastos están verdes !

CXLVIII

El doctor don Ambrosio Velazco sacudió una bofetada á un jornalero y éste lo demandó ante el respectivo juez de paz.

Citado por el representante de la ley, el agresor entraba en la oficina á la hora señalada, tan pachorrudo é impasible como siempre.

A invitacion del juez, el jornalero produjo su queja, siendo escuchado con toda impavidez por el hombre del Foro.

Lo que el querellante concluyó de hablar, el doctor Velazco tomó la palabra para ratificar la acusacion.

—De suerte que usted confiesa haberle pegado una bofetada ? dijo el juez de paz.

—Lo confieso. Este individuo se me subió á las barbas y le asenté la mano para corregirle.

—No obstante, doctor, usted comprenderá . . .

—Lo comprendo perfectamente y me reconozco culpable. Vamos, amigo, y qué indemnizacion reclama usted ? preguntó al jornalero.

—Una onza de oro.

—Con qué en una onza estima la bofetada ?

—Sí, señor.

—Pues bien, aquí tiene dos onzas, respondió con calma el letrado sacándolas del bolsillo.

—Mejor todavía.

—Una por la bofetada que le dí ayer, y otra por la que le doy ahora.

Y despues de aplicar el más soberbio puñetazo al jornalero, le entregó las dos onzas. En seguida se volvió hácia el atónito juez de paz y le dijo:

—Cuánto le debo, señor juez?

CXLIX

Pensamiento *pegiagudo* de don José Antonio Tavolara:

“La esperanza tiene muchos puntos de semejanza con el cabello: cae con los años.”

Pues ese es un solo punto de semejanza, para poner la cosa en su punto.

CL

El mismo ebanista que construyó en Zaragoza la urna que guarda las cenizas de don Juan de Lanuza, aquel célebre Justicia Mayor de Aragon, fué el que hizo en Montevideo la que encierra los restos mortales del general Leandro Gomez, el heróico jefe de la Defensa de Paysandú.

La casualidad quiso, pues, que á la propia mano se debiesen las dos obras (casi iguales en forma y dimensiones) que transmitirán á las generaciones futuras, el polvo sagrado del último defensor de las libertades aragonesas y del último campeón de la independendencia nacional.

CLI

Segun el doctor Zorrilla de San Martin, era tan ferviente católico el general don Fructuoso Rivera, que momentos ántes

de reñir la acción del Palmar, se quitó el sombrero y agitándolo en el aire delante de sus tropas, pronunció las siguientes palabras:

—Santísima Virgen del Carmen, esta sola te pido!

La Virgen del Carmen le oyó . . . ó no le oyó, que sería lo más seguro. Con todo, el fundador del partido colorado triunfó completamente de su enemigo el general don Ignacio Oribe, soldado valiente y caballeresco; pero mucho más teórico que práctico.

CLII

Un distinguido abogado y poeta, dos veces viudo, se encuentra en la calle con otro abogado y polemista, á quien las malas lenguas atribuyen el delito de bigamia.

—Hola, Barba Azul, dice el último deteniendo al primero, es verdad que pronto vuelves á casarte? No te causa remordimiento el poner en capilla á una tercera dama?

El motejado de Barba Azul mira con severidad á su amigo, hombre que tiene la vergüenza en los talones, y á pesar de ello se le sube á la cara oyendo esta contestación:

—Por lo ménos yo espero á que se me mueran mis mujeres!

CLIII

Otro inteligente abogado, tan conocido por sus chistes como por su buen gusto en el vestir, lucía en la corbata un alfiler en forma de herradura.

Paseándose una mañana en la calle del 25 de Mayo, es parado por un su colega que no goza fama de perspicaz, pero que alardea de gracioso:

—Hombre, le dice este fijándose en el alfiler, es posible que ostentes una alhaja tan simbólica? No temes las alusiones personales?

—Un alfiler en la corbata, sea cual fuere la forma que tenga, no es más que un capricho de esa moda á que todos rendimos culto.

—No obstante....

—En cambio, hay quien, andando en dos piés, lleva en ellos herraduras, y para disimularlas usa botines de lustroso charol.

Y botines de lustroso charol gastaba el aludido, que á pesar de esta y otras pullas sangrientas, no se ha podido curar de sus achaques *graciosos*.

CLIV

La víspera del combate de Huirapitá, ganado por Artigas al general Abreu, cuya division quedó en su mayor parte prisionera con la artillería y bagajes, el caudillo oriental, seguro de la victoria, prometió una cuantiosa recompensa á quien le presentara vivo al jefe portugués.

Este ofrecimiento lo hacía con el único fin de evitar la muerte del guerrero enemigo, al cual se sabe que profesaba mucha estimación, por ser uno de los jefes que se condujeron noblemente durante esa tenaz y larga guerra, en que se disputó palmo á palmo el territorio nacional.

Empeñada la acción el 14 de Diciembre de 1819, se sostuvo con igual tesón por ámbos contendientes, hasta que el general Artigas la decidió en su favor, cargando personalmente con un escuadrón de las Misiones Orientales, sobre uno de los flancos de la division contraria.

Producida la derrota, los portugueses se dispersaron en distintas direcciones, y un alférez de la patria, apellidado Arredondo, siguió con algunos soldados de su compañía el alcance del general Abreu; consiguiendo al fin bolearle el caballo y aprehenderlo cuando iba á penetrar en el cercano monte.

—Está garantido, general, le dijo Arredondo, y voy á llevarle á nuestro campo. Déme su espada.

—Aquí la tiene, señor oficial, contestó el prisionero, desciñéndosela de la cintura y entregándola.

Después que desataron las boleadoras de la cabalgadura, el jefe portugués se puso al lado del alférez, y todos emprendieron la marcha hacia el cuartel general. En esos momentos ocurrió un incidente que dió margen á la fuga del general Abreu, y relata así el coronel Bermúdez :

“ Una fuerza nuestra que perseguía otra enemiga, cruzando por el frente y rozándose con Abreu, le tomó por un rezagado de los fugitivos é hizo armas para matarlo. Arredondo se interpuso; pero el prisionero, aprovechándose de la cuestion que habia originado, picó á su caballo y se internó en el monte. ”

CLV

Cuenta la tradicion, que formada la línea para atacar al conde de la Figueira, el coronel don Andrés Latorre, mayor general de Artigas, proclamó de esta manera á su reducida aunque entusiasta hueste :

—Muchachos, allí están los portugueses. A ellos, y echar el miedo á la espalda, que hoy se juega el todo por el todo; pues lo que ha de empeñarse, que se venda !

Y colocándose á la cabeza de la caballería, “ ese soldado tan valiente como jefe desgraciado . . . (1) incapaz de huir teniendo el enemigo al frente, se estrelló con el puñado de escogidos, contra las líneas lusitanas, buscando un término famoso . . . ”

Rechazado por los portugueses, rehizo sus escuadrones y volvió á arremeter heroicamente, sin conseguir romper los cuadros de infantería, de los cuales brotaba una lluvia de plomo que abría grandes claros en sus filas.

—Aun nos alumbra el sol, muchachos, gritaba el intrépido coronel, reorganizando su diezmada tropa. Así han de ver los portugueses como saben pelear y morir los orientales.

(1) Palabras del coronel Bermúdez, que fué su ayudante muchos años después. El conde de la Figueira alcanzó en la marcha al coronel Latorre, que iba á los campos de Basualdo. Véase la noticia siguiente.

Y llevó otras cuatro cargas dignas de Murat, no logrando derrumbar el muro de bayonetas que se le oponía ; hasta que perdida la mitad de su gente y llegada la noche, se retiró vencido y destrozado, aunque pudiendo repetir aquella frase: Todo se ha perdido ménos el honor !

Esta sangrienta batalla, que tuvo lugar el 16 de Enero de 1820 y no el 22 como consignan algunos historiadores, fué la última de la guerra contra los portugueses, guerra que duró cinco años y en la cual probó Artigas, hostilizado tambien por Buenos Aires, su patriotismo, su constancia y su pericia militar.

CLVI

Un dia despues el caudillo oriental, que se hallaba en la entónces estancia de Basualdo, disponiendo los trabajos de atrinchamiento en la rinconada que forman el arroyo de la Carpintería y el rio Tacuarembó, para esperar allí al conde de la Figueira, donde pensaba batirlo con ventaja, recibió la noticia de la derrota de su último ejército.

—Ya no hay nada que hacer, dijo con amargura. Hemos peleado cinco años con sin igual constancia y la suerte nos ha sido adversa. Sea lo que Dios quiera de mi pobre patria. Yo me voy al destierro, tal vez para siempre. La única satisfaccion que me quedará en mi infortunio, es el haber cumplido todos mis deberes de ciudadano y de soldado !

CLVII

Pensamientos del doctor don Cárlos M. Ramirez : (1)

“ El militarismo con todos sus excesos y extravíos ha tenido, sin embargo, una mision : — apresurar la muerte del caudillaje,

(1) Del álbum de Ricardo Sanchez, así como los siguientes del doctor Bustamante.

que había terminado la suya y era ya un obstáculo para las más necesarias transformaciones de nuestra civilización. Bajo esa faz, el papel del militarismo en nuestra historia, es análogo al de la monarquía absoluta, en la historia de Francia, respecto del feudalismo.

“Tenemos, pues, ese enemigo por delante; pero ante todo sepamos darle su valor histórico. Si para combatirlo, para acelerar su inevitable caída, pretendiésemos resucitar el caudillaje, sería ésta empresa tan infructuosa como criminal. La civilización á veces se detiene; mas nunca vuelve hácia las formas definitivamente muertas.”

CLVIII

Pensamientos del doctor don Pedro Bustamante :

“No le forjemos al militarismo títulos que no tiene. El militarismo no ha sido el destructor del caudillaje, ni ha allanado ninguno de los obstáculos que oponía este á las transformaciones necesarias de nuestra civilización, ni su misión presenta la menor analogía con la misión de la monarquía absoluta en Francia, que lejos de representar en su lucha con el feudalismo al elemento militar, fué el representante del elemento civil, del *pueblo*, en su aspiración á emanciparse de la tiranía feudal, especie de pretorianismo nobiliario.

“El militarismo es, entre nosotros, como fué el pretorianismo en Roma, el *sucesor*, no el destructor del caudillaje; porque caudillos fueron Mario, César y el mismo Octavio. En el caudillo veo todavía algo del ciudadano, y en el elemento civil que sigue sus banderas una mitad del pueblo; en el jefe de pretorianos y en su cohorte no alcanzo á descubrir ni lo uno ni lo otro. El caudillo se impone y es impuesto á la vez por *su pueblo*; el jefe de pretorianos se impone, como el conquistador extranjero, por la fuerza de *sus bayonetas*.

“El caudillaje es la forma de los pueblos que nacen; el militarismo es la forma de los pueblos que mueren ó que

declinan. Léjos, pues, de ser el militarismo, con relacion al caudillaje, un progreso, es más bien un retroceso. El militarismo ha sucedido al caudillaje: quién sucederá al militarismo? El institucionalismo? No lo creo. El caudillaje? Ni lo creo ni lo deseo. Será probablemente la dictadura civil temporaria. *Ni el caudillaje ni el militarismo!*"

CLIX

Creían muchas personas, allá por los años de 1881 ú 82, que don Andrés Coussirat había perdido la cabeza á pesar de que continuamente se la veían sobre el cuello.

La verdad es que algunas extravagancias de este buen amigo, autorizaban hasta cierto punto tan injuriosa opinion. Bien dicen que las apariencias engañan.

Sin embargo, nunca estuvo más en su juicio la persona á quien se lo negaban, como lo probará el siguiente diálogo que conocen nuestros compatriotas residentes en Buenos Aires.

Vivia Coussirat en el *Hotel Universel*, comía en el *Café de Paris*, se ocupaba en especulaciones en la Bolsa de Comercio, y se paseaba por la calle de la Florida.

Una vez que se hallaba en su pieza conversando con varios amigos, le espeta un ex-diplomático, periodista, poeta, abogado, novelista y emigrado político:

—Coussirat, cuántas operaciones hace usted diariamente en la Bolsa?

—Una no más, doctor, respondió Coussirat, penetrando las malignas intenciones del otro, que es archi-aficionado á dar bromas picantes.

—Una no más? Pues, amigo, me parece muy poco para un acreditado corredor como usted.

—Sí, doctor, una no más, y esa operacion la hago en la.... de la Bolsa, despues de almorzar á mis anchas en el *Café de Paris*.

—Ah!

—Y si todavía le parece poco, permitame agregar que es usted bastante descontentadizo !

CLX

Cuando don Eduardo Beltran urdia aquella conspiracion denominada de la mina, en que los blancos iban á pagar el pato sin comerlo, andaba por las oficinas del Fuerte de Gobierno preguntando á los empleados de categoria inferior :

—Cuánto tiempo hace que está usted aquí ?

—Tanto.

—Y usted ?

—Tanto.

—Y usted ?

—Tanto.

—No obstante, señores, decía Beltran como compadeciéndose de los oficinistas, qué puesto tan insignificante el que ocupan ustedes !

—Es verdad.

—Pero no se aflijan, muchachos, seguia con perversa intencion el que tramaba tranquilamente un espantoso crimen; no se aflijan.

—Por qué, don Eduardo ?

—Porque pronto van á ascender. Yo les aseguro que pronto van á ascender rápidamente.

Y á no haberse descubierto la mina, no solo hubieran *ascendido* esos empleados sino todos los del Fuerte, y las personas que el día de la explosion se encontraran allí.

Todos hubieran ascendido, y hasta los vecinos de los alrededores : hubieran ascendido por los aires, con gran contentamiento del inventor de la mina.

Agallas y bromas de esa especie tenia don Eduardo Beltran, con la añadidura de que pensaba echar el muerto á los blancos.

CLXI

Don Antonio Díaz, que se dice autor de la *Historia del Río de la Plata* escrita por su padre el general, celebrando un lienzo del pintor Lozada, escribía que era un *jefe de obra*, traduciendo literalmente la expresión francesa *chef-d'œuvre*.

Jefe de obras, no de romanos ó maestras, sino primas por lo simples y de zapatero de viejo por lo remendadas, podría llamarse el engendrador de *Lágrimas y Jesuitas*, de *El capitán Alborno* y de otros abortos dramáticos.

CLXII

Estracto de una sesión parlamentaria. (Noviembre de 1883.)

El señor Idiarte Borda—Hace uso de la palabra para demostrar las razones que ha tenido al firmar el dictámen de la comisión de Hacienda, aconsejando la sanción del proyecto relativo al arreglo de la deuda con el banco Alemán-Belga; pero como se ha dicho que el arreglo puede realizarse de una manera más beneficiosa para la nación, opina que debe llamarse al ministro del ramo, á fin de que dé explicaciones sobre ese punto.

Don Vicente Garzon—Apoya la moción “por cuanto se hace necesario que se conozca de un modo oficial si es posible efectuar un arreglo mejor, pues ya es tiempo de que (el ministro) no nos tenga (á los diputados) en cuenta de títeres!”

El señor Idiarte Borda—Qué es eso?

El señor don Manuel A. Silva—De títeres?

El señor Garzon—No he querido decir eso. Ha sido con el calor de la improvisación.

Idiarte Borda—Está bien, porque sino yo iba á protestar.

Don Vicente Garzon—Es un disparate como cualquier otro.

Idiarte Borda—Usted lo dice.

El señor Garzon—Como yo me propusiera hacer notar los que aquí se dicen, ya estaríamos frescos !

Tales son los diputados
De la uruguayana nacion,
Por sí mismos retratados....
Al carbon !

CLXIII

El Partido Colorado llamó burra al Tesoro público. Pues si es burra, quién será el arriero de esa burra ? Seguramente que el general don Máximo Santos.

CLXIV

Problema de fácil solución :

La República Oriental es como una gran colmena, con sus abejas y zánganos correspondientes.

En el supuesto de que las abejas son los que pagan contribuciones, quiénes serán los zánganos ?

CLXV

Refieren que el representante don Eloy Aguilar y Díaz se tiene por magnetizador. Con tal motivo corre la siguiente anécdota.

—Hasta ahora nadie ha resistido á mi voluntad, cuentan que decía el diputado en una reunion de amigos. Soy otro Mésmer, señores.

—De veras ?

—Basta que yo pronuncie esta palabra: Duérmase!, para que al punto quede dormida la persona que se me antoje.

—Eso será, replicó uno de los oyentes, despues que usted le haya echado algun discurso de los que suele espetar en la Cámara!

CLXVI

Dicen que un *reporter* preguntaba al señor Pesce, maestro oficial de ceremonias y superintendente de palacio.

—Qué tal? Qué se rug e hoy por la casa de Gobierno?

A lo cual afirman que respondió el señor Pesce, no jugando del vocablo sino con los bigotes, que los tiene muy retorcidos:

—Hombre! Y se ha creído usted que en la casa de Gobierno hay fieras?

CLXVII

Un diálogo entre dos representantes y ninguno del pueblo, por más que así se titulaban:

—No hables mal del doctor Castro, que es el ministro más amable del mundo.

—Sí, muy amable.

—Ningun miembro del gabinete le iguala en las maneras ni en lo cortés....

—Ni en lo cortesano. Bien que se ha merecido el apodo de *Peon... del Progreso*.

—Nadie recibe mejor á los diputados que van á verle, ni jamás rehusa lo que le piden.

—No? Pues pídele que renuncie la cartera. A qué te deja con un palmo de narices?

CLXVIII

En la segunda quincena del mes de Marzo de 1845, el ejército del general Urquiza, que constaba de cuatro mil hombres de las tres armas, avanzaba á toda prisa por el camino de Malbajar en busca del que mandaba el general Rivera, muy inferior en número y elementos, que se hallaba á inmediaciones del arroyo del Alférez.

En estas circunstancias recibe el jefe oriental una nota del gobierno de la Defensa, en que, con varios pretextos, se le negaban los batallones que habia pedido urgentemente. Ofendido con este proceder, á que no estaba habituado, Rivera hizo venir á su carpa al general Medina, y sin comunicarle el contenido de la nota le habló así :

—General, apronte su gente que el enemigo se acerca y le voy á dar batalla.

—Es una locura, señor, miéntras no nos llegue la infantería que esperamos.

—No hay necesidad de ella para vencer á Urquiza y corretearlo hasta Entre-Rios.

—Los vencidos seremos nosotros, general. Reflexione un instante en la situacion. . . .

—Bah!

—Mire que el ejército no se encuentra en condiciones de batir al contrario.

—Lo batiré, general.

—Quiere regalarle el triunfo? Eso no lo permitiré de ninguna manera. Yo me opongo. . . .

—Por más que usted se oponga, lo pelearé.

—Pues no lo peleará, replicó el general Medina retirándose disgustado para su campamento.

Rivera comenzó á tirarse de la nariz, que era su costumbre cuando se encolerizaba, y á pronunciar palabras inconexas. De

súbito reparando en su ayudante don Cornelio Mendez, único testigo de la entrevista, le dice :

—Yo le probaré á este zonzo que se equivoca, porque he de librar la batalla sin que él pueda impedirlo. Le voy á pegar un chasco!... Y si por culpa de los traidores de Montevideo me derrota Urquiza, no tendrán más remedio que entregarse á Oribe. Viven engañados si creen que los van á salvar los extranjeros de las legiones, que hoy les aconsejan que me desprecien. Traidores!... todo lo que son y lo que han hecho me lo deben á mí. (1)

Al día siguiente el general Rivera volvió á llamar á Medina, y simulando el mayor contento, le anunció que acababa de recibir un oficio de la capital, donde le participaba el Gobierno que el 26 arribarían al puerto de la Paloma los refuerzos que se aguardaban.

—Ahora es ya diferente, general, contestó Medina. Así podremos arriesgar la batalla.

—Entonces tome un escuadron y marche inmediatamente á proteger el desembarco. En seguida se me incorpora para sorprender al enemigo.

El general Medina cayó en el lazo y partió á desempeñar su comision.

—Vé como ha pisado el palito, ayudante?, dijo Rivera á Mendez. Siempre he de salir con la mía, que lo que no consigue la fuerza lo consigue la astucia. Mañana la jugaremos con Urquiza, y el tape se admirará cuando le noticie que contra su opinion hemos alcanzado una victoria.

Entretanto el ayudante quedaba en una alternativa terrible. Fluctuando entre sus convicciones políticas y sus deberes de soldado, no sabía si callar la boca ó prevenir á Medina de la celada que le tendía el general Rivera.

Si callaba, tal vez serían derrotados sus compañeros; mas si descubria el ardid, faltaba á la lealtad que debía al jefe de su partido.

De pronto recordó las *vivezas* militares del conquistador de

(1) Frases casi textuales. Por lo demás este episodio, desconocido generalmente, es de completa exactitud histórica.

los pueblos de Misiones, y confiando en la estrella del general optó por el silencio. Por otra parte don Anacleto Medina habia partido ya.

El crepúsculo matutino del 27 fué saludado por el nutrido fuego de fusilería de ámbos ejércitos, que se disputaban porfiadamente el triunfo en los bañados de India Muerta.

Horas despues, como á las nueve de la mañana, el general Urquiza ganaba la accion, cogía prisioneros á todos los infantes de Rivera y muchos hombres de la caballería, y ordenaba que los pasasen á cuchillo.

Los restos del ejército derrotado se dirigieron al Rincon de Santa Teresa, con el objeto de incorporarse al general Medina ; que regresaba de su expedicion trinando contra el comandante en jefe.

Habiéndose situado el enemigo en la entrada del Rincon, aquel general no tuvo más recurso que pasar al Brasil, para librar de la muerte á tantos infelices compañeros de armas.

Tal fué el origen de la batalla de India Muerta; y he ahí tambien demostrado, que el odio, la soberbia, el despecho y el capricho son, en política y guerra, nuestros peores consejeros !

CLXIX

Pensamiento del doctor don Julio Herrera y Obes :

“ El más digno homenaje de admiracion y de respeto que puede tributarse á la memoria de los héroes y de los mártires de las libertades públicas, es inspi rarse en su ejemplo, profesar sus ideas, imitar sus hechos y continuar en la práctica la obra magnánima por la cual se sacrificaron. ”

CLXX

Cuando la batalla de Ituzaingó, el general Lavalleja mandaba el primer cuerpo del ejército republicano, y segun dice el general

Alvear, "había recibido orden de ponerse á la derecha del tercer cuerpo, pero á cierta distancia.

"Por una fatalidad inconcebible, á pesar de la orden que se le había comunicado, no lo hizo así; de lo que resultó, contra las intenciones del general en jefe, que se pusiera delante del tercer cuerpo."

En efecto, el general Lavalleja desobedeció las órdenes de Alvear, que tenía el propósito de comenzar la batalla con el segundo cuerpo dirigido por Paz y Brandsen, jefes más tácticos y maniobreros que el uruguayo.

No pondremos si procedió mal ó bien el general Lavalleja; mas ello sucedió así porque no se había dado el primer puesto en el peligro al cuerpo de orientales que comandaba.

Con este motivo se cuenta que respondió al ayudante que le traía la orden de colocarse un poco á retaguardia del tercer cuerpo del ejército:

—Diga al general en jefe que los orientales estamos acostumbrados á pelear siempre los primeros y que voy á cargar al enemigo.

CLXXI

En 1846 hubo un pronunciamiento en esta capital, iniciado por el general Rivera contra el general Pacheco y Obes y los porteños.

El coronel Estivao, partidario y amigo del último, que con cincuenta soldados defendía la Aduana, fué sitiado por fuerzas diez veces mayores.

—Ríndase, coronel, le gritaban. Evite la efusión de sangre. No se resista.

—El general Pacheco me ha puesto aquí, y aquí me encontrará vivo ó muerto, respondía Estivao.

Los almirantes francés é inglés le pedían que se entregase y empeñaban su palabra de garantizarle la vida.

—El general Pacheco me ha puesto aquí, y aquí me encontrará vivo ó muerto.

Era la única contestacion del coronel, hasta que cansados de intimaciones inútiles, los riveristas atacaron la Aduana.

Despues de dos horas de combate, sostenido bizarramente por Estivao, una bala cortó el hilo de su vida y sus soldados depusieron las armas....

Entónces los vencedores, en vez de respetar el cadáver de quien había luchado como un héroe, le arrojaron á la calle por un balcon de la Capitanía!

CLXXII

En 1873 había dos verdaderos candidatos presidenciales: el doctor don José Maria Muñoz y don Tomás Gomensoro.

—Por quién votará usted?, preguntaba un amigo al diputado don José Vazquez Sagastume. Por Gomensoro ó por Muñoz?

—Por Muñoz? Ni siquiera me lo nombre, contestó el actual ministro de la República en el Brasil. Antes votaria por Cal-fucurá.

La frase es histórica. E histórico tambien que no obstante lo respondido, el doctor Vazquez Sagastume votó por don José Maria Muñoz.

CLXXIII

La escena pasa en el café de Catalanes, en Buenos Aires, al principio de la guerra contra el gobierno de Solano Lopez.

Don Isaac de Tezanos está comiendo, y en una mesa próxima se hallan algunos orientales y argentinos partidarios de la causa del Paraguay.

En esto entran varios oficiales brasileiros y se sientan en otra de las mesas, frente por frente de la que ocupan los enemigos de la triple alianza.

El mozo sirve la sopa á los recién llegados y apenas llevan

la primer cucharada á la boca, los orientales y argentinos comienzan á tirarles bolillas de pan.

Los brasileiros se hacen los zonzos, las pelotillas continúan lloviendo sobre sus platos, y don Isaac de Tezanos mira con curiosidad la escena.

Vienen los postres y las bolillas no han cesado. Entónces uno de los que las arrojaba, viendo la impasibilidad de los brasileiros, dice á sus amigos:

—Es en vano; á pesar de nuestras provocaciones los *macacos* no recojerán el guante.

—Pero lo recojo yo, profiere don Isaac de Tezanos, levantándose y dirigiéndose hácia la mesa de los argentinos y orientales.

—No es con usted la cosa, señor, replica uno de estos, sinó con aquellos oficiales de espada virgen.

—Ya sé que es con ellos y no conmigo; mas como ellos se dejan insultar impunemente, yo admito el reto en nombre de la dignidad humana.

Verdad que es un lindo rasgo?

CLXXIV

Napoleon I, que sabía apreciar el valor de sus capitanes, llamaba el bravo de los bravos al mariscal Ney; pero el general don Conrado Villegas hubiese podido disputar ese titulo al ilustre príncipe de Moskowa.

Son muchísimos los hechos heróicos que de nuestro compatriota se refieren; y he aquí uno de tantos, que tuvo lugar en la pampa y popularizó su nombre en la República Argentina, donde ganó gloriosamente todos sus galones.

Siendo jefe del 2.º regimiento de caballería, trabó un desigual combate con el famoso cacique Pincen; desigual porque este mandaba unos trescientos lanceros escogidos y la gente de Villegas apenas llegaba á la mitad.

Empeñada la lucha, se produjo un entrevero espantoso.

Villegas se batía á la par de sus soldados para darles el ejemplo. De repente fué cortado por un grupo de indios y estrechado de tal suerte que le era imposible manejar su lanza.

Tírala al suelo entónces para echar mano al sable; mas en la confusion se lo habia sacado de la vaina un capitanejo. Para aumentar el inminente peligro que corría, un salvaje le dispara un balazo y le acierta en el cráneo.

Sintiéndose herido, se acrecienta su temerario arrojo. Empuña por la azotera el rebenque, ya su única arma, y cegado por la sangre que brotaba de su herida atropella á sus contrarios y consigue romper el círculo que le rodeaba.

Luego acomete aquí, se revuelve allá, sublime en medio de su cólera, grita, ruega, amenaza á sus jinetes, coge el arma de uno que caía muerto del caballo, y despues de media hora de encarnizada lidia logra el triunfo más espléndido y merecido.

CLXXV

Dos años despues de promulgada la ley de Registro Civil, se presentó un individuo en el juzgado de Paz de San Gregorio, pidiendo que se asentára en el libro correspondiente, la partida de nacimiento de un potrillo malacara !

CLXXVI

Los representantes don Agustin de Vedia y don José C. Bustamante, habían interpelado al Poder Ejecutivo para pedirle explicaciones: el primero, sobre varios abusos de autoridad de que la prensa acusaba á los jefes políticos del Durazno y Tacuarembó; y el segundo, acerca de los honores dispensados al príncipe Tomás de Saboya que acababa de llegar á Montevideo.

Con este motivo concurrieron á la Cámara los ministros de

Gobierno y Relaciones Exteriores, que lo eran los doctores don Saturnino Alvarez y don Gregorio Perez Gomar.

Numeroso público asistia á la sesion, no solo por ser interesantes los asuntos de que se iba á tratar, sino tambien porque hablaria don Agustin de Vedia, cuya elocuencia atraia siempre mucho auditorio al Parlamento.

Pidió la palabra el representante por Cerro-Largo, y así que se la concedió el presidente de la Cámara, empezó recordando la época en que se había recibido del poder el doctor don José E. Ellauri, y las grandes esperanzas concebidas por el pueblo al saber la eleccion recaída en un hombre tan ilustrado.

Dijo que toda la nacion, rodeando al magistrado supremo, le ofrecia su concurso más espontáneo y decidido; y describiendo el estado del país, concluía demostrando que el doctor Ellauri había permanecido sordo á las exigencias de la opinion, desconocido las necesidades y aspiraciones públicas y mostrándose rehacio al espíritu liberal de la época.

—Ha hecho una política mezquina y partidaria en vez de una política amplia y nacional.

El ministro de Gobierno escuchaba, silencioso é inmóvil como una esfinge las justísimas censuras que brotaban de los labios del interpelante; pero el de Relaciones Exteriores, persona de carácter irascible y que no sabía refrenarse, púsose de pié súbitamente é interrumpiendo á don Agustin de Vedia, dijo con voz de cólera:

—Hemos venido aquí para responder á una interpelacion y no á oír recriminaciones.

Inmediatamente don Agustin de Vedia se encara al doctor Perez Gomar y con el rostro inflamado de indignacion, le contesta con acento vibrante:

—El señor ministro no puede cortar la palabra á ningun diputado. Por lo demás, el señor ministro ha venido aquí para responder á una interpelacion y oír verdades amargas!

El ministro palideció de ira, miró de arriba abajo al representante y se retiró del salon de sesiones arrastrando á su colega el doctor Alvarez. Tal escándalo ocurrió en la Cámara de 1873, dado por uno de los ministros del Presidente constitucional don José E. Ellauri.

CLXXVII

Cuentan que cuando el coronel Latorre se hizo Dictador, don Vicente Garzon se presentó á darle la enhorabuena.

—Hombre! dijo uno á don Vicente, usted ha felicitado á Gomensoro. . . .

—Es verdad.

—Y tambien ha felicitado á Ellauri que le sucedió, á Varela que derribó á Ellauri, y ahora felicita á Latorre, que derrocó á Varela. Es usted muy voluble.

—Yo voluble? No, señor. Pongo al cielo por testigo de que siempre he tenido una misma idea: la de ser empleado público. Ya vé que soy consecuente.

CLXXVIII

Siendo Presidente de la República el doctor Vidal, asistió á los exámenes de la escuela de tercer grado que dirigía la señora de Munar.

Invitado á formar parte de la mesa, tomó asiento y poco despues la palabra, para preguntar á una niña que disertaba acerca del cuerpo humano:

—La mujer no tiene más dientes que el hombre?

—No, señor, tiene igual número.

—Qué esperanzas! repuso don Francisco. Cuando habla más es porque tiene más dientes.

Como si los dientes fueran necesarios para hablar y no para comer aunque fuese una mesada de mil quinientos pesos, como era la que comia el doctor Vidal.

Sin embargo, esa simpleza fué celebrada como un rasgo de ingenio por los papeles ministeriales.

CLXXIX

Poco despues se disertó sobre botánica.

—Cuál es la planta más útil que tienen los habitantes del Brasil?, dijo el Presidente.

—El café, respondió una niña.

—No, repuso el doctor Vidal meneando la cabeza.

—La yerba-mate, contestó otra alumna.

—No.

—El tabaco.

—No.

—La caña de azúcar.

—Tampoco.

—La mandioca.

—Méenos. La planta más útil que tienen los habitantes del Brasil, es la planta de los piés, replicó S. E.

Los mismos diarios aplaudieron como una originalidad, ese chiste que corre en los almanaques, incluso los de Bristol y Laman y Kemp.

Realmente que la planta de los piés es la más útil, no solo para los habitantes del Brasil sino para todos los de la tierra, y especialmente para los facultativos que ponen piés en polvorosa cuando la fiebre amarilla amaga á Montevideo !

CLXXX

La víspera de unas grandes carreras en el circo de Maroñas, cierto flamante ministro de Guerra y Marina llamó á su oficial mayor y le dijo :

—Ché, necesitamos doce mil pesos para que estos muchachos puedan divertirse mañana.

Y señaló á varios subtenientes, tenientes y capitanes que habían ido á hacer la corte al prepotente ministro.

El oficial mayor salió en seguida y volvió al cuarto de hora trayendo los doce mil duros, que fueron repartidos entre los *muchachos*.

Adivine el adivinador quién sería el santo ministro que así disponía del tesoro público y cómo se nombraría el Presidente en cuya administracion pasaban esas cosas.

CLXXXI

El 26 de Diciembre de 1846, el general don Fructuoso Rivera ponía sitio á Paysandú, al frente de un ejército de las tres armas que ascendía á mil seiscientos hombres, y era apoyado por la escuadrilla francesa que bloqueaba el puerto.

La guarnicion de la plaza se componía de quinientos soldados de infantería y caballería, casi todos guardias nacionales; pero los mandaba un jefe avezado á los peligros, el teniente coronel don Felipe Argentó.

No obstante la inferioridad numérica, el comandante de la guarnicion se sostuvo vigorosamente durante tres días, rechazando las varias intimaciones de rendicion que se le hicieron, y cuantas seguridades se le daban para sí y su pequeña tropa.

Comprendiendo el general Rivera que sólo á viva fuerza se apoderaría del pueblo, se resolvió á tentar el asalto; para cuyo efecto preparó tres columnas de ataque y las arrojó simultáneamente por la parte Oeste y costados de la poblacion.

Despues de una encarnizada lucha y siempre sostenido por los fuegos de la escuadrilla, consiguió penetrar en Paysandú, no sin que todavía los sobrevivientes dejáran de batirse desde los cantones de que no había podido posesionarse el enemigo.

El valiente Argentó alentaba á los escasos defensores de la plaza, que veían saqueados é incendiados sus hogares y oían los gritos y lamentos de sus esposas, hermanas ó hijas maltratadas y violadas por los de Rivera.

Ultimamente tuvieron que rendirse los pocos bravos que quedaban, por habérseles agotado las municiones, rompiendo ántes sus ya inútiles fusiles. El jefe de la guarnicion fué cogido prisionero por un teniente.

—Voy á conducirlo á presencia del general Rivera, dijo el oficial al prisionero.

—Vamos.

—Déme su espada, comandante.

—Mi espada? respondió Argentó clavando sus ojos en el teniente. Es cierto, así lo exigen las leyes de la guerra.

Y desenvainando la espada, la metió con calma estóica en el hueco de un poste, cargó el cuerpo sobre ella, la partió en dos pedazos y entregándoselos al oficial, profirió serenamente:

—La espada del jefe de esos héroes, debe entregarse como ellos han entregado sus armas. Tómela usted.

CLXXXII

Muchos recordarán al difunto Tata Nin, que no era tan orate como le suponian, á juzgar por la cordura de ciertas contestaciones que solia dar á la gente.

Una de esas contestaciones, bastante verde ó realista como se dice ahora, fué recibida por una jóven que quiso ir por lana y volvió trasquilada segun reza el refran.

Era una tarde de verano y la aludida, hoy señora casada y con cuatro hijos, se hallaba en su salon charlando con algunas amigas y media docena de admiradores.

Porque la tal los tenia por medias docenas y aún por docenas en su juventud, época en que gozaba de gran prestigio entre el sexo barbudo de la ciudad de San Felipe y Santiago.

Las ventanas del salon estaban abiertas de par en par pues hacía un calor sofocante, y la señorita se columpiaba en un sillón próximo á una de aquellas.

En esto pasaba por la acera el viejo Tata Nin, con su aire me-

ditabundo, su andar reposado y la mano derecha metida en el pecho de su negra y larga levita.

—Tata Nin, dice la jóven de la historia en tono de zumba, escuche una palabra. En qué vá pensando siempre, Tata Nin? En amorios?

Tata Nin que comprendió la pulla, se detuvo frente á la reja, miró á la señorita y respondió:

—Tata Nin, eh? Ah niña, si yo soy tu padre, qué *ramera* (1) no sería tu madre!

Al oír tan inesperada contestacion, la señorita se desmayó ó fingió desmayarse, mientras que Tata Nin proseguía tranquilamente su camino.

CLXXXIII

Durante el sitio de Montevideo, en 1844, se presentó una mujer con un niño en el ministerio de la Guerra, y pidió ver al general Pacheco y Obes. Introducida en el despacho del ministro, éste le preguntó:

—Qué se le ofrece á usted, señora?

—General, respondió la mujer, mi hijo cumple hoy catorce años y vengo á traérselo para que sirva á la nacion, como lo hicieron sus otros cuatro hermanos, todos muertos peleando por ella.

CLXXXIV

Refiérese que una señora de Correa, que había perdido sus tres hijos en uno de los diarios combates, dijo después de recibir la fúnebre noticia, enjugándose las lágrimas:

—Mi mayor pena es no tener un cuarto hijo para ofrecérselo á la patria!

(1) Otra palabra más *cruda* fué la que pronunció Tata Nin.

CLXXXV

En la accion de Coquimbo, ganada por el general Flores á las tropas del Gobierno, ocurrió el célebre episodio en que fueron protagonistas los hermanos Valiente; tan Valientes de nombre como de corazon, segun decían unas décimas de don Francisco X. de Acha.

Tres eran los hermanos y se llamaban Juan Bautista, Agustín y Miguel; los cuales servían en la vanguardia del ejército legal, á las órdenes del coronel don Bernardino Olid.

En una de las cargas que llevó este jefe á las fuerzas de Flores, los tres Valiente se abrieron paso por entre los enemigos hasta llegar á sus reservas, donde al punto quedaron cortados.

—Ríndanse! les gritaron los soldados de Flores.

—Un Valiente no se rinde, contestó Juan Bautista.

Y comienzan á batirse con desesperacion. De repente Miguel recibe una lanzada que lo tumba sin sentido. Vuela en su ayuda Juan Bautista y en ese mismo instante le matan el caballo.

Cae en tierra el jinete, pero se levanta en seguida, y ofreciendo su espalda á Miguel, ya vuelto en sí, para que apoye en ella la suya, hacen cara á la multitud de enemigos que los acomete por todas partes.

—Ríndanse, tornan á gritar los soldados de Flores.

—Un Valiente no se rinde, replican los hermanos.

Entretanto Agustín, que luchaba bizarramente por su lado, vé el peligro que ámbos corren y acude á protegerlos. Así que se les acerca se tira del caballo, le saca el freno y arremetiendo á los contrarios, exclama:

—Donde ellos mueran moriré yo también.

Un tremendo sablazo le parte la cabeza á Juan Bautista, que rueda moribundo por el suelo. Un momento despues Miguel exhala el último suspiro, y Agustín es acribillado á puñaladas sobre los cadáveres de sus hermanos.

Así perecieron los tres Valiente, causando la admiracion de los propios vencedores; mas no sin dejar á su alrededor, como sangriento trofeo, diez y ocho contrarios muertos ó heridos....

La Asamblea General declaró beneméritos de la patria á los tres hermanos y les decretó un sepulcro en el campo-santo de Trinidad, concediendo asimismo una pension á la anciana madre de esos héroes.

CLXXXVI

Cuando don Dionisio Valiente, el mayor de los hermanos, fué á recoger sus cadáveres para conducirlos al cementerio, la mano de Juan Bautista apretaba con tal fuerza la empuñadura del sable, que no se lo pudieron quitar.

Al subir los cuerpos á la carreta, dijo Dionisio á los que le ayudaban :

—Enterraremos á los tres, porque no estábamos los cuatro!

Este Valiente se halló en la batalla de Cagancha, donde salió derrotado el general Moreno. Perseguido y tiroteado por un grupo de enemigos, uno de estos logró bolearle el caballo.

Al punto el jinete se tira al suelo cual si lo hubieran herido de un balazo, se revuelca fingiendo las convulsiones de la agonía, y por último se queda como muerto, despues de empuñar el cuchillo que oculta bajo el poncho.

El grupo pasa á todo correr en pos de otros fugitivos, ménos el boleador, que pára la carrera de su caballo y echa pié á tierra con el fin de recoger las boleadoras.

Dionisio sigue con los ojos entrecerrados los movimientos del individuo, quien luego que desata las boleadoras, desenvaina el puñal y se aproxima al fingido difunto con la intencion de degollarlo.

Mas apénas se inclina para satisfacer su deseo, Dionisio le arrebatá con la izquierda las riendas de la cabalgadura, y con la derecha le sepulta el cuchillo en el corazon.

En seguida le arranca la divisa, se la coloca en el sombrero, monta á caballo y se mezcla con los perseguidores !

CLXXXVII

En uno de los últimos días de la Defensa de Paysandú, el general Piriz ordenó al capitán don Adolfo Areta, que con parte de su compañía del 1er. batallón de Cazadores, desalojara una fuerza imperial que había tomado posición á treinta varas de las trincheras.

El capitán forma á los infantes y se pone á su frente para cargar al enemigo. En ese momento llegaba á caballo el jefe de la Defensa, que al ver calar bayoneta á los soldados, se apea, se arma de un fusil y se coloca en la primera fila.

El general Piriz repara en la actitud de Gomez, corre hacia él y pronuncia estas palabras :

—General, este no es su puesto.

—Mi puesto es siempre donde está el peligro.

—Su vida no le pertenece. Pertenece á la patria y se necesita á usted en otro punto.

El general Gomez sale de las filas, sube á caballo y ántes de irse grita á los soldados que Areta ya conducía al ataque :

—Compatriotas ! Nuestra divisa es Independencia ó muerte !

CLXXXVIII

Decía don Isidoro De-Maria en *La Prensa Oriental* de fecha 4 de Junio de 1860, en un artículo dedicado á la memoria del coronel don Pedro P. Bermudez :

“ El año 30 un bello niño, con su corona de flores, su manto brillante de color del cielo y su rizada cabellera, era levantado en brazos con todos los atributos del Génio, al pié de la pirámide de la plaza Constitucion, y recitaba con expresion y desen-

voltura el verso patriótico que anunciaba al mundo *que esta era la pátria general del hombre.*

“ Aquel niño representaba el Génio de la comparsa del Comercio de esta capital, en la gran fiesta de la Jura de nuestra Constitución política. Aquel niño simpático era Pedro P. Bermudez. ”

CLXXXIX

Despues que don Bernardo Berro fué ultimado en el Cabildo, echaron su cádaver en un carro para conducirlo al Cementerio Central.

Durante el trayecto por la calle del 18 de Julio, un individuo iba al lado del carro, y de tiempo en tiempo gritaba á modo de pregonero :

—Aquí vá el blanco pícaro Bernardo Berro, asesino del illustre brigadier general don Venancio Flores!

El individuo aquel era don Julio Fígueroa.

CXC

Pensamiento del doctor Zorrilla de San Martin :

“ La grandeza ó pequenez de la pátria no se miden por la extension de su territorio, sino por la extension y vigor con que aman sus hijos sus glorias y su independencía.

“ No es más grande Washington al romper con sus quillas los témpanos del Delaware, que nuestro legendario Lavalleja, de pié sobre la proa de su frágil ballenera, á cuyo bordo navegaba la libertad uruguaya camino de la Agraciada.”

CXCI

Relata don Francisco Bauzá:

“Una noche del mes de Setiembre de 1808, reunido el pueblo de la ciudad bajo los arcos del Cabildo de Montevideo, algunos centenares de paisanos oyeron que desde la sala mayor donde deliberaban sus gobernantes, se les hacian más ó ménos las mismas preguntas que hoy se nos hacen á nosotros: (¿ Quiénes sois vosotros para que se os dé cuenta de la marcha política ó de la gestion administrativa oficial?) y sabeis lo que respondieron?

—“Somos el pueblo, y estamos aquí para saber con qué derecho se nos gobierna mal.”

CXCH

Cuando el sub-delegado de Polanco, un señor Ayala, aprehendió al coronel don Máximo Layera, le preguntó por su nombre.

—Soy Máximo Layera, el jefe de la revolucion, respondió con altanería el prisionero. Si tiene orden de fusilarme, cúmplala; pero le pido que no me humille.

CXCHH

Diálogo entre una distinguida señora de nuestra sociedad, que tiene la manía de hablar en el idioma de Racine, lengua que destroza á cada rato, y un caballero compatriota de Gambetta, que hace mucho reside en la República:

Ella—Comment vous portez-vous, monsieur? (Como está usted, señor?)

El—Très bien, madame, et vous? (Muy bien, señora, y usted?)

Ella—Bien, merci. (Bien, gracias.)

El—Et vos fils, madame? (Y sus hijos, señora?)

Aquí la señora piensa un instante, y creyendo salir del paso con la traduccion literal de la palabra francesa que iba á pronunciar, responde:

—Il sont sortis pour faire un petit tour par la pomme. (Han salido á dar una vueltita por la *manzana*.)

Es decir que la señora tradujo *pomme*, que significa *manzana*, fruta, por el conjunto de edificios que tambien se titula *manzana*....!

El caballero casi se muere al oir la contestacion.

CXCIV

Hallándose preso en el cuartel de la Escolta el coronel Pampillon, le dijo un amigo del general Santos:

—El jefe político de San José equivocó la orden que tenía.

—Cómo?

—Porque no se le había mandado que prendiese á usted sino que lo citára.

—Que me citára?

—Sí. Y por haberla equivocado, fué que en lugar de presentarse con dos ó tres hombres en su casa, llevó veinte guardias civiles armados á remington.

—Pero si el coronel Garcia hubiese ido con dos ó tres hombres á *citarme*, repuso con toda intencion el preso, quién hubiera traído el parte al Presidente?

CXCV

Al día siguiente de ponerlo en libertad, don Máximo Santos le llevó á Maroñas para mostrarle sus parejeros:

—Qué lindo es aquel potrillo, dijo el coronel Pampillon señalando á uno de sangre pura.

—Le agrada, coronel? Pues se lo regalo.

—Gracias, general. Lo admito, y quizás dentro de algun tiempo le he de *correr* con este *flete*, contestó Pampillon jugando del vocablo.

CXCVI

Hemos oído referir á don Roque Nuñez, gran amigo y hasta creemos que pariente del general don Anacleto Medina, que teniendo éste en su carpa dos aguiluchos regalados por una señora, no podía sufrir los gritos de esos pájaros, porque le parecía escuchar gemidos y lamentos de niños.

Y tanto se *enternecía* cuando gritaban los animalitos, agregaba el señor Nuñez, que más de una vez se le llenaron los ojos de lágrimas; y no obstante el mucho cariño que profesaba á la señora que le había hecho el obsequio, se vió obligado á dar soltura á los aguiluchos.

¡Sabe Dios cuántos fúnebres recuerdos traerían al general Medina los gritos de los pájaros!

CXCVII

Carta dirigida por el Presidente de la República general don Manuel Oribe, al general don Fructuoso Rivera; la cual dá alguna luz sobre los sucesos de la época, así como sobre el carácter y la política de ámbos caudillos: (1)

(1) Don Felipe Oribe halló una copia de esta carta entre los papeles de su padre, y nos la entregó para que la publicásemos en cualquier tiempo.

" Señor General don Fructuoso Rivera.

Montevideo, Enero 14 de 1836.

" Distinguido general y amigo :

" He recibido su apreciable carta fecha 10 del corriente, en la que me dirige Vd. fuertes quejas por la providencia tomada sobre las elecciones del Alcalde de ese pueblo (1), y me manifiesta que nuestras relaciones de algun tiempo á esta parte han tomado un carácter singular.

" Mi amigo, yo soy honrado, consecuente á mis compromisos, quiero á mi pátria, á quien he prestado algunos servicios. Vd. no olvidará tal vez algunos lances en que le he dado pruebas de mi modo de proceder con personas que como Vd. son acreedoras á las consideraciones del Gobierno y de la autoridad que lo preside.

" Agradezco por lo mismo la franqueza con que me escribe, porque así sólo nos entenderemos. Tambien quiero yo ser franco con Vd. Nuestras relaciones, en efecto, de algun tiempo á esta parte han variado de carácter; pero no tiene Vd. razon para culparme á mí, que he dispensado á su persona y á sus amigos toda clase de consideraciones.

" Fijese Vd. en que estos últimos hace tambien algun tiempo que se han puesto en una guerra abierta contra el Gobierno, y para ello mismo invocan en secreto su nombre, y sólo ellos son los que agitan las pasiones de los demás. Será falso lo que dicen, yo lo creo y me lisonjeo en creerlo, y por eso es que ni he dejado ni dejaré sin graves motivos de respetar su posicion y la categoría que tiene Vd. en la República.

" Me he entregado á una confianza suma, conservando á sus amigos en todos los destinos en que pudieran dañarme, y esto le

(1) Paysandú.

prueba como yo miro las cosas. Quise hablarle á Vd. y dí el primer paso para ello, porque á todo sacrificio estoy dispuesto por nuestro país.

“ El destino en que me encuentre no tiene ningun aliciente para mí, si nuestra patria ha de sufrir algun perjuicio; pero Vd. sabe que esto no depende de mí sólo sino de todos aquellos que deben ayudarme; y si léjos de encontrar su cooperacion hallo resistencias, no se debe extrañar que ellos las encuentren á su vez.

“ Vd. me asegura que el mayor Agüero no ha perturbado el orden de las elecciones y que es una calumnia levantada por el jefe político de ese departamento; pero yo, por diversos conductos, tengo las mismas noticias que me dá aquel.

En fin, sea lo que se fuese de esto, voy á dejarlo en el olvido y por obsequio á Vd. á la paz y buena armonía de ese departamento, suspenderé todas las providencias dirigidas al esclarecimiento de este hecho, que ese Alcalde ni ha debido resistir, ni podría dejar de cumplir desde que se le mandase; porque las indagaciones de un hecho no son juicios ni actos que dejen de practicarse todos los dias, cuando es preciso tomar esclarecimiento de ellos; pero espero tambien que trate Vd. de conciliar á esas autoridades y siga el ejemplo de un Gobierno que al suspender una orden expedida, no se detiene en la calificacion que muchos harán de este procedimiento, tomándolo por una debilidad que Vd. conocerá que no la tengo.

“ El jefe político de Paysandú le contestó á Vd. su primera nota de un modo atento, y el que le lleva á Vd. la pluma no se hizo cargo que las órdenes á estos se comunican por el Ministerio. No apruebo por eso contestaciones poco circunspectas; pero no debiendo sacar las cosas del orden regular, me vé Vd. proceder apagando y no incendiando; y así es que nada he resuelto, aunque Vd. entendió equivocadamente la orden del Ministerio de Guerra, que por consiguiente no se pasó al de Gobierno para que la comunicase á aquel.

“ Se queja Vd. amigo de que le hacen sufrir, y no se hace cargo de lo que yo sufro; pero si uno y otro se pesáran no podría quejarse más que yo.

“ En orden al mayor Agüero, que dió motivo á discusiones que no debieron tener lugar y tuvo un choque público con el jefe político, no podrá volver á ese pueblo, porque no es regular que Vd. exija un triunfo completo para todo lo que le pertenece, cuando no quiere sufrir nada de los que le contradicen; y el modo de apagar las discordias no es dando en cara con las ventajas que se concedan, sino condescendiendo en parte y en parte reprendiendo.

“ Me dice Vd. que si su persona no hace falta se retirará á su casa y sus aspiraciones quedarán llenas con que sea feliz nuestra pátria. Yo, amigo, necesito de todos, y sé que todos correspondemos á ella; que cualquiera que sea el motivo que en algo nos haga discordar, no por eso debemos dejar de cooperar al bien comun y á la paz interior. Vd. pues debe conservarse, porque léjos de estorbarme cuento con su patriotismo y buenos deseos.

“ No es posible que en una carta tenga todos los desahogos que exige la franqueza para conservar buenas relaciones; por eso quería hablarle y que explicándonos nos diéramos verbalmente las quejas recíprocas que tenemos. Si nos vemos, como lo espero, entónces nuestras relaciones tendrán el carácter que deben tener; entre tanto, esté Vd. seguro que no perdono sacrificio para evitar justos motivos de queja, y que los chismes, que no faltarán de una y otra parte, no harán variar mi línea de conducta ni mis consideraciones por su persona.

“ Me dá Vd. á entender que sigo una política que no comprende. No sé qué quiere Vd. decirme con esto; pero mi política es clara: yo respeto á todos, sean cuales fueren sus opiniones; á todos les dejo las garantías que dá la fuerza moral y la fuerza efectiva, y Vd. debe conocer que no carece de esta con los elementos que Vd. tiene y estaba en la mano del Gobierno quitárselos si su política no fuera fiel y franca; y con todo, amigo, Vd. se queja!

“ Qué me tocaría decir si quisiera fijarme en esto? Yo creo que si Vd. quiere reflexionar y tiende la vista sobre el verdadero estado de las cosas, no encontrará esas inconsecuencias que supone. No nos entenderemos, puede ser, pero deberíamos entendernos bien, por el interés de la patria y porque en nuestra

posicion no podemos estorbarnos ; y si así fuese poco importaría que ámbos la dejásemos por el interés general.

“ No sé qué debo hacer para conservar la buena inteligencia entre todos, cuando todos la resisten ; pero esté Vd. cierto que haré cuanto pueda por conseguirlo si Vd. al ménos quiere auxiliarme en algo.

Soy su obsecuente servidor y amigo Q. B. S. M.

Manuel Oribe. ”

CXCVIII

El coronel don Nicasio Borges mandaba tres escuadrones entrerrianos el día de la batalla de Cepeda.

Derrotado el general Urquiza, fué uno de los pocos jefes que protegieron su retirada, dándole tiempo para que vadease el Paraná.

Cuando ya le vió libre de peligros, dejó las fuerzas al mando de su segundo, y con cuatro ó cinco ayudantes marchó en seguimiento del vencido, al que alcanzó cerca de San José.

Urquiza, que no era de corazón muy sensible, se conmovió, sin embargo, ante esta muestra de fidelidad que en su desgracia le daba un extranjero.

Bajóse, pues, del carruaje en que iba, abrazó á Borges, se quitó el sable y presentándoselo, le dijo :

—Coronel, admítalo. Es usted el único jefe digno de llevarlo.

Este sable le habia sido regalado á Urquiza por el general Rivera, y fué colocado sobre el ataúd del general Borges cuando su entierro en 1884.

Es un arma riquísima, con la hoja del mejor acero, y contiene esta inscripcion en la vaina, que es de oro : “ El general Rivera al capitán general don Justo José de Urquiza. ”

CXCIX

Pensamiento del doctor don Domingo Aramburú. (1)

“ Las capitulaciones con la conciencia son las victorias del mal. En las batallas con la inmoralidad no hay retirada gloriosa: no hay Xenofontes ni Moreau que se immortalicen por ellas. Es necesario el sacrificio voluntario ó el remordimiento forzoso—aceptar el Calvario con Cristo ó ahorcarse con Júdas.”

CC

Es sabido que el doctor don Fermin Ferreira y Artigas se recogía muy tarde, cuando no pasaba en claro la noche en algun café.

Uno de tantas salía con varios amigos de la Confitería que llamaban del Ruso, situada en la plaza Constitucion y *rendez-vous* de los trasnochadores.

En ese momento el reloj de la Matriz daba la primer campanada de las doce. Al punto se detiene el doctor Ferreira y dice á los que le acompañaban :

Ese que dá la medida
Del tiempo tan á compás,
Nos señala un día más
Y uno ménos en la vida.

Con su postrer campanada
Nos anuncia ese reló,

(1) Del álbum de don Ricardo Sanchez.

El día que ya pasó
Y el que llega: todo y nada!

Todo el hoy, nada el ayer;
La esperanza y el recuerdo;
Sombra y luz en que me pierdo
Y en que fluctúa mi ser.

Pero tan tristes ideas
Abandonemos, por Dios,
Diciendo al ayer, adios!
Y al hoy, bien venido seas!

CCI

Cuando don Vicente Garzon fué trasladado de la jefatura política de Soriano á la de Maldonado, *El Mercantil* de Mercedes le dedicó las siguientes líneas :

“ Hay ciertos dichos que por su calidad de raros deben figurar en los anales de la historia.

“ Un dicho peregrino del ex-jefe político don Vicente Garzon, que profirió ante una concurrencia, bajo la inspiracion y el entusiasmo que dominaban su espíritu, formará época en nuestra historia.

— “ Así como en una baraja, decía Garzon empinándose, hay un solo rey de copas, así tambien en el departamento de Soriano existe un solo rey y ese soy yo. ”

Lo era, en efecto, y un rey tan absoluto como el que más. Por consiguiente, no es nada extraño que lo proclamase sin rodeos. Lo que nos parece singular es que, entre los cuatro palos de la baraja, hubiera elegido el de *copas* para compararse!

Pues don Vicente Garzon
No es individuo del gremio

De los *droguistas*, que abstemio
Siempre ha sido ese varon.

CCII

Dos rasgos que pintan á dos hombres: al mismo don Vicente Garzon, todavía jefe político de Soriano, y al sargento mayor don Toribio Vidal, jefe político de Tacuarembó en los tiempos de la Dictadura.

Recibe el primero una nota de un comisario de campaña, en la cual le hacía saber que un quidam, á quien enviaba preso, había cometido el delito de abigeato. Enterado de la nota, chilla don Vicente Garzon:

—Yo le he de enseñar á ese pícaro! Que lo aten al tronco de un árbol de la plaza, y con un cartel en el pecho, donde se lea LADRON en letras bien grandes. Es preciso satisfacer la *vindicta pública!*

La orden del jefe político fué cumplida puntualmente, y durante algunas horas, la culta poblacion de Mercedes presenció un espectáculo, si indigno de la moral y de la civilizacion, muy propio de la Dictadura y de su representante en el departamento de Soriano.

He aquí el segundo episodio.

Otro comisario de campaña remite á San Fructuoso á un negro que había carneado una vaca ajena, cuya piel se acompañaba como cuerpo del delito. El reo es conducido á presencia de don Toribio Vidal.

—Porqué mataste la vaca? interrogó el jefe político.

—Señor, respondió el negro, mis hijitos tenían hambre y yo me ví obligado

—Pues ahora vas á ver otra cosa que no te soñabas, interrumpió el delegado de Latorre.

En seguida dirigiéndose á uno de sus ayudantes, le dice:

—Abra una boca en el cuero, póngaselo de poncho á este

bellaco y que á son de clarin lo paseen por la plaza tres ó cuatro veces.

—Sí, señor.

—Y que en cada una de las esquinas se pare el clarin y grite : Esta es la justicia que el jefe político manda hacer con un ladrón , ántes de entregarlo á su juez competente !

Orden bárbara que se cumplió tan puntualmente como la anterior.

CCIII

Dice don Isidoro De-Maria, refiriéndose al fusilamiento de don Luis Baena :

“ Garibaldi interceptó una abultada correspondencia enviada al enemigo á principios de Octubre (1843), atribuida á Leitte de Azevedo (cónsul de Portugal) entre la cual se encontraron cartas de Baena, muy comprometedoras y en que se hablaba con exaltacion contra las legiones, que acababan de pronunciarse rehusando abandonar las armas á que habían sido invitadas por el ministro de la Guerra en la tarde del 2.

“ Se le redujo á prision en la línea. Fué procesado y juzgado militarmente en brevísimo tiempo. El doctor don Andrés Somellera se encargó de su defensa. El juicio fué público, inspirando el mayor interés. El local donde tuvo lugar se hallaba literalmente lleno de espectadores. El acusado conservó toda su entereza ante sus jueces. Habló haciendo sus descargos. Su defensor en su nobilísimo cometido se esforzó por salvarlo.

“ Se pronunció la sentencia fatal: el suplicio!.... Pero aún había esperanzas de salvacion. Faltaba la confirmacion de la sentencia. La prerogativa constitucional de conmutacion de la pena de muerte, podía detener el golpe y evitar el sacrificio de una vida. Mediaron empeños. Se tocaron todos los resortes imaginables para conseguirlo. El alto comercio ofreció cincuenta mil pesos para las urgencias de la guerra, á trueque de la salvacion de su vida.

" Pero todo fué inútil. Los mandatarios se mostraban inflexibles. Se hacía presion por alguien sobre sus sentimientos. Instigaciones crueles tendían á la consumacion del sacrificio No hubo forma de salvarle la vida. Se le notificó la fatal sentencia de muerte. Púsosele en capilla, y despues de recibir los auxilios de la religion cristiana, fué ejecutado en la mañana del 16 de Octubre, en un descampado de la línea interior, á la derecha de la Comandancia general de Armas. "

En ese descampado está hoy la manzana que comprenden las calles del 18 de Julio, Cuareim, San José é Ibicuí. Parte de él lo ocupaba una herrería, y precisamente á sus fondos, cerrados por una pared de ladrillo, como á cincuenta varas al Sud de la calle del 18 de Julio y casi á igual distancia de las de Ibicuí y Cuareim, fué fusilado Baena, cuyo cadáver quedó abandonado allí durante algunas horas.

Este dato se lo debemos á una persona que presencié el suplicio. Agregarémos que " el alguien que hacía presion sobre los sentimientos de los mandatarios y quienes tendian con instigaciones crueles á la consumacion del sacrificio, " eran, como lo sabe y no lo dice el señor De-María, los jefes y oficiales de esas " legiones contra las cuales había hablado Baena exaltadamente en las cartas que interceptó Garibaldi. "

Sólo de esta manera se explica que un Gobierno siempre necesitado de dinero y que para conseguirlo vendía ó hipotecaba cuanto podía hipotecar ó vender, hubiera despreciado los cincuenta mil pesos que á trueque de la vida de Baena, le ofrecia el alto comercio para las urgencias de la guerra.

Es indudable que se habría rendido ante el argumento monetario (pongamos en honor de don Joaquin Suarez, que éste ciudadano se inclinaba al perdon) si no hubiesen intervenido la presion y las crueles instigaciones aludidas. Pero las legiones eran omnipotentes en la capital sitiada !

El Gobierno de la Defensa cedió, pues, á la fuerza de las circunstancias ó á la fuerza de las legiones. Esta es la historia verdadera.

CCIV

El 24 de Enero de 1875 fueron aprehendidos y encarcelados por orden de don Pedro Varela, titulado Presidente de la República, los quince ciudadanos siguientes :

Don Juan Ramon Gomez, Agustin de Vedia, José Pedro Ramirez, Juan José de Herrera, Julio Herrera y Obes, Aureliano Rodriguez Larreta, Anselmo Dupont, Fortunato Flores, Eduardo Flores, Carlos Gurmendez, Octavio Ramirez, Cándido Rovido, Segundo Flores, Ricardo Flores y *Oswaldo Rodriguez*.

Al otro día de su prision, que la tenían en la capilla del Cabildo, se les presentó el comisario de órdenes don Máximo Blanco y llamando aparte al doctor Ramirez, le dijo :

—Sirvase comunicar por escrito á su familia y amigos lo que desée ó necesite, porque dentro de dos horas Vd. y sus compañeros serán embarcados para la Habana. Le pido que participe esta noticia á los demás presos.

Poco despues, sin embargo, el capitan de campo les hizo saber que no se les embarcaría hasta la madrugada siguiente. En efecto, á las cuatro de la mañana, el oficial de guardia les despertó y previno que se vistieran y preparasen, pues inmediatamente iban á marchar.

Vestidos y preparados ya, gritó el oficial de guardia :

—Salgan cuatro presos.

Y salieron los señores Gomez, Vedia, Herrera y Dupont.

Repetido el mandato hasta que hubieron salido todos, los presos cruzaron el corredor por entre dos filas de soldados — la guardia que los custodiaba — y bajaron al patio de la cárcel, donde se hallaba formada una compañía del 1.º de Cazadores.

El Cabildo estaba completamente iluminado, y presenciaban la salida de los quince ciudadanos, además de algunos empleados subalternos, el teniente coronel don Lorenzo Latorre, jefe del 1.º de Cazadores y ministro de Guerra y Marina, el jefe político de

la capital, y el ministro de Gobierno don Isaac de Tezanos, instigador del motin militar que derrocó al Presidente Ellauri.

Los presos divididos en cuatro grupos, subieron á otros tantos coches que los esperaban á las puertas del Cabildo. En la plaza Constitucion algunos curiosos comentaban vivamente los sucesos.

A derecha é izquierda de cada carruaje, se situaron ocho individuos de tropa con un cabo, y unos veinte infantes dirigidos por un oficial formaron á la cabeza de la columna.

El ministro de la Guerra se habia colocado frente al último carruaje, y cuando vió terminados todos los preparativos, dió la siguiente voz de mando, que no se encuentra en ninguna táctica; pero que revela los odios que abrigaba en su corazon :

—En marcha, al paso, lentamente !

CCV

El coronel don Gervasio Burgueño se burlaba públicamente de los deportados :

—Ahí van los principios en la *Puig*, decía. Una barca tan apollada como los principios !

CCVI

Poníamos en la *Mascarada política* publicada en *El Negro Timoteo* del 27 de Febrero de 1876 :

Montados en un petizo
Galopan los tres Burgueños,
Y van los tres muy risueños
Luciendo el traje de *suizo*...

—Lo que es á mí no me tratan muy mal, decía á un amigo el coronel Burgueño. Sólo me llaman *suizo*, y ya vé usted que eso no es denigrante !



CCVII

Horas ántes de zarpar la *Puig*, el jefe de la expedicion, despidiéndose de una persona ligada á él con vínculos muy estrechos, le preguntaba :

— Qué quieres que te traiga á mi vuelta ?

— Un monito del Brasil, respondió la persona aludida.

El coronel Courtin compró el monito en el primer puerto del Brasil á que llegó la barca y lo hizo conducir á bordo, donde era mejor tratado que los presos.

Y pobre del que se permitia ciertas bromas picantes con el animalito, porque al punto lo amonestaba severamente el almirante de la *Puig*.

Desgraciadamente la persona que habia tenido el mal gusto de pedir ese recuerdo de viaje, jamás pudo divertirse con las *gracias* del pequeño cuadrumano.

Ay! el monito pereció de una manera trágica, cual la décima musa, aunque no se arrojó voluntariamente al agua como la víctima del insensible Faon.

Uno de los deportados fué quien lo precipitó en el mar, para que sirviera de pasto á los voraces peces. Tal vez halló momentánea tumba en el ancho vientre de algun tiburón !

Con tal motivo su puso furioso el coronel Courtin y trató de descubrir al autor de la *felonía*, para castigarlo breve y sumariamente.

A pesar de su empeño, se quedó con las ganas de saber el nombre del delincuente; pero desahogó su cólera insultando á los deportados y concluyó por decirles :

— Miren que si incurren en otro delito como éste, voy á coser á puñaladas al más pintado !

CCVIII

El 8 de Abril de 1843 hubo un sangriento combate entre las fuerzas del general Oribe y las que defendían á Montevideo.

El segundo jefe del batallon *Extramuros y Desmontados*, sargento mayor don Guillermo Aguiar, fué herido mortalmente en una de las cargas.

Uno de sus soldados al verlo tambalearse le pidió la espada, quizás temiendo que cayese en poder del enemigo; á lo que respondió Aguiar :

—No te la entrego. Un oficial de la República debe morir con su espada en la mano !

Y así murió á los pocos minutos el valiente hermano del general don Félix Aguiar.

CCIX

Cuando don Félix de Lizarza era escribano de Comercio, recibió un oficio del Tribunal de Apelaciones, en que no se le había puesto el *Don* de costumbre, sin duda por un error de copia.

A tiempo que el actuario hacía notar esta falta á un amigo, entraba en la oficina don Francisco A. de Figueroa, quien enterado de lo que pasaba, improvisó la redondilla siguiente :

Aunque quite una sancion
El Don á los escribanos,
Teniendo el *don* en las manos,
A tí no te importe el Don.

Y al pronunciar el tercer verso, se restregaba los dedos índice y pulgar de la derecha, como si tuviese una moneda entre ámbos.

CCX

—Suceso raro el que me ocurrió un día en la playa del Buceo!, decía don Pascualon á cinco ó seis personas.

—Cuéntelo, mayor.

—Voy á referirlo en breves palabras y no lo pongan en duda, porque ustedes comprenderán....

—Al grano, al grano.

—Bien, al grano, que la paja se la lleva el viento. Estaba pescando allí desde por la mañana, que yo soy aficionadísimo....

—Ya lo sabemos, don Pascual.

—Pero como los peces no picaban, me aburrí, y me quedé dormido cual un santo varon.

—Y se cayó al agua?

—Escuchen ustedes, caballeros, que la cosa fué más grave. De repente sentí frio, mucho frio, á pesar de que nos hallábamos en Diciembre.... Veamos si recuerdo la fecha.

—La fecha no hace al caso.

—Bueno. Repito que sentí mucho frio, y que con el mucho frio que sentí, me desperté. Adivinen dónde me encontraba.

—Tal vez en alta mar?

—En alta mar, señores, justamente; como á tres leguas del Buceo, por más inverosímil que les parezca mi historia.

—Cuando usted lo dice....

—Yo lo digo y lo sostengo. Y ahora les daré la explicacion, que no puede ser más sencilla ni convincente.

—Le oimos, mayor.

—Ustedes no ignorarán que en la costa de Maldonado sobreabundan las focas, que aquí tambien llamamos lobos marinos.

—Es verdad.

—Pues uno de esos lobos habia llegado al Buceo, traído sin duda por las poderosas corrientes del Atlántico y....

—Mas qué tiene que ver la foca con su viaje?

—Que mi viaje se debió á la foca: Cómo? De esta manera... Antes de entregarme á Morfeo, me había atado la punta del palangre á la cintura....

—Del qué?

—Del palangre, nombre del aparejo. Es un cordel largo y de regular grosura, del cual penden de trecho en trecho varios hilitos....

—Ya lo conozco. Y por qué se lo ató á la cintura?

—Porque temí que me lo arrebatase alguna corbina negra. Probablemente el lobo olió las carnadas y se tragó dos ó tres con sus anzuelos correspondientes....

—Hasta los lobos tragan anzuelos!, exclamó satíricamente el más audaz del auditorio.

—Hasta los lobos los tragan, repitió el del cuento alzando la voz como para imponerse á los incrédulos. Y así que se sintió herido, pegó un tirón y zás.... me precipitó al agua y me conducía á la querencia.

—Qué apreturas!

—Las apreturas hubieran sido si el lobo consigue llevarme á sus pagos. Imagínense qué festin hacen las focas conmigo! Felizmente me desperté, eché mano al cuchillo, corté la cuerda, y como me encontraba más cerca de la Isla de Flores que del Buceo, me dirigí á la Isla de Flores.

—Cómo se sorprenderían los empleados!

—Figúrense ustedes! Pero ahí no quedó la aventura, que en seguida me embarqué en un bote tripulado por cuatro genoveses, buenos remadores, y no paramos hasta Gorriti.

—De veras?

—Tan de veras como que ustedes me oyen. Al día siguiente tuve la fortuna de descubrir al lobo roncando entre unas piedras. Lo maté, lo desollé, y allá en mi casa tengo colgada la piel del pícaro junto con el célebre aparejo.

CCXI

El diablo no hubiera tenido por donde desechar al Presidente Batlle, á ser ciertas las malas cosas que le decía *El Siglo* en 1868 y 69.

Pero de pronto surge la revolucion de Aparicio, y el intranigente opositor se cambia en ferviente partidario y defensor del general.

Pasado con armas y bagajes al Gobierno, ya se comprende que comenzó á tirar con bala roja á los blancos.... Mas esto es irse por los cerros de Ubeda.

Volviendo al asunto, pondrémos que en 1868 y 69 *El Siglo* era un enemigo tenaz de don Lorenzo Batlle, al que ponía de oro y azul que daba compasion.

Y como el diario conocía los bueyes con que araba, segun la locucion, hubo días en que temió una *mashorcada* de esas.... como la del 20 de Mayo del 81, por ejemplo.

La verdad es que las administraciones *liberales* han sido siempre muy afectas á las *mashorcadas*, que es una gran prueba de *liberalismo*.... charrúa ó si se quiere congo.

Con ese motivo había en la imprenta, especialmente de noche, multitud de amigos dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza; los cuales se turnaban cada media hora en el servicio.

Una vez le tocó la guardia de la puerta principal al joven E. N.—ya difunto—que habría sido sacerdote de Baco si hubiese nacido en la Grecia ó Roma de otros tiempos.

Ello es significar que era un apologista práctico de las bebidas alcohólicas, llamadas por él su único ideal y su única aspiracion en la vida.

Hallándose, pues, de centinela el aludido Fulano, preguntó uno de los concurrentes que ignoraba quien la hacía :

—Y estará bien guardada la puerta de calle ?

—Nunca ha estado mejor guardada que ahora, contestó don Dermidio De-María, porque tiene dos *trancas*.

—Dos trancas?

—Sí, la tranca de costumbre y la tranca *extraordinaria* de.... Fulano de tal.

A los que ignoren el significado de esta palabra, les diremos que entre nosotros, como entre los mejicanos, *tranca* es sinónimo de borrachera. Así podrán apreciar el chiste.

CCXII

El mismo sujeto se hallaba una noche con don Eduardo Górdon en un palco bajo del antiguo teatro de San Felipe.

Habiéndose producido un movimiento en la platea, inclinó el cuerpo hacia adelante para mirar lo que ocurría.

Pero como estaba entre San Juan y Mendoza, el sujeto perdió el equilibrio y dió con su humanidad sobre las lunetas.

Al momento Górdon se puso de pié y dijo á los espectadores asombrados:

—Cuidado con la avalancha.... Ya ven, señores, que no todos los aerolitos caen del cielo!

CCXIII

Otra noche estaba durmiendo la zorra, y habiéndolo despertado un amigo de su calaña para ofrecerle otra copa, respondió el Fulano:

—Gracias.

—Cómo? Te das por vencido?

—No me doy por vencido. Es que quiero que se me pase esta tranca para tomarle el gusto á la otra.

CCXIV

Otra vez decía jugando del vocablo :

—Yo aborrezco todo lo del Brasil, ménos una cosa.

—Su oro ?

—No.

—Sus mujeres ?

—Tampoco.

—Sus bananas, su café, su vegetacion exuberante ?

—No.

—Pues qué es lo que exceptúas de tu odio ?

—Las *monas*. . . . Cómo me agradan las monas. . . . de caña del Brasil !

CCXV

E. N. era un jóven educado, de buenas maneras, instruido é inteligente. Dibujaba muy bien. Instado un día por un amigo de su estofa para que le demostrara su habilidad, respondió :

—Y qué quieres que haga ?

—Cualquier cosa, pero ha de ser aquí y á mi vista.

—Corriente, con estas condiciones: que una pared de tu aposento me servirá de papel, oyes?, y de lápiz un pedazo de carbon. Aceptas ?

—Acepto.

—Pues venga el carbon.

El amigo fué á la cocina y trajo un pedazo de carbon, que entregó al jóven, quien, entre copa y copa, ejecutó en la pared lo siguiente, que calificó de *cuadro vivo* :

En primer lugar trazó una mesa, sobre la cual delineó un gran barril sin la espita, de cuyo agujero salía un largo chorro de vino.

En seguida diseñó su retrato, de cuerpo entero, en jarras y con la boca abierta, en actitud de beber el vino que salía del barril.

Todo esto, perfectamente imitado, lo hizo en media hora, despues de lo cual escribió este rótulo al pié de su *cuadro vivo*:

—HE AHÍ MI ÚNICO IDEAL EN LA TIERRA!!

CCXVI

Sábese que el 19 de Febrero de 1868, muchos blancos que no tuvieron arte ni parte en el movimiento revolucionario, fueron aprehendidos y llevados á la Policía.

A propósito: algunos de esos blancos desaparecieron de allí, mas no por escotillon como sucede en el teatro, sino á la manera de Sanchez Caballero.

Quien podría dar informes más exactos acerca de esas desapariciones, es el general don Juan P. Rehollo, entónces coronel y jefe político del departamento de Montevideo.

Una de las personas sacadas de su domicilio por la autoridad, fué el anciano mayor don Antonio Pereira, que vivía en la calle de la Convencion, entre las de Canelones y Maldonado.

Precisamente la casa á que nos referimos, es la contígua á la en que el coronel Latorre daba sus audiencias matinales, si no es la propia, y las dos pertenecian á Pereira.

El comisario que le echó las manos (el 20) lo condujo á pié por la calle del 18 de Julio. Al cruzar el mercado viejo, varios puesteros italianos que aborrecian al mayor, comenzaron á gritar:

—Gianco pícaro, gianco pícaro! . . . Perqué no matan á ese gianco pícaro?

El viejo se puso pálido de ira, el comisario se sonrió. . . . y ámbos siguieron marchando hácia el Cabildo, con una escolta de puesteros que continuaban bramando:

—Gianco pícaro, gianco pícaro!. . . . Perqué no matan á ese gianco pícaro?

Así, entre insultos y vocería de muerte, llegó el anciano á la Policía. Casualmente se paseaba por el patio el ministro de Gobierno don José C. Bustamante.

—Porqué se ha traido esa basura?, dijo este al comisario lo que vió entrar cojeando á Pereira.

A pesar de la crítica situacion en que se hallaba el militar, tuvo la suficiente sangre fria, ó mucha audacia, para responder mirando al ministro de Gobierno :

—Con qué basura, eh? Por eso es que quieren *limpiarme*.

Sea que la contestacion cayera en gracia al señor Bustamante ó que realmente considerase una basura al mayor Pereira, el caso es que al instante le puso en libertad.

CCXVII

Pocos meses despues de la caida de Paysandú, había grandes carreras en una pulpería de la campaña del Salto, y dicho se está que tambien había grandes partidas al truco, al monte, al tejo y á la taba.

En uno de los grupos de jugadores, se hallaba un paisano y ex-sargento de la Defensa, apellidado Rodriguez, que comen-zando por perder el dinero que tenía, concluyó por quedarse sin el caballo que montaba.

En esta para él lamentable situacion, se le aproxima un amigo y le pregunta:

—Qué tal, aparcero, cómo le ha ido?

—Cómo me ha ir, aparcero? Lo mismo que á Paysandú.

—Qué quiere decir, paisano?

—Que ahora me encuentro en escombros!

Estas palabras se han hecho un refran en ciertos pagos de la República... "Encontrarse como Paysandú en escombros," es igual á no tener blanca ó estar en la última miseria.

CCXVIII

Pensamientos del doctor don Manuel Sienra Carranza. (1)

“ El militarismo que en una noche de motin derriba las instituciones y usurpa y suplanta la soberanía nacional, no es ni puede ser un factor trascendental de las evoluciones históricas, sociales y políticas de un país civilizado.

“ Si para avasallar resistencias destruye caudillos, su accion sólo es comparable á la del personal de portería que, al robar la casa fiada á su custodia, asesina á la servidumbre indisciplinada ó ratera del interior.

“ Es un fenómeno sangriento y execrable. Reclama únicamente la intervencion de la justicia y la aplicacion del Código Penal.

“ En los hechos, como cabe el crimen cabe la impunidad: ¡qué al ménos, en el dominio de la opinion y en el santuario de la conciencia, no sea cohonestado por los errores de la política !”

CCXIX

El doctor don Mateo Magariños Cervantes, que fué secretario de Estado, miembro del Superior Tribunal de Apelaciones, diputado, senador y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República, aseguró muy sériamente en un folleto: que “ la nacionalidad oriental habia sido creada por los esfuerzos de don Pedro I, Emperador del Brasil. ”

Como el folleto se intitulaba *Conversaciones familiares sobre*

(1) Del álbum de Ricardo Sanchez.

historia, es del caso recordar y repetir aquel célebre verso de Voltaire:

Et voilà justement comme on écrit l'histoire!

CCXX

Cuentan que hallándose en su estancia el doctor don Francisco A. Vidal, se le presentó un paisano y le dijo:

—Dotor, vengo á pedirle un servicio, por lo que más ame en el mundo.

—Qué servicio?

—Que me sane á mi mujer que se me está muriendo. Sá-nemela, y despues haga de mí lo que se le antoje. Lo que sí, dotor, como soy un pobre diablo....

—Y qué enfermedá tiene?

—Es lo que no saben los médicos. (El paisano aludía á los que curan con palabras.... y otras hierbas).

—Bueno, amigo, le respondió Vidal. Iré á ver á su china y trataré de curarla sin que le cueste un cobre mi asistencia.

—Gracias, dotor, mil gracias, le asiguro....

—Pero ántes, paisano, me vá á hacer un corte de mangas.

—Yo, señor?

—Usté mismo, aquí mismo y ahora mismo.

—Dotor! Eso....

—O me hace el corte de mangas, ó yo no me muevo de donde estoy.

—Y cómo quiere, don Pancho? Yo no me animo.... Es una barbaridá....

—No hay tu tia, paisano. O me hace el corte de mangas ó se le muere su mujer.

Y no hubo más remedio. El paisano tuvo que complacer al doctor Vidal, haciéndole el corte de mangas tan pedido.

Entónces el ex-Presidente mandó ensillar su cabalgadura, que es un petizo barrigudo, mosqueador y vichoco.

No se extrañe la cabalgadura que el médico usa en su estancia. En Europa hay médicos que andan montados en burros.

Ensilado el petizo, subió á él don Francisco A. Vidal, y precedido del paisano, se dirigieron al trote á casa de la enferma.

El esposo que iba *cismando* con el corte de mangas sin poder dar en el busílis, quiso salir de la curiosidad, y apareándose con el facultativo le habló así :

—Dotor, y aura tendrá Vd. la bondá de decirme porqué se empenó tanto en que le hiciera el corte de mangas ?

—Sí, amigo, se lo diré. Porque cuando le cure á su china, su agradecimiento será ese.

—Cuál ?

—Un corte de mangas, que de ingratos está el infierno lleno. Conque ya vé que voy sabiendo cómo me vá á pagar mi trabajo.

Este es un rasgo de ingenio, que ponemos en cuarentena por no concederle ninguno al doctor Vidal. Reconozcan los lectores que somos francos.

CCXXI

Diálogo que oímos en un café :

—Dice usted que conoce al general Santos ?

—Sí, señor, desde chiquito. Le conocí en la escuela.

—Dónde ?

—En la escuela.

—Ya veo que usted me engaña.

—Señor

—El general Santos nunca estuvo en la escuela.

—Pero, señor, cuando le afirmo á usted !

—Pues yo sostengo que nunca estuvo en la escuela, porque el propio general ha escrito que se educó en los campamentos !

CCXXII

En el Museo Nacional existe una bandera uruguaya, hecha por la señora esposa de don José Maria Róo, que es el facsímile de la que por primera vez se enarboló en un baluarte de la antigua ciudadela de Montevideo el 25 de Mayo de 1815.

Esa bandera fué presentada por el señor Róo al Presidente don Gabriel A. Pereira el 11 de Noviembre de 1856, con motivo de la inhumacion de los restos del general Artigas recién llegados del Paraguay.

Es semejante á la argentina, y tiene diez y nueve varas de largo por nueve de anchura. Las fajas superior é inferior son azules, y blanca la del centro. Luego está cruzada diagonalmente por una faja roja, que arranca del ángulo superior del asta. Esta faja, como las demas, es de tres varas de ancho. .

Hé ahí como era la famosa tricolor de Artigas, que vencida ó vencedora, tremoló diez años seguidos y siempre con honra en sesenta campos de batalla.

CCXXIII

Montevideo fué declarado plaza de armas en 1749 y se nombró gobernador de ella al coronel don Joaquin de Viana, que se recibió del mando el 14 de Marzo de 1751. Viana era un militar valiente y humano.

Poco tiempo despues, por orden de Andonaegui, reunió una fuerza de doscientos hombres, para escarmentar á los charrúas, que solían llegar en actitud hostil hasta las mismas puertas de la plaza.

Entre las varias instrucciones que con ese motivo le envió el

gobernador de Buenos Aires, de quien dependía el de Montevideo se hallaba una á que Viana no dió cumplimiento, y poco más ó ménos decía así :

—Pase V. S. á cuchillo á todo prisionero indígena, varon ó mujer, mayor de catorce años, sin consentir que sean bautizados, porque el verdadero bautismo de esos salvajes es su propia sangre !

CCXXIV

El doctor don Ambrosio Velazco representaba al departamento de Canelones en la Legislatura de 1873.

Una noche pidió la palabra para responder á una alusion personal, y concedida que le fué, comenzó á despacharse á su gusto.

Y habló un cuarto de hora y media hora y una hora y dos horas.

Como se acercara el instante de levantar la sesion, el doctor don Julio Herrera y Obes, interrumpiendo al orador, le dijo :

—Apresúrese el señor diputado á terminar su discurso, porque se aproxima el momento de cerrar los debates, y tambien porque se ha extendido demasiado sobre el particular.

—Se equívoca el señor representante, contestó el doctor Velazco mirándole con toda imperturbabilidad. No he hablado mucho ni poco, porque recien empiezo.

Y continuó su discurso, hasta que habiendo sonado la hora de levantar la sesion sin que llevara miras de concluirlo, quedó con la palabra para el día siguiente.

CCXXV

Era una noche del mes de Abril de 1825 y Rivera acababa de incorporarse al jefe de los Treinta y Tres, con el cual tomaba mate en una humilde choza del departamento de Soriano.

En esto entra un oficial brasileiro de los que servían á las órdenes de don Fructuoso.

Ignorando lo que había ocurrido horas ántes, venia á dar parte del estado de la tropa á su general.

Rivera le invitó á sentarse, y sin presentarle al compañero, le dirigió algunas preguntas insignificantes acerca del servicio. Luego de propósito trajo la conversacion sobre Lavalleja.

—Y no sabe por dónde anda ese bribon? preguntó el oficial.

—Tal vez muy cerca de nosotros, respondió Rivera.

—Me alegro, vive Dios!, porque tengo unas ganas de verle la cara á ese condenado!....

—Es posible?

—Sí, señor; estoy ansiando encontrarme con el bandolero y su gavilla.

—Para qué?

—Para ajustarles las cuentas. Yo le prometo, general, que he de hacer una que sea sonada!

—De modo que si agarra á Lavalleja....

El oficial se pasó la mano por la garganta, como indicando que degollaría al jefe de los Treinta y Tres.

—Hombre! exclamó don Fructuoso buscándole la boca.

—Es lo ménos que merece el foragido que se ha lanzado á perturbar la paz de la Provincia Cisplatina.

Entretanto Lavalleja se sonreía y de tiempo en tiempo co-deaba con disimulo á Rivera, para que continuase dando cuerda al oficial, que durante un cuarto de hora puso de oro y azul al futuro vencedor en Sarandí.

A las veces Lavalleja echaba su cuarto á espadas, asintiendo á todo lo que murmuraba el hijo del Brasil.

De pronto el ex-general del Imperio se pega una palmada en la frente, y dice con aquel tonillo que empleaba para burlarse de alguno:

—Mire usted qué distraccion la mía! Perdone, señor oficial. Le aseguro que lo siento en el alma. Ya se vé, tanto me entretenía la conversacion....!

—Qué cosa, mi general? insinuó el brasileiro.

—Que aún no le he revelado el nombre de este mi buen com-

padre, agregó Rivera señalando al jefe de los Treinta y Tres. Pero no es cierto que usted me disculpará?

—Oh, general, profirió el brasileiro inclinándose, no hay razon para pedir excusas. Además, V. S. está perdonado siempre.

—Muchas gracias. Pues tengo el gusto de presentarle á mi compadre A qué no adivina usted cómo se llama?

Los tres interlocutores ya se habían puesto de pié y el oficial empezaba á inquietarse con las reticencias y el tonillo de Rivera, porque conocía las bromas pesadas que este solia gastar. Sin embargo, dominándose, contestó:

—No adivino, señor general.

—Pues mi querido compadre, que tengo el gusto de presentar á usted, es ese bribon, bandolero y foragido de Lavalleja de quien estábamos hablando.

Y soltó una sonora carcajada. El oficial palideció creyéndose perdido; mas Lavalleja le tendió la mano, desvaneció sus temores y al día siguiente lo puso en libertad.

CCXXVI

Puede afirmarse que en la victoria conseguida por el general Flores en los campos de Coquimbo, tuvo parte principal un trompeta que murió siendo teniente coronel. He aquí como pasó el suceso.

Comenzaron á escaramuzar algunas fuerzas de los coroneles don Francisco Caraballo y don José G. Suarez, con otras del coronel don Bernardino Olid, comandante de la division de Minas y jefe de la vanguardia del ejército del Gobierno.

Al oir el tiroteo, se acerca al sitio del combate, pero como simple espectador, el general don Venancio Flores, y observando la inferioridad numérica de su gente, manda al trompeta Machin que toque retirada.

Mas el trompeta, ora equivocase la órden ó ya la desobedeciese —que eso lo ignoramos—emboca su clarín y se pone á tocar á

degüello, dirigiéndose á gran galope hácia las guerrillas de los suyos.

Inmediatamente Caraballo y Suarez escalonan sus escuadrones, los arengan y cargan con rapidez al enemigo, que despues de un instante de lucha vuelve caras y huye en completa derrota.

CCXXVII

Dicen que la arenga del coronel Caraballo, que otros atribuyen á Suarez, fué así ó con corta diferencia :

—Compañeros, ahora nos vamos á trenzar de lo lindo con los blancos. El que tenga miedo que se mande mudar!

CCXXVIII

El coronel don Manuel Oribe comandaba las fuerzas que en 1825 sitiaban á Montevideo, y hostilizaba constantemente á los imperiales, que no se atrevian á salir fuera del tiro de los cañones de la plaza.

Como á media legua de esta, los de la ciudad habían establecido fuertes acantonamientos con sus zanjas respectivas, para en el espacio intermedio, dar forraje y desahogo á sus caballadas.

En el que hoy llaman cuartel de Morales estaba atrincherado un regimiento de caballería, cuyos destacamentos exploraban los alrededores. Una noche el coronel Oribe trató de sorprender á ese cuerpo.

Para realizar su propósito escogió cien jinetes decididos, y burlando la vigilancia de las guardias brasileras, llegó silenciosamente hasta unas doscientas varas de lo de Morales.

Allí mandó desmontar á su gente y manear los caballos, que dejó al cuidado de algunos hombres con un sargento, recomendándoles que se hiciesen matar primero que huir.

Luego arrastrándose por entre los *yuyos*, Oribe y sus valientes fueron acercándose poco á poco al cuartel, y ya se encontraban próximos á sus puertas, cuando los sintió el centinela y dió la voz de alarma.

Antes que retroceder en su empresa, el segundo jefe de los Treinta y Tres se resolvió á jugar el todo por el todo. Colocándose, pues, á la cabeza de sus soldados, les dirigió estas históricas palabras:

—A la carga, orientales! Viva la patria! Viva Lavalleja! Adelante, adelante!

Y dándoles el ejemplo, acometió al centinela y lo derribó de un sablazo. En seguida los asaltantes entraron como un torbellino en el patio del cuartel y corrieron á las cuadras de la tropa, que los recibió á balazos.

Entonces comenzó un combate heróico casi en la oscuridad, pues la única luz que de vez en cuando alumbraba á los contendientes, era la que despedían los fogonazos de las tercerolas enemigas, porque los patriotas se batían con arma blanca.

Por fin, despues de cinco minutos de porfiada pelea, en que hubo como veinte muertos y heridos de ámbas partes, los independientes salieron rechazados, sin que los vencedores osáran perseguirles.

Uno de los heridos fué el capitan don Manuel Lavalleja, que por esa circunstancia quedó prisionero, así como tambien dos cabos y algunas plazas del ejército sitiador.

CCXXIX

Allá por los años de 187... en que la Universidad tenía rectores tan condescendientes con los estudiantes, que les permitían una *farra* cada veinticuatro horas, sucedió al pié de la letra lo que vamos á relatar.

Un maestro de escuela del Cerro, casi tan pobre como Aman y tonto de capirote por añadidura, quiso revalidar su

título ó á ello se vió obligado por el Instituto, que para el caso es igual.

Como entónces no habia los vapores ni tranvias que hoy ponen en frecuente comunicacion aquella villa con esta capital, el maestro pidió prestada una caballeria, por no poseer ninguna mayor ni menor, para venir á la moderna Troya sin troyanos.

Un alma caritativa, que las hay algunas veces, le facilitó un rocin muy bueno.... para morir destripado en la Plaza de Toros, y agregó al matungo una silla, es decir, algo que lo fué siglos ántes y que era á la sazón una cosa sin nombre en ninguna lengua.

Por más que aquel pedagogo no se pasaba de listo, ni mucho ménos, sabía, sin embargo, que á falta de pan buenas son tortas, y que siempre es preferible viajar montado en un jamelgo, que no en un palo de escoba, ó en el coche que usaba San Francisco.

Así es que no puso reparos á la silla ni al penco, no obstante haber reparado, con la ayuda de un sujeto entregado á estudios trascendentales, que el sotreta parecía un solipedo antediluviano y la silla un objeto prehistórico.

Caballero, en su caricatura de caballería, el pedagogo partió del Cerro á las cinco de la mañana y entró siete horas despues en la ciudad de San Felipe y Santiago, habiendo hecho catorce posas durante el camino, temeroso de que á lo mejor su maceta estirase la pata.

Y si llamamos posas á las paradas, es porque el mancarrón, más que á un ser viviente, se asemejaba á un cadáver que llevarán á enterrar; y el maestro de escuela, continuando el símil, á un cura dispuesto á cantar un responso por el alma del finado.

Con paradas y todo, fué un triunfo para el jinete y una victoria para el bicho, que ámbos llegáran felizmente al término de la jornada, aunque llegasen más tonto de capirote el uno y ménos caballo en la figura el otro. Como verídicos historiadores nos es forzoso consignarlo.

Escribimos que siete horas despues de salir del Cerro, caballero y aleluya entraban en la metrópoli; mas ello no es decir que los animales—racional é irracional—estuviesen á las doce á las puertas del Instituto.

Una hora más tardaron en acercarse á ellas; de suerte que en el reloj de la Matriz sonaba la una cuando bípedo y cuadrúpedo hacían alto, no á las puertas del Instituto sino ante la Universidad, porque el infeliz pedagogo había trocado los frenos.

En la acera de la Universidad se hallaban diez ó doce estudiantes y entre ellos Gregorio Perez, muchacho de buen humor y organizador de todas las *farras* que allí tenían lugar. Actualmente es hombre sério, doctor en jurisprudencia y residente en San Fructuoso, donde tiene mucha clientela, por lo cual lo felicitamos.

—Es aquí el Instituto? preguntó el maestro.

—Aquí es, respondió Perez, aprovechándose de la oportunidad para divertirse, pues al primer aspecto ya había *calado* al pedagogo.

—Con el permiso de ustedes voy á bajarme.

—Apéese, sí, señor. Qué se le ofrece?

—Vengo á revalidar mi título de maestro.

—Ah! perfectamente. Adelante, señor.

—Y mi caballo?...

—Es cierto. Llévelo á la clase de matemáticas, dijo Perez á un compañero.

—A la clase de matemáticas?

—Sí, es el paraje que corresponde al bucéfalo.

En seguida condujo al maestro al salon de los graduandos y le presentó á los estudiantes, haciéndolos pasar por hijos de los hombres públicos ó más espectables del país.

—Don Fulano de Tal, decia Perez, hijo del general cual; don Zutano, hijo del ministro Mengano; don Mengano, hijo del doctor don Perengano...

El pedagogo se deshacia en cumplimientos, tragando todo lo que Perez le espetaba con admirable serenidad y desenvoltura. Verdad es que el desgraciado tenía unas tragaderas incomparables.

Terminadas las presentaciones, el hoy abogado tomó la palabra y pronunció un discurso tan elocuente, que convenció al maestro de que su título tendría más importancia si primero le conferían el grado de doctor.

Por consecuencia le encasquetaron un gorro, le pusieron una banda y empezó el sainete. Los muchachos estaban en sus glorias y como unas castañuelas el quidam, que ni por asomo se figuraba ser objeto de la burla de aquellos demonios en vacaciones.

En esto acudió una murga que habían mandado buscar y la componían cuatro individuos con igual número de instrumentos, que llamaban de música quienes los manejaban, y sólo eran de tortura para los oídos delicados; á saber: un arpa, un violín, una flauta y un triángulo.

Usando y abusando de la figura retórica denominada hipérbole, Gregorio Perez calificó de orquesta á la murga, asegurando que difícilmente se hallaría otra mejor en Montevideo; contra lo cual no protestaron los *profesores*, sin duda por excesiva modestia.

También los estudiantes enviaron por cerveza y dulces á una confitería próxima, y en ello echaron la casa por la ventana para festejar dignamente al maestro, que á pesar de ser de escuela, merecía, por lo idiota que se mostraba, el diploma de maestro de obra *prima*.

A una señal de Perez, la *orquesta* rompió en baraunda tan infernal, que el agonizante matalote se asustó, y sacando fuerzas de flaqueza disparó de su improvisado pesebre, y aquí tropiezo, acá tumbo, atropelló á los instrumentistas y penetró en el salón de los graduandos.

—Mi caballo! exclamó el pedagogo. . . .

—Es que quiere asistir á la colación.

—Ya se ha colado. . . . sin permiso.

—Lástima que acá no se gradúen caballos sinó burros!, profirió un estudiante atrabiliario.

—No importa, replicó otro. Es un concurrente más á la ceremonia.

—Que lo maneén, agregó el autor de la travesura, para que no cometa un estropicio.

Un muchacho quitó el freno al rocinante y le ató las manos con las riendas, todo con inimitable seriedad. Ni por esas *coceaba* el pedagogo, más bruto que el nuevo espectador, porque éste de vez en cuando amusgaba las orejas como para tirar coces.

Los músicos volvieron á tocar hasta que concluyó la ceremo-

nia... y principió el refresco. Entretanto nadie se acordaba de pagarles. Por último el jefe de la murga reclamó sus *honorarios*, y como los estudiantes se hacían los desentendidos, comenzó á gritar desaforadamente.

—Cállese, atrevido ! refunfuñó el organizador de la ridícula fiesta, que ya han ido á traer el dinero de la tesorería.

—Yo abonaré el importe, dijo el maestro, considerando falta de galantería el no recompensar á una orquesta que habia tocado en su honor.

—De ningun modo, contestó Gregorio Perez.

—Concédame...

—Estos son gastos de la Universidad. Tal vez el tesorero se encontrará ausente y por esa causa...

—Se me inferirá un agravio si no permiten que remunere á los músicos.

—Ya que usted lo vá á tomar de esa manera, cumpla su deseo, doctor, repuso Perez á su victima.

Cuando el desventurado entregaba las monedas á los de la murga, se apareció el confitero cobrando la cerveza y los dulces. Repitióse la escena anterior entre Perez y el pedagogo, *consintiendo* al fin los de la travesura en que el flamante *doctor* satisficiese la cuenta.

De seguro que despues de la segunda sangria monetaria, el magister se quedó sin blanca en el bolsillo; pero en cambio hubiese podido decir lo de Enrique IV: que bien valía Paris una misa. No era poco llegar de un golpe á doctor en jurisprudencia ó en ámbos derechos!

En seguida mártir y martirizadores, con bandas y bonetes, recorrieron en procesion la manzana de la Universidad, los unos llevando grandes velas encendidas, los otros enormes libros abiertos y todos cantando salmos en un latin de *engañapichanga*, con inmensa admiracion de la vecindad!

Lo que regresaron á la Universidad, Gregorio Perez declaró clausurado el acto. El maestro abrazó á los estudiantes y el portero le sacó á la calle el jaco, que sorprendido de tantas luces, bullicio y músicas ratoneras, se habia puesto en demasia nervioso.

Un estudiante le cogió la brida, otro tuvo el estribo para que el pedagogo cabalgara, un tercero ató un paquete de cohetes de la India á la cola del rocinante y un cuarto pegó fuego al paquete sin que el malhadado preceptor advirtiera nada. Tan imponderable era su imbecilidad.

A tiempo que se quitaba el sombrero para saludar á sus *colegas*, estallaron los cohetes. Espántase el moribundo matalon, pretende correr y cae de hocicos en el empedrado, despidiendo al jinete por las orejas; desenlace que los estudiantes celebraron con palmadas y silbidos.

Alzase furioso el infeliz enseñante, comprendiendo *recien* que ha sido juguete de una turba de diablos, y cuando se revuelve para pedirles cuenta de la burla, los burladores habian desaparecido y la puerta de la Universidad estaba cerrada á piedra y lodo!

CCXXX

Pensamientos del doctor don Pedro Bustamante: (1)

“ Las sociedades humanas no viven, no se desarrollan ni prosperan con la contemplacion beata ó la extática adoracion de los principios, sinó con la aplicacion práctica de los principios á la vida real—y sin que sea mi ánimo desconocer por un momento lo mucho que debe la humanidad á los apóstoles y propagadores de la verdad política, digo que Jorge Washington, paten-tizando la *practicabilidad* de los principios del *self-government*, á la vez que su prodigiosa fecundidad para el bien, los sirvió mejor aún é hizo más con su ejemplo para conquistarles el amor de los hombres y de los pueblos, que los publicistas con sus escritos y los profesores de filosofia política con sus lecciones y consejos. Si, bueno es amar los principios por sí mismos; pero es todavía mejor amarlos y poner los medios de aplicarlos á la

(1) De una carta dirigida á TIMOTEO cuando la publicacion de *Los Oradores de la Cámara*.

organizacion y á la vida positiva de las sociedades. Los que así piensan y así obran son los verdaderos principistas, y no aquellos que se contentan con pasar su vida arrodillados ante los principios, como el bonzo ante sus ídolos.”

CCXXXI

El 10 de Enero de 1875, despues de llegar á la plaza Constitucion el 1.º de Cazadores, muchos de los ciudadanos que sostenian la *Lista Popular* se refugiaron en la iglesia Matriz, para no ser víctimas de las turbas que asesinaban y degollaban en la plaza . . . fraternizando con la tropa de línea!

Latorre se presentó en la iglesia y ofreció su *garantía* á los ciudadanos para que se retirasen á sus casas; lo cual fué rechazado con indignacion por todos. Entónces declaró que haria venir al doctor Ellauri, “ya que se ponía en duda su palabra; tan buena ó mejor que la del Presidente!”

El doctor Ellauri *compareció* á los pocos minutos, en virtud del llamamiento del osado militar; pero “no pudo dar las garantías que se le exigieron, porque ya no era Ellauri quien gobernaba sinó el jefe del batallon 1.º de Cazadores”—como escribió un periodista de ese tiempo.

El Presidente, pues, se retiró de la Matriz completamente corrido . . . de vergüenza y por Latorre; mas aún le esperaba otra humillacion. Al salir por la puerta del templo que cae á la calle del Sarandí, oyó que el jefe le decía, con la entonacion que podría emplear un déspota hablando con el más abyecto de sus súbditos:

—Si estos hombres me provocan, los mandaré presos al cuartel.

Así vejaba el jefe de un batallon al Presidente de la República; y el Presidente de la República, azorado, trémulo, lívido, ya sin conciencia de la autoridad que investía, bajó los ojos y se limitó á responder con voz balbuciente:

—Sí, pero respete los colores políticos de cualquiera.

CCXXXII

Militaban con el general Artigas algunos pelotones de indios, que personal y colectivamente eran muy bravos en los combates al arma blanca.

Pero ese valor flaqueaba ante las murallas de Montevideo, llamadas *paré* (pared) por los indígenas; la cual les causaba tanto miedo como *añang* (el demonio).

Claro está que sólo la temían por los disparos de sus piezas, y especialmente por los efectos que estas producían en las columnas sitiadoras, siempre que se aproximaban demasiado á los muros.

Cuando los salvajes decían *mucho fuego la paré*, frase que se hizo tradicional, no había poder humano que consiguiera ponerlos al alcance de los cañones de la plaza.

Ahora bien, durante el *sitio grande*, existía en la calle del 25 de Mayo un café de un señor Díaz, en el que se juntaban todas las noches varios amigos para jugar á la *primera*.

Los concurrentes más asíduos eran don Francisco A. de Figueroa, don Hilario Ascasubi y un señor Balbastro, el más *chichon* ó chinchoso de la tertulia.

Una noche dió tales bromas á Ascasubi, que éste tiró las cartas y se marchó furioso, asegurando que no volvería más al café mientras lo frecuentara Balbastro.

Figueroa, espectador impasible de la escena, lanzó una carcajada al ver levantarse á Ascasubi, é improvisó la décima siguiente:

Balbastro que en su carrera
Fué un valiente esclarecido,
Nunca más insigne ha sido
Que jugando á la *primera*.
Tiemble el mundo cuando él *quiera*,
Aunque con *cincuenta* esté;
Y esta es la razón porqué

Ascasubi salió á escape,
Exclamando como el tape:
Mucho fuego la paré!

CCXXXIII

El capitán don Manuel Artigas fué ayudante del general Belgrano cuando su campaña al Paraguay y héroe en un episodio que relata así el jefe argentino :

“ Al salir el sol, mandé al mayor general en el bote, y fué con un ayudante y otros oficiales, á que reuniese la gente y presentára la accion. Al mismo tiempo salió mi ayudante don Manuel Artigas, capitán del regimiento de América, con cinco soldados, en el bote de cuero, y el subteniente de Patricios don Jerónimo Helguera, con dos soldados de su compañía, en una canoita paraguaya, por no haber cabido en las balsas.

“ El bote de cuero emprendió la marcha y la corriente lo arrastró hasta el remanso de nuestro frente; insistió el bravo Artigas y fué á desembarcar en el mismo lugar que Helguera, es decir, como á la salida del bosque por el Campichuelo. No estaba aún la gente reunida y sólo había unos pocos con el mayor general y sus ayudantes.

“ Entónces el valiente Artigas se empeñó en ir á atacar á los paraguayos; tuvo sus palabras con el mayor general, y al fin llevado de su denuedo y siguiéndole don Manuel Espínola, el menor, Helguera y los siete hombres que habían ido en el bote de cuero y la canoita paraguaya, avanzó hasta los cañones de los paraguayos, quienes, despues de habernos hecho siete tiros sin causarnos el más leve daño, corrieron vergonzosamente y abandonaron la artillería y una bandera, con algunas municiones.”

CCXXXIV

La provincia de Córdoba dedicó una espada de honor al general Artigas, en reconocimiento de los servicios que le había prestado; la cual existe en el Museo Nacional.

En la vaina se léen estas inscripciones:

LA ESPADA DEL GENERAL ARTIGAS
CÓRDOBA EN SUS PRIMEROS ENSAYOS Á SU PROTECTOR
EL INMORTAL GENERAL DON JOSÉ ARTIGAS — AÑO 1815

El anverso de la hoja dice:

CÓRDOBA INDEPENDIENTE Á SU PROTECTOR

Y el reverso:

GENERAL DON JOSÉ ARTIGAS—AÑO 1815

Esta espada, que no se sabe como se encontraba en poder de un extranjero, fué rescatada por el coronel don Leandro Gomez, admirador del primer caudillo de los orientales, y presentada al Presidente don Gabriel A. Pereira.

CCXXXV

A últimos de Agosto de 1864, el vapor *Villa del Salto*, un buque mercante armado en guerra por el gobierno de Montevideo, se hallaba refugiado en el puerto de su nombre, para sustraerse á la persecucion de las cañoneras del Brasil.

Estas eran tres—la *Belmonte*, la *Araguay* y la *Paranahyba*,

con grandes cañones todas y una guarnicion de doscientos soldados; las cuales por su mucho fondo no podian subir hasta aquel punto.

A pesar de las terminantes órdenes del coronel Gomez, el comandante del *Villa del Salto*, un extranjero que sólo por razones pecuniarias servia á la República, no se atrevia á bajar á Paysandú, recelando que el vapor fuese echado á pique por los brasileiros.

En estas circunstancias el jefe de la Defensa llamó al capitan de Guardias Nacionales don Pedro Rivero, y le preguntó si se sentia con ánimo para desempeñar una comision peligrosa.

—Me siento con ánimo para todo, coronel, respondió Rivero, y más tratándose de la patria.

—Pues bien, escoja al punto veinte hombres de su compañía y otros tantos caballos y vuelva por acá.

Media hora despues volvia á la Comandancia el capitan Rivero, á quien el jefe de la Defensa entregó un pliego diciéndole :

—Marche Vd. inmediatamente al Salto para tomar el mando del vapor fondeado allí y conducirlo á este puerto. En esta nota van las instrucciones.

—Serán cumplidas, coronel, contestó Rivero.

En seguida se puso en camino y llegó felizmente á la referida ciudad, donde asumió el mando del buque y empezó á hacer los preparativos necesarios para partir al día siguiente.

La tripulacion del *Villa del Salto*, compuesta de gente extraña, ya fuera por el cambio de comandante ó temerosa del peligro próximo, intentó sublevarse; pero Rivero con sus veinte soldados contuvo el conato de sedicion.

En la madrugada del día señalado para zarpar, que era el 7 de Setiembre, aniversario de la Independencia del Brasil, ántes de levantar anclas, el comandante hizo alinear en la popa á sus veinte guardias nacionales y les dijo :

—Estais decididos á afrontar los riesgos que vamos á correr? Estais dispuestos á morir por la República? Mi propósito es llegar á Paysandú ó hundirme con el vapor en aguas del río !

—Nos hundiremos todos, capitan. Viva la patria !

—Entonces que nuestra bandera se clave al tope del palo

mayor, para que aun quede tremolando en las olas si nos sepultamos en el Uruguay!

La bandera oriental se clavó en el tope, y luego el capitán dió la voz de ponerse en franquía. Se levaron anclas y el *Villa del Salto* comenzó á navegar corriente abajo, con su dotación sobre cubierta.

Frente á las Delicias, como á ocho leguas de Paysandú, esperaban al vapor las cañoneras imperiales, con las portañolas abiertas, formadas en línea y al parecer en actitud de disputarle el paso.

Los buques enemigos tenían catorce cañones de sistema moderno, en tanto que el *Villa del Salto* no llevaba más que tres piezas de á doce y de ánima lisa, y sus artilleros eran los guardias nacionales que nunca habían apuntado un cañón!

Nueve infantes se encargaron de las tres piezas cargándolas á bala y metralla y los restantes se situaron en la toldilla con los fusiles al brazo y los cuchillos en la cintura. Rivero se paseaba tranquilamente de popa á proa.

A la una del día el *Villa del Salto* iba á pasar por el costado de la *Belmonte*. El comandante uruguayo se acerca á la borda del vapor y para provocar á los brasileiros grita:

—Viva la independencia de la República Oriental!

—Viva la independencia de la República Oriental! repiten los guardias nacionales.

Y pasa el buque, sin que la guarnición de la cañonera respondiese una palabra ni disparase un tiro.

Dos minutos despues cruza el *Villa del Salto* por enfrente de la *Araguay* y Rivero grita nuevamente:

—Viva la independencia de la República Oriental!

—Viva la independencia de la República Oriental! exclaman los guardias nacionales.

Igual silencio que en la *Belmonte* se guarda en la *Araguay*, con gran sorpresa de los del vapor.

Finalmente, el vapor atraviesa por la popa de la *Paranahyba* y el comandante uruguayo vuelve á gritar:

—Viva la independencia de la República Oriental!

—Viva! Viva! profieren los guardias nacionales, agitando con la izquierda sus sombreros.

Mas el jefe de la *Paranahyba*, ménos sufrido que los otros, manda romper el fuego sobre el vapor. La primera bala rozó la proa del *Villa del Salto*, cuyos artilleros contestaron al instante con las tres piezas.

Los guardias nacionales de la toldilla hicieron dos descargas casi á quema ropa, que sembraron el desórden en las filas de los enemigos, quienes tal vez creyendo que se trataba de un abordaje, abandonaron los cañones para acudir á los fusiles y las hachas.

Aprovechóse de esta maniobra el jefe del vapor para continuar su viaje y arribó dichosamente á Paysandú, seguido de léjos por las cañoneras de don Pedro II.

Sacadas del buque las armas, municiones y muebles, el coronel Gomez dispuso que lo bañaran de líquidos inflamables, y con su propia mano lo incendió. Cuando las cañoneras llegaron al puerto, se encontraron con que el vapor ardía por todas partes.

“ Y por la noche, dice un escritor argentino, las tranquilas aguas del Uruguay reflejaban los fulgores de aquel incendio glorioso, con que la heroica guarnicion de Paysandú celebraba la inmortal proeza del capitan don Pedro Rivero y sus veinte guardias nacionales.”

CCXXXVI

No recordamos quien fué el jefe político de campaña, que á raíz de la invasion del coronel Aparicio, publicó una orden que decía así:

“ De las nueve de la noche en adelante, quedan severamente prohibidos en las calles de la poblacion, los grupos de más de una persona!”

CCXXXVII

El oficial que en cierta época del *sitio grande* mandaba la batería *General Belgrano*, situada á los fondos del actual cementerio central, hizo una vez un disparo contra una lancha de la escuadrilla del almirante Brown, que andaba dando bordadas á poca distancia de la costa.

Fuese casualidad ó buena puntería, ello es que el proyectil atravesó la vela de la navecilla, dejándole un agujero tan grande, que se distinguía perfectamente desde la trinchera. Un hurra estrepitoso saludó al artillero y los tripulantes de la embarcacion se alejaron á todo trapo.

Al momento corrió por la línea la nueva de ese buen disparo, al cual habia sucedido un segundo no tan certero como el anterior, pero muy bien dirigido, porque la bala picó á unos veinte metros detrás de la embarcacion y rebotó por encima de ella.

La noticia llegó á oídos del general Paz, comandante general de armas á la sazón, quien inmediatamente montó á caballo y se dirigió á la batería. Ya allí y sin apear-se, preguntó por el oficial. Luego que este se presentó, hubo el siguiente diálogo :

—Es cierto que un cañonazo de esta batería pegó en la vela de una lancha ?

—Sí, señor, y allá verá V. E. la lancha.

—Ahora está fuera ó dentro de tiro ?

—Fuera de tiro, general.

—Y quién apuntó la pieza ?

—Un servidor de V. S.

—A qué distancia se encontraría la embarcacion ?

—A unas doce cuerdas.

—Con pieza de qué calibre tiró usted ?

—Con esta de á doce.

—Hace mucho tiempo que usted sirve ?

—Seis años, general.

—Qué grado tiene usted ?

—El de capitán.

Aquí uno de los compañeros que habían acudido á felicitar por su disparo al artillero, se le aproximó y le dijo :

—Te va á ascender á sargento mayor. Me alegro.

Entre tanto el general Paz continuó :

—Y cuánto tiempo hace que usted es capitán ?

—Dos años.

—Ha andado en campaña ?

—Tres años seguidos, general.

—Es usted argentino ?

—Responde que eres cordobés, susurró al oído del capitán el compañero aludido.

—No, señor, soy oriental.

Apénas pronunció estas palabras el artillero, el comandante general de armas, que no quería mucho á los orientales y esperaba sin duda que el capitán fuera argentino para promoverlo, volvió grupas al caballo, le metió espuelas y se retiró al galope.

—Estúpido ! exclamó otro de los amigos del artillero, si le hubieses contestado que eras cordobés ó cuando ménos argentino, mañana lucías en tus hombros las insignias de sargento mayor !

CCXXXVIII

El comandante Uran, de Mercedes, leía á media voz el editorial de un diario donde se ponía como chupa de dómine al general don Fructuoso Rivera.

Ese diario insertaba en el folletín una novela romántica, pues el caso pasó allá por los años de 1838, cuando el romanticismo estaba de moda en Montevideo.

Artículo y novela se publicaban en la primer plana, separados por la raya de costumbre; mas no entendiendo de tales rayas el comandante, saltó del editorial al folletín y leyó :

“ El conde cogió un puñal y avanzó en actitud amenazadora, resuelto á sepultarlo en el corazon de la condesa ”

Llegado aquí, Uran interrumpe la lectura, y dirigiéndose al general don Antonio Diaz, que con otras personas lo escuchaban sorprendidos, le pregunta :

—General, y qué tienen que ver este conde y esta condesa con el Pardejon ?

No obstante su seriedad característica, el general Diaz soltó la carcajada al oir la cándida pregunta del comandante Uran. No era para ménos.

CCX XXIX

Palabras dichas por don Máximo Santos, segun su apologista M. A. S.

“ Hace tanto efecto en la conciencia nacional (la propaganda de la prensa independiente) como un cáustico puesto sobre una pierna de palo. ”

Cáustico había sido el Presidente constitucional y rojo, aunque para él la conciencia nacional y la conciencia individual, son palabras sin sentido !

CCXL

En la madrugada del 13 de Febrero de 1813 (1) dos compañías de los Granaderos á caballo de San Martin, empeñaban el primer combate y conseguian el primer triunfo en San Lorenzo, pequeña poblacion inmediata al Rosario de Santa Fé.

(1) No todos los historiadores están conformes en esa fecha. Hay quienes dicen que el combate tuvo lugar el 3 y otros el 23 de Febrero.

San Martín había situado sus jinetes á espaldas del convento que dá nombre á la poblacion, y subídose á la torre del edificio para observar los movimientos de la escuadrilla española, en que venían unos doscientos cincuenta infantes dispuestos á saltar en tierra.

En cuanto los vió desembarcar, bajó apresuradamente de la torre, montó á caballo y dijo al capitán don Justo German Bermúdez, comandante de la primer compañía de los Granaderos, que eran ciento veinte en todo :

—Capitán Bermúdez, en el centro de las columnas enemigas recibirá usted mis órdenes.

—Pues voy al centro, coronel, respondió el capitán.

Y carga con sus sesenta jinetes. Síguele San Martín con el resto y despues de algunas alternativas vencen los patriotas, causando más de cuarenta muertos á los realistas y cogiéndoles catorce prisioneros, una bandera, dos cañones y cincuenta fusiles.

San Martín salió herido en un brazo y en una pierna el capitán, al cual hubo que amputársela. Este era un militar quisquilloso y un jóven poco reflexivo. Así se comprenderá el suceso que pasamos á referir y ocurrió al día siguiente del combate.

Un oficial del regimiento—permanezca su nombre en el olvido—llegó á la casa en que se asistía Bermúdez, y llevado del odio que le tenía por motivos que no hay para qué escribir, le dijo de buenas á primeras :

—Capitán, sabe que el coronel reprocha su conducta ?

—Crée que me he portado mal ?

—Al contrario, hace elogios de su valor; y sin embargo propala que por culpa de usted no se tomaron más prisioneros.

—Acaso quería que con sesenta hombres me apoderase de todos los godos ? Eso quería el coronel ?

—Probablemente.

—Ademas yo caí con la pierna rota en medio de ellos y quedé desmayado por la pérdida de la sangre.

—Es cierto; y no obstante, mi capitán, ya vé lo que anda hablando San Martín.

—Usted lo ha oído ?

—Y se lo pongo en su conocimiento para que usted no lo ignore.

En seguida se retiró el oficial, dejando sobremanera irritado al herido. En vano trataron de apaciguarle las personas que lo cuidaban. El capitán no escuchaba consejos, ni atendía razones. Había dado fé á la calumnia de su encubierto adversario.

—San Martín no me conoce; pronto me conocerá, gritaba agitando en el lecho.

Por fin simuló serenarse y dormirse, á fin de engañar la vigilancia de los que le rodeaban. Habiendo estos pasado á la pieza contigua para no perturbarle el sueño con sus conversaciones, el capitán aprovechándose de esa ausencia, se arrancó el torniquete y empezó á irse en sangre.

Allá al rato sus guardianes sintieron un ruido extraño, como el que produce el agua cuando gotea. Era la sangre de Bermúdez que iba cayendo de la cama al suelo. Entraron al momento en la habitación y sólo se hallaron con un cadáver!

Este capitán dejó una hija única, que aún vive en el departamento de Soriano.

CCXLI

Se ha escrito que los charrúas eran antropófagos. He aquí lo que sobre ese particular responde el coronel don Pedro P. Bermúdez:

“Algunos historiadores han aceptado, acaso muy ligeramente, que los charrúas eran antropófagos, tomando por motivo el desgraciado fin del descubridor. Entendiendo que no deja de haber importancia en fijar la opinión, á lo ménos por este lado, sobre las costumbres de esa tribu valiente y temida, yo voy á permitirle algunas observaciones.

“Juan Díaz de Solís en su segundo y postrero viaje á nuestras costas, á fines de 1515, bajó á tierra con la intención de reconocer el país según lo afirman unos, ó estando á las seguridades que dan otros, con la de apoderarse de algunos de los

naturales que la curiosidad, promovida por las embarcaciones, había traído á la playa. Lo acompañaban su hermano, su cuñado, el contador Alarcon, el factor Marquina y otros varios de su armada.

“ Se dice que los indios les tenían pronta una emboscada, y que cuando los españoles ni áun lo sospechaban lanzáronse sobre ellos, dieron muerte al célebre descubridor, á Marquina, Alarcon y seis más. En fin, pasado el hecho como haya sido, los que escaparon á la refriega—pues alguna resistencia debió hacerse ántes de huir—contaron que á los muertos los habían asado y comido, despues de haberles cortado la cabeza, las manos y los piés.

“ Relacionado esto así, manifiesta plenamente que se presenciaron todas las circunstancias, y que corrió tiempo entre las mutilaciones indicadas, la preparacion de la comida y el festin que se describe. En tal caso debe preguntarse de dónde era que, los que eso aseguraban, presenciaban tantos y tan terribles por-menores.

“ Desde la playa? . . . Parece increíble; debieran estar aterrados. Desde sus bateles? Muy difícil tambien; podían cerrarles el paso los charrúas en sus canoas. De dónde entónces, pues? Desde la cubierta de sus carabelas? No es probable, porque esa costa la forman alternativamente ó altas barrancas ó muros espesos de arena, que interceptan el golpe de vista interior de las inmediaciones.

“ Pero aceptando la posibilidad, porqué perdían estérilmente un tiempo precioso *mirando*, y no bajaban á tierra para castigar el atentado que denuncian? Para qué presenciarlo friamente en todas sus peripecias y hacer un alarde silencioso de su debilidad? Para quedar de peor condicion ante los salvajes que acababan de vencerlos?

“ No tendrían en la armada los medios suficientes para dar una leccion severa, que hubiese hecho respetar á los conquistadores en el Rio de la Plata, en vez de abrir su página militar con un prólogo desgraciado, que podría contribuir en mucho á que despues no fuese temido su poder? Por honor á una gran nacion y en acatamiento de la verdad, no deberemos admitir que

efectivamente se encontraban débiles? En cierto modo no nos ofrece una prueba de ello el padre Guevara?

“ Y si no eran los más fuertes, cómo permanecer estacionarios sobre sus anclas, en espectacion pasiva de un término al funeral de Solís y sus compañeros?

“ No sería más bien presumible que, agobiados por la impresion profunda que les ocasionó ese ataque brusco é inesperado, habiendo visto con sus mismos ojos caer luchando á Solís, y por consecuencia de la derrota consiguiendo á duras penas llegar á sus bateles, entrasen aprisa en ellos y en ellos se apurasen á ganar la armada, que puesta luego en vela, les alejó de una costa cuyo malogrado descubridor había sido el primero en regarla con su sangre?

“ No podría atribuirse en parte á lo acerbo y pasmoso de la catástrofe, el que sólo once años despues volviese el pabellon de Castilla á ser flameado en nuestro río? Y desde entónces los charrúas, olvidando sus tendencias primitivas, habrian dado márgen á los conquistadores para que afirmen eran valientes y generosos á punto de no matar á los prisioneros?

“ Fuera posible que unos cuantos años de intervalo hubiesen cambiado totalmente sus instintos? Aceptarémos un hecho aislado y dudoso de barbarie, no creido por Azara y negado por D'Orbigni, cuando en contraste resaltan muchos y auténticos de una humanidad comprobada, y durante la misma guerra que mereció los anatemas del virtuoso obispo de Chiapa?

“ La salvacion de un prisionero tomado allí ese día y reunido á los once años á Gaboto, no sería documento fehaciente para destruir el cargo si él fuese fundado? No habria un fin político y nacional en aumentar los riesgos, no sólo para realzar la gloria de los conquistadores, sino tambien para amortiguar el interés de Portugal que interpretaba en su ventaja hasta la bula de Alejandro VI?”

CCXLII

Don Santiago Sayago acababa de recibirse de la jefatura política de Montevideo, y se paseaba orgulloso en su despacho.

En esto entra el oficial 1.º con un expediente que deja sobre la mesa, diciendo á su poco sabio superior:

—Es una orden para que informe el comisario tal. Basta media firma.

—Media firma no más?

—Media firma no más, repite el oficial 1º.

El flamante delegado del P. E. se sienta, toma una pluma, la moja en el tintero y escribe en un papel su nombre y apellido.

El subalterno miraba con curiosidad lo que hacía don Santiago Sayago; pero sin barruntar cual sería su propósito.

En seguida el jefe político principia á contar las letras y halla que *Santiago* tiene ocho y que *Sayago* tiene seis.

Satisfecho de la operacion, coge el expediente y como nunca se las había visto más gordas, pregunta al oficial 1º:

—Dónde pongo la media firma?

—Aquí, señor, responde el oficial 1.º señalando el lugar en que debía echarla.

Entonces el jefe político garabatea un *Sant* y un *Ago*, agregándoles una rúbrica de las más caprichosas.

El oficial 1.º se queda estupefacto. Todo se lo hubiera creído, ménos que su superior ignorase lo que era media firma!....

Por fin sale de su asombro y no sabiendo como enmendar la plana al jefe político, profiere:

—V. S. me perdonará...

—Me habré equivocado tal vez?

—Sí, señor. Sin duda distraído...

—Qué hay, pues?

—Que Usia ha escrito la mitad de su nombre y la mitad de su apellido...

—Justamente, media firma como usted me advirtió.

—Es que la media firma se compone del apellido sólo.

—Ah! exclamó el jefe político.

Y con la mayor frescura borró el *Sant Ago* y firmó como debía, entregando el expediente al subalterno, que se retiró haciéndose cruces.

CCXLIII

El mismo médico Lapuente, de que ya hemos hablado en páginas anteriores, tuvo que expedir otro día la fé de defuncion de un adulto, y escribió:

“ Certifico haber muerto (y tampoco mentía, por que lo mató á fuerza de duchas,) de tal dolencia, el *adúltero* don Fulano de Cual. ”

CCXLIV

Una frase que pinta al Jerónimo Paturot uruguayo.

Pasaba el tal con un amigo por enfrente de la casa del Presidente Santos, en momentos que llegaban á ella multitud de sirvientes con regalos para el teniente general, que cumplia años ese día.

Al ver entrar á los fámulos cargados con los obsequios que los aduladores enviaban al que podía retribuirselos con *playitas* y otras gangas, nuestro Paturot no pudo contenerse y exclamó con envidia:

—Vea usted, vea usted como miman á ese hombre! Qué vida la suya! Jóven, millonario, poderoso, triunfador! Y nosotros sufriendo el suplicio de Tántalo!

CCXLV

Era en tiempos de la Dictadura del *gran patriota coronel Latorre*, como decía el doctor don Francisco A. Vidal en la Asamblea, ó del magistrado *probo y recto* segun las palabras de *La Nacion* y de *El Ferro-Carril*.

La comision de las carreras nacionales había llamado á propuestas para el arrendamiento del circo; y entre las varias que se presentaron, fué preferida como más ventajosa la de don Pedro Guillot.

Siendo magnifico el día, numerosa concurrencia afluía al hipódromo, y Guillot creía haber realizado un negocio brillante, á pesar de los 815 \$ que le costaba el arrendamiento; mas el hombre propone y Dios dispone.

Ese día hizo de Dios el magistrado recto y probo, el gran patriota coronel Latorre, que asistía desde temprano á la fiesta, y á eso de las tres de la tarde dió la orden siguiente, por nadie desobedecida:

—Que todo el mundo entre libremente en el circo, pues el empresario ya ha ganao lo bastante y yo no consiento explotaciones!

De manera que el arrendatario salió perdiendo. En cambio, el gran patriota, el magistrado recto y probo se rió de su gracia y todos sus serviles aduladores la celebraron á boca llena.

CCXLVI

Acababa de presentar sus credenciales el ministro de una monarquía europea y se retiraba muy satisfecho de la buena recepcion que le había dispensado el gobernador Latorre.

Por supuesto que se retiraba á reculones (con perdon de los oídos castos, que no se nos ocurre un adverbio mejor para sustituir al escrito) y saludando de vez en cuando al jefede la República.

El gobernador retribuía con toda gravedad los saludos; pero añadía á media voz estas palabras, que oían claramente sus secretarios de Estado:

—Váyase á la p. . . . que lo parió! Váyase á la p. . . . que lo parió!

Y así que el ministro pisó el umbral de la puerta, se inclinó

por última vez y dió la espalda, Latorre le hizo disimuladamente un corte de mangas y se puso á reir.

CCXLVII

Sábase que sólo dos gotas de una disolucion al dos por ciento de cocaína, aplicadas á la córnea y conjuntiva del ojo, á la lengua, á la mucosa de la nariz, de la faringe y otras del cuerpo, las tornan completamente insensibles.

El doctor Julepe quiso experimentar la eficacia de ese alcaloide, aunque no en su propio individuo, que á tanto no lo mueve el amor á la ciencia, sino en varios terutereros que tiene en su casa y aturden con sus gritos á la vecindad.

Preguntando á un su colega dónde encontraría tal anestésico, aquel le respondió que en cierta farmacia de la calle del 25 de Mayo, única en que lo había entónces. Fué á ella el doctor Julepe y dijo al boticario:

—Déme un gramo de cocaína.

El farmacéutico le entregó un frasquito, que miró, remiró y volvió á mirar el médico, sin hablar palabra. Lo que se cansó de examinarlo, sacó del bolsillo una moneda de cincuenta centésimos y la puso en el mostrador.

—Y esto? murmuró el boticario.

—Para que se cobre.

—Si el gramo de cocaína...!

El boticario se contuvo, añadiendo en seguida:

—En fin, doctor, cómo quiere que venda un medicamento á un facultativo? No es la costumbre. Llévelo... como muestra!

—Pues gracias, contestó Julepe, metiéndose la moneda en un bolsillo y el frasquito en el otro.

Ahora pondrémos lo que iba á exclamar el boticario, y era: si el gramo de cocaína vale diez pesos! Y Julepe daba cincuenta centésimos *para que se cobrase*. Lo haría por ignorancia ó por tacañería?

CCXLVIII

En una de tantas refriegas como sostuvo Artigas contra los lusitanos en Misiones, vió que un oficial patriota iba á ultimar á un enemigo que le entregaba sus armas.

Al punto pica espuelas á su parejero y llega al lugar de la escena, desmonta con gran peligro personal, y apartando la espada que el oficial dirigia al corazon del contrario, dice con vehemencia:

—No es de militares valientes el cebarse en los rendidos. Esto lo hacen solamente los cobardes. Queda usted destituido de su empleo y en la clase de último soldado!

Y dejando al prisionero bajo la salvaguardia de uno de sus ayudantes, sube á caballo y vuelve á la pelea.

Antes que sufrir el humillante castigo impuesto por su jefe, aquel oficial buscó la muerte en el combate, y pronto la halló en la punta de una lanza portuguesa. Al saberlo, dijo Artigas:

—En su lugar yo hubiese hecho lo mismo. Rescató con su vida su mala accion. Era oriental al fin! Que se dé cuenta de todo en la órden general.

CCXLIX

Cuando las familias de Paysandú desalojaban esta plaza para establecerse en la isla que llamaron de la Caridad, una señora pidió al general Gomez su retrato.

El jefe de la Defensa se lo dió y al entregárselo le dijo, señalando en la fotografia, que era de cuerpo entero, el sitio del corazon:

—Vé usted, señora? Aquí, en el corazon, me pegarán el primer tiro!

CCL

Don Tomás Diago, don Francisco X. de Acha y TIMOTEO, fuimos una tarde á hacer penitencia á un hotel francés; porque sería una infamia consignar que fuimos á otra cosa. ¡ Tan mal se comia en el hotel aludido !

Un paréntesis necesario. Muchos extrañarán que quien traza estas líneas se juntase con la persona nombrada en segundo término ó vice-versa; que hoy fuera algo así como unirse el agua con el aceite.

A ello contestamos que la escena tuvo lugar dos lustros ántes de la Dictadura del coronel Latorre. De ahí se deduce que el señor Acha no era secretario particular ó público del ex-gobernador, ni lo soñaba siquiera.

A la sazón redactaba el popular *Molinillo*, con aplauso de los hombres independientes ; y el que escribe estos renglones administraba ese periódico. Despues de esta explicacion, cerremos el paréntesis.

Sentados los tres á la mesa, un mozo nos presentó la lista de los manjares.

—Déjese de listas, dijo don Tomás Diago, y vaya trayendo de lo rico. No les parece?, añadió dirigiéndose á sus compañeros de manducacion.

Aprobada la idea, el mozo sirvió la sopa, y en el acto gritó al cocinero :

—La suite! (Lo que sigue).

Puesto en la mesa el segundo plato, volvió á gritar el mozo . . . que tendría medio siglo y algunos años más :

—La suite!

Vino el plato tercero y el sirviente gritó con más fuerza :

—La suite!

Entónces don Tomás Diago, que no poseía el francés y al

cual había llamado la atención lo de la suite, exclamó con toda ingenuidad :

—Caramba con esa *suite* ! Debe de ser un plato muy difícil de preparar, cuando el mozo lo ha pedido tantas veces y todavía no está pronto !

La salida de don Tomás Diago nos hizo reír bastante, y él se rió mucho más así que el señor Acha le manifestó lo que significaba la *suite*.

CCLI

Después de derrotada la caballería brasilera en Ituzaingó, la infantería imperial formó cuadros sostenidos por la artillería, que vomitaba incesantes proyectiles sobre el ejército argentino-uruguayo.

Sábese que algunos de esos cuadros eran compuestos de batallones alemanes que habían hecho la guerra contra Napoleón I, y estaban acostumbrados á resistir las impetuosas cargas de Murat.

Oribe (1) recibió la orden de atacar uno de esos batallones y la cumplió ; pero diezmados por el vivo fuego de los alemanes, los orientales retrocedieron y comenzaron á huir del campo de batalla.

El coronel trató de contener la dispersión y se vió envuelto y arrastrado por los jinetes. Entónces se arrancó las charreteras, las arrojó á la cara de sus soldados, y encendido en ira, desesperado, les gritó :

—Cobardes ! No llevaré más estas insignias gloriosas, que habeis deshonrado para siempre dejándome solo en el campo de batalla !

De tal modo impresionaron á los fugitivos las palabras y la acción de Oribe, que inmediatamente volvieron caras, y ya rehenchos, atropellaron con tanta furia al enemigo, que el general

(1) Don Manuel, que mandaba el escuadrón número 9.

Alvear recomendó en el parte oficial la conducta heroica del esadron núm. 9 y de su bravo comandante.

CCLII

Otros cuentan que viendo huir á sus soldados sin poderlos parar, Oribe echó pié á tierra, tiró al suelo el kepí y las charreteras, y “comenzó á patearlos”, al mismo tiempo que gritaba arrancándose los cabellos:

—Cobardes, cobardes! Es lo que merecen los cobardes que abandonan á su jefe en medio de la batalla! Aquí moriré sólo!

Los fugitivos se detuvieron, rodearon á su coronel y empezaron á formar bajo el terrible fuego del enemigo. Oribe recogió sus charreteras y empuñándolas á guisa de espada, cargó tan ciego de cólera, que fué á estrellarse en una batería, despues de arrollar todo lo que se opuso á su paso.

CCLIII

Refieren que cruzaba por la plaza Independencia una persona muy parecida en el rostro á don Miguel Alvarez, propietario de *El Siglo*.

En uno de los bancos de la plaza estaba sentado un tipógrafo, que ese mismo día habia llegado de Buenos Aires, despues de una ausencia de cinco años.

Confundiendo con don Miguel Alvarez al individuo aquel, se levanta de su asiento el tipógrafo, lo detiene y le dice:

—Don Miguel, estoy muy necesitado....

—Yo no me llamo Miguel.

—Sí, usted es don Miguel Alvarez, y yo he sido cajista en su imprenta.

—Le repito que no soy don Miguel Alvarez.

Y el hombre ya continuaba su camino, cuando oye murmurar al tipógrafo:

—Siempre lo mismo.... Es incapaz de hacer una limosna.... Créese que no lo he conocido. Patacon!

Al punto se vuelve la persona aludida, saca dos monedas del bolsillo y se las dá al tipógrafo diciéndole:

—Para probarle que no soy don Miguel Alvarez, tome usted dos pesos!

CCLIV

El Dictador Latorre daba una de sus audiencias matinales al aire libre, que así también las daba S. E.

De repente repara en dos de las hijas de Eva que esperaban su turno y formaban un vivísimo contraste.

La una era alta, flaca y huesuda; la otra baja, gruesa y con tamaño vientre, como que estaría en el séptimo ú octavo mes del embarazo.

El coronel interrumpe la audiencia para gritar á las mujeres:

—Usted, barrigona, mándese mudar á su casa que yo no soy partero, y usted, bacalao, vuelva por aquí pá la cuaresma, que es cuando como de vigilia.

CCLV

Un preceptor de campaña había ido á quejársele del inspector departamental de escuelas. En ese momento estaba con Latorre el doctor Q.

Después que el pedagogo habló largo y tendido contra su inmediato superior, el coronel dijo burlescamente:

—Caracho con el *inspetor*!. . . . Parece un hombre nervioso.

—Es verdad, respondió el maestro.

—Y usted también lo parece.... A propósito, cerca de su pueblo hay monte?

—Sí, señor.

—Y en ese monte hay talas, membrillos, mataojos ó *sarandises*?

—Hay sarandises, talas y mataojos.

—Bueno, señor. Pues este amigo que vé aquí (y señaló á Q.) es un médico de campanillas. Créalo.

—Sí, señor, lo creo, contestó el magister, extrañando aquella pregunta del gobernador.

—Y me ha asegurao que en la China y el Japon, las enfermedades nerviosas se curan con bambú.

Al maestro empezó á irsele un color y á venirle otro, penetrando ya las intenciones del coronel, que siguió:

—Y asimismo me ha afirmao—que esas enfermedades pueden curarse acá con sarandises, mataojos, talas ú otras varitas *flesibles*. Entiende?

—Sí, señor.

—Con que así, vuélvase á su pueblo y cuénteles al *inspetor* lo que me ha oído. Y déjense de zonzeras, si no quieren que les mande á alguno pá que los cure de los nervios, aplicándoles dos ó tres unturas de bambú nacional.

CCLVI

Cuentan que sintiendo mucha hambre un campesino recién llegado de la Florida en el ferro-carril, se metió en uno de los bodegonos que hay por las cercanías de la estacion central.

—Qué quiere, signor? chapurreó el mozo.

—Déme un asao, amigazo.

El mozo, mientras corría á atender á otro individuo, gritó al cocinero:

—Un asato perr uno!

Al paisano le dieron mala espina estas palabras, y aunque luego vió que el asado era de vaca, no lo quiso probar.

—Non li gusta? preguntó el mozo.

—No; tráigame puchero.

—Un pochiero perr uno, profirió el sirviente.

—La que lo reventó, . . . ajo!, refunfuñó el forastero. Vengan un par de güevos fritos.

—Un parr de güevi friti perr uno.

—Y se ha creído, só chanco, que yo los voy á comer? prorrumpió levantándose colérico el de la Florida. Eso estará güeno pá ustedes, gringos de porra, que embuchan ranas, cangrejos y otras porquerías.

Y tirando dos reales sobre la mesa, sin que el mozo se pudiera explicar el repentino enojo del sujeto, salió murmurando :

—Pucha con la fonda! Aquí hasta los güevos que se sirven son perrunos !

CCLVII

Se hablaba delante de Pascualon de los buenos telescopios que hay en el mundo.

—Bah! El mejor de ellos, prorrumpió el gran mentiroso, no podría compararse con un catalejo español que había en la fortaleza del Cerro, allá en mi juventud.

—Historia tenemos?

—Y de las extraordinarias. Figúrense ustedes que una tarde de otoño, lluviosa por añadidura . . . No se me ha borrado de la memoria el suceso aquel.

Aquí se detuvo un instante como para reunir sus recuerdos; mas en realidad para urdir el embuste que iba á encajar á sus oyentes.

Lo que le tuvo preparado, continuó con desenvoltura:

—Era una tarde lluviosa y yo estaba de faccion y bien aburrido por cierto. A fin de distraerme, tomé el anteojo y me puse á mirar á todos rumbos. De repente, señores, casi se me vá de las manos el instrumento . . .

—Alguna rara sorpresa?

—Una sorpresa inaudita, sin segundo. Peligra la verdad, y á

no ser yo el que lo refiriese; porque yo jamás me permito la más pequeña exageración...

—Eso ya se sabe, don Pascual.

—Entonces vuelvo á mi historia. Decía que el anteojito casi se me vá de las manos, tan inesperada y sin igual fué la sorpresa que recibí.

—Descubrió... un astro tal vez?, preguntó el más joven del auditorio, pero sin perder su formalidad, para no incurrir en el enojo de Pascualon.

—No descubrí ningún astro, que no apuntaba al cielo sino á la tierra. En cambio, distinguí á una querida comadre, cuyo paradero ignoraba hacía ya muchos años.

—Y esa comadre, mayor?....

—Le suplico que no me interrumpa. La percibí sentada al lado de su costurero, en una diminuta pieza que caía á la calle, y bordando en un pañuelo las iniciales de su nombre.

—Bordando con seda ó lana?

—Con su propio pelo, rubio como un oro. Yo la veía arrancarse el cabello y enhebrarlo en la aguja. ¡Ah, qué anteojito el de la fortaleza!

—Y dónde vivía su comadre?

—Dónde?.... Eso queda para que ustedes lo colijan. Sólo les repetiré que el instrumento era de lo más portentoso que ha producido el arte.

—Vivía en el Paso del Molino?

—No, señor; más lejos.

—En la Union?

—Más lejos.

—En Toledo quizás?

—Más lejos todavía.

—En Pando? Ya la distancia es de consideración.

—Y sin embargo, no se hallan ustedes ni á medio camino. Por eso aseguraba que el mejor telescopio no podría compararse con el catalejo de la fortaleza.

—Pues en qué punto percibió á su comadre?

—En su casa de Minas, señores, á treinta y tantas leguas del Cerro, contestó el insigne mentiroso, acariciándose la barba. Qué tal el anteojito español?

CCLVIII

Poco tiempo ántes de morir el primer caudillo de los orientales, recibió la visita del célebre Mr. Bompland, que le habló largamente de la patria, nunca olvidada por el general Artigas.

En el curso de la conversacion, el naturalista francés entregó al ilustre desterrado un ejemplar de la Constitución de la República, diciéndole aquellas palabras del primer capítulo :

—El Estado Oriental del Uruguay es y será para siempre libre é independiente de todo poder extranjero.

Artigas cogió con mano trémula y el corazon palpitante ese ejemplar de nuestro Código político, besólo como puede besar un padre al hijo de sus entrañas y despues de leer algunos artículos exclamó :

—Alabado sea Dios ! Te doy gracias por haberme conservado la vida hasta saber que mi patria es dueña y señora de sus destinos ! Ahora puedo morir tranquilamente.

CCLIX

El ministro don Melchor Pacheco y Obes habia ordenado á don Pedro Esteves, comisario de guerra, que con cuarenta y ocho horas de anticipacion le llevase el aviso del agotamiento de los víveres, para tomar al punto sus medidas.

Como en la plaza nunca abundaron los bastimentos y á la sazón escaseaban, no es cosa del otro mundo que en la misma semana de recibir la órden, fuese el comisario con el parte de la próxima conclusion de las municiones de boca.

—Enterado, respondió el ministro.

E inmediatamente dispuso que se dirigiera una circular á los principales comerciantes de Montevideo, invitándolos

á una conferencia que al día siguiente, de doce á una, se efectuaría en el despacho presidencial.

Aunque los invitados no las tuvieran todas consigo, ninguno faltó á la cita, que nadie jugaba con el general Pacheco y Obes, al decir de uno de ellos, que no era decir por decir. No obstante, el general Pacheco y Obes jugaba con todos!

Además del ministro, asistían á la reunion el Presidente don Joaquin Suarez, que no cortaba ni pinchaba, el médico don Fermin Ferreira y el oficial mayor del ministerio respectivo, que iba recibiendo é introduciendo á los comerciantes.

—Señores, habló el general Pacheco, luego que vió entrar y sentarse al último—con el permiso del señor Presidente, voy á comunicarles el gravísimo asunto que ha motivado la presente conferencia.

Y comenzó á producirse con su facundia habitual, tratando de conmover el corazon de los nuevos convidados de piedra, tan mudos, quietos y graves como la estatua del comendador.

Mas ya se sabe que los devotos de Mercurio cargan el corazon en el bolsillo! Sin embargo, creyendo el general que les había tocado esa cuerda insensible, interrogó al que tenía más cerca :

—Dentro de cuánto tiempo, señor, podría usted auxiliar con algunas provisiones al ejército patriota, abnegado y heróico, que defiende el honor y los intereses de la República y de vuestras familias? Lo más pronto.

—Lo más pronto? Dentro de seis meses, Excelencia, barbotó el escarmentado negociante.

Ya se comprende el mal efecto que le causaría al ministro la contestacion ; pero se contuvo y siguió preguntando serenamente al parecer :

—Y usted, señor?

—Dentro de cinco meses.

—Y usted?

—Dentro de siete.

—Y usted?

—Dentro de cuatro.

—Y usted y usted y usted?

—Dentro de tres, de dos, de uno, señor ministro.

La postrera fuè la contestacion más favorable que obtuvo el general Pacheco. Entónces volviéndose hácia el doctor Ferreira, le dijo con fingida calma:

—Doctor, conoce usted algun específico para matar el hambre de una persona, no durante seis meses sinó durante treinta dias?

—No, señor, no conozco ninguno, articuló el médico, luchando por reprimir la risa.

—Pues bien, si en la medicina no hay ningun específico para matar el hambre ni durante un mes, habrá que recurrir á otros medios más . . . prontos; y ya se verá, señores, ya se verá como salimos del paso.

Y cogiendo un papel escribió lo siguiente :

«Lista de suscripcion para surtir de víveres al ejército de la capital, que se bate por las libertades del Rio de la Plata. »

Así que leyó esas líneas, los comerciantes se quedaron frios. No esperaban aquella salida del general Pacheco, que sin inmutarse prosiguió :

—Señor Presidente, con cuánto se suscribe V. E.?

—Con dos onzas, respondió don Joaquin Suarez.

—Perfectamente.

Y empezó á apuntar :

El Presidente de la República 2 onzas.

El ministro de Guerra y Marina 1 onza.

El ministro de Relaciones Exteriores 1 »

Cuando anotó á los ministros , al doctor Ferreira y otros empleados de categoria, pasó la lista al oficial mayor, para que asentase “las *dádivas* de los señores comerciantes.”

Todos contribuyeron con mucho ó poco ; en lo cual no sólo tuvo parte la accion del ministro, sino tambien la escolta de Gobierno, que en ese instante penetraba en el Fuerte haciendo sonar los sables.

—Ya ven, señores, exclamó el general cuando se cerró la

lista, como yo he hallado sobre la marcha un medio que á ninguno de ustedes se le había ocurrido!

Los comerciantes se fueron levantando y despidiendo con el semblante risueño y la procesion por dentro. El ministro los acompañaba hasta la puerta, les estrechaba la mano y les decía :

— Gracias, mil gracias, señores, en nombre de la patria y del Gobierno.

CCLX

Pensamientos de don Agustin de Vedia (1).

“ El ideal del ciudadano y del político, debe ser como esas estrellas que guían al viajero y hácia las cuales dirige siempre su vista para no extraviarse en su itinerario, sin dejar de observar los accidentes y escabrosidades del camino, á fin de no escolar imprudentemente en ellos.

— “ No debe pedirse á las instituciones conquistas y reformas improvisadas, destinadas á ser obra muerta ó efímera ante esa otra legislacion de las costumbres y del estado social, de que no es dado prescindir en absoluto.

“ A veces la impaciencia de los reformadores y de los idealistas, no ha hecho otra cosa que dar fuerza á los vicios y á los intereses vinculados á las viejas instituciones, haciéndoles reaccionar ante el peligro de una demolicion prematura.”

CCLXI

Hallábase en San Fructuoso el doctor don Bonifacio Martinez, diputado por Tacuarembó en 1873; y uno de los individuos que más á menudo lo visitaban, era un sargento mayor de la República, riverista por más señas.

(1) Del álbum de Ricardo Sanchez.

El tal sargento mayor, que hoy será coronel ó cuando ménos comandante, tenía el aspecto de un héroe . . . de zarzuela, pues siempre andaba con un grueso baston de estoque, un cuchillo del largo de un asador y un par de pistolas que más parecian trabucos.

A pesar de su aire de maton y del arsenal que cargaba, el militar no imponía á nadie, porque no gozaba reputacion de valiente sino fama de . . . todo lo contrario, no sabemos si bien ó mal ganada; lo cual habia llegado á oídos del doctor Martinez.

Una de las noches en que el perdonavidas se presentó en el hotel donde paraba el representante, al cual ya tenia fastidiado con la historia de sus proezas y servicios bélicos, el doctor Martinez debía ir á la casa de un amigo que vivía algo distante del hotel.

Como la noche era oscura y el diputado no conocía bien las calles de San Fructuoso, varios de sus contertulios se ofrecieron para servirle de guia y tambien de custodia.

—Que nadie se incomode, que nadie se mueva, gritó el Fierabrás riverista levantándose, golpeando el suelo con su baston y alzándose el poncho para mostrar las armas. Aquí estoy yo, señores!

Y encarándose con el doctor Martinez, continuó:

—Yo lo acompañaré, don Bonifacio. Sigame.

Entónces el representante miró fijamente al de las engañosas apariencias y le dijo con sorna:

—Usted me acompañará, sí . . . Pero y despues quién acompañe á usted?

CCLXII

Pocos días ántes de que el doctor Vidal encargara del ministerio de Hacienda al señor Cuestas, jefe de la oficina de Transferencias, este recibió la visita del ministro de la Guerra coronel Santos, quien dándole una palmadita en el hombro, le dijo:

—Amigo Cuestas, entre los dos vamos á salvar la hacienda pública!

CCLXIII

Antes del triunfo del Sarandí, el jefe de los Treinta y Tres temía que el gobierno argentino no le auxiliara en su empresa, limitándose á una política de estéril neutralidad.

Así es que más de una vez tuvo la intencion de dirigirse á Bolívar, que á la sazón se hallaba en el Perú. Sobre este particular dice el coronel Bermúdez en una nota de *El Oriental*:

“ En esos momentos de conflicto y de duda, esta era la idea dominante del señor general Lavalleja: he tenido la oportunidad de oírsele repetir más de una vez.

“ Por ese tiempo precisamente se le esperaba á Bolívar en Potosí, donde llegó el 5 de Octubre; y con este motivo, en una comida que dió á su arribo el Gran Mariscal de Ayacucho, refiriéndose á la contienda en que estábamos empeñados, alzó una copa para brindar y dijo:

—“ Si el ejército de Colombia recibe órdenes de su gobierno, bajará del Potosí sobre los enemigos del Río de la Plata, como un torrente que se precipita y arroja al mar cuanto se le opone.”

Felizmente despues de la victoria del Sarandí, el gobierno argentino dió la cara y arrojó el guante al Imperio, más que por su propia voluntad, obedeciendo á la del pueblo de Mayo.

CCLXIV

En un gran banquete á que concurrió el general don Venancio Flores, gobernador provisorio del Uruguay por obra y gracia del Brasil, pronunció un breve discurso en elogio del Imperio, de las Repúblicas Argentina y Oriental y de sus ejércitos; el cual concluía con este brindis:

—Señores, bebamos á la salud de las ÁMBAS TRES NACIONES aliadas !

Ya se pueden imaginar los lectores el efecto que produciría tan raro brindis, á los muchos ministros, diplomáticos, militares, doctores, periodistas, literatos, jueces y poetas que lo oyeron.

Tambien estaban presentes don Bartolomé Mitre, Presidente de la República Argentina, el almirante Tamandaré y el general en jefe del ejército imperial.

CCLXV

El comandante Senosiain, uno de los bravos defensores de Paysandú, tiene los ojos muy hundidos y las cejas largas, duras y espesísimas.

Así es que cuando clava la vista en una persona, parece que las miradas salen del fondo de las cuencas, y producen un efecto singular.

Este digno soldado, ya hoy viejo y achacoso, era segundo jefe de la division de Tacuarembó, que mandaba el coronel don Juan M. Puentes.

Viniendo una mañana á darle cuenta del servicio, Puentes comenzó á tocarle la parte posterior de la cabeza con tal insistencia, que el bueno del comandante preguntó:

—Coronel, qué busca en mi cabeza ?

—Hombre, respondió Puentes, como no le veo los ojos en la cara, trato de ver si se los encuentro en la nuca.

CCLXVI

Otro jefe de la misma division, escribia, desde la Quebrada, un billetito á su señora que residía en Montevideo, comenzándolo de esta manera :

“ Mi querida esposa Quebrada á las 7 de la mañana del 8 de Octubre de 1870.”

Todo sin puntuacion y tal como se acaba de leer.

CCLXVII

Allá por los años de 184.... había en la capital una compañía de aficionados dramáticos que actuaban, como se dice ahora, unas veces en un salon particular y otras en el viejo San Felipe y Santiago.

Erase una noche en que se *ejecutaba* una tragicomedia en dos actos y en verso, escrita expresamente para el beneficio del director de la compañía, por un atrevido aporreador de las nueve hermanas.

La obra se representaba en el teatro, y el protagonista, hoy sargento mayor de la República, debía morir á manos de un marido que lo sorprendía durmiendo en el tálamo nupcial. Cómo seria la tragicomedia!

Para que la escena fuese más á lo vivo, el personaje se había despojado.... hasta de los calzones que se usan debajo del pantalon y que, como se recordará, el doctor Pedralbes llama *cillos*.

Todo el traje del héroe consistía en un camison que no le alcanzaba á las corvas y unas medias que no le pasaban de los muslos. Nada más, aunque parezca mentira. Magnífico traje de verano!

Verdad es que el suceso tuvo lugar en la misma estacion, y que el lecho nupcial no aparecía ante el público. El telon del foro lo ocultaba discretamente. Aun no se conocía el *naturalismo*, que sinó....

Llegado el momento fatal, el adúltero se presenta en las tablas, perseguido por el agraviado esposo, que blandía en su diestra una tajante espada, pues era general del ejército.... *turco!*

El protagonista corre con los pelos erizados, todo trémulo, sin encontrar una salida; y el militar, echando espumarajos por la boca, le jura que vá á convertirle en picadillo en cuanto logre cogerlo.

Por fin el perseguido tropieza en un mueble, cae tendido de espaldas, y el esposo le hunde el acero en el corazon, recitando esta quintilla, verdadera joya literaria en comparacion de los demás versos de la tragicomedia :

Muere, vil acechador
De mi tálamo nupcial;
Muere, cobarde raptor
Del cariño y del honor
De un valiente general!

Declamada la quintilla, el rabioso marido sale para matar á la esposa, que en ese instante atravesaba en paños menores el escenario, mesándose la cabellera y pidiendo socorro á los vecinos.

Entretanto, el adúltero se revuelca en su sangre fingiendo una atroz agonía, con las manos cruzadas sobre el pecho y lanzando de vez en cuando los ayes más desgarradores, con lo cual acababa la obra.

Tan bien había imitado las convulsiones de la agonía, que ya los espectadores de la platea comenzaban á palmotear al *difunto*. . . De repente suena una carcajada en el paraiso. En esto entra el general, contempla el cadáver y revienta de risa.

Asoman algunos aficionados por entre los bastidores y tambien rien que es un gusto. Los de la platea quieren indagar lo que ocurre en el tablado, se levantan, y no resisten al contagio de la hilaridad.

Unicamente las damas de los palcos y de la cazuela se tapan los ojos con los pañuelos, las manos y los abanicos, arrojando exclamaciones de sorpresa, chillidos y voces de Jesús! Jesús! Ave María! Virgen Santa!

El personaje continúa rígido é inmóvil como lo exigía su

papel de finado, siempre con las manos sobre la herida; mas finado y todo, decía quedo y congojosamente á sus colegas :

—Bajen el telon, bajen el telon !

Pero el telon no bajaba y seguían las voces, los chillidos, las exclamaciones y las risotadas, con algunos aplausos del paraíso y no pocos hurras y bravos de la platea. Aquello era extraordinario.

Qué acontecía, pues ? Una cosa muy *natural*—Que con los movimientos de la agonía, se le había alzado al adúltero la falda delantera del camison, y mostraba . . . lo que no es para mostrarse á la concurrencia y especialmente al bello sexo.

Por último descendió la cortina y el personaje salió de sus apuros . . . y no quiso salir de nuevo á las tablas, á pesar de las repetidas exigencias del auditorio masculino, que deseaba celebrar otra vez el espectáculo no incluido en el programa.

—Porqué no bajaban el telon ? grita furioso el aficionado, encarándose con el encargado de esas que podríamos titular *elevadas* funciones.

—Porque se había descompuesto.

—Descompuesto, sí. Usted lo ha hecho á propósito, para que la gente se divirtiera conmigo.

—Y porqué permanecía usted en la escena ?, preguntóle el director de la compañía.

—Cómo no iba á permanecer allí ? Es ocurrencia la suya ! Pues no estaba muerto ?

CCCLXVIII

El comandante don Isidro Caballero pronunció las siguientes palabras minutos ántes de ser fusilado :

—Si supiera que mi sangre había de redimir á mi patria, moriría contento ; pero si ella cae al suelo por el capricho de un hombre ó de un partido, del suelo la han de recoger mis hijos algún día.

CCLXIX

Artigas conservaba tan vivo su odio á los lusitanos, que ya octogenario y sin fuerzas para cabalgar por sí solo, decía cada vez que le montaban á caballo, despues de afirmarse en los estribos:

—Ahora sí, una lanza . . . Carguemos á los portugueses !

CCLXX

Cuentan que al dia siguiente de dejar la Presidencia el doctor Vidal (en 1882) le preguntó un amigo :

—Porqué renunció usted ? Con franqueza

—Hombre, dicen que respondió el médico, por una razon muy sencilla : porque siempre me ha gustado salir por la puerta de la calle y nunca saltar por el balcon.

CCLXXI

Veinticuatro horas ántes de la eleccion de don Máximo Santos, la titulada comision de fiestas nacionales ya lo tenía por Presidente constitucional, pues habia hecho poner las siguientes inscripciones en el trasparente de un arco que se alzó en la plaza Independencia.

“ PRESIDENTE CONSTITUCIONAL GENERAL DON MÁXIMO SANTOS
—PAZ, LIBERTAD Y TRABAJO—FUERZA EN EL DERECHO—LIBERTAD EN EL ÓRDEN—1.º DE MARZO 1882 ”

Despues que leyó esos letreros un ciudadano desconocido, profirió en voz alta :

—Exceptuando la fecha, todo lo demás que se dice ahí es una mentira !

CCLXXII

Segun don Isidoro De-Maria, luego que venció en Cagancha el general Rivera, recorria el campo de batalla diciendo á sus soldados :

—Piedad con los rendidos ! Piedad con los rendidos !

CCLXXIII

En otra reunion de comerciantes y propietarios á que convocó el ministro Pacheco y Obes, un caballero rico pero muy agarrado se suscribió con seis pesos.

Al tomarle la pluma para pasarla á otro contribuyente por fuerza, el general agregó un cero al seis, sin que el tacaño lo advirtiera ni aún lo sospechára.

Cerrada la lista, propietarios y comerciantes se retiraron, siendo despedidos con afectuosa urbanidad por el que fué el alma de la Defensa de Montevideo.

—Señor ministro, balbuceó el miserable saludando al general, siento mucho que mi actual situacion no me haya permitido ser más . . .

—Qué dice usted ?, interrumpió el general Pacheco. Al contrario, señor, usted ha procedido generosamente, y su conducta es digna del mayor elogio.

—Mil gracias, Excelencia.

—El Gobierno agradece infinito los *sesenta pesos* con que usted se ha apuntado, y crea que siempre se le tendrá en cuenta el servicio que ha prestado á la nacion.

El caballero comprendió la jugada del secretario de Estado, y aunque le andaba la procesion por dentro, puso cara de pascua, y al día siguiente entregó los sesenta duros.

CCLXXIV

El 25 de Diciembre de 1871 tuvo lugar la sangrienta batalla del Sauce, reñida entre las fuerzas de la revolucion, mandadas por el coronel Aparicio, y las del Gobierno que obedecían al general don José G. Suarez.

Puede decirse que esa batalla, despues de perdida por el ejército del último, fué ganada por el coronel don Manuel Pagola, jefe de sus infanterías. Sabemos de buena tinta que el suceso pasó del modo siguiente :

El general Suarez viendo completamente deshecha y en dispersion á su caballería, envió un ayudante al general Reyes, jefe del Estado mayor, con la órden de ponerse en retirada para Montevideo.

Como la órden era sumamente grave en esos momentos, segun las palabras del general Reyes, quiso éste oír su ratificacion de los propios lábios de Suarez, y corrió á avistarse con él llevando en su compañía al coronel Pagola.

Entónces avanzaban los batallones de Aparicio, numéricamente inferiores en dos terceras partes á los contrarios; pero no atacaban en columna, como debian haberlo verificado, sino en linea y sin concierto alguno.

Observando esta formacion el coronel Pagola, dijo al general Suarez:

—Revoque la órden, general, y yo le garanto el triunfo.

Suarez revocó la órden y la infantería del Gobierno acometió á su vez. Los batallones de la revolucion, que presentaban un gran frente, fueron *doblados* por el enemigo y desbaratados con sus mortíferas descargas.

He ahí como solamente por la mala disposicion en que cargaron los infantes de Aparicio, aprovechada por el coronel

Pagola, un ejército ya victorioso se retiró vencido y en desorden del campo de batalla.

CCLXXV

Don Francisco A. de Figueroa era un gran aficionado al mus y hasta escribió un tratado en verso sobre este juego.

Algunas veces se reunía con varios amigos en cierta botica de la Union, y allí se pasaban las horas tirando de la oreja á Jorge.

Entre envite y envite, Figueroa solía improvisar ovillejos, redondillas, décimas y áun sonetos, claro está que de lo más verde ó queveduno.

A una de esas reuniones asistieron un día dos personas poco peritas en el arte, y entre ámbas se sentó un sujeto habilísimo y que no lo parecía.

Al verlas tomar las cartas, dijo Figueroa :

Entre dos ratones nuevos
Hay un gato camastron;
Todos piensan que es capon,
Pero le arrastran los!

CCLXXVI

Durante una de esas *expediciones* que hacía á campaña el jefe del 5.º de Cazadores y hoy teniente general don Máximo Santos, algunos de sus amigos se presentaron al Dictador (no sabemos si motu proprio ó siguiendo las instrucciones del comandante), para pedirle que lo ascendiese á coronel efectivo.

—A coronel efectivo? exclamó Latorre sorprendiéndose. Bastante tiene Santos con la efectividad de teniente coronel. Además, sepan ustedes que los grados no se consiguen en los

cuarteles, y el jefe del 5.º no ha hecho ninguna campaña para merecer la promoción que me solicitan.

—Sin embargo, señor gobernador....

—Nada; es inútil que insistan. Recuerden que yo acababa de vencer á los tricolores y no admití el generalato que me concedía Varela, porque creí que aquello no era motivo suficiente para ascender. Por otra parte los galones no se piden; se ganan!

CCLXXVII

El 6 de Diciembre de 1864, una bala de cañon disparada por los brasileiros, le llevó un pié á un guardia nacional de la Defensa de Paysandú:

—Mejor; así no podré huir aunque lo quiera, dijo el guardia nacional, cayendo sin sentido en brazos de un compañero que corría en su socorro.

CCLXXVIII

Otra bala de cañon le arrancó las dos piernas á un cabo que falleció al día siguiente:

—No importa, decia en su lecho de muerte; áun me quedan las manos para cargar el fusil.

CCLXXIX

Sobre una de las trincheras se habían sentado dos guardias nacionales, con la cara vuelta al enemigo. Era en lo más fuerte del bombardeo.

Ambos valientes tocaban la guitarra, y cada vez que alguna de las seis cañoneras imperiales disparaba una bomba ó una bala

de á ochenta, cantaba uno de los soldados al son de su instrumento :

Ahí viene la bomba,
Déjenla venir ;
Que á mí no me matan
Bombas del Brasil.

Y respondía el otro guardia nacional :

Y aunque me pegasen
En el corazon,
A mí no me matan
Balas de algodón!

CCLXXX

El comandante del buque de guerra francés que estaba fondeado en el puerto, fué á visitar á Leandro Gomez durante una corta tregua. Así que lo divisó en la jefatura, corrió hácia él con los brazos abiertos, lo estrechó cariñosamente y le dijo con efusion amistosa :

—Coronel Gomez, es usted un bravo y son dignos de su jefe los entusiastas defensores de Paysandú.

—Cumplimos con nuestro deber y aquí moriremos todos por la patria !

—Sepa usted que, indignado por la felonía de los brasileiros, que disparan á mansalva sus cañones contra la guarnicion, invité á los comandantes español é inglés para batir á la escuadra imperial. El español aceptó al punto mi idea, pero se rehusó el inglés, y además se opusieron los cónsules de nuestros países. Ah, si ustedes tuvieran artillería ! . . .

—Si falta artillería, sobran hombres dispuestos á sacrificarse por la independendencia de la República.

—Estoy convencido de ello y le felicito por su heroica defensa. Solamente deploro no poder ayudarlo. Crea, coronel, que lo deploro con toda mi alma.

—Lo creo y se lo agradezco, comandante, respondió el jefe de Paysandú abrazando al generoso francés, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

CCLXXXI

Era tan certera la puntería de los tiradores vascos del ejército de Oribe, que en una encarnizada acción habida á fines de 1843, el batallón 3.º de línea de Montevideo, tuvo muertos ó heridos á todos sus oficiales, con excepción de un teniente.

En tal estado quedó ese cuerpo, que peleaba en el descampado de doña Catalina frente á la Casa Volada, que el comandante don Gregorio Conde, jefe del Union, que se batía á su izquierda, lo proveyó de cuatro oficiales para evitar una derrota.

En virtud de este y otros sucesos parecidos, el general Paz dió una orden general—donde se disponía que en los combates de guerrillas, los oficiales tratáran de ocultarse en sitios que, á la vez que los resguardáran, les permitieran observar los movimientos del enemigo.

Días después tuvo lugar otra refriega en las avanzadas y acudió allí el general Paz, con el objeto de cerciorarse de si su orden se cumplía. El batallón Union estaba de servicio, y jefe y subalternos ocupaban sus puestos de combate.

—Comandante Conde, le dijo el general Paz, no he mandado que los oficiales se escondan en las guerrillas?

—General, respondió con orgullo el comandante del Union, mis oficiales mueren pero no se esconden!

CCLXXXII

Apénas llegado á la Asunción el general Artigas, el Dictador Francia le destinó para residencia el convento de la Merced, al cual enviaba diariamente á uno de sus ayudantes, para que saludara en su nombre al ilustre expatriado.

Acostumbrado á la desahogada vida de los campamentos, el proscrito se sentía como oprimido y asfixiado entre las altas paredes de aquel viejo edificio, y deseaba, cóndor enjaulado, más luz, más aire, más espacio, más libertad, en fin.

Así es que un día, tres meses después de encontrarse allí, que fueron para Artigas tres años de sufrimientos físicos y morales, soportados con su entereza característica, lo que el ayudante le preguntó:

—Y qué tal, señor, como le vá?

Artigas respondió, sonriendo tristemente y señalando los muros del convento:

—Cómo quiere usted que me vaya? Como soldado entre frailes!

Transmitida esta respuesta al Dictador, éste lo hizo trasladar á un rancho en Curuguatí, pueblo situado á ochenta y cinco leguas de la capital.

CCLXXXIII

En el mes de Junio de 1877 volvió á casarse el general Aparicio, sirviéndole de padrino el coronel Latorre. El matrimonio se celebró en casa del primero, y con ese motivo hubo un baile que degeneró en *farra corrida*.

El Dictador y sus satélites hicieron de las suyas, los unos poniendo colas de papel á las damas y los otros echándoles *pica pica* en el seno. El padrino sacó á danzar á la novia y la presentó á uno de sus íntimos, diciéndole:

—Me han comprometido á bailar una cuadrilla, ché; pero lo que yo *acabe* con mi ahijada vos te podés servir de ella!

CCLXXXIV

Tan grande fué el barullo, que el propio coronel Latorre se sintió avergonzado y se retiró murmurando:

—No quiero autorizar con mi presencia semejante bochinche. Al fin y al cabo Aparicio es un general de la República, y si no su persona, por lo ménos deben respetarse los galones que lleva.

A buenas horas se acordaba de la dignidad militar el travieso padrino!

CCLXXXV

Retirado el Dictador, siguieron los escándalos. Ya algunos mozalbetes pedían que se apagáran las luces. Entónces Aparicio se levantó del sofá en que al parecer dormitaba y gritó á la orquesta:

—Chè, muchachos, paren la música.

Y luego encarándose con los concurrentes del sexo masculino, pronunció estas textuales palabras:

—Amiguitos, mi casa no es quilombo. Vayan saliendo por aonde entraron ó los correré á rebenque. Cara... cho con los mocosos! Están más alborotaos que yeguada en corral ajeno! Se acabó el malambo y juera todos!

CCLXXXVI

Escena IX del acto II de *La mujer abandonada*, drama en cuatro actos y en prosa, escrito por don José C. Bustamante, y representado en el teatro San Felipe y Santiago por la compañía de don José Valero:

“ CLARA — ¡Ah, milord! Por la memoria de vuestra madre, perdonadme ántes de partir.

“ MILORD— (*Llora*)—Pobre madre mía! (*Se pasea*).

“ CLARA—(*Milord se retira. Ella sigue de rodillas*). Ah! llorais. El que llora perdona. ¿Me perdonais, milord?

“ MILORD— (*Cae Clara*)—Levantaos, Clara, levantaos.

“ CLARA —No, no me LEVANTARÉ DE AQUÍ SINO MUERTA, mientras no me otorgueis el perdon. ”

CCLXXXVII

En Julio de 1877 fué muerto “ por resistirse á la autoridad ” que lo iba á aprehender, el individuo Atanasio Gonzalez, que tenía unas melenas de cuarta y media de largo, con las cuales se hacia dos abultadas trenzas.

Ahora bien ; conducido el cadáver á la jefatura política de Paysandú, el coronel Etcheverry le cortó las trenzas y se las envió al gobernador Latorre, para que este las mandase al Museo Nacional !

CCLXXXVIII

En unos exámenes habidos en Paysandú :

RAMON LOPEZ LOMBA (*inspector de escuelas*)—Para qué sirve la oveja ?

UNA NIÑA—Para producir lana.

INSPECTOR—Y qué diferencia hay entre la oveja y el carnero?

Parece imposible que un inspector de escuelas dirigiese esa pregunta á una niña !

Verdad es que este mismo señor fué el que preguntó á otra :
¿Por dónde pone el huevo la gallina ?

Todo ante una numerosa concurrencia.

CCLXXXIX

El médico S. habia regresado de Europa trayendo un aparato á propósito para curar ó aliviar el asma, de cuya molesta enfermedad padecía una señora de la pudiente familia de J.

Apénas supo este caballero la llegada del facultativo, lo mandó llamar para que asistiese á la señora, que tres meses despues gozaba de regular salud. Entónces J. pidió la cuenta.

—Aquí es la mía, se dijo el del aparato.

Y envió una cuenta de *treinta mil pesos*! Pareciéndole excesiva la cantidad, J. ofreció diez mil al Galeno, que de ningún modo quiso aceptarlos, no obstante lo bien pagado que quedaba con esa suma.

Ya iba á pasar el asunto á las vías judiciales, porque el facultativo amenazaba con un pleito, cuando á J. se le ocurrió ver al gobernador Latorre, como lo hizo refiriéndole el caso.

—Es un abuso, una picardía, respondió Latorre. Pero yo lo arreglaré al *dotor*. Ya le enseñaré que la codicia rompe el saco.

En seguida despachó á uno de sus ayudantes en busca de S, que compareció inmediatamente.

—Dotor, empezó Latorre, me han comunicao que usté se ha traído de Europa un aparato especial pa los ahogos.

—Es cierto, señor gobernador.

—Pues mire, yo tengo un amigo á quien le debo muchas atenciones, el cual tiene á su vez otro que sufre de esa enfermedad, y como es bastante pobre, ha venido aquí pá que yo me empeñe con usté á fin de que lo cure lo más barato que le sea posible.

—Perfectamente, señor coronel.

—Y en cuánto tiempo, dotor?

—En tres meses á más tardar. Precisamente acabo de experimentar mi aparato en la señora.... y la he dejado buena y sana.

Latorre, que interiormente se reía, continuó :

—Y qué le llevará usté por la asistencia? Recuerde que el individuo es pobre.

—Llevaré mil pesos, basta que V. E. se interese por él.

—No mil, sino dos mil estoy autorizao pá darle y se los voy á entregar ahora mismo, y mañana ó pasao le avisaré donde vive el enfermo, pues he olvidao las señas de la casa.

El médico se negaba á tomar los dos mil pesos ántes de la curacion; mas tanto insistía el coronel Latorre, que se los guardó en el bolsillo y se dispuso á extender el recibo de la suma.

—A nombre de quién va el recibo? preguntó.

—Mire, doctor, también he olvidado el nombre del sujeto. Déjelo en blanco no más.

S. extendió el recibo, lo firmó, lo puso en manos del coronel y se retiró muy satisfecho.

Al día siguiente enviaba su procurador á J. proponiéndole rebajar la tercera parte de la cuenta, como último arreglo, y de nó que los tribunales resolverían la cuestión.

—De qué cuestión habla usted? Yo no adeudo nada al doctor S. contestó J.

—Cómo, señor, y la asistencia de doña?

—Ya está pagada. Justamente aquí conservo el recibo.

Y abrió un cajón de su escritorio, sacó el recibo que S. había dado al gobernador, ya con el respectivo nombre y apellido ocupando el blanco, y se lo enseñó al enviado del Hipócrates.

Esta fué una de las graciosas fumadas del Dictador, y muy merecida que se la tuvo el ambicioso facultativo, que quiso aprovecharse de la oportunidad y se quedó á la luna de Valencia.

CCXC

Cuentan que el comandante don Pablo Ordoñez formaba parte de cierto consejo de guerra, que debía juzgar á un soldado de la guarnición reo de un grave delito.

Leída la acusación del fiscal y la defensa del abogado del reo, el consejo pasó á deliberar. Todos sus miembros iban opinando por la pena capital, hasta que le llegó su turno al comandante.

—Pareciéndome muy fuerte la pena capital, dicen que dijo Ordoñez, yo voto por que el delincuente sea fusilado.

Si son ciertas las palabras que se atribuyen al teniente coronel, sería cosa de preguntarle qué es lo que entendía por pena capital.

CCXCI

La escena ocurre en los Pocitos durante una estación balnearia. . . . antes de la Presidencia del general Santos.

Hace poco que han salido del baño los ministros de Gobierno, Relaciones Exteriores y Guerra, el gerente de un banco inglés y el jefe político de la capital; todos los cuales se han sentado á la mesa del hotel.

En esto se les acerca un sargento mayor, empleado en una oficina militar, y sin saludar á nadie, ocupa una silla al lado de los caballeros aludidos y trata de mezclarse en su conversacion.

El ministro de la Guerra, que ya ha puesto mal semblante al intruso, hace una pequeña bolilla de pan y se la tira al gerente del banco diciéndole:

—Mister, á ver si la agarra.

—Que ha de agarrarla, prorrumpe el mayor, si todos están borrachos!

Al punto se levanta el ministro de la Guerra, coge de los cabellos al atrevido, le arroja al suelo y le pega la más brutal de las pateaduras, sazónándola con ajos y cebollas.

Los compañeros de S. E. se quedan estupefactos, así como los demás espectadores, que no eran pocos; y el ministro, satisfecho de su hazaña, vuelve á sentarse á la mesa.

Un ayudante saca del brazo al mayor, que apenas puede caminar, y al día siguiente se le destituye del cargo. La anécdota es histórica de la cruz á la fecha.

CCXCII

Nuestro inolvidable Figueroa estaba acabando de almorzar en un hotel que habia en la calle del Cerrito, allá por los años de 1854.

En esos momentos entraban á hacer lo mismo los escribanos don Pedro Diaz y don Félix de Lizarza, que tenian su oficina en frente del hotel.

Como los escribanos y el poeta eran grandes amigos, se dieron las manos cariñosamente y cambiaron algunas palabras, despues de lo cual se sentaron los primeros.

Figuroa concluyó de tomar su café, se levantó, cogió el sombrero, saludó á los concurrentes, y dirigiéndose á Diaz y á Lizarza, exclamó :

Un escribano andaluz,
Y otro oriental tengo al frente;
Ellos son ... muy buena gente!!
Mas yo les hago la cruz.

Y haciendo el signo con que se espanta al demonio, se retiró paso á paso del hotel, donde fué largamente festejada la travesía improvisacion del vate.

CCXCIII

Debiendo practicar una diligencia en la Contaduria General el mayor don Pascual Diaz, se presentó al oficial don Félix Pays, quien le dijo :

—Qué se le ofrece á usted, señor don Pascualon ? Aquí me tiene á sus órdenes.

—Qué me dice usted ?, repuso sériamente el mayor Diaz. Ha encontrado usted en el almanaque algun santo que se llame Pascualon ? O quiere usted burlarse de mí ?

—Señor, dispénsese. . . balbuceó confundido el empleado.

—No sabe usted que yo soy el sargento mayor don Pascual Diaz ? Cómo se permite esa familiaridad conmigo ? Qué es lo que se ha pensado usted ?

—Vuelvo á pedirle que me perdone, señor mayor. Yo creia que usted se llamaba así, pues no conociéndole sino de vista . . .

— Y de fama.

— Y de fama, sí, señor, á cuantos he preguntado por su nombre, todos me han respondido que usted era don Pascualon; pero de ahora en adelante

— Está bien; queda usted disculpado por ser la primera vez que me falta. Y que sea la primera y la última, señor oficial.

— Yo le prometo, señor mayor

— Que sea la primera y la última, porque si incurre en otra equivocacion, lo desafiaré á usted y lo enviaré al otro mundo en ménos que canta un gallo.

CCXCIV

Cartita que injustamente atribuyen á don Joaquin Santos, ex-jefe del 2.º batallon de línea y actual senador por el departamento de Canelones; la cual se supuso dirigida al teniente coronel don Máximo Tajés, cuando era jefe del 3.º de Cazadores :

“ Asme el vien de prestarme el bonbo biejo por que los que tengo no balen nada asuluctamente, el que tu mandés yo lo ago arreglar bien, si quieres mandas el cazco con los aros que lo demas yo lo aré arreglar. ”

Esta cartita, que publicó autolitografiada *La Razon*, diario que por ser libre-pensador es enemigo de los *Santos*, dió origen á un periodiquin oposicionista titulado *El Bonbo Biejo*, que salió á luz en el Salto y dicen era redactado por don Nicolás Granada.

CCXCV

Allá en Marzo de 1881, hablando un amigo con el Presidente Vidal y preguntándole, en virtud de su pésima administracion, cuáles eran sus aspiraciones, dicen que respondió el médico:

—Cuáles son mis aspiraciones ? Oígalo bien, mi amigo, oígalo bien : yo aspiro á amanecer vivo y á nada más !

CCXCVI

Contaban las malas lenguas que cuando aquella célebre *farra* que hubo en el palacio de Gobierno durante la administracion de don Francisco Vidal y dió por resultado la renuncia de los ministros don Andrés Rivas y don Joaquin Requena y García; después que el coronel Santos se retiró con el kepi sobre la nuca y echando espumarajos por la boca, el Presidente se agarró la cabeza con ámbas manos y dijo en tono lastimero á sus secretarios de Estado :

—No le hagan caso, señores, por favor; es un muchacho grande que tiene esas viarazas y arrebatos; pero luego se le pasan porque en el fondo es bueno. No le hagan caso, por Dios ! Yo voy á arreglarlo todo. Es un muchacho aturdido.

A lo que respondió don Andrés Rivas :

—Pues si es un muchacho, despidalo; que los ministros no deben ser muchachos aturdidos sino hombres formales.

Y se murmura que el doctor Requena y García agregó :

—Ya vé, señor Presidente, como se ha confirmado el refran de que quien con muchachos se acuesta

CCXCVII

En 1845, cuando lo más crítico y desesperante del sitio de Montevideo por la mucha escasez de víveres que se sentia en la plaza, don Santiago Sayago desempeñaba ó empeñaba el ministerio de Hacienda sin hacienda.

Una mañana fué á verle á su casa el general Pacheco y Obes, con el objeto de manifestarle la urgente necesidad que

había de arbitrar algun recurso, á fin de obtener raciones para las tropas.

—Lo pensaré, murmuró el señor Sayago.

Y se puso á pensar, pero infructuosamente, hasta que sonó la hora de dirigirse á su despacho. Tampoco se le ocurrió ninguna idea salvadora durante el trayecto de su casa al Fuerte de Gobierno, lo que desesperaba al infeliz ministro.

Mas ya en su despacho, luego que se repantigó en la poltrona, rumiando rumiando y volviendo á rumiar, cruzó de repente un pensamiento por el magin muy poco imaginativo del pobre don Santiago.

—Ayudante ! gritó al punto, viendo el cielo abierto.

—Ordene, señor ministro, contestó compareciendo el ayudante, que era don Cárlos Vidal.

—Vaya inmediatamente á la Capitanía, pregunte si ha llegado algun buque, y en caso afirmativo diga usted al señor capitan del Puerto, que haga descargar por cuenta del Gobierno todos los comestibles que traiga.

—Está bien, Excelencia.

Y el ayudante enderezó á la Capitanía, para comunicar al capitan del Puerto la disposicion del ministro.

—Participe usted al señor ministro, profirió el capitan del Puerto, que el único buque que ha llegado viene de Filadelfia.

Con lo cual queria significar que el barco conducía maderas, fierros ó carbon de piedra, todo, ménos comestibles.

Torna Vidal al ministerio y dice á su superior :

—Señor, el Capitan del Puerto responde que sólo ha llegado un buque, y que viene de Filadelfia.

—De Filadelfia ? repitió Sayago. Pues corra á la Capitanía y ordene que se desembarquen todos los cajones de fideos que contenga el buque. Algo es algo !

El ministro se figuraba que por venir de Filadelfia el barco aquel, arribaba con un cargamento de fideos. Como ámbas voces comienzan por fi !

En eso se parecía don Santiago Sayago al personaje de Larra, que creía que velo y vendaba eran consonantes, por que las dos palabras empiezan con v !

CCXCVIII

Después que Artigas resolvió ausentarse de la patria, convencido de que ya serían inútiles todos los sacrificios que se hiciesen para asegurar su independencia, reunió una noche á los fieles que le quedaban y les anunció su propósito de retirarse al Paraguay, concluyendo por decirles :

—El que quiera seguirme, que me siga.

—Mi general, exclamó su viejo soldado Ansina con los ojos llenos de lágrimas, yo lo he de seguir aunque sea hasta el fin del mundo!

Y lo siguió al destierro, donde murió en la mayor pobreza, después de haber asistido en sus últimos momentos al fundador de la nacionalidad uruguaya.

CCXCIX

A fines de 1836 estaba destacado en San Fructuoso el escuadron 1.º de línea, que meses ántes se había batido contra una fuerza del general Rivera en los campos de Tacuarembó, mereciendo que se le decretase una medalla por su heroica conducta (1).

Mas con medalla y todo, el Gobierno le debía casi medio año

(1) La medalla tiene forma oval y dice en el contorno del anverso : « El Gobierno á los defensores de la Constitucion. » En el centro hay un libro abierto, que figura el Código fundamental, entre un sable y un lauro entrelazados.

El reverso contiene esta leyenda : « En los campos de Tacuarembó 17 de Julio de 1836. » Y en el centro « 1º. Escuadron de Línea. » Suponemos que la medalla sería de oro para los jefes y de cobre para los soldados. La que nosotros poseemos es de plata.

de sueldos; y por consecuencia, desde el jefe á los oficiales dejaban mucho que desear en cuanto al uniforme, pues quien más quien ménos, todos lo tenían como la famosa capa del estudiante llena de remiendos.

En ese tiempo don Juan José Soto se hallaba establecido allí con una tienda, donde se reunían noche á noche varios vecinos y los oficiales del escuadron, uno de los cuales era el capitán don Pedro P. Bermúdez, encargado interinamente de la mayoría del cuerpo.

Una vez se presentó el capitán con la casaquilla rota en un codo, desperfecto que observado por el comerciante (que tampoco andaba muy holgado, porque el negocio no le producía gran cosa) le dió pié para decir señalando la abertura :

—Miren en qué sitio ostenta Bermudez la medalla que ha ganado en el último combate.

—Es cierto, contestó el capitán; pero sobre gustos no se ha escrito. En cambio, usted posée dos y no conseguidas en ningún hecho de armas.

—Dos? preguntó Soto. Vamos á ver.

—Dos, le repito. Nos diferenciamos en eso y tambien en que ámbos nos las ponemos en distintos lugares. Yo me coloco la mía en el brazo, señores, siguió dirigiéndose á la concurrencia, y Soto, más modesto, se planta las suyas aquí.

Y alzándole el saco por la parte posterior, mostró á los presentes, que rieron de la broma, dos grandes agujeros que don Juan José Soto tenía en los fondillos del pantalon.

CCC

El 29 de Setiembre de 1840 fué tomada á viva fuerza la ciudad de Santa Fè, que defendía el preclaro general don Eugenio Garzon.

Los vencedores trataron dignamente al valeroso vencido, y le condujeron al campo del general Lavalle, su antiguo compañero de armas y amigo particular.

Derrotado éste dos meses despues en la accion del Quebracho Herrado, puso en libertad á todos los rendidos, para evitarles las molestias y peligros de la persecucion que iba á sufrir.

Entónces Garzon, que habia permanecido simple espectador de la batalla, se aproximó al general Lavalle y le manifestó noblemente :

—General, permítame que no le abandone en su infortunio. Quiero pagar de algun modo las atenciones que he recibido de usted.

—No, mi querido Garzon, váyase á su ejército, donde será más feliz que conmigo. Sólo le recomiendo una cosa y confío en que la cumplirá.

—Se lo prometo.

--Es que interponga su influencia á favor de los desgraciados prisioneros. Adios, pues, mi buen amigo y viejo camarada.

Y para mayor garantia del general Garzon y sus compañeros, les hizo acompañar hasta fuera de sus líneas por su ayudante el doctor don Rufino Varela.

Llegado el ayudante al campamento de Oribe, un comandante don José Martinez, sin respetar su carácter de parlamentario, le atraviesa el corazon de una estocada !

Este inicuo asesinato quedó impune y labró en el alma al general Garzon, que poco despues obtuvo pase para el ejército del general Urquiza.

CCCCI

Hablando de su regreso á la patria, decia Artigas á su hijo, que habia ido á visitarlo en 1846, aprovechando la expedicion anglo-francesa que llegó hasta la capital paraguaya :

—Quisiera volver á nuestro país, para verlo ántes de lanzar mi último suspiro; pero ya me siento sin fuerzas, y ademas yo no debo salir de aquí sin ser llamado por mi gobierno y conducido como corresponde á mis antecedentes y al mismo honor del pueblo oriental.

CCCII

Dice el general Mitre en su *Historia de Belgrano*, no pudiendo ménos que hacer justicia al ilustre caudillo de los orientales, á pesar de toda la animosidad que le profesa :

“ Miéntas la diplomacia argentina oscilaba en el vacío persiguiendo un fantasma coronado, los orientales (cuando la guerra contra los portugueses) combatiendo por su independencia, no obstante sus derrotas, habían impedido que el enemigo consolidase su dominacion en el país. ”

Y sin embargo, en otra parte de su historia, Mitre llama *gaucho bárbaro y sin ideas* al general que, no obstante sus derrotas, sin recursos, casi sin armas y sin municiones, con milicias mal organizadas y hostilizado á la vez por la gente de Buenos Aires, combatió durante cinco años contra un ejército portugués que constaba de diez mil hombres, y que disponía de buenos generales y de los mejores materiales de guerra !

CCCIII

Estaba por concluir el año de 1878 y la Dictadura del coronel Latorre, para empezar el año de 1879 y en el 1.º de Marzo la Presidencia constitucional (por detras de la iglesia) del mismo y siempre nuestro *señor*.

En la propia cuadra en que vivía Su Excelencia, ó para evitar equívocos con la voz *cuadra*, á dos pasos de la casa del gobernador pròvisional, tenía la suya el ricacho comerciante don Carlos García Mon.

Este es un caballero que dá quince y falta al doctor Julepe

en cuanto á la tacañería, que no hay más que decir ; pues si el doctor no come huevos por no tirar las cáscaras, el otro no escupe por no desperdiciar la saliva.

No sabemos por qué cargaba tanto el comerciante al militar ; pero es lo positivo que el derrocador de Ellauri y de Varela, le profesaba la antipatía más cordial ó anticordial que uno pueda imaginarse.

Para demostrársela de un modo más contundente que con los desaires y diabluras que le hacía, resolvió darle en las mataduras ó en la bolsa, que era dar en lo único vivo y sensible de don Carlos García Mon.

Al efecto mandó preparar un suntuoso banquete en la quinta de Madame Bauzemont, camino de la Agraciada ; y hay quien asegura que el ilustre ministro Montero en persona, fué á encargarlo de parte del coronel Latorre.

¡ Un banquete de noventa cubiertos—sesenta de primera clase y treinta de segunda : estos para los ordenanzas, cocheros y lacayos de los sesenta, toda gente muy espectable en la administración dictatorial !

Cuando llegó el día designado para la fiesta, el coronel despachó á uno de sus ayudantes y al escribano Sanchez, con la mision de “ ofrecer sus respetos al judío García Mon é invitarlo para un modesto desayuno, ” añadiendo otras instrucciones.

Escribano y ayudante se presentaron en casa del *judío* y le dijeron :

— Señor, de órden del coronel Latorre venimos á convidar á usted para un modesto desayuno. No se preocupe de nada, que ahí está el coche.

— Señores, yo

— Perdone que le interrumpamos y tambien una rectificacion. Al manifestar que no se preocupase de nada, hemos trocado los frenos

— Señores ! murmuraba sorprendido García Mon.

— Quisimos decirle que no se preocupara del carruaje, porque está á la puerta. Sólo debe preocuparse de pagar el almuerzo, que le costará una bicoca.

—Lo pagaré, señores, balbuceó el héroe por fuerza : pero me es imposible asistir á él por sentirme indispuerto.

—Es que traemos la orden de llevarlo de cualquier manera. Por lo tanto, más le conviene seguirnos que resistirse.

García Mon se resignó con su suerte y entró en el coche. Cerró el cocheró la portezuela, subió al pescante, chasqueó el látigo y los briosos alazanes arrancaron al gran trote.

Media hora después los tres personajes bajaban en la quinta, donde ya los esperaban el dictador, su secretario, los ministros, varios oficiales mayores, coroneles, comandantes, jueces, algun miembro del Tribunal de Justicia y otros conspicuos ciudadanos.

—Salud al generoso anfitrión, salud! cuentan que gritó Carlos Soto al ver echar pié á tierra á la víctima.

Y á propósito de víctima, pidiendo disculpa por la digresión: á las tres semanas del banquete, Carlos Soto era víctima á su vez, no de una *fumada* como la que relatamos, sino . . . de un mortal ataque de apoplejía !

—Viva el pródigo gallego ! vociferó el Dictador. A la mesa, á la mesa, señores.

La mesa hubiese causado envidia al rey Asuero. Allí habia conservas de lo más fino, profusión de flores y guirnalda, vajilla de la mejor porcelana que se introduce en la capital, y vinos de lo más delicado y de más precio.

El ricacho hizo de tripas corazón y se sentó á la cabecera de la mesa, que por voto unánime se le eligió para que presidiese el festín . . . y el festín comenzó en medio de la alegría más estrepitosa.

Los vinos desbordaban de las copas y corrían por el mantel; los manjares se probaban apenas, por ser muchos y variados, y luego se arrojaban á los quince ó diez y seis gatos y perros que el olfato habia conducido hasta allí.

Consorcio verdaderamente fraternal ! Agape eminentemente caritativo ! Convite altamente filantrópico ! Fiesta inmensamente democrática ! Perros, gatos y hombres alternaban en la más agradable intimidad !

Hubo arengas, alocuciones, discursos y panegíricos en honra

del anfitrión, que había perdido las ganas de comer y tan solo se ocupaba en calcular lo que le costaría todo aquello que se mascaba, se bebía y se tiraba.

Y á fé que sus cálculos le salieron alegres en comparación de la realidad ; una realidad triste, tan triste como la tristeza de una madre que contempla á su hijo muerto en lo más lozano de su vida.

Refieren que habló Cárlos Soto, que habló el doctor Queren-
cio, que habló don Vicente Garzon y que habló don Francisco X.
de Acha, este en prosa y en verso, y los demás en prosa; prosa y
verso de lo más . . . apropiado á las circunstancias.

Por fin terminó el banquete, mas no acabaron las desgracias
del anfitrión ; el cual casi casi ya se creía connaturalizado con
ellas, y á conocer el endecasílabo del autor del *Diablo Mundo*, tal
vez hubiera exclamado :

Que haya una más, qué importa á mi bolsillo ?

Levantóse primeramente el gobernador provisional y tropezando de propósito con el pié de la mesa, derribó una porción de copas, botellas y platos.

—Hé ahí lo que faltaba, profirió uno.

—Qué ?

—La música.

Y principió una rara música de platos rotos, de botellas quebradas y de copas reducidas á pedazos, música que duró hasta que no hubo copa, botella ni plato sobre el mantel. Los vándalos habrían admirado aquel destrozo.

Cuando no quedó ningún enemigo en el campo del honor, los vencedores se retiraron . . . y no muy católicos, aunque todos lo eran, saludando con vítores y hurras al *judío*, que sacando fuerzas de flaqueza pudo presenciar esa catástrofe sin caerse muerto! . . .

A los pocos días pasaban la siguiente cuenta al que sin tener nada de pavo para los negocios ni haber habido boda, ni ser pato, merece el título de pavo de la boda ó de pagador del pato :

« Cuenta de gastos cobrada y cargada á don Cárlos Garcia

Mon, de orden del señor Gobernador Coronel don Lorenzo Latorre, por un almuerzo de este y sus invitados y preparado de orden del mismo Coronel señor Latorre.

Señor don Carlos García Mon:

1878 -- Al restaurant Bauzzemont.	<i>Debe</i>
Diciembre 31—60 almuerzos.	\$ 360
30 idem segunda.	" 90
Vinos—36 botellas Haut Sauterne. ...	" 108
" 36 " Chateaux Laffite. ...	" 180
" 36 " Saint—Emilion. ...	" 72
" 36 " Chateaux Latour. ...	" 92
" 24 " Jerez Amontillado. ...	" 48
" 24 " Oporto.	" 48
" 48 " Champagne Clicot. ...	" 192
Licores, chifones y cognac.	" 46
Por loza rota ...	" 184
" cristales rotos, manteles y otros útiles.	" 25050
" 25 cajas cigarros habanos.	" 275
" 2 arrobas de hielo.	" 20
" adornos y flores.	" 35
	\$ 2.000.50

Montevideo, Diciembre 31 de 1878."

García Mon se rehusaba á satisfacer esta cuenta, que ha sido textualmente copiada de los libros del restaurant; pero Latorre le mandó decir que si no la pagaba, lo invitaría á una comida y el banquete le saldría tres veces más caro.

Ante un argumento tan convincente, el anfitrión por fuerza soltó la mosca y suplicó encarecidamente al coronel Latorre, que le hiciera el inmenso servicio de no volver á *convidarlo* para ningún festín con música ó sin música!

CCCIV

Tres días ántes de la caída de Paysandú, el coronel Piriz se presenta en uno de los cantones á cuyo frente se habían situado los enemigos la noche anterior, y dice al oficial que lo mandaba :

—Ahora mismo me toma á la bayoneta la posicion de que se han apoderado los brasileiros.

El oficial habla á sus soldados, les hace bajar á la calle, los forma en columna, y al reparar que Piriz ocupaba un puesto en la primera fila, permanece inmóvil y callado.

—Señor oficial, dice entónces Piriz comprendiendo la actitud del subalterno, yo aquí no soy un coronel : soy un soldado. Mande usted á la carga !

Al oír estas palabras y observar que el coronel ha cogido un fusil, el oficial dá la voz de *á la carga !* La pequeña tropa acomete con ímpetu irresistible y desaloja de la posicion á los imperiales.

CCCV

El 1.º de Enero Paysandú ardía por todos lados. Quedaban pocas municiones en la plaza y ni un sólo fulminante, cuya falta suplían con fósforos los bravos de la guarnicion !

Un batallon de los sitiadores se había posesionado de la Aduana, y al abrigo de sus paredes hacia mucho daño á los defensores de los escombros de la trinchera donde estaba Piriz.

Sus soldados no podían apagar los fuegos del enemigo, que envalentonado con este fácil triunfo, tocaba el himno brasileiro y daba vivas al emperador.

En un momento de desesperacion, viendo caer muertos ó heridos á mansalva á sus valientes, Piriz se planta en medio de la calle y grita con sublime cólera :

—A ver, treinta hombres aquí, para correr á los macacos!

Todos los de la trinchera, que en su mayor parte eran jinetes desmontados, se agrupan en torno de su coronel, dispuestos á seguirle al sacrificio.

—Treinta hombres bastan! dijo el jefe.

Y elige treinta soldados de caballería, con los cuales arremete á los contrarios, se enterevera con ellos y á lanza y sable los arroja de la Aduana.

CCCVI

Justamente en esos momentos cruzaba muy cerca de allí el comandante de la cañonera francesa, que venía con un parlamento para la plaza.

Así es que presenció la proeza del héroe, el cual de regreso á sus escombros de trinchera, se sentó tranquilamente en el suelo y se puso á comer damascos.

Al pasar junto á él el jefe de la cañonera, el coronel se levantó para saludarle. El francés estrechó con ámbas manos la que le tendía Piriz, despues lo abrazó y le dijo:

—En nombre del honor, del valor y de la libertad, felicito al bravo de los bravos. Yo me honraría con ser soldado suyo, coronel Piriz!

CCCVII

Don Cárlos M. Maeso ha publicado un libro titulado *Glorias Uruguayas*, de cuyo prólogo se deduce que su autor no es oriental, aunque despues que se hizo santista se ha declarado hijo del país.

Pero sea hijo del país ó extranjero, lo cual no hace al caso, el señor Maeso refiere un episodio que nos parece oportuno

insertar en el BATURRILLO URUGUAYO, por más que sea desconocido el protagonista.

He aquí ese episodio :

“ Un patriota intentó salir de la plaza conduciendo algunas comunicaciones para los sitiadores ; pero desgraciadamente fué descubierto y aprehendido el 12 de Octubre de 1812.

“ Al verse preso y comprendiendo que la vida de algunos patriotas dependía de él y de las comunicaciones de que era portador, no titubeó un momento, y rasgándolas rápidamente se las introdujo en la boca y se las comió.

“ Las autoridades españolas resolvieron que un consejo de guerra juzgara á aquel patriota, y celebrado este se le condenó á la horca.

“ Debido á las solicitudes de su defensor en los debates del consejo, se conmutó la pena por la de trescientos azotes.

“ El valiente patriota, que se hubiera evitado el cruel martirio declarando quien era el autor de las comunicaciones y lo que ellas contenían, á pesar de las repetidas conminaciones que se le hicieron al efecto, prefirió sufrir heroicamente su tortura.

“ Su cuerpo recibió los azotes y cuando se le pedía que declarase, contestaba :

“ —Quiero morir, pero no diré quien me dió el pliego ni lo que contenía.

“ La historia no ha podido consignar el humilde nombre de ese valiente hijo del pueblo, que ha ilustrado las páginas de los anales uruguayos con un hecho tan espartano. ”

CCCVIII

Desde muy niño reveló César Díaz su vocación á la carrera militar. Todas sus diversiones eran por lo común de carácter belicoso.

Diariamente reunía en su casa á varios chicos de su edad, con los cuales jugaba á los soldados. Por supuesto que Díaz figuraba siempre como general.

Una vez cogió un viejo fusil que hacia años estaba arrinconado en una pieza que no habitaba nadie, y comenzó á mandar el ejercicio.

Cansado ya de evoluciones y maniobras, dejó formados en dos líneas á sus compañeros y entregó el fusil á un negrilla de la casa, diciéndole:

—Ves aquellos soldados? Y señaló á una de las líneas.

—Sí, el amito.

—Pues son las fuerzas del Gobierno. Los otros componen el ejército de la revolucion. Me entiendes?

—Sí, el amito.

—Ahora yo me voy á sublevar contra el Presidente. Damos la batalla, me derrotan, caigo prisionero y me condenan á muerte.

—Sí, el amito.

—Este, y mostró á un camarada, será el jefe que ordenará la ejecucion y tú el encargado de fusilarme. Comprendiste?

—Sí, el amito.

—Bueno. Trae una silla del comedor. La silla es el banquillo donde me han de sentar, y aquí tienes el pañuelo con que me taparás los ojos.

El negrilla tomó el pañuelo, arrimó el arma á la pared y trajo la silla, que colocó al lado de una ventana.

Empéñase la lucha entre las tropas leales y las sublevadas, que despues de una corta resistencia se rinden á la autoridad.

El vencedor dispone que el general enemigo sea arcabuceado, por rebelde y traidor, en presencia de su ejército.

Todos se agrupan en frente de César Díaz, á quien el propio jefe del Gobierno pone en el banquillo, prodigándole de paso una porcion de injurias.

El negrilla le venda los ojos y en seguida, á una indicacion del comandante, se sitúa á tres varas del reo, con el pesado fusil de chispa al hombro.

—Preparen! dice el superior.

Y el negrilla amartilla.

—Apunten!

El soldado obedece; mas el peso del arma le hace bajar el brazo izquierdo, y en vez de apuntar al corazon de César Diaz le apunta á uno de los muslos.

—Fuego!

El negrilla tira del disparador, choca el pedernal con el rastrojo, saltan algunas chispas á la cazoleta, y se oye una detonacion!

César Diaz lanza un grito y lleva la mano al muslo. Aquel fusil viejo habia estado cargado. Felizmente la bala sólo rozó la epidérmis y todo no pasó de un susto.

Verdad es que si el peso del arma no hace bajar el brazo del negrilla, al cual tumbó de espaldas el culatazo, el niño recibe el balazo en la mitad del pecho.

Este suceso es rigurosamente histórico. Treinta y tantos años despues . . . César Diaz era fusilado de veras. Un musulman diria: Estaba escrito!

CCCIX

Refieren que caminando al suplicio este militar, se detuvo un momento ante el general Medina para decirle:

—General Medina, qué vale la palabra de un general oriental?

—Vaya usted, vaya usted, general Diaz: esa es la orden del Gobierno, cuentan que le respondió su antiguo correligionario.

Otros afirman que dijo:

—Siga usted, siga usted, general Diaz, que yo no hablo con rebeldes.

Segun el autor de la *Hecatombe de Quinteros*, el caudillo de la revolucion iba con los codos atados, sin sombrero y con la cabellera erizada por la cólera.

Fué fusilado á las 7 y 5 minutos de la tarde del 1.º de Febrero de 1858, en la cumbre de una cuchilla y al pié de un espino.

CCCX

Cuando el general Freire, uno de los Treinta y Tres, se arrojó para ser pasado por las armas, exclamó dirigiéndose á Medina :

—General, es esta la palabra de un antiguo compañero ?

—Yo no conozco á traidores, contestó Medina.

Y encarándose al capitán don Belisario Estomba, que mandaba el piquete encargado de la ejecucion, le dijo :

—Capitan Estomba, fusile á esos pícaros !

CCCXI

Sabido es que poco ántes de que el jefe de la *Cruzada Libertadora* resignara el poder en una Asamblea elegida ex profeso para que aprobase todos los actos de la Dictadura, el coronel don Fortunato Flores, comandante del único batallón que entónces habia en Montevideo, alzó el estandarte de la sublevacion, y durante dos dias fué dueño y señor de la capital.

Sábase tambien que gracias á la intervencion del almirante Lobo, de algunos ministros extranjeros y de varios personajes del partido colorado, el militar é hijo rebelde se sometió á la autoridad de su padre y gobernador, recibiendo, como ejemplar castigo, la órden de embarcarse para Europa con su ayudante el teniente ó capitán don Lorenzo Latorre.

Se sabe además que la órden aquella iba acompañada de otras para que tales ó cuales bancos del viejo mundo le facilitasen dinero; pues no era cosa de que para el coronel Flores fuese amargo el pan del ostracismo, amen de que le entregarían como viático dos ó cuatro mil pesos en moneda sonante; que ignoramos si se sacaron del tesoro público.

Pero lo que no se sabe, generalmente á lo ménos, son las palabras que pronunció el insurgente, cuando marchaba á la cabeza de su batallón por la calle del Sarandí, caballero en un brioso corcel, con el bruído acero en la diestra, el aire de un triunfador romano y flotante al viento su rojo albornoz, que le daba el aspecto de un beduino ó de un bajá de tres colas.

Yendo, pues, por la calle del Sarandí, ó mejor viniendo por esa calle en derechura al Cabildo, del cual se apoderó á tambor batiente y banderas desplegadas, salióle al paso un amigo, y cogiéndole las riendas del corcel, que comenzó á piafar como orgulloso de conducir tal guerrero, le dijo con la voz trémula de emoción ó de susto :

—Fortunato, qué vas á hacer, por Dios ?

—Qué voy á hacer ? exclamó el coronel Flores espoleando al brido y blandiendo la tizona. Y tú me preguntas lo que voy á hacer ?.... Ajo ! Voy á hacer una revolucion francesa !

Y continuó su marcha, soberbio como Tamerlan, hermoso como un Alcibiades de la Berberia, majestuoso cual Soliman el Magnífico, aterrador como Atila, fuerte y poderoso como Gengis-Khan, respetado como el Profeta despues de sus victorias, y finalmente, inflexible como el Destino é inexorable como la Fatalidad !

CCCXII

Palabras de un discurso que pronunció el doctor don Juan Carlos Blanco en el *Skating-Ring* :

“ Tocarlo (alude al pasado) es renovar la lucha, es buscar el predominio de un partido, resistiendo, hiriendo, lapidando á otro partido, y cuando creamos que se ha obtenido el triunfo, siquiera sea el del más fuerte y el del más digno, podrá faltar de la escena un *magno imperator*, pero tal vez nos encontremos, permitidme la reminiscencia histórica, con una cabalgadura recamada de oro y erigida en cónsul. ”

Desgraciadamente el doctor Blanco fué profeta en su patria.

CCCXIII

Tal vez se recordará que á fines de 1880, el comandante don Joaquin Santos, jefe del 2.º de Cazadores, que andaba *expedicionando* por Tacuarembó con una compañía, aprehendió, segun lo ponía en una carta—" al capitan Fidelis con tres individuos más, por haberles encontrado en armas y constarle que (Fidelis) era el individuo de quien se valía Latorre para comunicarse con sus secuaces del departamento. " Palabras textuales.

El comandante Santos añadía que Fidelis se hallaba en el cuartel del 2.º, de cuya verdad podría cerciorarse el que gustara. Y los otros tres ? comenzó á preguntar la prensa oposicionista. Dónde están los otros tres ? Y tanto chilló y tanto machacó, que la Comision Permanente, mal de su grado por supuesto, interpelló al ministro de Guerra y Marina, que lo era el actual Presidente constitucional y rojo.

Como á la sazón no tenía Su Excelencia la facilidad que ahora tiene para producirse, ó por razones que él se sabrá y que no hacen al asunto, llevó consigo á la Cámara, en el carácter de intérprete ó *lenguaraz*, al doctor don Joaquin Requena y García, que desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores; el cual soltó la taravilla hasta cansarse, tratando de que la Comision comulgara con ruedas de molino.

Lo que pronunció el *he dicho* de costumbre, el diputado don José C. Bustamante pidió la palabra y se expresó de este modo :

—No puedo darme por satisfecho con las explicaciones del señor ministro. En primer lugar, falta saber si los tres compañeros de Fidelis están sometidos á un consejo de guerra ó á la jurisdiccion civil.

—Qué tres compañeros?—interrogó el doctor Requena y García haciéndose de nuevas.

—Esos á que alude en su carta el comandante Santos.

—Si esos individuos no existen !

—En este mundo? exclamó un oyente de la barra.

—Pero si lo confiesa el mismo comandante en su billete á *El Plata*, replicó el diputado.

—Solamente se aprehendió al capitán Fidelis, contestó el ministro de Relaciones Exteriores.

—Hago presente á la Comision, repuso el representante, que el señor Santos declara bajo su firma, que aprehendió á cuatro individuos, y que á cuatro se refiere la interpelacion. Por consiguiente, tanto á este respecto como en lo que se relaciona con el capitán, no me doy de modo alguno por satisfecho con las turbias explicaciones del señor ministro.

Y á todo esto, el de Guerra y Marina, callao, como el personaje de la historia.

—Lo de los tres individuos es un error *ligero* del comandante Santos. La carta del comandante Santos es *algo confusa* y no existen los tres individuos de que se habla. . . .

—En este mundo? volvió á exclamar el oyente.

—Conqué un error? dijo con picardia el señor Bustamante.

—Repito que lo de los tres individuos es un error. Fidelis, á fin de desorientar al jefe del segundo, le manifestó que traia tres voluntarios para su batallon. Eso es todo. Y como era inverosímil se les puso en libertad. En cuanto á Fidelis, está sometido á juicio.

—Me parece que el del doctor Requena, murmuró el oyente aquel, se le ha ido á los talones, y otra cosa tambien se le ha ido á los talones.

—Insisto en que el comandante Santos consigna en su carta que aprehendió á Fidelis con tres individuos más, por haberles encontrado en armas y constarle que Latorre se valia del capitán para comunicarse con sus prosélitos de Tacuarembó.

—Pues se habrá equivocado el comandante, articuló con toda serenidad ó desvergüenza el ministro de Relaciones Exteriores!

En resumen: la Comision Permanente se dió por satisfecha con las turbias explicaciones del doctor Requena y García, que tres meses más tarde *renunciaba* el ministerio y se refugiaba en la Legacion del Brasil. Con tanta ingratitud pagaron los ser-

vicios de *sujeto* tan excelente . . . para sacar la cara por unos cuervos que despues le sacaron los ojos.

CCCXIV

La misma noche que desembarcaron los Treinta y Tres, estando todos los oficiales *mateando* y embromando en torno del *fogon*, dijo uno de ellos al coronel Lavalleja:

—Sabe, coronel, que en Montevideo han sacado una décima contra su persona ?

—Hombre !

—Aquí hay uno que la conoce y si quisiese hacérsela oír . . .

—Quién es el que la conoce ?

—El cadete Piquiman.

—A ver, cadete, cante los versos.

Don Andrés Spikerman se resistía; mas fué tanto lo que le instó el jefe de los Treinta y Tres, que al fin recitó la décima, en que se ponía de oro y azul al campeón oriental.

—Cómo se llama el que la compuso ? preguntó Lavalleja.

—Es un oficial Valverde.

—Valverde ?

—Sí, coronel ; un español, teniente de los Dragones de la Provincia.

—Pues ese será el primero que vamos á tomar.

Dos días despues tuvo lugar el combate de San Salvador, en que los Treinta y Tres derrotaron á ochenta soldados del Brasil, matándoles un hombre y cogiéndoles algunos prisioneros.

Uno de los prisioneros era el autor de la décima, al cual se le concedió la libertad cuando la pequeña hueste republicana pasó por Mercedes.

CCCXV

Ménos generoso que el coronel Lavalleja con Valverde, se

mostró el general don José G. Suarez con el hidrópata Lapuente, que tambien tenía tratos (ilícitos) con las musas.

Lapuente había hilvanado y berreaba unas estrofas contra *Goyo Jeta*, quien hallándose un día acampado cerca de San Fructuoso, hizo aprehender al matasanos y mal versificador.

Conducido á presencia del general, este le preguntó, ya no con cara de pocos amigos, segun reza la frase, sinó con cara de ningun amigo y ni siquiera de prójimo :

—Con que usted ha compuesto unos versitos á Goyo Jeta ?

—Es incierto, general, le respondió Lapuente, más asustado que la gacela ante el tigre.

—Que ha de ser incierto ? No, señor; es tan cierto como que está usted en mis manos.

—Yo le juro . . .

—Déjese de jurar y de zonzeras. Ayudante, búsquese una guitarra, agregó dirigiéndose á un oficial.

El ayudante salió y al poco rato volvió con el instrumento pedido.

—Désela al poeta, ordenó el general, para que me cante los versitos.

—General, gimió Lapuente tomando con trémula mano la guitarra, esa es una calumnia que me han levantado mis enemigos.

—Qué calumnia ni qué diablos ! . . . Ya que usted es entendido en la materia, ha de saber la copla :

Tú lo quisiste,
Fraile mosten,
Tú lo quisiste,
Tú te lo ten.

—Si ha sido un *falso*, general ! . . .

—Mire, amigo, profirió Suarez, á mí no me gustan las réplicas. O canta usted ahora mismo ó le mando sacudir quinientos azotes. Elija.

Ya se comprende que el poetastro eligió lo primero y cantó

como llorando las estrofas, que el general escuchaba con atencion y jugando con un rebenque.

Cada vez que nombraba á Goyo Jeta, refunfuñaba Suarez :

—Más alto, más alto, que no le oigo bien.

Así que concluyó, dijo el jefe del ejército colorado :

—Sus versitos son de mucha *zafaduría*; pero de lo peor que conozco. Usted se ha metido en camisa de once varas y merece una pena.

—General ! exclamó el hijo natural de Apolo, casi cayendo de rodillas.

—No le voy á castigar por lo que ha escrito contra Goyo Jeta. A Goyo Jeta se le importa un bledo de los versitos y de usted.

—Gracias, señor ! prorrumpió Lapuente respirando.

—Lo voy á castigar por haber cometido un crimen de lesa poesía con sus disparates. Amigo, no es para todos la bota de potro !

—Es verdad, señor.

—Silencio ! Ayudante, haga rapar á este individuo y lléveselo al comandante Latorre para soldado de su batallon, para soldado ranchero. Y dé gracias que no le toco el violín.

El ayudante cogió del brazo á Lapuente, que con humillacion y todo, salió mejor librado de lo que creía, y lo entregó al jefe del 1.º de Cazadores.

Una semana despues, sin embargo, el general Suarez le concedió la baja y la libertad, accediendo á las súplicas de varias familias de San Fructuoso.

CCCXVI

Los últimos defensores de Paysandú, cansados, hambrientos, jadeantes y haraposos, se habian reconcentrado en la plaza, donde se rindieron al coronel don José G. Suarez.

Este los mandó quintar para irlos fusilando y comenzó ha -

ciendo ejecutar á cuatro oficiales. Fué como un aperitivo para el tigre cebado y siempre sediento de sangre! . . .

En tal punto llegó á la plaza el comandante de la escuadra argentina, coronel don José Murature, y viendo los preparativos del inhumano festin, dijo al coronel Suarez:

—Coronel Suarez; traigo orden del general Flores para que se respete la vida de los prisioneros.

—Señor, repuso el caudillo colorado, estos hombres me han muerto la mitad de mi gente.

—Sí, pero se la han muerto peleando!

—Practico la ley del vencedor.

—La ley del vencedor, del noble vencedor, es la generosidad con el vencido.

—Yo sé lo que me corresponde.

—Lo que le corresponde es obedecer. Repito, coronel Suarez, que traigo orden del general Flores para que se respete la vida de los prisioneros; y hago á usted responsable de lo que ocurriere si no acata el mandato terminante de su jefe superior.

Real ó falsa la orden á que se refería el coronel Murature, ella contuvo los asesinatos que se habian empezado á cometer.

CCCXVII

Un señor muy conocido en Mercedes, que desempeña tres ó cuatro empleos públicos y hace poco fué nombrado capitán sin haber sido cadete, refería á varias personas de su intimidad, las impresiones que le habia causado Montevideo durante un viaje-cillo de que acababa de volver.

—Yo, decia el valiente militar que no se ha hallado en batallas, combates, ni guerrillas, cuando estoy en la capital siempre ando *sobresaltado*.

—Porqué? preguntó uno de los oyentes.

—Porque ha de ser? Por los muchos amigos que allá tengo.

Fíjense ustedes que no puedo pasar por ninguna calle sin que me salgan al encuentro mis innumerables relaciones.

—No lo dudo, capitán.

—Pero ya he dado con un recurso muy bueno, muy excelente para evitar esas *atajadas*, que tanto me incomodan como ustedes comprenderán: es un medio infalible.

—Y qué recurso es?

—Ya lo verán, señores. Otro día que vaya á Montevideo, apénas llegue á esta ciudad, saben ustedes lo que hago? Pues me pongo de *sinónimo* y ya nadie me molesta!

Supérfluo es decir que el guerrero confundía sinónimo con *incógnito*, lo que no es de extrañarse en un capitán, si se recuerda que aquí hay tenientes generales que creen y aún lo escriben, que el *Poder Ejecutivo* se enferma!

—Caramba, que había sido usted ingenioso! exclamó otro de los oyentes riendo de la barbaridad del hijo de Marte, que también se rió, persuadido de que aquello era una gracia y no un *gran macanazo*!

Desde entónces hay quienes le llaman el capitán Sinónimo.

CCCXVIII

El coronel don Máximo Perez arengó una vez á sus soldados dirigiéndoles estas palabras:

—Muchachos, en la cuchilla los espero: el que quiera venir, que venga; y el que no quiera venir, que se vaya á la . . . que lo parió!

CCCXIX

Se examina una escuela de Mercedes y los examinadores son de lo más granado que allí tiene el santismo en las ciencias y las letras.

Todos están con caras de vinagre y ninguno descose los labios. Más que seres de carne y hueso, parecen estatuas de granito ó de bronce.

Después de una hora de exámen se habla de geografía universal, y un niño señala en el mapamundi los límites de la República Argentina.

De repente el más ilustrado de la mesa interrumpe al niño, se echa hacia atrás, tose, y acariciándose la hermosa pera, le dice con énfasis :

—Sirvase ahora indicarme en el mapa ese, dónde es que se encuentra la *República de Africa* !

—Aquí, en el territorio uruguayo, debió responder el niño; pero se quedó mirando al examinador, profundamente convencido de su sabiduría.

Bien merecía el tal que se le aplicasen aquellos versos :

No desplegaba Sisebuto el labio
Y todos le tenían por un sabio;
Pero habló en un exámen Sisebuto,
Y todos le tuvieron por un bruto !

CCCXX

Es sabido que en el lugar donde desembarcaron los Treinta y Tres, que es la barra del arroyo de Gutierrez, hay una pequeña pirámide erigida por don Domingo Ordoñana, para perpetuar en mármol la memoria de aquel glorioso suceso.

Una tarde del mes de Octubre de 1881, un jinete pára su caballo delante del monumento, desmonta, contempla un instante el Uruguay, después clava los ojos en el bosque cercano, y por fin saca de su cartera un lápiz y escribe en el mármol de la pirámide :

Imitad la digna historia
Del noble desinterés

De aquellos que nos dieron patria,
Los valientes Treinta y Tres!

Luego vuelve á clavar los ojos en el monte y á contemplar el río, como buscando inspiracion para otra estrofa; mas no sopládole ya la musa, mete el lápiz en la cartera, la cartera en el bolsillo, lee lo que acababa de escribir, y acaso se diría para sus adentros:

—La quarteta no es mala aunque podría ser mejor; pero no siempre ha de estar uno en vena! Ya lo veremos otro día....

Y sube á caballo siguiendo su camino. Ahora falta que nombremos al vate. Quién era? Se susurra que era el entonces juez de paz de Dolores y hoy secretario de la Junta E. Administrativa de Soriano, el inteligente caballero don Juan Olivieri!

CCCXXI

—En lo que concierne á las artes, no hay pueblo más adelantado que el francés, decía uno conversando con Pascualon.

—Eso será ahora, que en mi juventud no había pueblo más adelantado que el de los Incas.

—El Perú?

—Sí, señor, el Perú. Y le voy á contar un caso, para que usted se penetre de esa verdad. Abra los oídos.

—Ya los he abierto.

—Pues principio. Sabiendo el Libertador lo aficionado que yo era á los bailes y las dificultades con que se tropezaba para conseguir músicas ...

—Y las de los regimientos?

—Entonces andaban en campaña.

—Ah!

—Sabiendo todo eso Bolívar, encargó á un sastre que me hiciera una casaca cuyos botones.... Esto es lo admirable, lo maravilloso.

—Los botones ?

—Los botones, que los fabricó un indígena del Cuzco, y por medio de un mecanismo semejante al del reloj, tocaban piezas de baile luego que se les daba cuerda.

—Caracoles !

—Así es que cuando yo me presentaba en cualquier parte donde hubiera señoras, ya se armaba la fiesta.

—Con dar cuerda á los botones de la casaca !

—Y nos divertíamos en grande, pues uno tocaba un vals otro una contradanza, otro un minué, otro una zamacueca, que, tambien la danzábamos en Lima....

—De modo que aquello era una orquesta ?

—Y lo mejor de todo es que las señoras se disputaban el honor de bailar conmigo, porque como llevaba la orquesta en mí casaca....

—La oían de más cerca y marcaban mejor el compás.

—Justamente. Vea usted como estaban de adelantadas las artes en el Perú.

CCCXXII

En 1834 Pascualon se encontraba en Paysandú, donde ejercía su profesion el médico andaluz don Lope Merino. Pronto trabaron amistad el doctor y el soldado.

El facultativo no le iba en zaga al otro en lo tocante á las exageraciones; de manera que los conocidos de ámbos pasaban horas agradabilísimas.

Una noche, delante de una gran concurrencia, hablaban de las cosas más notables que habían visto en el mundo, y los dos aparentaban tragarse mutuamente sus fábulas.

Parecían dos *payadores* de nuevo género, que trataban de vencerse á mentiras, cada vez mayores. Habiéndole llegado el turno á Pascualon, dijo :

—Raro es lo que acaba de contar el señor don Lope respecto

á la fertilidad de la Tierra Santa; pero escuchen ustedes algo más raro todavía.

—Desembuche, murmuró Merino.

—En cierto paraje del Perú existía una col tan enorme, que á su sombra cabían holgadamente cuatrocientos soldados, con cabalgadura y todo.

—Y usted la vió, don Pascual?

—Tanto la ví, que un mes entero permanecí acampado con mi regimiento en derredor de ella, y comieron de sus hojas los jinetes y los caballos....

—Pues ya era col!

—Comieron hasta no poder más y cuando seguimos marcha, como si tal cosa. Imagínense ustedes su volúmen!

—Precisamente en ese tiempo yo viajaba por Inglaterra, articuló el facultativo, y una mañana pasando por una fundicion....

—De cañones?

—De toda suerte de metales. Pasando por una fundicion, sentí un ruido ensordecedor, espantoso, indescriptible. Al punto entré en el establecimiento....

—Con permiso?

—La entrada era pública. Entré en la fundicion y observé una inmensa pirámide de fierros, como si se hubiera extraído todo el que el orbe encierra en sus entrañas.

—Muy elevada la pirámide?

—Y muy ancha en su base; más elevada que las torres de la Matriz de Montevideo y tan ancha como la plaza de esta villa.

—Sopla!

—Seguí adelante, atraído por el ruido aquel; pero tapándome las orejas con un pañuelo para poderle resistir.

—Y observó alguna otra rareza?

—Observé que estaban construyendo una olla colosal, que tendría una altura de doce cuabras y una circunferencia de cien por lo ménos.

—Cáspita!

—Las planchas de la olla tendrían un espesor de siete varas,

y una longitud de diez los clavos con que se aseguraban unas en otras.

—Demonios !

—Los golpes que los obreros daban en un lado con martillos de bronce movidos por máquinas, no los sentían los obreros del lado opuesto.

—Ni la torre de Babilonia !

—Cinco mil hombres trabajaban en la fabricacion de la olla, y en su centro vivían las madres, hijos, esposas y demás familia de los obreros

—Y para qué diablos hacían esa olla los ingleses ? prorrumpió el rival en embustes.

—Es lo que pregunté á uno de los oficiales y me contestó lo siguiente : Para cocer la col descubierta por don Pascual Díaz en el Perú !

—No puede ser.

—Pues amigo, repuso el doctor, aquí no se desmiente á nadie. Si quiere que yo crea sus historias, crea usted las mías, ó de no perdemos la amistad !

—Tiene razon que le sobra, dijo Pascualon. Y ahora me toca á mí

CCCXXIII

El 20 ó 21 de Setiembre de 1519, Fernando de Magallanes zarpó de Sanlúcar de Barrameda, con la intencion de buscar un camino más breve para las islas Molúcas, y entró en el Rio de la Plata el 8 de Febrero de 1520.

Cuentan que uno de los individuos de la expedicion, al divisar nuestro Cerro, exclamó con júbilo : *Monte-vide-eu* (yo he visto un monte); y que de ahí proviene el nombre que lleva la capital de la República Uruguaya.

CCCXXIV

El año de 1818 don Juan Antonio Lavalleja era capitán comandante de un cuerpo de caballería, destinado á hostilizar al general Curado, que acababa de abrir su segunda campaña del Cuareim.

Hallándose en las puntas de Valentin, se separó un día del grueso de sus fuerzas para recorrer las guardias que tenía en observación del enemigo, no llevando en su compañía más que un ayudante y un asistente.

Desde una de esas avanzadas avistó un grupo de portugueses, contra los cuales cerró con cinco ó seis soldados. Huyeron los del rey y el bravo Lavalleja les persigue tiroteándolos. De repente, por retaguardia y flancos le salen algunas partidas que lo rodean.

El capitán comandante pugna por abrirse paso y lo consigue, pero al bajar una cuchilla se le caen las boleadoras. Apéase para cogerlas y entónces se le dispara el caballo. Tres jinetes lo embisten y uno de ellos le tumba de una *pechada*.

Aturdido por el golpe, trata de levantarse; mas ya un contrario le había puesto la rodilla sobre el pecho y lo iba á atravesar con su sable, cuando por fortuna se aparece un oficial y le grita:

—No mate á ese castellano.

Obedece el soldado. En seguida arrebató al prisionero las espuelas, el sable y varias prendas de ropa.

—Quién es usted? pregunta el oficial.

—Un capitán de Artigas, responde Lavalleja.

—Y el jefe de esos guardias?

—Soy yo.

—Cómo se llama usted?

—Lavalleja.

Al oír este nombre, quedaron sorprendidos los portugueses.

Tenian en su poder al famoso Lavalleja! Al punto le atan codo con codo y le conducen á pié al campamento, donde por las noches le ponian en cepo de lazo para que no se les escapara.

Despues le envian con segura custodia al general Curado, quien lo remite á Montevideo. De aquí fué trasladado á la capital del Brasil y tuvo por prision la isla das Cobras. En ella permaneció hasta el año 1821.

CCCXXV

Un omnipotente ministro, de Guerra y Marina por más señas, habia prometido entregar dos ó tres mil duros á ciertos industriales para que concurriesen á una Exposicion

Claro está que los pesos debian salir del tesoro público y no de la caja particular del ministro, que ya comenzaba á hacer grandes ahorros, principio y base de su fortuna colosal.

El encargado de recibir la cantidad aquella se presentó en la Tesoreria ; mas como la orden no venia en forma, el tesorero, en vez de pagarla, dió cuenta al ministro de Hacienda.

El ministro de Hacienda se lo participó al Presidente de la República y el Presidente de la República mandó comparecer al encargado y le dijo :

—El tesoro público está exhausto. Así es que no se le puede entregar á usted la suma prometida por el señor ministro de la Guerra.

Retirase el individuo y en el acto se encamina á casa del ministro, que á la sazón gozaba de una licencia temporaria. Lo que S. E. se enteró de lo ocurrido, exclamó :

—Cómo ! Desprecian mi orden ?

—Sí, señor, el Presidente me ha respondido que no hay plata.

—Lo veremos. Vamos allá.

Ambos suben á una volanta y se dirigen al palacio de Gobierno. Entran en el salon en que despacha el Presidente, quien al ver á su ministro se levanta y le tiende la mano.

—Porqué no se ha atendido al señor?—prorrumpió con cara de vinagre el secretario de Estado.

—Es que no hay plata, señor ministro.

—Yo he empeñado mi palabra de que le facilitaría dos ó tres mil pesos, con el fin de que los industriales que representa este hombre, concurren dignamente á la Exposicion . . .

—V. E. sabe perfectamente las penurias del erario, repuso con humildad el Presidente. Si quiere más datos, llamaré á los señores ministros de Gobierno y Hacienda.

Un portero vá á buscarlos.

—No es verdad, señores, preguntó el Presidente lo que llegaron los dos ministros, que no podemos disponer de un solo peso? Que existen presupuestos impagos y que . . . ?

—Es verdad, señor Presidente, articuló el ministro de Gobierno.

—Cállese, só burro! replicó el de Guerra y Marina.

—El caso es que no tenemos fondos, murmuró el de Hacienda.

—Cállese, pedazo de animal! Mejor que estar aquí estaría usted lidiando toros en la plaza, pues tiene más aire de torero que de ministro.

Todos los interlocutores se hallan de pié. El infeliz Presidente se pasa la mano por la barba, mira el techo, el piso, las paredes; el comisionado permanece confuso, y los colegas del omnipotente ministro no osan alzar la vista.

Por fin el hijo de Marte gira sus ojos en derredor y contemplando de arriba abajo á cada uno de los personajes, rompe el silencio gritando:

—Eh, á ver si se extiende inmediatamente una órden por tres mil pesos.

Cuando observó que la órden había empezado á extenderse, estrecha la mano al representante de los industriales y le dice :

—Bueno, mi amigo, ya está despachado.

—Mil gracias, señor.

Y sin saludar al Presidente ni á sus colegas, el secretario de Estado sale erguido, triunfante, lleno de vanidad y silbando un cielito.

CCCXXVI

Un canario refirió en *La Tribuna Popular* la siguiente graciosa historia :

“ Eran las 5 de la mañana del día 9 de Marzo (de 1885). Apenas Febo iluminaba con sus ténues rayos la campiña del departamento de Tacuarembó, distrito de los Tambores, así llamado por el redoble constante que origina el viento al engolfarse en las paredes de granito que forman las célebres sierras de ese nombre.

“ Los pacíficos habitantes de esa localidad no soñaban que Layera y demás compañeros hubiesen invadido el país—todo estaba tranquilo, y la naturaleza reinando en todo su esplendor invitaba á la melancolía y al *dolce far niente*, enfermedad que, sea dicho de paso, domina en esas apartadas regiones.

“ Uno que otro travieso muchacho, medio dormido aún, se entregaba á la tarea de ensillar algunos viejos *matungos*, para ir á la pulperia más cercana á buscar los *vicios* del día.

“ De repente esa tranquilidad desapareció. De uno de los boquetes de la sierra se dejó oír un ruido atronador, como de una yeguada en dispersion.

“ Los chiquillos todos azorados miraron á su alrededor y quedaron sorprendidos al ver que ante sus ojos se presentaba un escuadrón de gente armada, luciendo en sus chambergos tremendas divisas coloradas.

“ Más de tres de los *tapechitos* que ya se sentían aptos para cargar una lanza y eran conocedores de las *razzias* que de cuando encuanado se hacen de *voluntarios* para engrosar los cuerpos de línea, se *hicieron perdis* en cuanto vieron asomar esa fuerza, y *piano, pianino*, ganaron algunas de las quebradas que en forma de laberinto abundan en esa sierra.

“ Los más jóvenes se quedaron y dejaron venir á la tropa.

“ Cuando esta estaba cerca de la costa de Guayabos, localidad muy poblada de miserables ranchos, donde vive un número de familias, sin que se alcance á conocer los medios de subsistencia de que disponen, uno de los oficiales salió de las filas y acercándose al grupo de muchachos, les preguntó si no habían visto á los blancos.

— “ A los blancos ?

— “ A los blancos, si, á los blancos.

“ En el primer momento los muchachos se miraron y no supieron qué contestar. Pero uno de éstos creyó dar en la tecla y dirigiéndose al oficial le dijo :

— “ Señor, yo los he visto.

— “ Cuándo ?

— “ Ayer á la tardecita.

— “ Y eran muchos ?

— “ No, señor, no había arribita de unos veinte; los demás se habían quedado por el camino.

“ Al oír esta contestacion, nuestro oficial sintió pasarle por todo el cuerpo un escalofrío de inmenso júbilo, y sus ojos relampaguearon de satisfaccion.

— “ Y por dónde tomarøn ?

— “ Por ahí, respondió el muchacho, señalando un camino que lleva hácia la frontera.

“ No quiso oír más el oficial, ni una palabra más agregó, y retirándose á las filas impartió algunas órdenes. Luego echando á galope hácia el rumbo que se le había señalado, muy pronto desapareció.

“ Galopó horas tras horas y no daba con los blancos. Al fin vió á lo léjos una caballada— creyó que eran los blancos y apresuró el galope de los rocinantes que montaban sus soldados.

“ Por último llegó hasta la tal caballada—Era una tropilla de *blancos* que tomaban hácia su querencia, y que el muchacho había indicado creyendo que la partida que le había interrogado buscaba á esa clase de *blancos* !

“ Pintar la rabia del oficial al conocer la *fumada* de que había sido víctima, es imposible, y más cuando supo al otro día

de interrogar al tapecito, que por ahí había pasado el doctor Gil con sus demás compañeros.”

CCCXXVII

Pensamiento del doctor don José P. Ramirez. (1)

“ No debemos apreciar la patria con la estrechez de vistas y con el criterio de los pueblos de la antigüedad, porque nuestros sentimientos se han ennoblecido : vemos hermanos en todos los hombres y colocamos el amor de la verdad y el sentimiento de la justicia sobre toda otra concepcion ; pero tampoco debemos dejarnos extraviar por el cosmopolitismo moderno, que tiende á suprimir y anular el sentimiento de la nacionalidad y de la patria.

“ En hora buena que no nos expliquemos aquella alegría impía con que Tácito refiere las matanzas á que se entregaban entre sí los pueblos germanos ; pero comprendamos y admiremos siempre, aquel profundo sentimiento de legitimo orgullo con que Horacio exclamaba : *que el sol no alcance á ver jamás nada más grande que Roma.*”

CCCXXVIII

Hallándose en Rio Janeiro don Juan R. Silveira, quiso asistir á una audiencia imperial, para dar fé de ese acto que tanto agrada á la gente de la corte.

Solicitada y obtenida la vénia correspondiente, se presentó en palacio el día en que se celebran tales ceremonias, que creemos es una vez por semana.

(1) Del álbum de Ricardo Sanchez.

Ya había en el salón una numerosa concurrencia, que aguardaba ansiosa al emperador para ofrecerle sus respetos. S. M. no se hizo esperar mucho.

Apareció vestido con sencillez, y cuadró la casualidad de que se dirigiese primeramente á Silveira, quien al ver acercarse á don Pedro le extendió la mano.

Retiró la suya el emperador, cambió dos palabras con aquel y siguió hablando sucesivamente con todos y cada uno de los presentes.

Terminada la audiencia, cada mocho se retiró á su olivo. El de Silveira era un hotel, donde también se hospedaban otros orientales.

—Qué tal le ha parecido don Pedro?—preguntó uno al héroe de esta historia.

—Un hombre muy áspero y muy orgulloso, respondió el preguntado.

—Al contrario, el emperador es lo más accesible y amable.

—Lo niego, y para probar lo que les digo, añadiré que cuando se me aproximó le alargué la mano y él en lugar de estirarme la suya, se la metió en el bolsillo.

Todos los oyentes soltaron la carcajada.

—Es lo que me faltaba, que ahora ustedes se burlen de mí, profirió Silveira atufándose.

—Pero bendito de Dios!—exclamó el más versado en los usos palaciegos, usted ha trabucado las cosas.

—No comprendo.

—Crée usted que el monarca retiró la mano para inferirle un desaire? Al revés, fué para evitarle una... humillación.

—Una humillación?

—Claro está. Don Pedro se figuró que usted iba á cogérsela para besarla, como el más cortesano de los cortesanos, y por eso...

Silveira, que no se lo había imaginado, desatóse al punto en improperios contra el emperador y hasta prometía publicar unas líneas en los diarios explicando su propósito.

—Miren qué macaco, refunfuñaba; suponerse que un republicano había de cometer tamaña bajeza!

—Pues á eso se exponen los republicanos que concurren á las audiencias imperiales, replicó sentenciosamente otro compatriota.

Los amigos festejaron durante muchos dias el chasco de Silveira y tambien el sufrido por el emperador, porque á la verdad la equivocacion fué mútua.

CCCXXIX

Derrotada en Yatay la columna paraguaya del mayor Duarte, el coronel Estigarribia con la suya, que constaba de cinco mil hombres, atravesó el Uruguay á toda prisa y se fortificó en la villa de Uruguayana.

Sitiado en seguida por el ejército de la triple alianza, que en virtud de haber pasado á territorio brasileiro ya comandaba don Pedro II, le fué intimada la rendicion, rechazada por Estigarribia en una nota célebre.

Célebre porque, entre otros recuerdos históricos consignados en frases campanudas, sacaba á colacion la respuesta dada por Leonidas á Mardonio, cuando este le envió á decir que le entregase las armas.

Un segundo parlamentario salió despedido á balazos.

Entónces los generales sitiadores opinaron que la plaza debia ser atacada sin pérdida de tiempo; mas el emperador quiso hacer una tercera tentativa, á fin de ver si se lograba evitar la efusion de sangre.

Dirigióse, pues, á un jefe brasileiro y le ordenó que se presentase en la villa é intimase en su nombre y definitivamente la entrega á discrecion de la columna paraguaya; pero como el brasileiro vacilase, el monarca se encaró á Borges y le preguntó:

—Señor general, iría usted á intimar la rendicion?

—Al soldado no se le pregunta, señor, se le manda.

Y se encaminó á la villa. El desgraciado *émulo* del rey de Esparta se rindió á discrecion, aunque manifestando que se

rendía á “ los orientales y argentinos, no á los brasileiros.” De este modo creyó cohonestar su cobardía !

CCCCXX

El doctor don Cándido Juanicó se encontraba en Madrid, allá por los años de 1840, y era gran amigo de Zorrilla, Espronceda y otros ingenios españoles; pero tenía predilección por el autor del *Diablo Mundo*.

Una noche se hallaban reunidos y conversando en el café del Príncipe, establecimiento que frecuentaban los primeros literatos de la corte, y de charla en charla llegaron á departir sobre las ostras.

—En cuanto á esto, yo soy el hombre más comilon que hay en el globo, dijo el cantor de Teresa.

—No lo creo, contestó Juanicó.

—Pues apostemos á que devoro cuantas docenas me sirvan.

—Qué jugamos ?

—Una cena para todos.

—Corriente.

En seguida se levantó Juanicó y se puso á hablar en voz baja con uno de los mozos del café. Luego volvió á su sitio.

—De qué tratábais con tanto misterio ?

—Encargaba al mozo los mariscos.

Al poco rato los de la disputa y sus camaradas pasaron á un aposento contiguo, donde ya se había tendido la mesa, en torno de la cual se sentaron.

Cuando empezaban á desdoblar las servilletas, se apareció el mozo aquel trayendo un vaso de porcelana . . . un vaso de esos que más se usan de noche que de día.

—Qué es esto ? preguntó Espronceda.

—Esto es que cada uno tiene su modo de matar pulgas, por que sobre gustos no se ha escrito.

—Zambomba !

—Hay quien come las ostras en fuente, quien en plato y quien las come en el . . . recipiente que está ahí.

—Caracoles!

—Nada de escrúpulos, Pepe, y nada de miedos. Ea, comience la batalla!

Mas la batalla no principi6. Espronceda se declaró vencido sin combate y pag6 la cena, sufriendo además las pullas de los alegres compañeros.

CCCCXXI

Ya en marcha para el destierro, en el territorio correntino, el general Artigas llamó al que hacía de tesorero de su ejército y le preguntó:

—Cuánto dinero hay en caja?

—Cuatro mil pesos, general.

—Nosotros no necesitamos de esos cuatro mil pesos, porque en el Paraguay podr6mos vivir de nuestro trabajo; pero los necesitan los prisioneros confinados en la isla das Cobras, que lo pasan bastante mal. Infelices compatriotas!

—Es cierto que los necesitan.

—Así es que debemos enviarles todo ese dinero y más estas veintidos onzas que me quedan, para que en lo posible remedien su pobreza. ¿Quién se atreverá á llevarlo?

—Yo, general, exclam6 Francisco Santos, hijo de la villa de Rocha. (1)

Artigas lo mir6 fijamente como para penetrar las intenciones del soldado y satisfecho de su exámen, le dijo:

—Tendrás que correr muchos riesgos.

—No importa, mi general.

—Tal vez pierdas la vida en la empresa.

(1) Otros dicen que fué un indio Colman y suben á catorce mil pesos la suma enviada.

—Más sentiría perder la plata. No obstante, general, confío en que Dios ha de ayudarme.

—Sí, Dios te ayudará, estoy seguro, respondió con profunda fé el generoso caudillo. Toma el dinero y véte.

Santos cogió el dinero, lo metió en un saco que se rodeó á la cintura y despidióse para siempre de su general y compañeros de armas, que no pudieron contener una lágrima al estrechar las manos de aquel soldado leal.

Después de mil fatigas y peripecias, consiguió llegar á Rio Janeiro é introducirse en la isla. Sin embargo, fué descubierto por el jefe del presidio, despojado del dinero y encerrado en un calabozo.

Lavalleja y los demás prisioneros no sabían nada de lo ocurrido. Felizmente á los pocos días de este suceso el general Mezquita visitó la fortaleza, y recorriendo los calabozos entró en el del soldado.

Santos informó de todo al general, que era un hombre de corazón. Indignado de la conducta observada por el jefe de la isla, le amonestó severamente y mandóle que entregase el dinero á Lavalleja.

Quiso además hacer un regalo al fiel soldado, para premiar su comportamiento y le devolvió la libertad. Meses más tarde Lavalleja y los otros uruguayos regresaban á la patria.

He ahí un rasgo que pinta la grandeza de alma de nuestro primer caudillo. Honor al inmortal Artigas! Y honor también al oscuro guerrero, que realizaba un acto digno de pasar á la historia!

Heraclio C. Fajardo escribió en Buenos Aires, el 5 de Noviembre de 1864, una composición titulada *La mesa de Artigas*, en que, contestando á unos versos del poeta argentino Luis Dominguez, decía lo siguiente que confirma la anécdota:

Ese hombre en pos de rematar su obra
Sin llevar por consuelo ni un cigarro,
Fué á morir de pobreza y de zozobra
En una choza de totora y barro!

El que dió propio ser á cuanto abarca
Tu vista en esa tierra que divisa,
Sí, murió en una tórrida comarca
Con un poncho raído y sin camisa !

Al pisar en la tierra del exilio
Ese *bandido*, autor de tanto *crimen*
A los hermanos que en los hierros gimen
Su postrer patacon mandó en auxilio !

CCCXXXII

Era Presidente de la República cierto individuo que tenía más compadres que pelos en la cabeza y que disponía del tesoro público como de cosa propia. Antes de continuar declaramos no aludir al general don Fructuoso Rivera.

Uno de tantos compadres se le presentó una vez y le habló así, poco más ó menos :

—Compadre, no me hubiera atrevido á molestar á usted si no me encontrase más pobre que ratón de Iglesia. Este es el motivo que me pone en la precision

—Compadre, déjese de rodeos y váyase al grano. Qué me viene á pedir?

—Un empleo, compadre. Podré esperar?

—Compadre y como nó? Mañana mismo estará colocado. Escribame aquí las señas de su casa.

Y el Presidente alargó un papel y una pluma á su compadre. Este apuntó las señas de su domicilio y se despidió muy satisfecho.

Efectivamente, á las veinticuatro horas el compadre se hallaba colocado en la Aduana. Es de advertir que para complacerlo, el Presidente había *renunciado* á otro, “por razones de mejor servicio,” que son las que pretextan los gobiernos cuando les falta razon para destituir á un empleado.

El compadre de la historia cumplía con sus deberes y era honrado á carta cabal ; de manera que se prometía seguir en su colocacion por los siglos de los siglos, y poner de lado algunos ahorros para la vejez, porque gozaba de un magnífico sueldo.

Un buen día, sin embargo, que fué malísimo para el compadre, seis meses despues de su nombramiento, recibió una nota del ministerio de Hacienda, en que se le declaraba cesante “ por razones de mejor servicio ” —y se concedia el destino á otro compadre.

Cariacontecido entregó el empleo al que le sustituía y se retiró á su casa, sin poder caer en la cuenta del motivo de su exoneracion. Si sería por algun chisme que habrían llevado á su compadre el Presidente ? Con todo, no se atrevió á interpelarlo sobre el particular.

El cesante tenía ahorrados seis ó setecientos duros; mas como sustentaba una familia numerosa, en breve se le agotaron, y á las estrecheces sucedió la miseria. Recurrió al crédito, que tambien acabó por cerrársele, y llegó el momento en que no hubo ni pan ni luz en su afligido hogar.

Aunque acosado por el infortunio, no osaba apelar de nuevo á su compadre, temiendo que le diese con la puerta en las narices. Pero ya en los últimos extremos, incitado por su esposa y por el hambre de sus hijos, dirigió una carta al Presidente implorándole una entrevista.

S. E. se la otorgó indicándole la hora. Puntualmente acudió el individuo á la cita y comenzó á hablar de su honrada conducta

—Al asunto, compadre. Qué es lo que desea ? prorrumpió el Presidente.

—Mi destino, compadre, porque me muero de necesidad.

—Se muere de necesidad y ha estado seis meses en la Aduana? Compadre, no embrome. A otro perro con ese hueso !

—Pues compadre, es la pura verdad ; se lo juro por mis pobres muchachos. En medio año es imposible reunir grandes economías. Y si no me viese en tan apuradísima situacion, que ya nadie me fía un cobre

—Bueno, compadre, volverá al puesto que ocupaba.

Y desnudó al santo que lo poseía para vestir al santo que lo olicitaba.

Antes de que concluyera el primer trimestre, el compadre dimitía el cargo—por haber entendido lo que quería significarle el Presidente con aquello de: ¿se muere de necesidad y ha estado seis meses en la Aduana? Compadre, no embrome »

Y tanto lo entendió el compadre, que al salir de la Aduana era dueño de tres casas, una quinta, una chacra y varios solares.

CCCXXXIII

Siendo ayudante de Artillería el intrépido don Pablo Zufriategui, en 1811, recibió la orden de asaltar la isla de Ratón, clavar su artillería y apoderarse de toda la guarnición y pertrechos de guerra.

Por más difícil que fuese la empresa, el primer ayudante de Artigas no vaciló un momento. Eligió treinta hombres de su confianza, y cerrada la noche del 15 de Julio los embarcó en tres lanchones y se dirigió á la isla.

Era jefe de ella el comandante español don Francisco Ruiz, acreditado de valiente y vigilante. Empero, el oficial uruguayo tomó tan bien sus medidas, que pudo aproximarse á la costa sin ser sentido por la guarnición.

Saltaron á tierra los expedicionarios y sólo entonces la centinela dió el grito de ¡á las armas!—pagando con su vida su descuido. Ya era tarde para acudir al remedio. La guarnición había sido sorprendida.

No se desanimó por eso el comandante de la isla; pero cayó muerto de un balazo en circunstancias de venir con la mecha encendida, para aplicarla á un cañón que enfilaba el desembarcadero.

Perdido el jefe, la guarnición se entregó á los patriotas.

Tan brillante hazaña merecía un premio, y así lo acordó el gobierno decretando un escudo de honor á los vencedores.

CCCXXXIV

En 1826, durante el sitio de Montevideo, algunos jefes orientales concibieron la idea de sobornar la tropa enemiga encerrada en la Ciudadela.

Comunicado el pensamiento á doña Josefa Oribe, esta señora tuvo la habilidad de atraerse á varios sargentos, lo que participó á los comandantes patriotas.

Don Pablo Zufriategui, que ya era coronel, fué designado por estos para dar cima al plan—y aceptó con orgullo la peligrosa comision.

Venciendo dificultades de toda laya, pudo penetrar en la Ciudadela, precisamente cuando los sargentos trataban de realizar el movimiento sedicioso.

El plan se hubiera efectuado á las mil maravillas, si uno de los comprometidos no se hubiese puesto á dar intempestivos vítores á la República y á la Libertad!

Estos gritos llamaron la atencion de los jefes y oficiales, que adoptaron resoluciones inmediatas y enérgicas para sofocar aquel conato de rebelion.

El coronel Zufriategui, que se hallaba oculto en una de las cuadras, debió su salvacion á no haber sido reconocido. Pero aunque fracasado el proyecto, se retiró de la Ciudadela llevándose dos sargentos enemigos.

CCCXXXV

Una órden mal dada ó mal interpretada—hay quien asegura que una traicion de las fuerzas de Flores—hizo que el 2 de Enero se suspendiese el fuego por el costado Oeste de la linea de Paysandú.

Entonces se fueron aproximando á la plaza algunos jinetes del general don José G. Suarez y penetrando poco á poco en ella, hasta sobrepujar en número á lo que restaba de defensores en la ciudad.

Leandro Gomez se ocupaba en ese momento de contestar á una nota que le habia sido dirigida por Flores y Tamandaré. De pronto entra en su despacho el teniente don Julian Encina y le dice:

— General, el enemigo en número de cuatrocientos hombres se ha posesionado de la plaza. Estamos perdidos... No, aun nos queda un recurso: pegar fuego al depósito de pólvora y concluir con todos ellos. Mande, general.

— Son brasileiros los que han entrado?

— No, señor, son orientales.

— Pues no doy la orden que usted me pide. Bastante sangre de compatriotas se ha derramado ya!

CCCXXXVI

Un coronel imperial apellidado Bello, seguido de un grupo de jefes y oficiales de su misma nacionalidad, tomó prisionero á Leandro Gomez, justamente cuando el general salia á cerciorarse de la noticia que le comunicaba el teniente Encina.

— No hay resistencia posible, general Gomez, le dijo el jefe brasileiro. Es usted nuestro prisionero y tiene garantida la vida.

— De la mía se me importa muy poco, pues ya la he dado en holocausto de la independencia patria. Pero pido que se respete la de mis bravos compañeros.

— La bandera del Brasil cubre á todos. Vamos á presencia del almirante Tamandaré. Tengo orden de conducirlo al cuartel general.

Y cogiendo del brazo al heróico soldado, emprendieron la marcha. No habían caminado un par de cuadras todavía, cuando les salió al encuentro el comandante Belen.

—Dónde está el coronel Gomez ? preguntó.

—Soy yo, respondió el héroe de la Defensa.

—Pero le he garantido la vida en nombre del almirante Tamandaré, profirió el coronel Bello.

—Yo tambien se la garanto en nombre del general Flores.

El general Gomez se desprendió del brazo del jefe brasileiro.....

CCCXXXVII

Al jefe de la Defensa le iban á vendar los ojos para fusilarlo.

—No, eso no, dijo Gomez rechazando el pañuelo. La vista de la muerte no me asusta.

CCCXXXVIII

Junto con el general Gomez fueron otros jefes y oficiales al lugar del sacrificio. Ya en el jardin donde los *ejecutaban*, dijo un soldado al teniente don Atanasio Rivero, que esperaba su turno:

—Ché, regaláme el ponchito. De todas maneras te van á matar!

—Es cierto, respondió el teniente ; pero yo no regalo mi poncho á un enemigo. Que me lo saquen despues de muerto.

Esta contestacion dada con toda sangre fría, agradó á uno de los jefes colorados que presenciaban las *ejecuciones*, y dijo al oficial encargado de ellas :

—No afusilen á este mocito, que me gusta por lo guapo.

Así se salvó don Atanasio Rivero.

CCCXXXIX

El teniente general brasileiro don Enrique de Beaurepaire

Rohan, respondiendo á una carta del doctor don Cárlos M. Ramirez, le decia lo siguiente acerca del general Artigas :

“ En 1847 publiqué en San Pablo un folleto titulado : *Viaje de Cuyabá á Rio Janeiro, por el Paraguay, Corrientes, Rio Grande del Sud y Santa Catalina* . . . El trozo en que me ocupo de Artigas es el siguiente :

“ Por los arrabales de la Asuncion existen muchas chacras. En una de ellas visité, hoy viejo y pobre, mas lleno de reminiscencias de gloria, á aquel guerrero ántes tan temido en las campañas del Sud, el afamado don José Artigas.

“ Francia, á quien el general vencido pidió un refugio hace más de veinte años, lo confinó á una de las villas del interior, hasta que el actual gobierno le concedió la libertad y con ella el pan de que se alimenta.

“ No me cansaba de estar frente á frente de este hombre temerario, de cuyas hazañas oí hablar desde mi niñez y que yo creía muerto hace mucho. Por su parte no se mostró ménos satisfecho el anciano, sabiendo que hasta allí me habia conducido la fama de sus hechos.

—“ Entónces, me preguntó risueño, mi nombre suena todavía en su país ?

“ Y habiéndole respondido afirmativamente, me volvió á decir despues de una pequeña pausa :

—“ Es lo que me resta de tantos trabajos. Hoy vivo de limosnas.

“ Fuera de este pasaje, nada más consigno respecto del general Artigas . . . Agregaré que era hombre de estatura mediana, delgado, de nariz aguileña y mirada centellante. Su debilidad senil lo obligaba á andar siempre apoyado en un baston, y fué así que me recibió. Era la imagen de un monumento histórico en ruinas. »

CCCXL

Algunos enemigos de lo verde . . . en materia de literatura,

se han hecho cruces por dos ó tres voces, más ó menos *naturalistas*, que han aparecido en esta obra, sin recordar que nuestro papel es el de fieles narradores.

¿Porqué habíamos de imitar á los embusteros que, verbi gracia, hablando de la respuesta dada por Cambronne á los prusianos que le intimaban se entregase, aseguran que gritó: La guardia muere pero no se rinde?

Contra esta falsificacion de la historia han protestado muchos, y entre otros el autor de *Los Miserables*; quien, describiendo la batalla de Waterloo, pone con todas sus letras la palabra mal oliente proferida por el bravo francés.

Vaya lo dicho, pues, como exordio del siguiente caso ocurrido durante los exámenes de una escuela rural en el departamento de Soriano. El caso es reciente y podría añadirse que tambien es típico.

Pregunta un examinador á un niño, cuya constante ocupacion, fuera de las horas de clase, son los trabajos campestres:

—Dios castiga?

—Sí, señor, castiga; pero no se le vé la *guasca*, contesta al momento el alumno.

Con ello queria significar que Dios castigaba sin palo ni piedra.

CCCXLI

Pensamiento del doctor don Alejandro Magariños Cervantes:

“ En las relaciones amorosas, hombres y mujeres son como los relojes: ó se adelantan ó se atrasan; y así como pocos de estos marcan con precision la misma hora, así son contados los individuos cuyos corazones, como dos minutereros armónicos, en un momento dado, se encuentran en el mismo punto. ”

CCCXLII

—Usted se halló en Ayacucho, don Pascual? preguntaba un amigo al mayor Diaz.

—Ya lo creo. Y por más señas yo fui quien llevé al Libertador el parte oficial de la victoria.

—Al Libertador?

—Sí, al gran Bolívar, que á la sazón residía en Potosí, pues esa batalla la ganó el general Sucre.

—No lo sabía.

—Ya lo sabe. Precisamente el general Sucre me regaló una espada y el mejor de sus parejeros.

—Para premiar su conducta?

—Para eso la espada, y lo segundo para que llegase más pronto á mi destino. Recuerdo un incidente muy original.

—Si usted quisiera relatarlo....

—Con muchísimo gusto. Despues de varios días de viaje, ya con el cuerpo rendido por la continúa marcha, iba durmiéndome sobre el caballo....

—Me lo figuro.

—Aunque por suerte la ciudad no me quedaba á dos leguas, que sino tal vez hubiera sucumbido de cansancio. Marchaba durmiendo, pues, cuando de repente el animal se paró de golpe.

—Mal augurio!

—En efecto. Abrí los ojos instantáneamente y ví á unos quince pasos de distancia.... una culebra tan grande como una boa!

—Caracoles!

—Era una vibora de la cruz, que en Bolivia son enormes, porque allí la naturaleza es exuberante en todo; y he ahí la razón del empacamiento de mi caballo.

—Ya me lo suponía.

—La serpiente estaba enroscada al tronco de un árbol de copaiba, árboles que tienen de treinta á cuarenta varas de alto.

—Culebra libertina! Sin duda habría ido á curarse

—Qué dice usted? No lo tome á chanza, no. Y se puso á mirarme con una fijeza aterradora, agitando la puntiaguda lengua.

—Qué asco me causan las víboras!

—A mí tambien. Por eso traté de seguir adelante; mas el caballo no obedecía á la espuela y quedó como clavado en el sitio. Tal terror le infundía aquel mónstruo!

—Qué situacion la suya!

—No me inmuté, sin embargo, y eché pié á tierra decidido á atropellar á la serpiente, que me evitó la mitad del camino dirigiéndose hácia mí.

—Animas benditas del Purgatorio!

—Venía como en actitud de saltarme al pescuezo—con la vista clavada en mis ojos y silbando de cólera. Yo firme que firme y esperándola con la espada en la mano.

—Y el pulso, don Pascual?

—Tan sereno como si tal cosa, créame usted. Por último, el reptil hizo el ademan de arrojarle á mi cuello. Entónces, zas, tras, le tiré un sablazo y lo partí en dos.

—Magnífico sablazo!

—Así los dábamos tambien á los enemigos de la patria. Pero con sablazo y todo, el pedazo de la cabeza me acometió furioso.

—Las víboras son como los gatos.

—Que gozan de siete vidas, es la verdad. No obstante, con dos sablazos más, dejé sin movimiento á la cabeza. Luego envainé mi tizona, monté á caballo y proseguí la marcha.

—El parejero no se resistió? . . .

—Tuve que hundirle las espuelas varias veces para que trotara. En esto cayó la tarde, de modo que entré de noche en la ciudad.

—Ya había estado en Potosí?

—Nunca, ni conocía tampoco el domicilio del Libertador. Empero, preguntando se vá á Roma y en breve acerté con la casa del general Bolívar, á quien entregué los pliegos.

—Cómo se alegraría lo que leyó el parte!

—Tanto, que me abrazó como al amigo más predilecto. En seguida ordenó á uno de sus ayudantes que me condujese á su alojamiento, contiguo á la pieza en que dormía el Libertador.

—Y el parejero ?

—El ayudante mandó á un ordenanza que le echase triple ración y que lo cuidase como correspondía al caballo de un vencedor de Ayacucho ! Palabras textuales.

—Buena memoria la suya, don Pascual !

—Excelente. Ya en mi aposento, me saqué la espada y la coloqué en un rincon. He de advertirle que cuando la ceñí, me parecía muy liviana

—Y cuando se la quitó ?

—Muy pesada, lo que yo atribuí á las fatigas consiguientes. Empezaba ya á desnudarme para meterme en la cama y dormir como un bendito, á tiempo en que se presentaron dos asistentes del Libertador con una mesa servida.

—Opípara mesa ?

—Ni la de un emperador ! Un guerrero, por más cansado que se encuentre, no desprecia ni una mala comida. ¿Cómo desairar aquella que el Libertador habia hecho preparar ex profeso para mí ?

—Se entiende, don Pascual.

—Me senté á la mesa y principié á menear las mandíbulas. De súbito, pun, pun, purrum, sentí una detonación espantosa. Se me cayó la copa que llevaba á los labios y me levanté como movido por un resorte.

—Qué ocurría, don Pascual ?

—Pensé que habria estallado alguna mina puesta por los godos y corrí á coger la espada. En ese mismo instante se aparecieron dos jefes preguntando lo que sucedía.

—Y qué pasaba, mayor ?

—Uno de los jefes tropezó con el cadáver del asistente que me servía, y que se hallaba tendido á lo largo en la habitación, donde vagaba una especie de neblina. Entónces comprendí el suceso.

—Y qué era ?

—Qué era ? Que la hoja de mi espada se habia hinchado con

el veneno de la vibora, y siendo ya estrecha la vaina para contenerla habíase reventado en porcion de fragmentos, uno de los cuales pegó en la sien al asistente.

—Mire si usted no se desprende la espada !

—Imagínese usted ! Los pedazos de la tizona fueron recogidos con un palo largo y enterrados á diez varas de profundidad, por consejo de los facultativos.

—Y la neblina aquella ?

—Originada por los efluvios del veneno, no me ha entendido usted ? La habitacion fué fumigada durante una quincena, porque despedía un hedor insoportable y luego blanqueada cinco ó seis veces.

—La pimpinela ! como exclamaba Bolívar.

—Por supuesto que me pasaron á otra pieza, y á la mañana siguiente el Libertador me pidió que le refriese el combate con la vibora, de que rió mucho, y me obsequió con una espada más rica que la de Sucre; la cual vendí despues en Lima, á fin de hacerme de recursos para regresar á Montevideo.

CCCXLIII

Erase un individuo, de cuyo nombre nos acordamos perfectamente, que debía varios meses de alquiler de casa á Daniel Muñoz.

Cansado este de gastar las zuelas de los botines en idas y venidas sin ninguna utilidad, se decidió á pedir á su inquilino que levantara el campo.

—Mudarme de aquí ? exclamó el inquilino. Si su casa me gusta mucho ! Además, ya la familia está tan acostumbrada á ella !....

—No lo dudo; pero usted convendrá en que esto no puede seguir así. Entrégue me siquiera el importe de dos meses.

—Ni el de uno. Estoy sin fondos. Tenga paciencia. Yo le he de pagar, mi estimado amigo Daniel. Con el primer negocio que realice....

—Vá para medio año que me dice lo mismo. Y ya vé que en medio año ha corrido tiempo suficiente para que se me gaste la paciencia.

—No se incomode. Vaya, voy á proponerle algo que tal vez ha de aceptar.

—Hable usted.

—En primer lugar, le propongo esto: continuar habitando su casa.

—Y en segundo, cuánto me dará á cuenta?

—Por ahora, níquis; mas no importa. Usted me aumenta el alquiler y santas páscuas. Arreglados.

—Cómo arreglados? Muy bonito! Yo le aumento el alquiler y usted vive de balde, y la deuda crece, no? Sabe que el trato es magnífico.... para usted?

—Para los dos, claro está. Me parece que quedamos iguales. Al fin no tendrá nada que decirme.

—Nada, es cierto; nada más sinó que me desaloje la casa á las buenas, porque de nó lo demandaré y entónces la desalojará á las malas.

CCCXLIV

Emigrado en Rio Grande el general Pacheco y Obes, supo que los comerciantes don Julio Paulet y don Francisco Susini, trataban de embarcar una tropa de ganado para la sitiada ciudad de Montevideo.

Días ántes de que se realizara la operacion, presentóse en casa de ámbos y les dijo :

—Señores, admitirian ustedes un tercer socio en la especulacion que proyectan?

—Con mucho gusto, general. Es usted?

—No, señores, es un amigo: don Fulano de Tal.

Este amigo del general Pacheco era un expatriado oriental

muy pobre y con alguna familia. Hasta hacía poco tiempo había sido soldado de la Defensa y tenía el grado de capitán.

Admitido el socio, el ex-ministro entregó á Paulet y Susini la cantidad de seiscientos pesos, que era la tercera parte de lo que se había invertido en la compra del ganado.

Horas despues encuentra Susini al expatriado y le dá la noticia. Este, sorprendido, corre á casa del general Pacheco, y sin más preámbulos le pregunta :

—Es cierto, general, que usted me ha metido en una especulacion de ganado para Montevideo ?

—Sí.

—Y cómo ha dispuesto usted de mi voluntad sin consultarme? Quién lo ha autorizado á usted ? . . .

—Amigo, no le agrada el negocio ?

—El negocio me agrada. Lo que hay es que usted no ha de conocer mis circunstancias cuando ha empleado seiscientos patacones . . .

—Justamente por conocerlas es que hice lo que hice. Usted está atrasado y tiene mujer é hijos. De manera que voy á proporcionarle una ganancia.

—Muy bien, general ; yo comprendo su delicadeza y se la agradezco con toda mi alma. Sin embargo, permítame que no acepte ese favor.

—Me desaira usted ? De veras que no lo esperaba.

—No es desaire, general ; es que . . . Vamos, que si por desgracia se perdiera la embarcacion, nunca, nunca, general, á lo ménos aquí, podria devolverle los seiscientos pesos.

—Y ese es el motivo ? Poderoso motivo ! Lo hecho, hecho está, y usted ha de consentirlo si quiere conservar mi afecto.

—Y si se pierde el buque ?

—Paciencia ! Lo sentiré por usted, que habrá perdido una buena especulacion.

La adversa suerte quiso que el barco naufragara cerca de Maldonado y que se ahogase la tropa. Mas si se perdieron los seiscientos patacones, nos decia el expatriado contándonos este episodio, jamás se perderá de mi memoria ese noble rasgo del general Pacheco !

CCCXLV

Hallábase Figueroa en una reunion de señoritas que jugaban á los acertijos, aplaudiendo y festejando los que le parecían mejores; pero sin tomar parte activa en el entretenimiento.

De pronto una de ellas, á la que el viejo bardo siempre distinguía, aunque permitiéndose á las veces ciertas confianzas... de boca, le dijo:

—Y usted, don Francisco, porqué no nos propone algun enigma?

—Ya es viejo Pedro para cabrero.

—No obstante, agregó otra de las jugadoras, deseáramos que pusiese á prueba nuestro pobre ingenio.

—Don Francisco!

—Señor Figueroa!

—Don Pancho!

—Ustedes me lo exigen? Bueno. Pues oído á la caja.

Las señoritas rodearon al festivo poeta, que fingiendo una gravedad reñida con su carácter y su rostro, comenzó:

—Erase una muchacha tan bonita como ustedes, que tenía un novio con quien continuamente se carteaba....

—Ese no es enigma sino cuento.

—Es un cuento-enigma. Y se carteaba por haber prohibido el padre de la novia que el jóven la visitase. Como el mozo había sido un poco calavera.... Ya me entenderán.

—Adelante, don Francisco.

—Temiendo el amante que se extraviasen los billetes de su amada; para que nadie supiese que esta se los escribía, le pidió que solamente los firmára con sus iniciales.

—Y cómo se llamaba?

—Repito que le pidió que firmase las cartas con sus iniciales, á lo cual la muchacha no quiso acceder de ningun modo.

—Pero cómo se llamaba la novia?

—Se llamaba Otilia Gabriela Torres. Porqué se rehusó á

las súplicas del mozo? Vamos á ver si ustedes adivinan. He ahí el problema !

Ya se figurarán los lectores cómo se pondrían de coloradas las niñas, cuando descubrieron el *problema* de las iniciales de Otilia Gabriela Torres !

CCCXLVI

Despues que don Isaac de Tezanos fué sustituido en el ministerio de Gobierno por don José M. Montero (hijo), decía á muchos amigos, en el antiguo almacén de Curbelo, situado en la plaza de la Libertad :

—Yo aceptaría que me sacasen de ministro para poner á otro mejor ; pero no puedo conformarme con que me hayan sacado para reemplazarme con un amasa-pan y peon de pala como José M. Montero !

CCCXLVII

El ministro Lopez Netto, que era amigo particular del coronel Latorre, le anunció un día que allá por la frontera del Cuareim se tramaban planes para derrocarlo. Este aviso motivó el viaje que el Dictador hizo á los departamentos del Salto y Tacuarembó.

Tan silenciosa y rápida fué la excursion, que el público sólo tuvo conocimiento de ella al regreso del coronel, quien volvió convencido de la falsedad de la noticia. Uno de los primeros que acudió á saludarlo fué el ministro del Brasil.

—Qué tal, coronel ? le preguntó

—Pierda cuidado, porque ya he adoptado mis medidas para desbaratar los proyectos de los rebeldes.

—Me alegre mucho, Excelencia.

—Gracias. He situado en dos puntos estratégicos las fuerzas necesarias para sofocar en el acto cualquier invasion.

—Y son de confianza los jefes que ha dejado al frente de esas fuerzas?

—De toda mi confianza, señor ministro. Uno es el comandante Monga y otro el capitán Viruta, dos bravos más bravos que los leones.

Apellidos tan raros le dieron mala espina á Lopez Netto, y lo que se despidió de Latorre se dirigió á casa del cónsul Deschamps, con el fin de pedirle informes acerca de aquellos individuos.

—Aunque hace mucho tiempo que resido en el país, no conozco á esos militares, respondió el cónsul; pero yo lo indagaré, señor ministro.

Precisamente en ese instante entraba un ciudadano oriental de la relacion de ámbos brasileiros. Despues de los cumplidos de costumbre, el ministro que deseaba salir de la curiosidad, dijo al recién llegado:

—Usted ha oído hablar de un comandante Monga y de un capitán Viruta, de quienes el coronel Latorre me acaba de hacer grandes elogios?

El uruguayo soltó la carcajada; mas al reparar que tanto el ministro como el cónsul lo miraban con extrañeza, les explicó lo que significaban los nombres de Viruta y de Monga.

Sábese que el primero es el que llevaba un pobre loco, que murió ahora meses y andaba siguiendo á los trenvías por creerse caballo de carrera, y que el segundo es un nombre de burla que sirve de consonante á una obscenidad.

Tal fué la venganza que tomó Latorre de Lopez Netto, por haberle comunicado una noticia falsa, que lo obligó á andar á trote y galope más de doscientas leguas.

CCCXLVIII

En los principios de la *Cruzada Libertadora*, había en Montevideo dos batallones de Guardias Nacionales; y en el segundo, que mandaba el coronel Echenique, figuraban muchos individuos que más tarde desempeñaron papeles buenos y malos en la administración de Flores y las que se han ido sucediendo.

Ello es decir que esos individuos eran colorados *pur sang*, aunque algunos pasaban por partidarios del Gobierno. Un guardia nacional quiso *descubrirlos* y les preparó una jugada, iniciando ántes en sus proyectos á un amigo, más blanco que hueso de bagual y actualmente dueño de una botica.

El batallón estaba acuartelado, porque las fuerzas de Flores merodeaban por el Cerrito; pero el guardia nacional se dió maña para salir un momento, y durante su ausencia del cuartel compró en el almacén de la Sirena tres paquetes de cohetes de la India y unas docenas de esas bombitas con que se divierten los muchachos.

En el mismo almacén arregló los cohetes y las bombitas de tal modo, que estas fuesen reventando á medida que se incendiaran los primeros. En seguida acomodó todo en un pañuelo, volvió á su cuartel, escondió el *gato*, y esperó á que cerrase la noche para dar principio á la *funcion* pirotécnica.

Llegada la noche y después del toque de silencio, echáronse en sus tarimas los guardias nacionales, incluso el de la broma y su camarada, que dormía al lado. Allá cuando todos se hallaban entregados á Morfeo, el guardia nacional prendió bajo el poncho un fósforo sordo, pegó fuego á los cohetes y los arrojó al medio de la cuadra.

Como quien más y quien menos, los guardias nacionales roncaban cual unos benditos, se despertaron sobresaltados así que las bombitas comenzaron á estallar, y creció más el susto al oír que el de la broma y su amigo gritaban, fingiendo el mayor espanto, mientras cargaban los fusiles:

—Arriba, compañeros, arriba! El enemigo ha asaltado el cuartel!

Eran de oírse entónces los lamentos de los unos y los juramentos de los otros; y de verse las carreras, encontrones y fugas no musicales de los valentones. Muchos colorados trataban de saltar las paredes del cuartel para no *caer en la volteada* y algunos blancos los obligaban á volver usando argumentos de culata y bayoneta.

Ignórase si el doctor Vazquez Sagastume, hoy ministro de la República en el Brasil, era de los que bregaban por contener á

los fugitivos ó, sin ser colorado, de los que corrian para *apretarse el gorro*. El caso es que un compañero le vió andando en camisa y calzoncillos de cuadra en cuadra y últimamente salir á la calle en ese traje pintoresco.

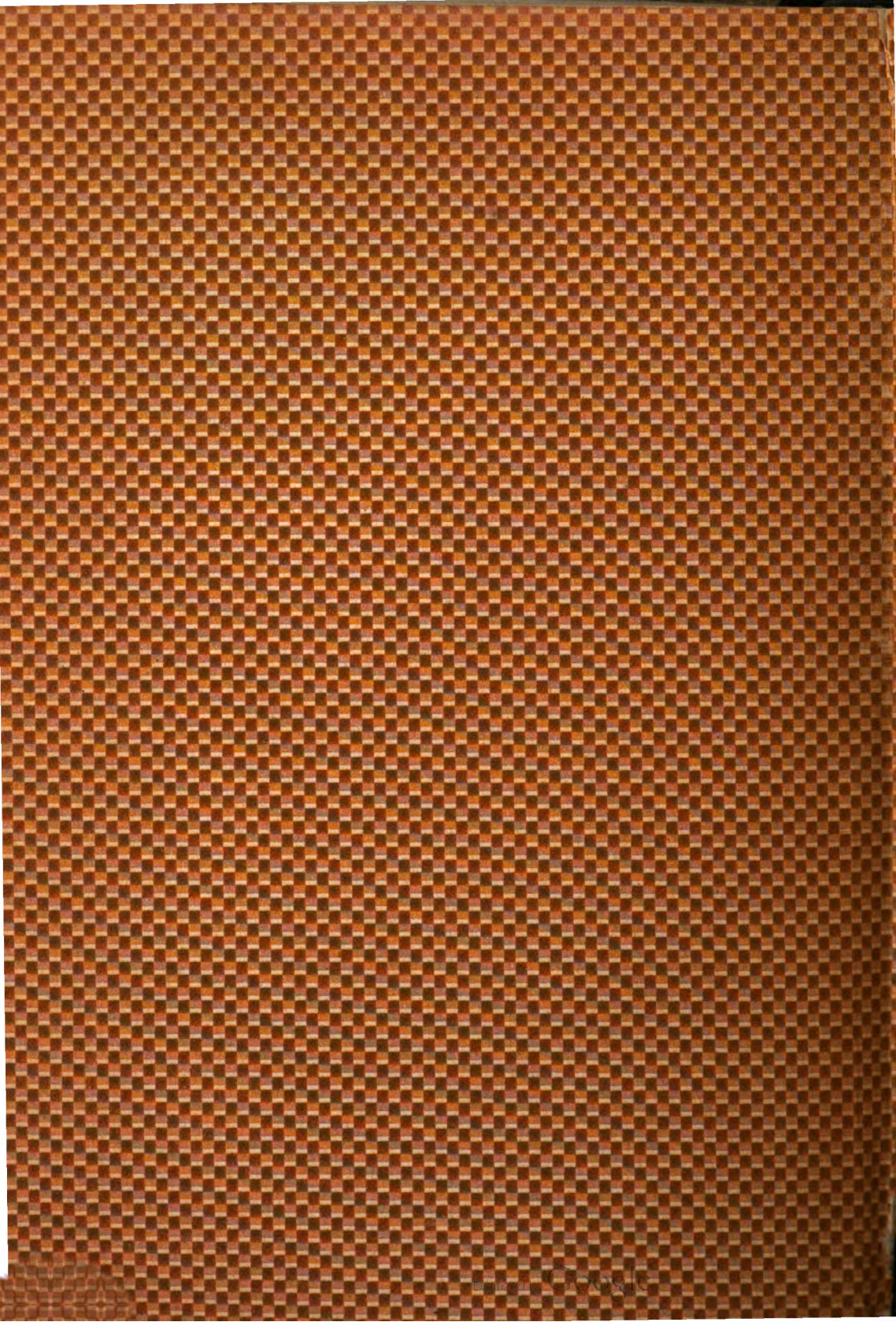
En fin, la confusion fué tan grande, que produjo la alarma en todas las fuerzas de la guarnicion. Felizmente una compañía de línea que había venido de la Union y daba esa noche la guardia en el 2.º, pudo contener el desórden y verificar que todo habia sido una travesura.

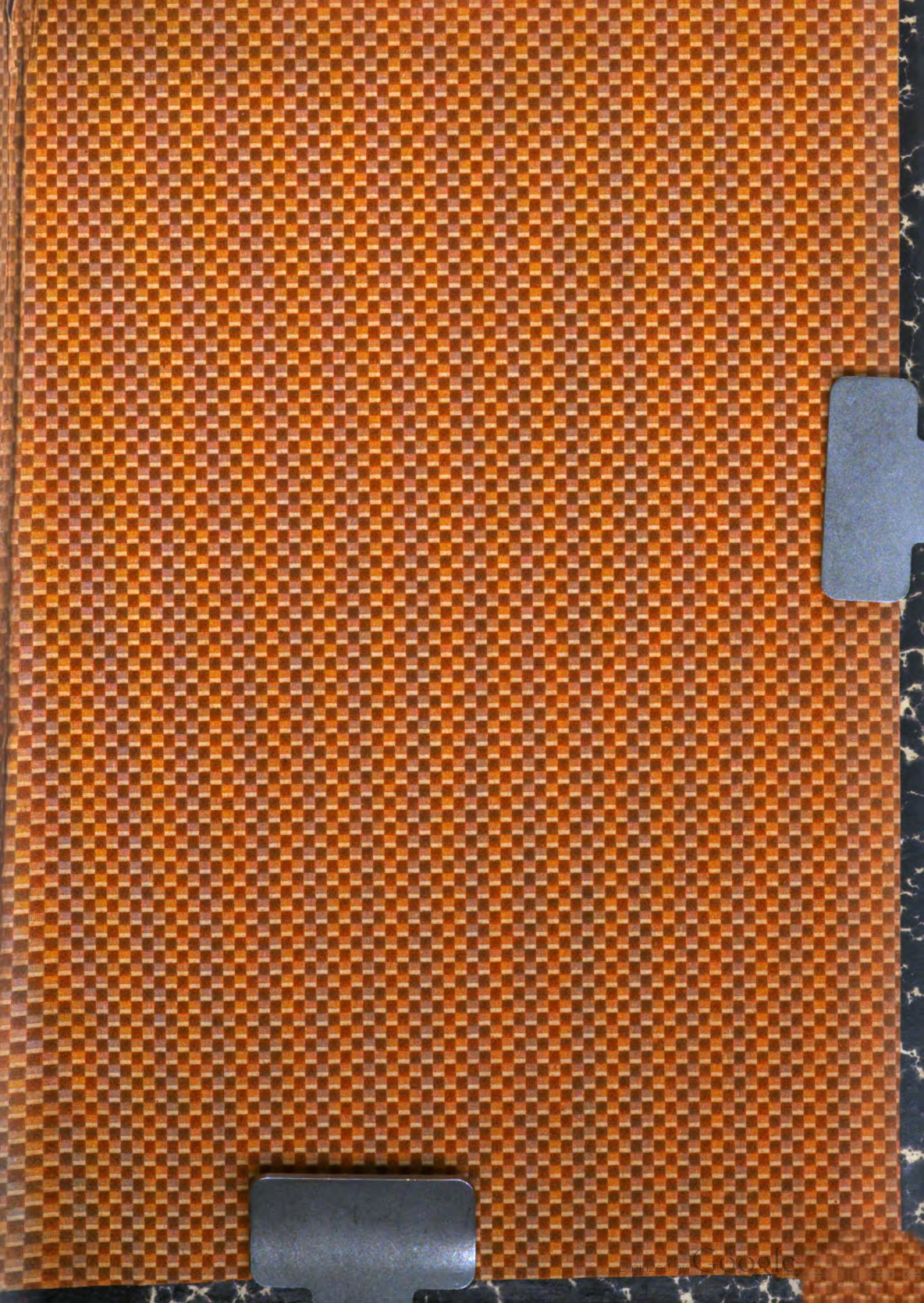
De averiguacion en averiguacion llegóse á sospechar del autor de esa pesadisima broma. Lo aprehendieron, le formaron causa y hasta lo sometieron á un consejo de guerra — mas salió absuelto porque no hubo bastantes pruebas para condenarlo.

Poco despues el guardia nacional solicitó su pase para el ejército en campaña, donde prestó sus servicios hasta la entrada de Flores y los brasileros. Al presente es comandante de caballeria y reside en el departamento de Canelones.

Montevideo, Enero de 1886.

FIN.





UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3018718691

0 5917 3018718691